

BOOK THREE IN THE *FRIEND-ZONED* SERIES

Sugar Rush



USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
BELLE AURORA

Sinopsis

Max Leokov ha visto a la gente que le rodea encontrar el amor.
En cierto momento en su vida, no sólo quería eso, sino que vivió para ello.
Una vez amó. Amó con todo su corazón.
Y con su corazón roto, tuvo que cuidar de su hija pequeña.
Se merece una segunda oportunidad.

Helena Kovac ha pasado años estudiando.
Se ha roto el culo para obtener su título.
No tiene tiempo para el amor. Demonios, no tiene tiempo para perder el tiempo.
Los libros y el trabajo son su vida. Todo lo demás está en segundo lugar.

Cuando Max y Helena se unen para ayudar a su hija, Ceecee, son sorprendidos por la chispa que surge entre ellos.

Un cínico.
Una adicta al trabajo.

Cuando el amor golpea, golpea duro.
Y a veces, el amor duele.



*Prologo**Selena**Traducido por Pimienta e Isa 229*

Lloro abiertamente. El gemido agudo que sale de mi boca es tan alto que me parece escuchar el aullido de un perro en algún lugar lejano. Alterno entre gemir, chillar y resoplar de vez en cuando. Las lágrimas empapan mis mejillas. Los mocos casi se cuelan en mi boca. Soy un completo desastre.

Entonces el oficial sonríe feliz y pronuncia:

—Yo les declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Mi hermana, Natalie, lanza su ramo detrás de ella. Sin inmutarse, Mimi agarra las flores en pleno vuelo antes de lanzarle un guiño a la multitud. Nat se pone de puntillas y besa a su marido, Aser, con una sonrisa. Él coloca suavemente una mano alrededor de la parte posterior de su cuello y la sostiene cerca, profundizando el beso y negándose a dejar que lo terminara. Sonrían labios contra labios.

Es hermoso. Por lo que empiezo a aullar. Miro al hombre de mediana edad sentado a mi lado. Él me mira con una mezcla de preocupación y miedo. Trato de hablar a través de mis trabajosas respiraciones y sollozando digo:

—Es sempementeee peioso —suspiro—. Tan preiosooooo.

Me derrumbo de nuevo, esta vez más fuerte. Hundiéndome en la silla de una manera totalmente impropia de una dama, dejo escapar un largo llanto de lamento. Oigo a alguien decir un molesto:

—Por favor, ¿alguien puede sacarla de aquí?

El rímel mojado hace que mis pestañas se peguen. Cuando me doy cuenta de que la persona molesta es mi hermana, levanto mi rostro hacia el cielo y lloro con más fuerza. Nat me mira y sisea lo suficientemente fuerte como para que yo lo escuche.

—En serio, cerró deja de decir estupideces y para de llorar. ¡Estás llamando la atención de todo el mundo, zorra de mierda!

Yo débilmente extiendo una mano hacia ella, con mi cuerpo temblando por sollozos silenciosos y trato de hablar.

—Tew amouu. Eta peiosa. Tan peiosaaaa —Me siento y lloro—. Olo etoy feliz. Tan feliz.

Mi hermana. Ella habla mi idioma. Así que cuando veo que sus ojos se llenan de lágrimas y que sus labios se estremecen, sé que no falta mucho antes de que esto se convierta en un dueto. Ella me mira y susurra:

—Aww.





Una primera lágrima cae, y antes de darmelos cuenta, estamos abrazadas, llorando abiertamente, gimiendo y sonando algo así como un par de chimpancés luchando por su territorio.

Por si no lo sabías ya, yo soy buena con las bodas. Llegan a mí. Ellas siempre llegan a mí. Es la misma cosa cada vez. Me doy auto charla, como si eso de alguna manera fuera a detener las lágrimas, y por lo general, antes de que incluso el pastel esté cortado, mi maquillaje está por toda mi cara y mis ojos están cerrados por la hinchazón.

Pero hoy es peor. Hoy es el día especial de mi hermana. Bueno, el segundo día especial de mi hermana. Ella y Asher se fugaron. Se unieron en Las Vegas, los casó Elvis. Dijeron que era el momento en el que se sentía bien, pero cuando llegaron a casa se sentía mal, les parecía que faltaba algo. Y lo que faltaba era la familia.

Organizaron otra pequeña celebración que tendría un padrino, Nik, y una dama de honor, Tina. He conocido a Tina Tomic toda mi vida. Ella creció con nosotras. Sus padres y los míos eran los mejores amigos, lo que significa, por supuesto, que todas desarrollamos un vínculo especial. No lo suficientemente cerca como para ser hermanas, pero demasiado cerca como para llamarlo sólo amistad.

Nos hicimos hermanas del alma.

Cuando Tina perdió a su madre y a su hija, se fue de California y se mudó a Nueva York. Abrió una boutique muy exitosa llamada Safira, y Nat la siguió al poco tiempo. Nik y Tina se conocieron, desarrollaron una amistad y se enamoraron. Un tipo especial de amor. Uno para siempre. Del tipo de amor sobre ese que los poetas escriben.

Nik posee un club enfrente de Safira, The White Rabbit. Y con Nik viene su pandilla: su hermano menor, Max, su mejor amigo, Asher o Ghost, como los chicos le llaman, y su primo, Trick. Tina, que tiene su propia pandilla, sus empleadas, Mimi y Lola, y mi hermana, Nat. Decidieron fusionar los dos grupos para formar uno. Y lo hicieron.

Ellos formaron una familia.

No todas las familias son de sangre. Algunas lo son por el amor y la risa.

Ahora, Nat y Asher no siempre se gustaron el uno al otro. De hecho, se despreciaban mutuamente. Lucharon contra su atracción mutua durante mucho tiempo... hasta que se hizo inevitable. Cuando finalmente se juntaron, fue como un choque explosivo. Literalmente. No fue bonito. No de la típica forma romántica, eso seguro. Lucharon hasta que no pudieron más. ¿Conoces el dicho, "Hay una delgada línea entre el amor y el odio"? Bueno, ellos cortaron la línea y las emociones se fusionaron. Se dieron cuenta que el amor que sentían el uno por el otro, era demasiado fuerte como para ignorarlo.

Y aquí están, felizmente casados. Sonrío temblorosamente.

No me lo puedo creer.

Mi hermana está casada.





Alguien deshace mi abrazo de la muerte de Kung-Fu a Nat y empuja mi culo sollozante lejos. Echo un vistazo a través de uno de mis ojos hinchados para encontrar a mi hermana mayor, Nina, haciéndome callar y frotando mi espalda con dulzura. Ella trata de no hacer contacto visual conmigo, sabiendo que sólo empeoraría las cosas, pero en un momento de confusión, sus ojos se reúne el mío.

Ambas nos miramos.

Sus ojos se abren.

Lo mismo ocurre con los míos.

Sus ojos se ensanchan y lanza miradas de lado a lado llenas de pánico, buscando una salida rápida. Pero es demasiado tarde. Mis labios se estremecen, levanto mi cara y dejo escapar un gemido tan fuerte que suena como si hubiera salido de un animal, a saber, un alce, y el protocolo me dice que los ruidos alarmantes no tienen lugar en una boda.

¡Pero no puedo parar!

Los pasos de Nina se aceleran, a su vez, acelerando los míos. Ella tira de mí, y luego estamos fuera.

—Jesús C, chica. Para de una puta vez —dice con exasperación—. En serio, a veces no sé cómo es posible que seamos parientes. ¡Es una boda, no un funeral! No más lágrimas. ¿Capisce¹?

Mi respiración se entrecorta tanto que mi cabeza se sacude con cada respiración pesada.

—Yo —corte—... no puedo —corte—... parar —corte—... me.

Ella toma un pañuelo de papel y limpia mi cara con suavidad.

—Dios, estás hecha un lío. Vamos. Tengo que rehacer tu maquillaje. Te ves como si te hubiera picado una abeja. Y la abeja llevara crack.

Alejándonos de la música y los sonidos de la boda, Nina me lleva al cuarto de baño, junto con su kit de maquillaje. Me sienta en el borde de la bañera, mientras que ella se sienta en la tapa cerrada del inodoro y me ataca con una brocha de polvos. Me hace cosquillas en la nariz y quiero estornudar y reír a la vez, pero no me atrevo a interrumpir a Nina mientras hace su cosa. Me tomo un momento para estabilizar mi respiración y calmar mis erráticas emociones.

Siendo peluquera, Nina se encargó del cabello y del maquillaje de hoy. Ella hizo realmente un trabajo increíble. Nat se ve positivamente impresionante. Nina fue cuidadosa con ella, se tomó su tiempo, y su tiempo dio sus frutos. Nat parece un ángel.

Cuando llegamos la semana pasada, Nat nos sorprendió a todos al hacer un anuncio. Sacudiendo su pelo rojo de bomberos, dijo:

—He terminado con este color. —Sonriendo a Nina, le preguntó—: ¿Tienes ganas de hacerme morena?

Habían pasado años desde que había visto a Nat con su color natural marrón chocolate, y honestamente, no estaba segura de cómo se lo tomaría Ash. No es como si él no fuera a notarlo. Al estilo típico de Nat, lo arrinconó.

¹ Capisce: ¿Entiendes? En italiano.



Nina acababa de peinar su cabello recién teñido, cuando Ash llegó a casa. Nat estaba de pie aún con la capa puesta cuando se acercó a él. Una vez que ella se colocó cara a cara con él, se puso las manos en las caderas, abrió mucho los ojos, sacudió la cabeza ligeramente y preguntó expectante

—¿Y bien?

Pero el alto y fornido rubio no se movió. Él sólo miró a su esposa, con sus cálidos ojos marrones siguiendo la longitud de su pelo, ahora marrón. Me di cuenta del momento exacto en el que Nat entró en pánico. Lo supe porque comenzó a divagar.

—Es sólo que no me estoy haciendo más joven y quería que me vieras. Ya sabes, al yo yo. Sin esconderme detrás del brillante pelo y las tetas de Nat. Pero puedo cambiarlo si...

Sus palabras fueron interrumpidas cuando él la metió entre sus brazos. Con las piernas extendidas, Ash abrazó a Nat contra él fuertemente, meciéndola ligeramente. No sé lo que le dijo, porque habló en susurros, pero cuando sus labios se encontraron con su oreja y comenzaron a moverse, vi su expresión. Sus ojos se cerraron lentamente y su boca se entreabrió de alivio antes de que ella sonriera suavemente.

Asher no es un hombre de muchas palabras, pero está mejorando. Lo que pasa con los hombres que no hablan mucho es que hacen que las pocas palabras que dicen, cuenten.

El pobre nunca tuvo una oportunidad.

No puedes exactamente quedarte tranquilo en nuestra familia. Si quieres ser escuchado, es necesario gritar sobre las otras cuatro personas hablando.

Nina aplica más polvo.

—Así que, ¿has visto a alguien, chica?

Con los ojos cerrados, respondo en voz baja.

—Nah —gesticula débilmente a mi cuerpo—. ¿Quién podría manejar todo esto?

Ella resopla una carcajada por la nariz. Permanece en silencio un momento, pero puedo sentirlo. Quiere decir algo. Y antes de darme cuenta, lo hace. Nina no es del tipo de contenerse. Le gusta decir lo que estaba en su mente, pero no habla de sí misma. Su vida privada siempre ha sido igual de privada. Su tono es suave, pero grave.

—Hazme caso; no esperes demasiado tiempo. —Mis ojos se abren por la nota melancólica en su voz. Sonríe con tristeza—. No quiero que te arrepientas por aplazarlo.

Entiendo lo que está diciendo, pero eso no cambia cómo son las cosas.

—Es un poco difícil tener citas en este momento, ¿sabes? Acabo de terminar mis estudios, y estoy a punto de conseguir un puesto en Dios sabe dónde. Creo que tengo que concentrarme en mi carrera. La idea de tener un novio en este momento —me estremezco—, es agotadora.



Sus dedos firmes agarran mi barbilla. Sus resplandecientes ojos encuentran los míos.

—Excusas.

—¿Qué?

Nina afloja su control sobre mí y aplica un poco de rubor.

—Estás poniendo excusas. —Su voz es gentil una vez más—. ¿Qué pasa si encuentras a la persona adecuada y le das la espalda, debido a tu supuesta carrera? Luego, cuando llegue el momento de sentar la cabeza, te darás cuenta de que esa persona no te esperó. Y no debería hacerlo, porque fuiste egoísta. Te resentirás con esa carrera por la que diste todo. Siempre será el que se escapó, y ese tipo de cosas juegan con tu cabeza.

Tomo la mano de mi hermana, haciendo una pausa mientras da unas pinceladas y pregunto amablemente:

—¿Quién fue el tuyo?

Su rostro se vacía de expresión. Hunde rápidamente la barbilla y se aclara la garganta. Mira hacia arriba de nuevo, todo lo que veo es tristeza. Tanta tristeza, que me duele el pecho. Ella murmura con voz ronca:

—No importa. Él siempre será el que se escapó, y sólo puedo culparme a mí misma por ello.

Nina añade cuidadosamente lo último del maquillaje, restaurando mis hinchados ojos y llorosas mejillas casi a la perfección. Me pongo de pie y la atraigo. Sus brazos se colocan a mi alrededor, me abraza fuerte y, por primera vez en mucho tiempo, creo que Nina necesita este abrazo más que yo.

—Gracias, Neens. Te amo.

Ella responde con un abrazo.

—Yo también te amo. Ahora, ve a hablar con algunos chicos. Hay algunos Johnny de verdad ahí fuera. —Cuando mis hermanas y yo hablamos de chicos, de cuales son ardientes, de los más parecidos que haya a Johnny. De hecho, todavía tengo un poster de Johnny Depp en mi habitación. Él mantiene el nivel alto.

Te amo, Johnny. ¡Nunca serán tú!

Dejando eso de lado, sonrío.

—¿Estás diciéndome que debo ligar o algo así?

Nina sonríe de regreso.

—No hay nada de malo en un poco de ligue aquí y allá.

Me río y sacudo mi cabeza, pero tiene razón. Mentalmente ruedo mis ojos para mí misma. Aquí estoy, llorando y haciendo pucheros, cuando podría estar hablando con un Johnny. Y Dios sabe. No he tenido uno en mucho tiempo.

¿Dónde están mis prioridades?

Dejo a Nina empacar sus cosas y regreso al patio. Tan pronto como me golpea el aire fresco, cierro los ojos y respiro. Cuando abro los ojos, sonrío.

El patio se ve impresionante. Nat no había querido nada muy complicado, yéndose por el enfoque “menos es más”. Siempre un triunfo, si me lo preguntas.



Todo lo que ella había querido eran láminas en blanco y albaricoques alineándose por el borde interno de la yarda. El único extra que había pedido era que el color coordinase con las linternas chinas que se encenderían al anochecer. Los piqueos de hecho eran una mejor opción en este clima más cálido, y sin necesidad de mesas, las personas están de pie hablando y riendo, mientras que los chicos contratados traen bandejas de comida alrededor.

Mis ojos escanean todo a mi alrededor. Miro a la izquierda para ver a una embarazada Tina cogida de la mano de su marido, Nik. Un camarero les pasa, y los ojos de Tina siguen la bandeja de comida. Nik, siendo Nik, sigue su mirada hacia al camarero retirándose antes de soltarle la mano y alejarse. Ni diez segundos más tarde, Nik regresa con la bandeja entera de los entremeses, sonriendo hacia ella. Tina mira de la bandeja hacia Nik. Ella toma un pequeño bocado de la bandeja que él sostiene para ella, su rostro se suaviza y con una gentil sonrisa, veo su boca formar las palabras "Te amo". Nik no responde, pero envuelve su brazo libre alrededor de ella y se inclina hacia abajo para besar su frente. Mientras sus labios la tocan, sus ojos se cierran y se permite besarla por un momento.

Me duele el corazón y esa perra envidiosa de los celos asoma su cabeza por un solo segundo. Quiero un amor como ese. Algun día, espero tenerlo.

Nat y Ash se paran al lado de Nik y Tina. Una sonriente Nat le pasa a Tina una pequeña botella de zumo de manzana antes de que ella se agache delante del vientre de Tina.

Siento una punzada en el pecho.

Nat extiende sus manos en el prominente melón que es la pancita de Tina mientras le habla. Ash aprieta el hombro de Tina. Con una sonrisa de comprensión, Tina sonríe antes de levantar la mano para descansarla sobre la suya. Se necesita verdaderos amigos para hacer lo que están haciendo Tina y Nik para Nat y Ash.

Verás, Tina está embarazada, pero los bebés no son suyos. Son los bebés de Nat y de Ash. Tina está actuando como un sustituto para ellos, porque Nat no puede llevar a los bebés, y eso es justo el tipo de persona que ella es. Ver a la gente infeliz la hace infeliz. Ella haría cualquier cosa por la gente que le importa. Recientemente descubrimos que hay dos bebés, pero aún no sabemos los sexos. Sinceramente, a Nat no le importa que sean dos bebés, mientras estén sanos.

Cogidos de la mano, Lola y Trick caminan hacia el grupo seguido de cerca por un serio Johnny. Un Johnny del que nunca he podido despegar mis ojos más de un minuto, porque él es tan Johnny que mi poster de Johnny llora por las noches, golpeado por los celos. Max Leokov se desliza por detrás de Nat, sonriendo con una traviesa y peligrosa sonrisa. Sin previo aviso, la levanta de su posición de rodillas por sus axilas y le da vuelta para encararla con Ash. No puedo evitar reírme ante la imagen y la cara de Asher. Su mandíbula hace tics, alguna pizca de amistad rápidamente es reemplazada por el enojo.

Pero a Max no le importa. Envuelve sus brazos alrededor de la mitad de los de Nat en un íntimo abrazo, agacha su rostro hacia su cuello y comienza a salpicarla de besos. Ash camina hacia adelante, frunciendo el ceño, y con la mandíbula apretada, pero Max simplemente retrocede con Nat en su agarre. No puedo oír lo





que le está diciendo desde aquí, pero por la astuta sonrisa en la cara de Max mientras habla y por la manera en que los demás estallan en risas, puedo decir que es un sabelotodo y claramente tiene un deseo de muerte.

Claramente.

He visto lo que Ash puede hacer cuando se le presiona. No es bonito.

Ash salta hacia delante, y como un cobarde, Max libera a Nat, pero rápidamente se mueve frente a Tina, brazos abiertos con expectación. Tina, siendo la tonta que es, se mueve hacia su abrazo, riendo mientras golpea húmedos besos en su mejilla.

Una fracción de segundo antes de que Nik le dé un puñetazo, Max lo esquiva, se aleja y toma la mano de Lola. La atrae hacia él y rodando sus ojos, ella sonríe, permitiéndole mantenerla cerca, casi demasiado, y bailan una baile lento en medio de su círculo de amigos. Trick, no gustándole esto, la jala lejos de él y la mete a su lado. Ella suspira y felizmente envuelve un brazo alrededor de él.

Max abre sus brazos a sus amigos y mueve la cabeza lentamente. Lo veo decir, "No son divertidos". Mientras camina hacia la barra y encuentra a Mimi, envuelve sus brazos alrededor de ella por detrás. Ella se paraliza un momento, se da vuelta, entonces se relaja contra él. Le susurra algo en su oído, y ella se ríe en voz alta mandándolo a volar lejos. Sostiene una mano en su corazón, poniendo una expresión herida.

Y por un momento, estoy celosa. Son realmente una familia. Una parte de mí anhela ser parte de ella. Me siento como un bicho raro mirando al grupo popular de la escuela. Aun así, busco un Johnny que me guste, y hay más que unos cuantos chicos buenos en la multitud, pero mis ojos siguen moviéndose hacia el hombre alto, moreno y guapo con dorados ojos y un hoyuelo mágico.

Max.

He perdido la cuenta de la cantidad de mujeres con las cuales le he visto coqueteando, y —admitámoslo— es casi tan Johnny como el propio Johnny.

Me atrevo a decir, ¿es más Johnny que Johnny?

¡Sacrilegio!

Si alguna vez hubo un hombre que quisiera por la noche, sería él. Encaja en todas las casillas de revisado. Precioso. Curioso. Inteligente. Dulce. Y de la manera que él ha estado lanzando a sí mismo alrededor, es algo seguro.

Me paso los siguientes diez minutos mirando a Max coquetear con cada mujer al alcance de sus brazos, incluyendo a mi madre, antes de que me levante para hablar con él. En realidad no me gustan los hombres que coquetean, pero me gusta que sea un ligón con igualdad de oportunidades. Ninguna mujer está a salvo de él. Vieja, joven, gruesa y fina, está por todos lados, y veo que se ha movido hacia Nina, quien no está afectada. Mientras él toma su mano y se la besa una y otra vez, ella levanta su mano libre para cubrir su boca mientras ella lucha con una sonrisa.

Esta es mi oportunidad. He encontrado mi entrada.





Mientras me acerco, Nina se deshace de sus distraídos brazos, el necio, y se desplaza para hablar con Mimi en el bar. Sin nuevas víctimas potenciales cerca, Max saca su teléfono del bolsillo y comienza a jugar con él.

¿Te gusta coquetear, Max? Prepárate para conocer a tu igual.

Con cada paso que tomo hacia él, mi estómago iba de un lado a otro en anticipación. ¡Estoy emocionada! Finalmente, llego a su lado y suavemente aclaro mi garganta. Él me mira con sus cejas levantadas antes de mirar de regreso su teléfono.

—Oye, Helen. ¿Cómo estás?

Mi sonrisa tambalea.

¿Helen? ¿En serio?

Bueno... no es un buen comienzo.

Continúa jugando con su teléfono, sus cejas se juntan mientras hablo.

—Uh, de hecho es Helena. De todos modos, me preguntaba si deseabas tomar un trago con m...

Antes de que pueda hablar otra palabra, murmura:

—Genial. Fue un placer volver a verte, Helen. —Entonces se aleja, nunca alejando su rostro de su teléfono, dejándome parada en medio del patio con la boca abierta. Parpadeo mientras mi ceño se frunce apoderándose de mi rostro. Trato de dar sentido a lo que acaba de pasar aquí. El ligón en serie, el hombre que coquetea con cualquiera que tenga pulso, cualquier cosa que se mueva, no coqueteó conmigo.

Hmmm. Si mis cálculos son correctos, me considera indeseable.

La vergüenza fluye a través de mí, calentando mis mejillas. Mi vergüenza se convierte rápidamente en un forzado desinterés. Levanto mi nariz y me quedo parada.

Eso está bien. No tengo que gustarle. A veces a la gente no le gustan otras personas. Sucede. Todo está bien. Y esto es algo bueno, creo. Es decir, ya no comparo a Max Leokov.

No más.



*Capítulo 7**Selena**Traducido por MaEx*

Página 11



-Helen, correo! —grita mi padre desde la cocina.

Me levanto de un salto desde mi posición tendida y reboto en mi cama. Mis pies tratan de moverse más rápido de lo físicamente posible, haciendo que mis calcetines de dedos cubiertos se deslicen y deslicen sobre las tablas del suelo. Un siniestro se hace rápidamente. Mi rodilla golpea mi mesita de noche tan duro que los marcos de fotos en la parte superior caen y el vaso medio lleno de agua se cae, derramando agua por todo mi libro de texto abierto.

Jadeando, con los ojos muy abiertos, lo agarro, queriendo alejar el dolor, pero la agonía continúa, más fuerte que antes, y en un momento de lucidez, pienso para mí misma: Esto es... así es como todo acaba.

Bien, así que tal vez soy un poco dramática, pero demonios, ¡eso duele!

Oh, Dios mío. ¿El dolor nunca acabará?

Mi palpitante rodilla se adormece, y sé que se acabó. Probablemente sólo será otra mesita de noche amputadora. Sólo otra estadística. Me arrastro hasta la puerta de mi dormitorio y me dejo caer contra la puerta abierta. Llamo a la única persona que me puede salvar.

—¡Ta, ayuda!

Hay un momento de silencio antes de que la fuerte voz de acento de mi padre grite de regreso.

—No.

Me gustaría decir que es un padre terrible y que me quiere muerta, pero es un gran padre. Tal vez un poco dramático (de ahí mis propios dramatismos), pero un gran padre. Y pude haber asegurado mi muerte estando contra mi puerta un par de veces antes. Una o dos veces. Pero esta vez, en realidad está ocurriendo. Mi visión comienza a oscurecerse. Veo la luz.

—Ta, ¡ayúdame! ¡Estoy debilitándome rápidamente!

Mi padre suspira largo y duro.

—¿Qué ocurre esta vez? ¿Conseguiste cortarte con un papel o te conectaste el dedo del pie?

Una expresión de contrariedad cruza mi cara, y utilizo mis codos para elevar mi cuerpo en una posición semi-sentada.

—En primer lugar, viejo, es golpeaste tu dedo, no conectaste tu dedo. Necesitas clases de inglés. En segundo lugar, me golpee muy mal esa vez. ¡Estaba



colgando de un hilo! Si no hubiera usado la tiritita cuando lo hice, ni siquiera un cirujano plástico habría sido capaz de salvar mi meñique del pie.

La risa socarrona de mi padre llena la cocina.

—Sí, mi inglés no es bueno, pero tú, mi dulce, eres un dolor en el culo.

Trato con fuerza de no reírme, pero él es adorable a veces.

—¡Es dolor en el culo², ta! ¡Dios!

Dándome la vuelta, lesiones olvidadas, calculo que ésta es la tricentésima-décima-segunda-vez que he engañado a la muerte por lesiones causadas por mi torpeza. Uso el término vagamente torpe. A veces mi cuerpo simplemente piensa que sabe lo que está haciendo, maldito cerebro. Mi cuerpo parece venir con una función de auto-piloto que otros cuerpos no tienen. En lo que a mí respecta, es sólo un añadido extra.

De pie, y usando la pared para estabilizarme, cojeo a la cocina, donde mi padre ni siquiera levanta la vista del periódico que está leyendo para ver si estoy bien de mi caída casi fatal. Frunciendo el ceño, digo en voz demasiado alta:

—Estoy bien, ¡gracias! No, estoy bien; no necesito una bolsa de hielo. Dios, eres un gran padre, sin embargo. Padre del año ataca de nuevo.

Papá cierra los ojos, suspira, luego mira hacia el cielo, agradeciendo a Dios por una hija tan impresionante, estoy segura. Debería estar agradecido.

Soy la mierda.

Mi cojera desaparece de repente, me muevo detrás de él y envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, descansando mi barbilla sobre su calva cabeza.

—Un día, de hecho, voy a morir por un dedo del pie aplastado, y cuando lo haga, vas a tener que explicarles a los médicos que dirijan mi autopsia por qué había tantos incidentes de dedos del pie aplastados antes que nunca informaste. Probablemente seas cocinado a la parrilla por ello, o incluso vayas a la cárcel por negligencia.

Mi padre resopla una carcajada fuerte, y besando su mejilla, tomo la carta sobre la mesa y la abro. Dejándola doblada, me dirijo a la nevera y saco una botella de zumo de manzana.

Mientras me siento a la mesa, mi padre pregunta:

—¿Cómo está Natalia?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Ha estado ocupada últimamente. No tenemos tiempo para hablar, en realidad.

Frunce el ceño.

—Encuentren tiempo. Nina la llama todos los días. Llámala. Hoy.

Despliego la carta y empiezo a leer. Cuanto más leo, más se acelera mi corazón. Mis ojos se abren, empiezo a leer más rápido. Cuando llego al final de la carta, una sonrisa se extiende a través de mi cara.

² El padre dice "hurt in my butt" que significa dolor en el culo literalmente, pero para estas expresiones siempre se dice "pain in the ass".



—No creo que tengas que preocuparte por Nat. —Deslizo la carta. Sus ojos echan un vistazo al contenido, su cara carente de expresión. Añado—: Ella tendrá compañía muy pronto.

Mi padre lee en voz alta:

—Centro de Fisioterapia. Nueva York.

Lanzando mis manos, grito y grito emocionada.

—¡Sí, bebé! ¡Me voy a Nueva York!

Él se desploma hacia atrás en su silla y murmura con tristeza:

—¿Por qué todas me dejan?

Estirándome a través de la mesa, tomo sus grandes manos en la mía y freno mi emoción.

—No es como si no fuera a volver a casa nunca más, Ta. Esta es una gran oportunidad. Hablamos de esto.

—Lo sé. —Sentado recto en la silla, pronuncia con confianza—: Aprenderás, y trabajarás, y algún día ganarás un gran premio, porque eres super inteligente.

Para un hombre que no habla bien inglés, ese halago me golpea duro. Parpadeo las lágrimas lejos y murmuro en voz baja:

—Gracias, papá.

La parte posterior de la puerta corredera se abre y mi madre camina dentro sosteniendo una bolsa llena de comestibles. Tan pronto como nos ve a mi padre y a mí juntos, mira hacia abajo a mis manos cubriendo la suya, nuestras caras tristes, y deja caer la bolsa de la compra con un jadeo.

—¿Alguien murió?!

Está bien, quizás el dramatismo viene de ambos lados de la familia.

Libero la mano de mi padre y camino hacia mi madre con la carta en la mano. La sostengo para que ella la lea. La toma con manos temblorosas, expresión petrificada, antes de que la lea por encima. Susurra:

—Nueva York. —Entonces llora. Y ríe. Y llora de nuevo.

Me tira en un abrazo firme y me mece.

—Oh, bebé. Esto es maravilloso. ¡Esto es emocionante! —Mi garganta se aprieta con emoción y cierro los ojos, simplemente dejando a mi madre sostenerme, porque a veces, la calidez del abrazo de una madre es todo lo que una persona necesita. Besa mi sien—. Vas a hacerlo muy bien. Ahora, llámalos y acepta el puesto antes de que se lo den a otra persona.

Abro los ojos para mirar a mi desgraciado padre y dudo. Mamá susurra:

—Estará bien. Lo prometo.

Mi madre siempre ha sido mi mayor fan, la fan número uno de todas nosotras. Ella es una firme creyente en seguir tus sueños, dondequiera que estén. Besa mi cabeza una vez más antes de liberarme, girándose y golpeando mi culo para que me ponga en marcha. Me río, tomo la carta, y camino de regreso a mi habitación sin herir dedos del pie o rodillas. Tomo el teléfono de mi escritorio y marco el número que aparece en la carta.



—Hola, me gustaría hablar con... —reviso rápidamente la parte inferior de la carta por una firma—... James Whittaker.

Una voz madura responde:

—¿Cuál era su nombre, señora?

—Helena Kovac. Él estará esperando mi llamada.

—Sólo te voy a poner en espera un momento y me aseguro de que él está.

—No hay problema.

Estoy en espera. Cierro los ojos y asiento con la cabeza a la canción que suena, y justo cuando estoy a punto de entonar el coro a la balada, la línea suena. Una voz profunda pero amable me saluda.

—Señorita Kovac. James Whittaker aquí. Por favor, dime que tienes una buena noticia para mí.

Una amplia sonrisa se extiende por mi rostro.

—Gracias por la oportunidad.

Él se ríe.

—La mejor estudiante de su clase. Debería darte las gracias a ti por la oportunidad. Pero, por favor, el suspense me está matando. —Ya me gusta este hombre—. ¿Vas a aceptar el cargo? Sé que tienes que mudarte, pero estaré encantado de ayudar con los gastos de traslado y tal, así como una vivienda temporal.

Definitivamente es bueno saber eso.

—Quiero este puesto, Sr. Whittaker. Mi hermana, en realidad, vive en Nueva York, así que no creo que sea necesaria la vivienda.

La sonrisa en su voz me hace sonreír con más fuerza.

—Por favor, llámeme James. Y eso es genial. Estoy tan contento de tenerte a bordo. Tan pronto como envíes por correo electrónico tu aceptación de la oferta de trabajo, podemos empezar a movernos. —Hace una pausa un momento antes de preguntar con cautela—: ¿Qué tan pronto puedes empezar?

Hoy es martes. Pienso por un segundo. *¿Cuánto tiempo se tarda en empacar mi vida y empezar de nuevo?*

—¿El lunes es demasiado pronto?

James deja escapar una risita.

—Claro que no.

Esto está sucediendo. Está realmente sucediendo.

—No puedo esperar. —Realmente no puedo.

Él responde:

—Sólo ven aquí. Vamos a tomar con calma la primera semana, fácil, entonces, programamos algunos clientes para ti. ¿Cómo suena eso?

Casi susurro:

—Increíble.



—Bien, si necesitas algo, cualquier cosa, simplemente llama. Te daré mi extensión privada, así como mi número de teléfono móvil. —Recita sus números privados antes de hablar en voz baja—. Sé lo que se siente al ser nuevo en la ciudad. Hace cinco años, ese era yo, así que me aseguraré de que tu transición sea lo menos dolorosa posible.

Wow. Eso es tan agradable. ¡Me encanta mi nuevo jefe!

—Gracias, señor Whitt... —Me corrijo rápidamente—. Gracias, James. Estoy deseando un cambio de escenario.

—Te veo el lunes.

Cuelgo y gracias a Dios mi nuevo jefe no es un imbécil de mediana edad. Todavía con mi teléfono en la mano, presiono el número dos de mi llamada-rápida. Ella responde en cuestión de segundos.

—Hola, perra, estaba pensando en ti.

Resoplo.

—Oh, ¿sí? Déjame adivinar... ¿viste a una mujer con barba y te recordó a mí?

—Queso mohoso, en realidad.

Me río antes de aleccionar.

—Nat, la razón por la que llamo...

Ella jadea.

—¡¿Alguien murió?!

Grito exasperada.

—¡Nadie murió! ¡Jesús! ¿Qué pasa con esta mórbida familia?

Nat responde.

—Fuiste toda seria. ¿Qué se supone que debo pensar? Asustaste la mierda fuera de mí.

—Lo siento. Sólo tengo que pedirte un favor, es todo.

Silencio... luego la sospecha llena su voz.

—¿Qué es?

Trato de contener una sonrisa.

—Necesito que me encuentres un apartamento.

Casi puedo ver la confusión en su rostro.

—Um, ¿cariño?, no sería fácil poder hacerlo por ti, ya que no vivo en California ya.

Suspiro.

—Supongo que sí. —Me detengo un momento—. Por supuesto, no necesito un apartamento en California. Necesito un apartamento en Nueva York. Mi nuevo trabajo está en Nueva York, por lo que encontrar un apartamento en California no sería más que una tontería. —Sonrío—. ¡Hola, vecina!

Un jadeo, entonces silencio.



—Cá. Lla. Te.

—No lo haré.

Entonces más fuerte.

—¡Cierra tu puta mentirosa boca ahora mismo!

Una sorprendida risa estalla en mi cara.

—Bueno, ¡eso se puso serio rápido! No, no es broma. Me estoy mudando a Nueva York y necesito un lugar para quedarme. Como, pronto...

Oigo la sorpresa en su voz.

—¿Qué tan pronto?

—Al igual que, el lunes-pronto.

Otro jadeo. Escucho bofetadas y una voz masculina murmurar “Ouch”, y sé que ella da bofetadas de emoción y Asher es la probable víctima del asalto.

—Oh, Dios mío, ¡esto es tan impresionante! No puedo creer que nunca me dijeras que aplicaste aquí, ¡mentiste, saco de mierda!

Las dos nos reímos. Mis hermanas y yo nos hablamos la una a la otra como si nos odiáramos, pero la verdad es, nos amamos mucho. Sólo tenemos una manera extraña de demostrarlo.

La emoción se hace cargo.

—Nunca encontramos a nadie para quedarse a cargo del alquiler de mi viejo apartamento, así que supongo que en realidad vamos a ser vecinas. ¡Vecinas reales! Oh, Dios mío, ¡nos vamos a divertir mucho! ¡Puedes venir aquí todo el tiempo, y vamos a comer juntas y cocinar juntas, y tener fiestas de pijamas! —Jadea, entonces grita—. ¡Va a ser tan divertido!

Me muerdo el labio conteniendo mi sonrisa.

El lunes no puede llegar lo suficientemente pronto.



*Capítulo 2**Selena**Traducido por Leogranda*

Cuatro días más tarde...

Sellando hasta la última de las cajas, miro alrededor de mi habitación. Se ve tan... desnuda. Las paredes están desnudas. El suelo está desnudo. Las estanterías están vacías.

Mi habitación está desnuda.

No sé lo que siento por eso.

Si la punzada en mi pecho es algo por lo que ir, diría que me pone triste. Esta habitación ha sido mía desde el día en que nací. Jugué en este cuarto, crecí en él, busqué consuelo, y me escondí lejos del mundo aquí.

Esta habitación ha sido buena conmigo. Voy a extrañarla.

Ahora, todo lo que queda de ella son las ocho cajas en el suelo. He organizado para que los de la mudanza vengan esta tarde. Me sorprendió gratamente cuando me enteré de que mi nuevo trabajo cubriría todos los gastos. Asher llamó ayer para dejarme saber que el apartamento estaba teniendo una limpieza de primavera por todas las chicas y estaría listo para el lunes. Nat también me dejó saber que tenía la mayoría de los muebles todavía de cuando ella vivía allí, así que no tendría que gastar mucho para instalarme.

Me ofrecí para pagar por los extras en el apartamento, pero Nat rehusó mientras usaba un montón de palabrotas. Pero, por supuesto, yo discutí, lo que hizo que Nat usara algunas palabras desagradables. De repente, Ash tomó el teléfono y simplemente dijo:

—Tú no vas a pagar una mierda, chica. Sólo trae tu culo aquí. ¿Quieres darme las gracias? Aliméntame.

Realmente no hay discusión con Aser. Él es así de firme.

Un barrido final a mi habitación revela una última cosa que necesito hacer, pero estoy desgarrada. Mi cartel de Johnny todavía cuelga detrás de la puerta.

Es la hora.

Pero no estoy lista.

Es la hora. Ha tenido una buena vida. Vamos.

Cerebro está bien. Es el momento. Necesito dejarlo ir.

Caminando hacia la puerta, miro a los ojos de Johnny Depp y mis entrañas se hunden.





—Lo siento. Has sido un buen novio imaginario, pero ahora soy una adulta. No hay espacio en mi vida para un novio. Ni siquiera para uno imaginario.

Pero él sólo me mira fijamente.

—No me mires así. — Pero lo que hace. Me está torturando.

Suspiro cansadamente y froto mi frente.

—No hagas esto más duro de lo que tiene que ser. Por favor, Johnny. Se acabó.

Me está dando dolor de cabeza. Me tomo mi tiempo tirando de él hacia abajo con el máximo cuidado, enrollándolo y colocando una banda elástica alrededor de él. Lo sostengo en mis manos y camino con él a la papelera de reciclaje. Levanto la tapa y lo coloco en ella. Lentamente cierro la tapa y doy la vuelta.

Mi madre está parada allí, mirándome y a la papelera. Asiento con la cabeza solemnemente y susurro:

—Ya era la hora.

Ella sonríe y niega con la cabeza, y con un peso en el corazón, dejó ir a mi primer amor.



Diez minutos más tarde...

Mis pies cubiertos con calcetines se deslizan alrededor en los azulejos de la cocina. Hiperventilando, abro el armario debajo del fregadero y escavo a través del reciclaje hasta que lo encuentro. Agarro a Johnny contra mi pecho agitado y me doy la vuelta para encontrar a mis padres tomando café en la mesa del comedor. Ellos me miran con preocupación.

—Pensé que podías hacerlo.

Me agarro a Johnny fuertemente.

—No puedo hacerlo. Él viene conmigo.

Mientras camino de regreso a mi habitación con Johnny en la mano, doy un suspiro de alivio.

Lo siento, Johnny. Nunca Vamos a no pelear de nuevo.



Capítulo 3

Nax

Traducido por Selene1987



Mis piernas se balancean fuertemente bajo la mesa.

Estoy nervioso.

Doy un sorbo a mi café mientras mis ojos pasan de Nik a Tina. Les veo comer su desayuno, preguntándome cómo saco el tema. Tina se come sus gachas; debe sentir mis ojos sobre ella, porque levanta la mirada a medio bocado. Sus ojos se abren y farfulla lentamente:

—¿Qué?

Rápidamente evito su mirada y meneo la cabeza.

—Nada.

Bébete tu maldito café y mantén la mirada abajo.

Y eso es lo que hago. Evito tanto su mirada, miro directamente a mi taza de café.

El pie de Nik me da bajo la mesa. Con las cejas levantadas, le miro. Con cuidado pliega el periódico antes de dejarlo y mirarme.

Oh oh.

Nik se echa hacia atrás en su silla, cuando de repente, empieza a sonreír, su hoyuelo, casi idéntico al mío, se ve en su mejilla.

Y yo sudo.

—¿Qué?

Me sonríe.

—Estás actuando de manera extraña. Es decir, siempre eres raro, pero ahora estás actuando de manera *más extraña*. —Tina me mira y asiente suavemente.

—No es así.

—Sí es así —discute mi hermano.

—Te quedarás senil cuando te hagas viejo.

Los ojos de Nik se engrandecen. Está un poco sensible con su pelo desde que encontró una cana. Sé que no es un gran problema. Es algo natural. La gente con el tiempo tiene canas. Pero el pelo...

No estaba en su cabeza.

Él se acerca y dice:

—Tu madre.





Yo sonrío.

—Es tu madre también, y le diré que has dicho eso.

Él abre los brazos, burlándose de mí.

—Hazlo. Yo le contaré la verdadera historia de las hojas secas de albahaca de tu cajón de calcetines.

Hijo de puta.

—¡Eran tuyas! ¡Las estaba escondiendo por ti!

Él se encoge de hombros.

—Eso ella no lo sabe.

Me levanto por encima de la mesa para abofeteártelo (lo odia) cuando Tina habla.

—Nik, para.

Le hago un corte de mangas, entonces Tina está tras de mí. Suavemente, por supuesto.

—Max, cariño, haz eso de nuevo y te prometo que no tendrás cupcakes durante un año.

Carraspeo. ¡No lo haría! Pero la mirada en su cara me dice que sí que lo haría. Me siento de nuevo en mi silla.

—Mierda, eres mala cuando estás embarazada.

Ella sonríe dulcemente mientras se frota su barriga redonda.

—Supongo que me pongo un poco cascarrabias estos días.

Añado:

—Y emocional.

Nik sonríe.

—Y cachonda.

Tina grita:

—¡Nik! —al mismo tiempo que yo pongo una cara y grito:

—¡Hombre!

Me encanta Tina, y es un bombón, pero no quiero pensar en ella de ese modo. Sobre todo con el Viejo Hombre River por aquí. No puedo evitarlo. Me giro hacia Nik y sonrío cruelmente.

—¿Y cómo está tu vello púbico canoso? ¿Solitario?

Chirria una silla, entonces estoy en el suelo con dos manos alrededor de mi cuello, ahogándome.

—¡Cierra la boca, estúpido!

Tina ríe dulcemente, ignorando completamente el hecho de que su marido me está dejando sin respiración.

—Oh, cariño, no es tan malo. Arráncalo y ya está. No pasa nada. Te quiero a ti y a tu vello púbico canoso.



Las manos de Nik aún siguen en su sitio mientras la mira.

—¡Si lo arrancas, saldrán más!

Ella se encoge de hombros.

—Pues que salgan más. También querré esos pelos grises.

Mirándola, me menea, ahogándome y contestándole al mismo tiempo. Nik es un multitarea.

—¡No lo harás! ¡A nadie le gusta el vello púbico gris! —exclama.

Ella le mira y sonríe dulcemente.

—A mi sí. —Y lo dice de verdad.

Tina en serio es lo mejor.

Nik me empuja. Mi cabeza golpea el suelo con un ruido sordo. Jadeo. Me froto la parte de atrás de mi cabeza y murmuro:

—Eso ha dolido, cabrón.

Se pone de pie, entonces me alarga una mano. La acepto, pero antes de hacerle una llave y mostrarle cómo se ahoga como un hombre, mi razón de vivir sale del pasillo.

—Papi, no puedo encontrar mi mochila del colegio.

Sonrío, aunque parece frustrada, y me giro hacia ella. Su largo pelo rojizo-moreno ha sido peinado y atado.

—Te has peinado —frunzo el ceño—, tú sola. —Me enfurruño, lo sé, pero ya no puedo hacer muchas cosas por mi niña. Y me gusta hacerle cosas a mi niña. Soy su papi, se me permite gustarme ser útil. Tina se aclara la garganta, y estoy seguro de que si estuviera lo suficientemente cerca, me habría pegado. Rápidamente cambio mi mueca por una sonrisa orgullosa y paternal—. Lo que es genial. Bien por ti, cariño.

Ceecee mira a su regazo, ocultando sus mejillas sonrojadas. Siente vergüenza muy rápidamente, mi pequeña. No lleva muy bien los cumplidos. Es una pena para ella que yo le esté dando cumplidos todo el maldito tiempo.

El nombre de mi hija es Cecilia, pero teniendo en cuenta que la nombramos así por su abuela, nos gusta llamarla Ceecee. Nació muy sana. No fue planeada ni nada, y tengo que admitirlo, descubrir que Maddy estaba embarazada fue una de las cosas más terroríficas de mi vida, pero pronto me hice a la idea de ser un padre joven. De hecho, pronto, me encantó la idea, y no podía esperar para sujetar a mi bebé en mis brazos. Maddy, la madre de Ceecee, estaba igual.

Pero una vez que llevamos a Ceecee a casa, las cosas cambiaron.

Maddy estaba constantemente infeliz, enfadándose con Ceecee por llorar, sin querer abrazarla, alimentarla, ni cambiarla. No hacía falta ser un genio para descubrir que Maddy no estaba teniendo unión con Ceecee, y no mucho después, le diagnosticaron depresión postparto.

Yo no sabía qué hacer, pero no pasaba nada. Mi familia decidió por mí. Mamá hizo que nos mudáramos a su casa. Siempre me sentí como una carga, ocupando su espacio, pero tenía que trabajar para traer dinero para vestir a mi mujer y mi



bebé, así que mientras me dejaba el culo trabajando, mamá y mis hermanas vigilaban a las chicas, ayudando en lo que podían. Más bien cuando Maddy las dejaba.

No pretendo ser un santo en todo esto. Era joven y estaba al borde. Puedo recordar enfadarme y gritarle a mi chica para que se fuera de mi cama y cuidara a nuestra hija. Recuerdo haberle dado una ducha fría después de pasar días en la cama. Recuerdo llorar por la confusión, frustración y la impotencia. Simplemente no podía entender por qué odiaba a nuestra hija. No podía entender por qué no podía ver la belleza de nuestra hija.

La verdad es que la depresión parece negro o blanco, pero la depresión es muchos tonos de gris. Es muy fácil pensar cosas como: Por *qué no puede...* o *Simplemente debería...*, pero no es así de simple. Pasé todo mi tiempo libre buscando las causas de la depresión, porque si encontraba la fuente, podría arreglarlo. Resulta que el detonante es diferente para cada persona.

La depresión no hace que una persona sea débil. La gente con depresión vive sus vidas. Algunas viven con dolor, y no el tipo de dolor que puedes ver, sino dolor en el corazón, y dolor en la mente. Siguen adelante mientras parece que su mundo se está desmoronando a su alrededor. Si me preguntas, la gente que lucha contra la depresión son algunas de las personas más fuertes ahí fuera.

Vivir con mamá parecía estar funcionando. Mi madre es toda una mujer. A pesar de lo frustrante que fue vivir juntos, mamá cuidaba a Maddy con amor y afecto, siempre diciéndole que lo superaríamos como una familia. Y, sin saberlo, Maddy empezó a sonreír de nuevo. Entonces empezó a abrazar a Ceecee, alimentarla, cambiarla, y bañarla. Lo estaba logrando. Estaba luchando.

Maddy se estaba curando.

Mamá y yo estábamos confiados de que Maddy estaba ganando su batalla contra la depresión. Era una persona diferente a la de los meses anteriores, y empezaba a ver a la mujer de la que me enamoré de nuevo. La vida iba bien.

Pero sólo duró un segundo.

Recuerdo la llamada telefónica. Recuerdo escuchar lo que mi madre estaba diciendo, pero sin oírlo en realidad. Recuerdo mi corazón morir lentamente. Recuerdo los hospitales. Recuerdo las batas. Recuerdo mirar a mi chica y preguntándome qué tamaño de ataúd debería conseguirle. Recuerdo elegir el rosa, porque era mi princesita, y las princesas siempre llevaban rosa. Recuerdo a Maddy... desaparecer sin más.

Esto es lo que no recuerdo...

No recuerdo odiar a nadie tanto en mi vida como odié a Maddy. Y aún la odio.

En cuanto a lo que sabía la gente, fue un accidente. Maddy le estaba preparando el almuerzo a Ceecee, que solamente tenía un año, y la sentó en la encimera mientras preparaba las cosas que necesitaba del frigorífico. En cuanto a lo que sabía la gente, Ceecee se cayó de la encimera y se golpeó con el taburete al caer, lastimándose la columna vertebral. Sí, eso pasó.

Lo que los demás no saben es que Ceecee había estado quisquillosa esa mañana. Maddy la había colocado en la encimera, frustrada de luchar con una Ceecee llorona, y se dio la vuelta. Lo que los demás no saben es que cuando



Ceecee empezó a llorar, Maddy se enfadó. Se enfadó tanto que se giró hacia el frigorífico, echando chispas, y le gritó a mi bebé. Le gritó mucho.

Ceecee se asustó. Su pequeño cuerpo se puso rígido, y ahí es cuando se cayó.

En cuanto a lo que sabía todo el mundo, eso nunca ocurrió. ¿Cómo sé que pasó eso? Maddy me envió una carta después de desaparecer, una carta que aún tengo al día de hoy. La recibí cuatro días después de que se marchara. Resulta que se fue y se entregó a la policía. Había estado bajo observación por suicidio. Parte de mí estaba tan enfadado con ella que deseé que se suicidara.

Mucho ocurrió mientras tanto. Ceecee tuvo una operación tras otra. Siempre estaba o sedada o gritando de agonía. Lloraba mucho en ese tiempo, y yo lloraba con ella. No entendía qué había hecho para que eso sucediera. Pero la respuesta es simple:

Cosas de mierda ocurren.

Encuentras una manera para sobrellevarlo y sigues con ello. Puedes ser la rama que se rompe, o el árbol que se menea con el viento. Depende de ti.

Ceecee ya había perdido a su madre. No estaba a punto de perderme a mí. No entonces, ni nunca. Pasamos tanto tiempo en el hospital que nos tuteábamos con todos los médicos y enfermeras en el ala de pediatría. Mi madre alimentaba al personal. Nos intercambiábamos regalos de Navidad. Rápidamente se convirtieron en nuevos miembros de nuestra ya gran familia. Fueron increíbles. No sé qué hubiera hecho sin ellos. A pesar de lo amargado que estaba, o de lo frustrado que estaba, siempre cuidaron de nosotros y lo hicieron con una sonrisa. Médicos, enfermeras, personal del hospital... estuvieron increíbles.

La columna vertebral de Ceecee está dañada. No hay manera de arreglarlo. Simplemente teníamos que aprender a aceptarlo.

—¿Has mirado en tu habitación?

Ceecee se queda mirándome, con los ojos entrecerrados, meneando la cabeza lentamente.

—Uh, sí. Sí, lo he hecho.

Levanto las manos.

—Entonces no tengo ni idea.

Ella lleva su silla de ruedas hasta el comedor, lo suficientemente cerca de Tina para ser asaltada con besos y abrazos. Ella resopla con un:

—Simplemente no sé dónde la dejé.

Y yo sonrío. Dios mío, es adorable.

Nik enrolla su periódico y golpea juguetón la cabeza de Ceecee con él.

—No creo que mi grillo me haya dado los buenos días aún, Tina.

Tina la abraza aún más y mira a su marido, con amor en sus ojos.

—Creo que tienes razón, pero no creo que la princesa esté de humor para tus juegos, cariño.

Ceecee ya tiene casi trece años. Ya no es una niña, pero aún no es una adolescente, está atrapada en el medio. Puedo ver cómo cambia cada día. Cada



día. Estoy dividido. Ojalá hubiera alguna manera de hacer que dejara de crecer, pero al mismo tiempo, no puedo esperar a ver mi hija florecer en una buena mujer que sé que será. Pero Tina tiene razón, Ceecee ha estado muy frustrada últimamente. Sé que tiene que ver con crecer. Demonios. Me he estado sintiendo intimidado por los cambios hormonales que se avecinan.

Por suerte para mí, tengo a mis hermanas, mamá, Tina, Nat, Lola y Mimi para ayudarme con esas charlas cuando lleguen. Es decir, ¡venga! Hablar con mi pequeña sobre su periodo y qué esperar cuando no tengo ninguna jodida pista de lo que es, es simplemente es ridículo.

La cara de Ceecee se suaviza. Con un pequeño suspiro, se acerca con su silla al lado de Nik, y sonriendo, él se acerca, dándole un gran abrazo. Sus ojos se cierran mientras ella descansa su cabeza sobre el hombro de él. Él le susurra algo en el oído que no puedo oír. Solamente escuchó su respuesta:

—Lo sé. Te quiero, tío Nik.

Él la besa en la frente, se pone de pie, junta sus manos como si estuviera trabajando.

—Claro, la mochila del colegio. Tú mira en la cocina y yo miraré en los demás sitios.

Ceecee se marcha a la cocina, y Nik busca en el resto de la casa. Me hace falta un tiempo antes de darme cuenta de que aún estoy de pie en medio del comedor, observándoles.

No sé qué hubiera hecho sin Nik cuando Ceecee llegó a casa del hospital. Nos hizo mudarnos a su casa y pasó tanto tiempo como yo atendiéndola, y trabajaba a tiempo completo mientras yo me tomé un tiempo libre. Pero trabajó tanto como yo, quizás más, asegurándose no sólo de que Ceecee estuviera bien cuidada, sino de que yo durmiera lo que necesitaba y me alimentaba.

Es mi héroe. Jamás se lo he dicho. Es un buen hombre. Se merece una buena vida, una vida invertida en su familia. Su nueva familia, no en la que nació. Por eso en parte hace que esto sea difícil. En realidad no quiero hacer lo que voy a hacer, pero siento que lo necesita. El momento es el adecuado.

Nik grita.

—¡La encontré!

Ceecee responde:

—¿Dónde la había dejado?

Mientras Ceecee sale de la cocina, Nik está en el pasillo de la entrada con la mochila del colegio en la espalda. Se acerca a su silla y responde:

—En la puerta principal, princesa.

Ceecee menea la cabeza, pero una pequeña sonrisa aparece en su cara. Se encienden sus mejillas y farfulla un avergonzado:

—Lo siento.

Un claxon suena enfrente de la casa y Ceecee se mueve hacia el autobús escolar. Mientras pasa a mi lado, abraza mis piernas. Me agacho para besarle en el pelo.



—¡Diviértete!

Ella arruga la nariz.

—Es la escuela, papi.

Le doy mi mejor sonrisa.

—Lo sé. Sufre.

Ella golpea mi muslo mientras intenta esconder su sonrisa y yo bromeo saltando.

—Ouch, chica. Tenemos que apuntarte a clases de boxeo.

La observo mientras va por el pasillo. Mientras se abre la puerta principal, ella dice:

—¡Adiós! ¡Los quiero!

Todos respondemos a la vez:

—¡Te quiero!

Me duele el corazón. Voy a echar esto de menos. La puerta principal se cierra y me giro hacia Nik y Tina. Los dos me sonríen. Pero lo que digo hace que su sonrisa desaparezca rápidamente.

—Así que —empiezo—, vamos a mudarnos.



Capítulo 4

Nax

Traducido por Gemma.Santolaria

Nik y Tina parpadean hacia mí, el rostro de Nik lleno de confusión, mientras que la boca de Tina se abre. Y yo sólo me quedo aquí, muy lejos de abrazar el incómodo silencio, deseando ser el hombre invisible para que pudiera perder mi sudadera y bóxer y salir de aquí.

El acento de mi hermano se espesa en frustración o ira. Así que, ahora mismo, cuando dice:

—¿De qué mierdas estás hablando, hombre?

Realmente suena cómo “¿Qué merd está hablando, ‘bre?’”.

Los ojos de Tina pierden el foco. Ella niega con la cabeza, tratando de entender lo que acabo de decir antes de levantar su mirada triste hacia mí.

—Cariño, ¿qué en el mundo estás diciendo? No te puedes mudar. Este es el hogar de Ceecee. Tu hogar.

Bajo mi barbilla, pongo mis manos en mis caderas, y reboto una pierna. Pienso en qué decir sin que suene como un idiota.

—No. Este es su hogar. Tienen dos niñas y una familia en crecimiento. Sí, Ceecee fue criada en esta casa, pero no es nuestra. —Me atrevo a mirar a Nik—. Nunca lo fue.

Se encoge de hombros ligeramente.

—No entiendo de dónde viene esto. ¿Qué ha pasado?

Tomo una profunda respiración, levanto mis brazos, descanso mis muñecas en mi cabeza y respondo con una exhalación.

—Nada ha pasado. No es así. Esto no es una decisión tomada con ira ni nada...

Pero Nik no me escucha. De inmediato se pone de pie y se mueve delante de mí.

—Sea lo que sea, lo arreglaremos. Dime qué está pasando...

—No es nada. Lo prometo...

—Tiene que ser algo. Dime lo que tengo que hacer para que cambies de opinión.

—No entiendes lo que estoy diciendo.

Tina se encuentra en la mesa, acercándose a mí, pero yo retrocedo, con las manos advirtiéndola. Cuando Tina te abraza, no hay mucho que no harías por ella. Mantengo mis brazos hacia fuera.





—No lo hagas, Tina, no en este momento. Necesito mi mente clara.

Nik se vuelve rápidamente enojado.

—No me jodas Max. Dime cuál es el problema.

Frustración estalla dentro de mí, y la ira caliente y fundida se arroja fuera de mi boca.

—¡Joder, hombre, no todo es acerca de ti! ¡Se trata de mí! ¡Se trata de Ceecee! ¡No se trata de ti, o Tina, o las chicas! Es sobre mí y mi chica. Eso es todo.

La voz tranquila de Tina atraviesa mi ira, bajándome los humos. O más.

—¿No eres feliz aquí?

No hay un espectáculo más triste que ver a Tina disgustada. Esta mierda aguijonea. Rápidamente estiro mi brazo y sostengo su mano.

—No, cariño. No es por eso. —Paso una mano por mi pelo—. No me estoy explicando como debería.

Nik cruza los brazos sobre su pecho, viéndose agitado, pero sonando paciente.

—Tómate tu tiempo.

Libero mi agarre de la mano de Tina y la muevo para que nos sentemos en el sofá. Me quedo tranquilo un momento, pensando en lo que debería decir, no lo que mi boca parece decir.

—Bien. Así que, hemos estado aquí siempre, ¿no? —Nik asiente—. Hemos sido realmente felices aquí, Nik. Tú nos ayudaste cuando te necesitaba, y yo miraba por Ceecee y en la gran pequeña dama que se está convirtiendo —mi garganta se espesa—, y eso es por ti.

Las duras facciones de Nik se suavizan con su mirada. Evito sus ojos y sigo adelante.

—Pero me quedé demasiado tiempo. Me quedé cuando debería haberme marchado. Dejé que esto siguiera, y ahora es difícil. Deberíamos habernos marchado cuando era fácil, porque la idea de mudarme ahora —mira a Tina—, me da palpitaciones en el corazón.

Tina rápidamente declara.

—¡Entonces no te vayas! Te amamos. Te queremos aquí. Hay un montón de espacio para todos nosotros; solo no te vayas.

Sonrió tristemente a los dos y luego dejó caer una bomba.

—Ya he comprado una casa.

Nik pasa sus manos a través de su cara y suspira.

—Joder.

—Escuchen, es el momento. Hemos estado aquí por diez años de más.

Nik interviene acaloradamente.

—Yo te quería aquí. —Hace una pausa, sus ojos suplicando—. Te quiero aquí, hombre.

Sacudo mi cabeza y con suavidad pero con firmeza, le digo:



—Te amo por eso —y lo digo en serio—, pero tengo que empezar a vivir otra vez. Necesito mudarme. Maddy... —respiro entrecortadamente—... me jodió, y estuve roto durante mucho tiempo. Pero ya no estoy roto. Nosotros no estamos rotos nunca más. Tengo que hacer lo que debería haber hecho años atrás. Tengo que tomar las riendas de mi vida —miro hacia arriba para encontrar los ojos de Nik—, y por fin estoy preparado para ello.

—Bueno esto jodidamente apesta.

Nik y yo nos volvemos commocionados para mirar a Tina. Tina nunca maldice. Nunca.

Ella nos ve mirándola, sorbe, y hace pucheros.

—Bueno, lo hace.

Nos quedamos allí, no muy seguros de qué decirnos el uno al otro, tomando un incómodo y lleno de preguntas silenciosas. No es una buena sensación. Una especie de acidez. Nik asiente.

—Supongo que iba a pasar con el tiempo. Quiero decir, no es como que me hubiera imaginado a Ceecee marchándose de aquí para ir a la universidad. —Pero por el tono de voz y su mirada en sus ojos dicen que lo hizo.

Tina pregunta en voz baja.

—¿Ella ya lo sabe? —Niego con la cabeza, porque las palabras me fallan.

Nik pregunta:

—¿Dónde está la casa?

Esto, al menos, hace que alguna tensión desaparezca.

Señalo al este, escondiendo mi sonrisa y agitando mi mano alrededor.

—Por allí.

El rostro de Nik se vuelve de piedra.

—¿Dónde?

Señalo de nuevo, esta vez con sentimiento. Mi sonrisa se abre paso.

Los labios de Nik se inclinan hacia arriba.

—Tú no lo hiciste.

Tina pregunta:

—¿Hacer qué?

—Lo hice —respondo con elegancia.

Tina repite, más fuerte.

—¿Hacer qué?

Nik cubre su cara con sus manos mientras su cuerpo se sacude en una risa silenciosa.

—Tú, astuto hijo de puta.

La voz de Tina bordea la histeria.

—¡Me estoy volviendo loca! ¡Que alguien me diga qué demonios está pasando!



Sonrió hacia ella. Nik niega con la cabeza y cuenta la buena noticia.

—Parece que tenemos un nuevo vecino.

Ella jadea, su cuerpo temblando en un arrebato de emoción.

—¡Cállate! —Ella salta arriba y abajo por el lugar, a continuación, chilla—: ¡Oh, gracias a Dios! —Sin ser capaz de perder la sonrisa de su cara, ríe y pregunta—: ¿Dónde está la casa? ¿Podemos verla?

—Claro. Vamos.

Tina corre por el pasillo, su vientre rebotando en el camino.

—¡Vamos chicos!

Nik y yo caminamos detrás de ella. Él se ríe.

—Ella no tiene ni idea. Va a emocionarse.

Sonrió.

—Oh, lo sé.

Mientras salimos de la casa, Tina espera por el coche, esperando que Nik lo abra. Mientras él camina hacia ella, él engancha un brazo alrededor de su cintura.

—No malgastemos gasolina.

Tina le permite llevársela, pero sus ojos se estrechan hacia mí sospechosos. Me muevo a su lado libre para caminar con ellos. Caminamos por la entrada, y cuando llega a la acera Tina mira de reojo a la luz del sol, girando a la izquierda y luego la derecha.

—¿Qué camino?

Me muevo para quedar detrás de ella, suavemente agarrando sus caderas con mis manos, y moviendo su cuerpo para hacer frente a la calle. Puedo sentir su confusión saliendo de ella, pero no dice una palabra. Sé el momento exacto en el que se da cuenta. Jadea, y luego se cubre la boca con ambas manos. Su cuerpo se vuelve hacia mí muy, muy lentamente.

Ojos muy abiertos encuentran los míos. Susurra:

—¿Te estás mudando al otro lado de la calle? —Sonrió tan duro que mis mejillas duelen. Tina chilla, entonces se lanza a mis brazos, riendo—. Eres un hombre muy, muy astuto Max Leokov. Y te amo a muerte. —Grita a través de su risa—. ¡Te amo!

Tina se niega a liberar su agarre de mono de mí, y eso está bien conmigo. La sostengo mientras mi mirada vuelve a mi nueva casa, enfrente. La mano de Nik apretando mi hombro me trae de vuelta a la realidad. Miro hacia él, preguntándole con mis ojos. Su rostro sonríe con orgullo, y aunque no lo necesite, se siente bien tenerlo, sobre todo viendo de Nik. Mi garganta se espesa. La aclaro y anuncio:

—Se lo diremos a Ceecee esta noche.

Tina se mueve hacia atrás de mí, y se ve nerviosa. Toma mi mano entre las suyas y pronuncia:

—Sí. Le diremos como una familia. —Sonríe, aunque no llega a sus ojos—. Estoy segura de que todo estará bien.

Asiento. Sí. Estoy seguro de que lo estará.



La cara de Ceecee se llena de lágrimas y me rompen el corazón.

—¿Por qué? ¿He hecho algo mal?

Esta no es la forma en que esperaba que salieran las cosas. Sucedia tan diferente en mi cabeza. En mi estúpida, estúpida cabeza. Me muevo para abrazarla, pero se aleja de mí. Tina y Nik inmediatamente tratan de explicarlo.

—¡No, ángel! Definitivamente no. ¡Te amamos!

—Aww, grillo. Tú sabes que no es así.

Su respiración se entrecorta por el llanto. Ella susurra tristemente.

—No me quiero ir. Amo este sitio.

Trato de ser la voz de la razón.

—Nena, no podemos vivir aquí para siempre.

Ella me mira y sorbe.

—No quiero estar sola.

Sonrío hacia ella, aunque mi corazón efectivamente ha sido arrancado de mi pecho.

—No es como si fuéramos a estar muy lejos. Estaremos justo al otro lado de la calle. Puedes venir aquí cada vez que quieras.

No estoy preparado para su ira.

—¡Entonces vete! —Gira sus ruedas y se aleja de mí. Justo cuando llega al pasillo, dice en voz alta—: ¡Vete, siquieres! ¡No me importa! —Su golpe asesino hace que se me escape un suspiro—. No te necesito de todos modos.

Nik se mueve hacia mí, con la cara llena de simpatía. Levanto mis manos en señal de alto. No quiero a nadie cerca de mí en este momento. Miro hacia abajo al suelo y me escapo al patio. Camino la mitad del camino hasta las escaleras y tomo un asiento, cerrando los ojos, respiro la brisa de la tarde. Un suspiro se me escapa.

Ten un niño, dijeron. Será divertido, dijeron.

Una risa sin humor retumba en el fondo de mi garganta. Me quedo en las escaleras durante mucho tiempo, incluso horas, y todavía no puedo entender qué coño puedo hacer o decir para consolar a mi bebé.

A veces, la vida es dura.



*Capítulo 5**Selena**Traducido por Raeleen P. e Isa 229*

Esta mañana fue tan memorable como fue originalmente planeada. Y por memorable me refiero a llantos de familiares, correr al aeropuerto y despedirme torpemente de mi hermana mayor.

Me desperté a las cinco a.m., tomé una ducha y comí un pequeño desayuno que consistía en pan tostado y café. Mis maletas, ya listas, estaban en la puerta principal listas para marcharme. Las cajas con mis cosas se habían ido hacia una semana y Nat llamó para decirme que ya habían llegado. Les agradecí a los dioses por ese envío. Habría apestado no tener mis cosas cuando llegara. Nat me preguntó si quería que desempacara las cajas y rápidamente grité un no. La verdad es que no dejé mi vibrador en casa. Por dos razones.

Razón número uno: seguramente mis padres lo habrían encontrado.

Eww.

Razón número dos: lo necesitaba. Es parte de mi ritual antes de dormir. Me agota y me ayuda a dormir. Y mientras no tenga novio o incluso un compañero de cama, me va a acompañar. Y no quiero que mi hermana vea esa mierda.

No me malentiendan. Mis hermanas y yo hablamos de sexo y lo hacemos abiertamente, pero una cosa es hablar de sexo y otra es ver un consolador largo, grueso de plástico color morado que vibra que tu hermana nombró Sir Squeal-A-Lot³.

No necesita ver eso. Nadie necesita ver eso. Ni yo necesito ver eso. ¿Por qué creen que voy a mi lugar feliz en la oscuridad antes de dormir?

Nos apresuramos al aeropuerto, donde me formé junto con otras diez mil personas que viajaban hacia la raja del trasero del amanecer. Casi le tiré mis maletas al pobre ayudante. Solo quería estar ya en Nueva York. Estaba emocionada. Iba a ser un gran cambio para mí. Uno bueno, lo presentía. Pero, puede que hubiera omitido un detalle cuando hablé con Nat.

Puede que le haya dicho que llegaba a las seis de la tarde. No a mediodía. Les diré por qué lo hice. En primer lugar, Nat habría tenido que salir temprano de trabajar para recogerme, lo que habría sido una inconveniencia. En segundo lugar, habría llevado a todos sus amigos, y lo habrían hecho un evento, cosa que no me gusta para nada. En tercer lugar, y puede que suene raro, pero cuando esté por primera vez en mi departamento, me gustaría estar sola para familiarizarme mejor con mis alrededores. Y sí, he visitado a Nat antes, así que ya he visto el departamento, pero no revisé todos los cajones y alacenas de Nat.



³ Sr. Gritón o Sr. Grita-Demasiado.



Necesitaba un poco de tiempo.

Cuando me despedí de mis padres y los abracé fuertemente, tratando de memorizar sus aromas, estuve sorprendida de descubrir que no estaba triste de irme. Habría pensado que derramaría una lágrima o dos, pero no. Después de mis padres, me paré frente a Nina. Puso sus manos en sus bolsillos y miró hacia el suelo, evitando mis ojos. Nina nunca era emocional.

Nunca.

Jamás.

Debió haberme preocupado, pero me hacía una pésima hermana decir que me hizo feliz. Creo que derretí a la reina de hielo. Se aclaró la garganta.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

Le di una palmada a mi equipaje de mano.

—Todo. Estoy bien.

Me dio un vistazo.

—Vienes a casa para Navidad, ¿verdad?

Abri la boca para decir que sí pero entonces me lo pensé mejor. Me encogí de hombros ligeramente.

—Si tengo tiempo, definitivamente.

Esta respuesta no la apaciguó. Para nada. Frunció el ceño.

—Más te vale venir de visita.

Le sostuve la mirada.

—¿Por qué no vas tú a visitarme a mí?

Hizo una cara.

—Porque tengo un salón que dirigir y sería más fácil que tú nos visitarás aquí.

Puse una mano en mi cadera. Ah sí, sabía que se había metido en una pelea.

—Bueno, ahora tienes dos hermanas en Nueva York. Baja tu gordo trasero y ve de vacaciones con nosotras alguna vez.

Cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Por qué debería? ¡Ustedes son las culeras que se fueron!

Continué mirándola fijamente mientras ella fruncía el ceño.

—Bien.

—Bien.

Nos quedamos así por un minuto aproximadamente antes de ceder. Extrañaría a mi hermana. Amo a mi hermana. A pesar de que sea una completa idiota.

Con un suspiro y rodando mis ojos, me acerqué hacia ella y la tomé en un fuerte abrazo. La maldita no me regresó el abrazo por un minuto entero, pero luego sus manos agarraron gentilmente la espalda de mi chaqueta y presionó su cabeza en mi hombro. Sentí humedad ahí. Besé su mejilla y susurré:

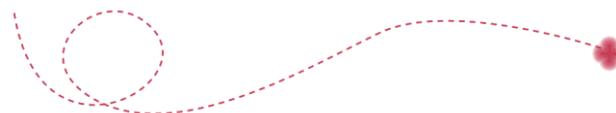


—Vendré a casa para Navidad.

Inhaló y sollozó.

—Iré a visitarlas. Lo prometo.

Nos abrazamos fuertemente hasta que emitieron un anuncio encima de nuestras cabezas. Estaban abordando mi vuelo. Me despedí con la mano de mi triste familia y abordé el vuelo a mi nueva vida.



Nat me dijo que había dejado la llave con una ancianita en el departamento 309, el departamento frente al mío. Tan pronto aterricé, junté mi equipaje y tomé un taxi hacia el complejo de apartamentos. Cuando estuvo a la vista, rompí en una gran sonrisa y las mariposas volaron alrededor de mi estómago, una combinación de nervios y emoción fluyó me recorrió.

El taxista es tan amable de ayudarme con mis maletas. Las llevamos por las escaleras hasta mi departamento en el primer piso, le pago y después toco en el departamento 309. No pasa ni un segundo antes de que abran la puerta con un estruendo discordante cuando la cadena de seguridad impide que se abra por completo. Salto y subo una mano hasta mi pecho. Me dio un susto de muerte.

Un rostro arrugado aparece en el espacio, cubierto con unas gafas de cristal de botella. Fuerzo una sonrisa.

—Hola. Soy Helena Kovac. Mi hermana Natalie me dijo que dejó una llave para mí con usted.

La carita de la mujer se arruga por la confusión. Grita:

—¿Qué?

Parpadeo.

¿Me estás tomando el pelo, Nat?

Aclaro mi garganta y hablo más fuerte.

—Mi hermana Natalie dice que tiene una llave para mí. —Pero la señora sólo parpadea. Inclino la barbilla para impedir que ría. Después de que estoy controlada, levanto mi cara y sonrío. Señalo mi oído y digo—: ¿Puede oírme?

Pero la mujer sólo me frunce el ceño.

—Tienes que hablar más fuerte. Mi oído ya no es como antes.

Asiento comprensivamente y casi grito.

—Mi hermana Natalie dice que tiene una llave para mí. Soy Helena.

La mujer frunce el ceño.

—No necesita gritar, jovencita. La escucho perfectamente, muchas gracias.

¿Qué demonios, anciana?

Vuelvo adentro y cierra la puerta. Espero pacientemente pero no pasa nada.



Me ha abandonado.

Vuelvo a tocar. La puerta se abre y la ancianita me mira sobre sus gafas, expectante. No sé muy bien qué está pasando así que sólo me quedo ahí, regresándole la mirada. Cuando hace el ademán de cerrarme la puerta en la cara, digo rápidamente:

—Necesito la llave que Natalie le dejó para poder entrar a mi nuevo departamento.

La mujer parpadea.

—Tienes que hablar más fuerte. Mi oído ya no es como antes.

Ay, por el amor al pastel.

Inclinó mi barbilla y mi cuerpo se sacude por mi risa silenciosa. *Nueva York, ya me gustas.* Levanto la cara y lenta, clara y fuertemente hago una pregunta.

—¿Conoce a Natalie del 307? —Señalo la puerta del departamento de Nat para echarle una mano.

La mujer mira el departamento de Nat y luego a mí.

—No está en casa. Trabaja.

Le vuelvo a explicar.

—Soy su hermana. Acabo de venir de California. —Señalo a las maletas a mi lado—. Necesito la llave de mi nuevo apartamento. —Apunto hacia mi nuevo departamento antes de hacer gesto de abrir la puerta.

La carita de la anciana brilla al entenderme. Sonríe.

—¡Eres la hermana!

Brillo en respuesta.

—¡Soy la hermana!

Se ríe.

—Necesitas la llave.

Me río y se lo confirmo.

—¡Sí! ¡Necesito la llave! La llave, por favor.

Asiente y da un paso hacia su departamento.

—Un segundo, cielo.

Cierra la llave y yo suelto un suspiro de alivio. Y espero. Y espero un poco más.

Nada.

Vuelvo a tocar. Quizá necesita ayuda para buscar la llave. La puerta se abre y la viejita me mira sobre sus lentes como si me estuviera viendo por primera vez.

Una parte de mí se quiere reír pero la otra parte de mí quiere golpearle la cabeza para que pueda buscar la condenada llave yo misma. Sonrío dulcemente.

—¿Ya tiene la llave? En verdad necesito entrar.

La mujer parpadea.

—Tienes que hablar más fuerte. Mi oído ya no es como antes.
Paso una mano por mi cara.
*Oy vey.*⁴



Me toma unos cuarenta y cinco minutos completos para hacer que la Sra. Crandle me dé la bendita llave. Resulta que no sólo tiene mal oído y mala memoria, sino que además tenía mil gatos, los cuales quería presentarme. Por sus nombres.

Me hizo prometerle que iría a tomar el té con ella en algún momento y le prometí que lo haría.

Me río por el alivio cuando pongo la llave en la cerradura y abro la puerta. Alivio de saber que esta es la llave de verdad y no estaré en otra guerra de palabras con la Sra. Crandle. Abro la puerta y arrastro mis maletas al interior. Cierro la puerta y miro a mi alrededor. Mis cajas están apiladas ordenadamente en la pared de la derecha.

Un pensamiento repentino se me viene a la mente. ¿Puedes empacar toda tu vida en ocho cajas?

Es un poco triste. Ni siquiera son cajas grandes o extra grandes; son de tamaño medio, llenas de basura. Sí, basura, pero amo a toda esa basura. Dejando ese pensamiento de lado, saco mi teléfono de mi bolsa y le mando un mensaje a Nat.

Yo: Estoy en el apartamento. No seas pesada. No quise molestarle. ¡El lugar parece asombroso!

Aproximadamente treinta segundos más tarde, mi teléfono suena.

Nat: ¡TÚ, SUCIA SABANDIJA! SABÍA QUE ESTABAS MINTIENDO. ¡SIEMPRE MIENTES! ¿POR QUÉ MIENTES?

Me rio disimuladamente.

Yo: Lo que sea, chica. Te veré después del trabajo.

Nat: Voy a abrirte un nuevo año. Pero traeré cupcakes.

Mis ojos se ensanchan en la última parte. Salivo. Adoro los cupcakes.

Yo: ¡Ah Um Yee! Porfis porfis porfis trae los de caramelo salado. Y los de brownie cubiertos con choco-fudge. Y tal vez los de crema de vainilla. ¿Sabes qué? ¡No me importa cuáles, porque son CUPCAKES!

Nat: Ahora no tendrás ninguno.

Yo: Eres una come vaginas.

Nat: Y tú tienes el culo peludo.



⁴ Abreviación de una exclamación de exasperación en Yidis “Oy vey iz mir”, que significa algo así como “Ay, no”.



Me eché a reír. Mi hermana es tan vulgar. Amo eso de ella.

Yo: Te amo. Bs.

Nat: Yo tmb. No puedo esperar a verte. Aunque seas un saco mentiroso de mierda. Bs.

Ahh, ¿sienten el amor?

Tomo mis maletas y las ruedo hacia el dormitorio. Y me detengo abruptamente en mi camino. Parpadeo, luego retrocedo hacia el pasillo. Sacudiendo mi cabeza, voy de puntillas hacia mi dormitorio.

Hay un hombre en la cama. Un hombre echado al estilo águila, cara abajo, justo en mi cama.

Mi corazón se acelera.

Por la manera en que su espalda se mueve de arriba abajo en un movimiento plano, sé que está dormido. Mi cabeza me dice que llame a la policía, pero si hago eso, tengo que estar segura de que estoy en peligro. Ahora mismo un hombre durmiente en mi cama no parece una gran amenaza. Pienso con fuerza durante un momento antes de retroceder silenciosamente hacia la cocina y rebuscar en una bolsa. Saco mi gas pimienta de bolsillo y mi teléfono, y regreso a mi cuarto.

Me lleva un minuto entero darme cuenta que tengo como arma el gas pimienta a la altura de mi oído y mi teléfono en la otra mano frente a mí. Genio. Rápidamente los cambio y entro en mi cuarto. Los pies cubiertos con calcetines del hombre cuelgan sobre el pie de mi cama. Levantando mi propio pie, desnudo su pantorrilla. Se queja, pero no despierta. Lo empujo otra vez, más fuerte esta vez.

Un soñoliento: "Nik, lárgate", sale del hombre, y mi cuerpo se pone rígido.

Conozco esa voz.

Realmente me gusta esa voz. ¿Por qué diablos está en mi apartamento? ¿En mi cuarto? Bajo mi gas pimienta y me aclaro la garganta.

—Lárgate, hombre. No bromeo.

No me molesto con los detalles.

—Lárgate tú. Este es mi apartamento.

Su cuerpo se pone rígido. Sin otra palabra, se da vuelta, inclinando su cabeza, parpadeando hacia mí.

—¿Helen?

Ah, hombre, está en un rollo, imbécil.

Lo fulmino con la mirada.

—¡Es Helena! ¡No Helen!

Él se ve adorablemente desordenado. Su pelo castaño oscuro sobresale por la parte trasera y parpadea sus soñolientos ojos dorados. Sus enrojecidos ojos dorados. No me gusta eso. Frunzo el ceño mientras hablo.

—¿Estás borracho?

Una mirada de confusión pasa por su rostro.



—¿Qué? No, no estoy borracho.

—¿Entonces por qué estás aquí?

Mira alrededor del cuarto, juntando su orientación antes de que su cuerpo se sacuda.

—Ah, mierda. Se suponía que arreglaría una fuga en el grifo, pero creo, yo... uh... —se rasca su barbilla—su asombrosa, fuerte y viril barbilla, y termina—... me dormí.

Mis cejas se elevan de incredulidad. Me mira estrechamente. Sin decirnos una palabra.

Tomo una respiración profunda y respondo al exhalar.

—Bien, si ya terminaste, tengo que mover mi cosas a... sin nadie durmiendo en mi cama— —Miro mi almohada y lo acuso—. O babeando en mis almohadas.

Él rápidamente abre su boca para defenderse, pero se gira para verlo por sí mismo.

—Yo no babeé... —Se atraganta cuando ve el punto mojado en mi almohada. Al menos tiene la gracia de parecer avergonzado—. Puedo lavar eso.

Me mofo.

—Sí, por supuesto.

Se pone de pie y se estira, pero mientras levanta sus brazos sobre su cabeza, extendiendo sus grandes brazos musculosos tanto como puede, su camiseta se levanta sobre el cinturón de sus vaqueros para revelar debajo un bóxer elástico, y una bien esculpida V.

Los jeans oscuros que lleva envuelven sus fuertes piernas. La plana camiseta negra es agradable y empotrada sobre sus brazos musculosos, pero los lleva muy bien. Sus pies están cubiertos con calcetines blancos. Una pulsera de tela elástica muy obviamente hecha por un niño, de amarillo, morado y azul descansa alrededor de su muñeca derecha.

Él se ve delicioso.

El calor golpea mi vientre y va camino abajo. Aprieto mis piernas fuertemente, sosteniendo el marco de la puerta como apoyo. Por el amor de Dios. De repente estoy hiperconsciente de que no tengo nada de maquillaje y llevo una sudadera gris con mi top blanco de uso hogareño. Es un top blanco para usar en casa, porque está roto. Extremadamente cómodo, pero roto.

Bien, es más bien un trapo. De alguna manera, esto sólo me hace enojar más.

—No puedes entrar en las casas de la gente cuando no están allí.

Max frota una mano sobre su rostro. Pronuncia medio bostezando:

—Seguro que puedo.

Mi sangre comienza a hervir.

—No, no puedes.

Baja su mano de su rostro y me sonríe. Todo lo que veo son labios llenos, dientes blancos y ese hoyuelo mágico.



Ese maldito hoyuelo.

Da un paso hacia mí, sus ojos fijos en los míos. Su voz todavía esta ronca por el sueño cuando arrastra las palabras.

—Estoy aquí, ¿verdad? —Revisa mi rostro entonces murmura distraídamente—: Un rostro como este no debería fruncir el ceño.

Mis mejillas se calientan. Me atraganto.

—¿Qué?

Habla más alto, con más seguridad.

—Dije que un rostro como él tuyo nunca debería fruncir el ceño.

Enrojezco y mascullo:

—¿Qué hay de malo con mi rostro?

Max me revisa, despacio, significativamente.

—Absolutamente nada que pueda ver. —Sonríe con satisfacción—. Sólo usaré mi imaginación para las cosas que no puedo. —Entonces me guiña el ojo.

Me guiña.

Levanto una mano temblorosa y señalo a la puerta, con fuerza.

—Tienes que irte.

Suspira.

—Sí, sí, te oí la primera vez. —Lo miro sentarse en el borde de mi cama y ponerse sus zapatos. Luego camina fuera hacia la cocina. Lo sigo. Perezosamente anda alrededor de mi cocina hacia el refrigerador. Lo abre y frunce el ceño al casi vacío interior.

Pregunto acaloradamente.

—¿Te puedo ayudar?

Sigue buscando en el refrigerador rascando distraídamente su vientre.

—Tengo hambre. —Se endereza—. ¿Tienes hambre? Deberíamos conseguir algo para comer.

Mi boca está abierta. Chico, él trabaja rápido. Me río sin sentido.

—No voy a ir a ninguna parte contigo.

Sus cejas se arquean.

—¿Por qué no? Tienes hambre, tengo hambre. Vamos a comer.

Este hombre exaspera.

—¡No tengo hambre!

Examina el refrigerador una última vez.

—Estoy seguro que lo tienes. Tú dijiste, “Max, muero de hambre y amaría comer contigo”. Tú dijiste eso. Justo ahora. ¿No recuerdas? Creo que deberías ver a un doctor.



Condénenle por ser gracioso. Muerdo mi labio para detener mi sobresaltada risa. En este momento, puedo ver por qué a tantas mujeres les gusta ser aduladas por él.

A pesar de mi aversión por la coquetería, realmente le hace bien a una mujer sentirse adulada. Pero preferiría palabras verdaderas a mentiras bonitas cualquier día. De repente estoy muy cansada. Cierro mis ojos y me apoyo contra la pared.

—Escucha, Mack...

Frunce su ceño.

—Es Max.

Sí, no se siente muy bien, ¿verdad?

Sí, puedo ser una completa niña a veces. Pero eso se sintió bien.

—Max, estoy cansada. Mi vuelo no fue bien, el tipo sentado a mi lado era... ugh, y estoy olorosa. Todo lo que quiero hacer es lavarme el sudor del apestoso tipo gordo y dormir un poco antes de que Nat venga a casa.

Siento el calor de su cuerpo delante de mí. Rápidamente me levanto y abro mis ojos. Me mira con preocupación.

—¿Estás bien, pastelito?

Ah, mi Dios. Me mata.

Tratando de no hacer caso del enojado enjambre de abejas asesinas en mi vientre, susurro:

—Bien. Sólo necesito que te vayas.

Para mi sorpresa, no se siente ofendido. Simplemente asiente una vez y se dirige hacia la puerta. Mientras abre la puerta, anuncia:

—Te veo esta noche. —Me guiña una vez más, y luego se ha ido. Todo antes de que pueda preguntar, “¿Esta noche?”.

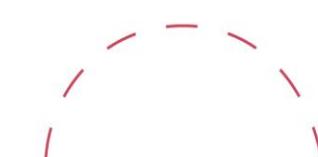
Me muevo a la puerta y coloco la cadena. Oigo que una puerta se abre en el pasillo.

Max grita desde el pasillo.

—Hola, Sra. Crandle. ¿Qué tal va?

—Tendrá que hablar más alto. Mi audición no es lo que solía ser.

Me cubro la boca con la mano y me echo a reír.



*Capítulo 6**Selena**Traducido por Dianna K y MaEx*

He estado durmiendo durante casi una hora ahora. Y por dormir, me refiero a dar vueltas, pensando en Max en mi cama, y en secreto con ganas de lamer su mancha de baba.

Después de que se fue, me las arreglé para ducharme, comer un poco de cereal (porque era todo lo que en realidad había para comer), y traté en vano de dormir. Y dormir, en mi familia, es sagrado. Dormimos cuando podemos. Nos emocionamos acerca de las siestas. Pero eso simplemente no sucede.

Y culpo a Max. Max y su sensualidad. Y su hoyuelo. Y su humor. Y su dulce ser. Quiero decir, ¡vamos! Apuesto a que es así con todas las chicas, en plan ligón y encantador. Apuesto a que no hay un hueso genuino en su cuerpo.

Me burlo en voz alta.

—Estúpido, sexy Max.

Ni un segundo más tarde, la puerta de enfrente se abre.

—¿Hola? ¿Alguien en casa?

Sonrío en la almohada por la voz familiar y me entierro más profundamente en las sábanas. Pasos suenan en el pasillo, y luego en mi habitación. Ella me ve.

—¡Arrggghhh! —La próxima cosa que sé es que estoy siendo atacada. Nat salta sobre mí—. Eres una maldita. —Pero dice esto con tanto amor que decido no pegarle en la nariz.

Salta encima de mí, forzando mi aliento a salir en esporádicos jadeos antes de envolver sus brazos alrededor de mi cintura y acurrucarse en la cama conmigo. Me abraza en silencio por un largo tiempo antes de que me dé la vuelta para mirarla. Tan pronto como ve mi cara, ambas estallamos en amplias sonrisas. Luego dice:

—Eres una mentirosa. Siempre mintiendo.

Asiento.

—Lo sé.

—Pero a pesar de que quiero afeitarte la cabeza, todavía te amo.

—Bueno saberlo.

—¿Llegaste bien?

Me recuesto en mi almohada.

—Bien, pero cuando llegué aquí, casi golpeo a la pobre señora Crandle por la llave.





La cama se sacude con su risa silenciosa.

—Maldita sea, habría pagado por ver tu cara cuando abrió la puerta.

Me ahogo con una carcajada.

—Ni siquiera estoy bromeando cuando digo que tuve que jugar un juego malditamente raro de charadas con ella, tres veces, por la maldita llave. Luego trató de atraerme al interior con dulces, té, y promesas de jugar con sus mil gatos. Grité: *¡Cuidado con los desconocidos!* Y me largué de allí.

Nat se ríe tan fuerte que lágrimas escapan de sus ojos.

—Entonces, cuando por fin entro, hay un tipo durmiendo en la cama.

Nat se endereza inmediatamente y grita:

—¿Qué?

Resoplo.

—Oh sí, Max estaba durmiendo en la cama cuando llegué.

Ella ladea la cabeza hacia un lado.

—Eso es raro. No como él en absoluto. —Ella me mira de cerca—. No parece que hayas disfrutado eso.

—No lo hice.

Ella se sienta en la cama.

—Lo siento, chica. Casi todo el mundo tiene una llave de este lugar. Pedí todas las llaves de repuesto de vuelta y todos me dijeron: olvídalos. —Ella se ríe—. La única medio-dispuesta a darte tu privacidad fue Tina. Y cuando vio que nadie más estaba cediendo, siguió al rebaño.

Sacudo la cabeza.

—Tienes algunos amigos extraños.

Ella sonríe y suspira felizmente.

—Lo sé, ¿cierto?

De repente, se queda sin aliento, conmocionada. Me quedo quieta.

—¿Qué?

Sus ojos se ponen llorosos.

—Simplemente me golpeó, ¿sabes? Que en realidad estás aquí. Viviendo aquí.

—Resopla y susurra—: Eso es increíble.

Sonrío.

—Ahora sólo tenemos que encontrar una manera de hacer que Nina abra un salón aquí también.

La cara de Nat se vuelve soñadora.

—Eso sería increíble. —Poniéndose de pie, aplaude—. ¡Muy bien! Bueno, iba a decirle a los chicos que vinieran aquí esta noche, pero pensé que mejor no. Así que están en la casa al lado de la nuestra. De esa manera, cuando te canses, puedes simplemente salir y no tienes que preocuparte de ofender a nadie por echarlos.



Vayaaa. Se ha ido y me sorprendió.

Mi ceño se frunce y respondo en voz baja:

—Um, gracias, amigo.

Pero ella ya está a la puerta. Grita de nuevo:

—¡Ven cuando estés lista! ¡A nadie le importará si estás usando pijama!

Pienso en ir allí en mi pijama. Con un suspiro, me quito mis pantalones de franela y camisa, y me cambio a vaqueros y una camiseta blanca. Me deslizo rápidamente en unas chanclas blancas, agarro mi llave, y me dirijo a la puerta de al lado.

Tan pronto como abro la puerta, suena un *hurra*. Mis ojos se amplían y mi corazón se acelera. Toda la pandilla está aquí, así como las hermanas de Nik y Max, Leti, Maria, e Isa, incluyendo los dos pequeños pugs durmiendo en sus camitas junto al sofá. No había niños esta noche sin embargo. Todos ellos se ven muy felices de verme. Sólo me he encontrado con las hermanas un par de veces, pero son divertidas. Me gustan mucho.

Asher, siendo el más cercano a mí, viene hacia delante llevando una pequeña sonrisa. Antes de que lo sepa, soy envuelta en un abrazo fraternal. Entierro mi nariz en su cuello y lo respiro. Susurro contra su camiseta:

—Hola.

Él se aleja y mira hacia mí.

—Es malditamente genial tenerte aquí.

Eso es, como, el máximo de palabras que he oído usar a Ash en una frase. Sonrío, y siendo la hermana pequeña de honor, tiró de su cadena. Lo imito lo mejor que puedo.

—Encantada de malditamente estar aquí.

Él me atrapa en una llave de cabeza y yo me ahogo con mi risa. Cuando me deja ir y juguetonamente me aleja, me doy vuelta para ver a todos mirándonos. Todos ellos se ven sorprendidos. Nat es la única sonriendo suavemente. Supongo que no hay una gran cantidad de personas que puedan actuar de esta manera con Ash. Pero él y yo... nos entendemos el uno al otro. Tenemos un vínculo, formado incluso antes de que Nat y Ash fueran una cosa.

—Um... hola —digo con nerviosismo.

El resto de los chicos saltan en saludos, abrazos y besos. Tina casi me ahoga. Paso un poco de tiempo sosteniendo su vientre, poniéndome de rodillas y besando el hogar actual de mis sobrinas o sobrinos. Nik simplemente me sonríe y besa mi frente. Lola salta sobre mí y nos apretamos la una a la otra por un largo rato. Lola y yo estamos más cerca de la edad; tenemos más en común. Trick golpea mi brazo un poco demasiado fuerte. Mimi sonríe cuando me jala en un abrazo. Sus manos vagan por mi culo y me río. Mimi siempre decía que tengo un buen culo. Leti, Maria, e Isa me dan amor, abrazos y besos. Entonces, finalmente viene Max.

Sonriendo como el tonto que es, da un paso adelante con los brazos abiertos, y mi corazón se acelera. Rápidamente me alejo.

—Ya me viste hoy.



La cara de Asher se vuelve dura cuando dice entre dientes:

—¿Qué mierda significa eso?

Max ni siquiera mira a Ash; él sólo sigue sonriéndome.

—Nunca llegué a abrazarte sin embargo.

Doy otro paso atrás.

—No necesito otro abrazo. He sido muy abrazada. Además, me siento como que nos hemos unido lo suficiente con tu mancha de baba en mi almohada.

El rostro de Ash se vuelve rojo brillante. Se mueve hacia Max y agarra la parte delantera de su camisa.

—Será mejor que empieces a hablar, o voy a empezar a herir.

Max simplemente se ríe.

—Relájate, Ghost. —Su cara se vuelve repentinamente soñadora—. Su cama huele a vainilla. Y ella huele como a pasteles.

Mi estómago se retuerce. ¡Maldito! ¡Maldito él y sus palabras!

Pero Ash está demasiado ocupado centrándose en el comentario anterior.

—¿Cuándo mierda estuviste cerca de su cama?

Max, sin tener idea de lo cerca que está de ser golpeado, se encoge de hombros.

—Hoy, cuando ella llegó.

El rostro de Ash se vuelve mortal. Se lanza hacia Max, pero doy un paso rápidamente entre ellos.

—¡No es lo que piensas! Estaba dormido en mi cama cuando llegué por primera vez al apartamento.

Maria resopla.

—Mi hermano, el chico con más clase en Nueva York —comenta, y luego levanta su vaso en un brindis silencioso antes de beber todo el contenido de golpe.

Nota mental: *Nunca vayas a beber con Maria.*

Max mira a su hermana y luego le enseña el dedo. Se defiende rápidamente.

—No es como si ella estuviera viviendo allí cuando me quedé dormido. —Sus ojos se estrecha en mí—. Así que, realmente, me debes una disculpa por interrumpir mi siesta corta.

—*Lo... lo dice en serio?*

Sus ojos permanecen estrechos, y pronto me doy cuenta de que no está bromeando. Suelto una carcajada commocionada y sin humor.

—En tus sueños! ¡No me voy a disculpar contigo! Ni ahora, ni nunca. Por nada. Además, ¡tú estabas básicamente invadiéndome!

Aunque sus ojos entrecerrados no cesaron, sus labios se retorcieron. Es entonces cuando me doy cuenta de cómo todo el mundo a nuestro alrededor está escuchando nuestra no-pelea.

Todos están sonriendo.



Todos ellos.

Nat rápidamente se excusa, alegando la necesidad de organizar las cosas en la cocina, y me arrastra con ella. Me arrastra tan rápido que estoy corriendo. Tan pronto como llegamos a la cocina, susurra en siseos.

—¿Qué diablos fue eso?

Buscando en los armarios, saco los platos de la cena y los coloco en el mostrador. Respondo en voz baja.

—No sé de qué estás hablando.

Se mueve para pararse delante de mí.

—No. No vas a dejarme así. ¿Por qué estás tan enojada con Max?

Mis hombros se levantan en un informal encogimiento de no-es-gran-cosa.

—Sólo no me agrada, eso es todo.

Una mirada de asombro se posa sobre sus rasgos.

—¿Qué? ¿Por qué?

Me muevo para abrir las servilletas.

—Es un ligón total. Odio eso.

Ella me mira muy de cerca por un momento antes de responder.

—Él es un hombre soltero. Un buen tipo. Y aún mejor papá. Se le permite coquetear, Lena.

Plegando servilletas y colocándolas en cada plato, murmuro:

—Apuesto a que tiene una cadena de mujeres a las que ha dado falsas esperanzas en este momento. —Cuanto más pienso en ello, más irritable me pongo. Empiezo a tirar las servilletas dobladas en los platos. Nat hace un ruido ahogado y levanta la vista para verla con los ojos abiertos, pero con los labios apretados. Mis cejas se fruncen—. Él lo hace, ¿cierto?

Esas pobres, estúpidas e indefensas mujeres. Estúpidas, estúpidas mujeres.

Su rostro se vuelve inexpresivo.

—No es tu asunto, y no es mi asunto para contar. —Para mí, eso, confirma automáticamente mis sospechas. Pero Nat añade rápidamente—. ¿Crees que un hombre como él, el hombre que estás insinuando que es, podría criar a una niña hermosa como Ceecee siendo tan idiota?

Me detengo a medio paso. Realmente no había pensado en Max como un padre en mi venganza contra él. Y Ceecee es verdaderamente una extraordinaria jovencita. Una parte de mí quiere creer que él es un buen tipo. Quiero decir, yo solía pensar que era un buen tipo, pero estaba claramente cegada por estar embelesada de él. Ahora, esos sentimientos se han ido.

Y tú eres una amargada.

No lo soy.

Sí, lo eres.

De repente, me siento un poco como una variedad de agujero en el culo.



—No estoy diciendo que no sea un buen padre...

Nat se vuelve rápidamente.

—Simplemente que no es un buen tipo.

Bueno, cuando lo pones así, por supuesto que va a sonar como mierda.

Ella lleva los platos y las servilletas, y se mueve para estar directamente delante de mí.

—Escucha, no sé lo que está pasando contigo, pero Max es uno de mis mejores amigos. Si tienes problemas con él, lo que no son ni siquiera problemas en absoluto, consigues problemas conmigo. —Mis mejillas llamean ante su firme regaño. Y continúa—: Sé que es un poco ligón, pero es un gran tipo. Es generoso y divertido, amable, y atento. Es uno de los buenos. —Me mira a los ojos—. Mierda, ¡le daría la camisa de regreso a alguien que la necesitara!

Ruedo los ojos, claramente por la exageración, y ella comienza a alejarse. Al salir de la cocina, se vuelve hacia mí. Mi corazón se aprieta cuando veo la decepción en sus ojos. Bajando la voz, pronuncia:

—Le he visto hacerlo.

Mi garganta se espesa por la vergüenza. A veces es difícil tragar tu propia mierda. Mi corazón se hunde, y de repente me gustaría poder volver a casa. Antes de que pueda pensar demasiado en lo que dijo Nat, doy un paso de regreso a la sala de estar, retorciendo mis manos.

—Chicos, lo siento mucho, pero de repente no me estoy sintiendo muy bien.

Para mi absoluto horror, Max es el primero en acercarse a mí. Está a un pie de distancia de mí, buscando mi cara. Murmura:

—Estás un poco pálida. —Como si no hubiera otra opción en su mente, pone su mano en mi hombro y dice—: Vamos. Te acompañaré a casa.

¿Esa vergüenza que sentía antes? Inunda mi sistema.

Oh Dios. Eres una idiota. Es demasiado en este momento. Doy un paso lejos y miro al suelo.

—No, quédate. Es sólo al lado. Estaré bien.

Nat viene hacia mí desde el lado y miente por mí.

—Oh, cariño, dijiste que no te sentías bien antes, pero no pensé que fuera tan malo. —Me abraza y susurra—: Está bien. Vete a casa y descansa.

Murmuro de regreso:

—Lo siento, estoy siendo una idiota esta noche. Creo que simplemente estoy abrumada.

Ella asiente en mi hombro.

—Está bien. Sé lo que se siente.

Nos sepáramos y me sonríe. Una sonrisa real. No me doy cuenta de lo mucho que necesito esa sonrisa hasta que la veo y alivia mi alma. Mientras camino hacia la puerta, me giro a mitad de camino y murmuro una pobre excusa de un adiós.

—Nos vemos, muchachos. Lo siento.



Tina dice rápidamente:

—¡Llévate un cupcake contigo!

¡Oh mi Dios! Eso es exactamente lo que necesito. Le disparé una sonrisa antes de dirigirme a la brillante caja púrpura de cupcakes. Normalmente, Tina los haría, pero estando ella en el trabajo, compró algunos de una panadería cerca del trabajo. Nat dice que son casi tan buenos como los de Tina.

No creo que nada pudiera ser tan bueno como los que hornea Tina. Cuando abro la caja, represso un jadeo. ¡Tan bonitos! Hay tres tipos diferentes. Sonrío para mis adentros. Todos los cupcakes que pedí están ahí. ¿Cuál tomar, sin embargo? Esta es una decisión difícil. Los de caramelo son deliciosos, pero también lo son los de crema de vainilla. El chocolate fudge es un regalo. ¿Pero debo tomar sólo uno? ¡No sé lo que la etiqueta del cupcake es en Nueva York! En casa, primero viene, el primer servicio, y tienes suerte si consigues uno a pesar de todo, porque, seamos honestos aquí... ¿quién come sólo un cupcake? No ocurre.

Alcanzo uno de caramelo, pero retrocedo.

Está bien. El de crema de vainilla. Sí, voy a ir con el de vainilla.

Llego a por él, pero retrocedo otra vez. Caray, estoy mal. ¿Es la ansiedad del cupcake? El chocolate fudge siempre está delicioso. Alcanzo uno de esos y vacilo. Tomo la caja y miro por encima al grupo.

—Me llevo esto.

Antes de que nadie pueda decir nada, estoy en la puerta con mi botín. Cuando cierro la puerta detrás de mí, meto la mano en la caja, tomo un cupcake de caramelo, quito la envoltura, y empujo la cosa entera en mi boca. El sabor salado-dulce rueda alrededor en mi boca, siento el glaseado espeso en mis labios, y me desplomo en lo que sé que es un subidón de azúcar.

Vivo para esto.

Hablándome para mí misma, me apoyo contra la pared y digo confusamente:

—Oh, dulce Jesús. Sí. —Trago, suspiro, y camino de regreso al apartamento sintiéndome un poco mejor acerca de mí misma.

O, al menos, lo pretendo.

Nao

Pobre Helena.

Ella no se veía muy bien. Quiero decir, lucía bien, pero parecía un poco apagada. Incluso un ciego podría ver lo bonita que es. Ese espeso cabello castaño casi tocando su cintura. Ojos verdes brillantes que son incluso más brillantes que los de Nat. Esas largas pestañas negras que hacen que sus ojos se vean enormes. Esas alegres tetas, y lo mejor de todo...

Ese culo.

La madre que me parió directa al infierno.



La chica se siente como mierda, y estoy revisando su firme y redondo melocotón. Soy un hombre malo, malo.

Ahora que lo pienso, bonita no es una palabra lo suficientemente fuerte para ella. Impresionante podría estar cerca, pero incluso eso suena demasiado plano para usar para alguien que tiene una luz a su alrededor. Ella literalmente se ilumina cuando sonríe. Me pregunto por qué no me di cuenta antes.

La pizza llega poco después de que ella se fue, y necesito una cerveza. Grito:
—¿Cerveza?

Todos los chicos levantan la mano. Me dirijo a la cocina, donde Nat está preparando una ensalada para acompañar a la pizza. Abro la nevera y pescó cuatro cervezas. Cuando me enderezó, le digo:

—Voy a ir al lado, a ver si Helena quiere una rebanada.

Nat se pone rígida. Ella no habla desde hace un buen rato. Finalmente, pronuncia:

—Sí, yo no haría eso.

Me encojo de hombros.

—¿Por qué? Es tu hermana. Y no se siente muy bien. —Hago una pausa antes de añadir—: Ella es genial.

Ella hace un ruido de asfixia antes de tratar de encadenar sus palabras juntas.

—Bueno, es sólo que... uh... ella, bueno... —Se encoge antes de explicar muy, muy lentamente—. Ella no es tu mayor fan, Max.

Mi aliento sale en un silbido. No lo entiendo. Esto nunca me ha sucedido antes. Parpadeo hacia ella antes de gritar en un tono alto:

—¿Qué?

Nat sigue entreteniéndose alrededor de la cocina.

—Lo sé, ¿cierto? Tan raro. A veces no puedo creer que estemos relacionadas.

Todavía estoy conmocionado. Pregunto con pánico:

—¿Por qué?

Ella levanta un hombro.

—Bueno, ella dice que eres un ligón.

¿Qué demonios? Mis defensas están en su máximo histórico, y chisporroteo.

—¡Soy un hombre soltero! ¡Tengo permitido coquetear!

—Predicando el coro, bebé.

Mi boca se abre. No puedo comprender lo que estoy diciendo.

—Pero, ¿por qué?

Nat se da la vuelta y viene hacia mí, llevando una cara llena de simpatía. Ahueca mi mejilla y habla con suavidad.

—A veces a las personas no les gustan otras personas, y a veces no necesitan una razón en absoluto. Eso sucede, cariño.

Ahora sólo estoy triste.

—Pero todo el mundo me ama. Soy adorable.

Ella acerca mi cara hacia ella y besa mi frente.

—Si significa algo, creo que eres la mejor cosa desde el pan rebanado.

Trato de no hacer pucheros, pero es difícil. Realmente difícil.

—¿Por qué no le gusto? Ella me gusta.

—Déjalo.

—¡De ninguna manera! —Determinación pulsa a través de mis venas—. Sólo hay una cosa que hacer ahora.

Nat me mira con recelo.

—Estoy casi asustada de preguntar.

Doy zancadas hacia la puerta.

—Voy a hacer que le guste.

Grita detrás de mí.

—No funciona de esa manera, Max. ¡No puedes obligarla a hacer nada!

—¡Mírame!

Desafío aceptado.



Capítulo 7

Nax

Traducido por rihano

Justo antes de que hiciera mi salida, recojo mi plato de pizza y lo llevo conmigo. A decir verdad, estoy un poco molesto de que esté teniendo que demostrarle que soy un buen tipo a una chica que ni siquiera conozco.

Por lo menos, creo que soy un buen tipo.

Mi estómago se retuerce en nudos.

Genial. Ahora ella te tiene preguntándote a ti mismo. Qué perra.

Oye, vamos, cerebro. No hables así de ella. Odiaría tener que patear tu culo.

Mi cerebro sonríe y asiente en señal de aprobación.

¿Ves? Buen chico.

Conocer a alguien a quien no le gustas por una razón tan débil apesta a bolas peludas. Pero rápidamente me hace preguntarme si algún imbécil exnovio de ella era un ligón, alguien que coqueteaba con las mujeres frente a ella. Niego con la cabeza ante la idea de querer romper la nariz del inexistente exnovio de Helena. De ninguna manera alguien que tuviera a una mujer como esa se arriesgaría a perderla por algo tan estúpido.

No importa. Estoy decidido a conquistarla. Marca mis palabras; vamos a ser amigos. Si tan sólo pudiera hacerla ver el buen tipo que soy...

Parado frente a su puerta, sostengo mi plato en una mano y levanto la otra para golpear. Unos segundos más tarde, Helena abre la puerta usando el pijama de franela azul marino más feo que he visto nunca. No tengo ni idea de cómo se está logrando ver sexy con eso. Su cabello está en un moño desordenado en la parte superior de su cabeza, y yo sonrío a lo adorable que se ve.

Con las cejas fruncidas por la confusión, ella empieza a preguntar:

—¿Qué estás...? —Pero cuando me muevo para entrar, me tropiezo con mi cordón desatado. El plato en mi mano se proyecta hacia adelante, y a cámara lenta, veo como las tres porciones de pizza vuelan por el aire y salpican la parte delantera de su camiseta de dormir.

Con su boca abierta y el cuerpo rígido, ella se para allí, con los ojos bien abiertos, sorprendida. Un gemido sale de su boca. Me quedo mirando la salsa de tomate marcándola y no puedo evitarlo.

Resoplo.

Mi risa desaparece cuando veo su cara enrojecer con color rojo brillante. Su labio inferior tiembla y sus ojos brillan con lágrimas. Ella asiente una vez con resignación, luego, cierra la puerta en mis narices.



¡Mierda!

—Helena, por favor abre la puerta. Soy un imbécil. No debería haberme reído, pero tienes que admitir... que era un poco divertido.

Mi pecho se aprieta cuando oigo un sorbido desde el otro lado de la puerta. Oh, hombre. Paso una mano por mi pelo, indefenso. Esto ocurría completamente de otra manera en mi cabeza. Ella abriría la puerta, vería la pizza en mis manos, y me sonreiría. Me diría que se estaba muriendo de hambre, y que yo era su héroe. Iríamos dentro, conversaríamos y nos vincularíamos sobre la pizza, y luego cada vez que comiéramos pizza juntos, nos sonreiríamos el uno al otro sabiendo que toda nuestra amistad comenzó con nuestro sabroso producto horneado favorito.

¿Realmente, universo, te mataría hacerme su héroe de la pizza? No estoy pidiendo mucho aquí.

La oigo alejarse de la puerta y rápidamente llamo de nuevo.

—Helena, pastelito, realmente lo siento. Por favor, abre la puerta. Por lo menos déjame ayudarte a limpiar. —Mi frente golpea la puerta con un golpe sordo. Cierro los ojos y escucho otro sorbido—. Por favor no llores. Estás rompiéndome el corazón.

Espero un poco más de tiempo, pero ella se ha ido. Probablemente a la ducha.

El cuerpecito caliente de Helena en la ducha. Toda mojada. Gotitas derramándose por su cuerpo. Sus pezones endurecidos, y...

Joder, cerebro, sucio hijo de puta.

Lo sé.

Mentalmente le doy cinco a mi cerebro. Lo mismo sucede con mi semi.

Mi mente trabaja horas extras para pensar en las maneras en que puedo arreglar lo que acabo de dañar con Helena. Si vamos a ser una parte del mismo grupo de amigos, por el bien de todos los demás, tenemos que encontrar una manera de llevarnos bien. Si fuera por mí, nos llevaríamos bien, pero tengo la sensación de que Helena es del tipo de dar batalla.

Sonrío. Ella no va a ganar, por mucho que luche. Pero algo me dice que ella vale la pena la batalla.

Nat

Max vuelve a entrar en el apartamento con un plato vacío y pareciendo molesto.

Oh oh.

Me levanto y camino hacia él.

—¿Qué hizo ella? —Voy a golpear a la perra. En serio.





Él abre la boca para hablar, luego la cierra. Hace otro intento, y luego otro. Finalmente, con un suspiro, pregunta:

—Si Helena estuviera enojada con un chico —se encoge—, ¿qué dirías que dicho chico tiene que hacer para meterse en su lista de los que le gustan?

Mis ojos se estrechan peligrosamente. Con mis dientes apretados, siseo:

—¿Qué le has hecho?

Él se ríe nerviosamente y se frota la parte posterior de su cuello.

Voy a darle una bofetada al perro.

En serio.

Helena

No puedo dejar de reír al ver la expresión en el rostro de Max cuando la pizza salpicó toda sobre mí.

Las lágrimas picaban en mis ojos y pensé en llorar, pero cuando él resopló, fue difícil no reírse. Pero lo escondí. Tuve que cerrar la puerta en ese mismo segundo, porque si no lo hacía, me habría perdido en un ataque de hilaridad. No podía dejarlo verme reír. Eso no halagaría mi acto de perra de piedra fría.

Y la forma en que me llama pastelito... ¡Ah!

Me acurruco en las sábanas... las sábanas en las que Max había estado durmiendo no hace horas.

—El tipo de seguro que es algo más —susurro en la oscuridad.

Mi ceño se frunce cuando un pensamiento cruza mi mente.

¿Por qué está intentándolo con tanta fuerza?

Me planteo esto por mucho tiempo antes de que mis ojos se pongan pesados. Pronto, estoy a la deriva. Y lo hago pensando en el hoyuelo de Max.

Max

—Si quisieras impresionar a una mujer, ¿qué harías?

Nik sonríe.

—Si fueras yo y quisieras impresionar a una mujer, sólo estar vivo.

Trick se carcajeo.

—Vaya. Que alguien traiga una carretilla para la cabeza del imbécil.

Ghost muerde su sándwich, los hombros temblando en una risa silenciosa. Miro a mi hermano y lanzo una servilleta hecha un ovillo a su cabeza.

—Eres muy gracioso. Estúpido.

Los chicos se ríen, pero estoy frustrado.



—Estoy siendo serio. Ha pasado un largo tiempo desde que he tenido que hacer esta mierda.

De repente, Ghost entrecierra sus ojos en mí. Tragando su comida, pregunta:
—¿Quién es a la que estás tratando de impresionar?

No sé por qué eso me pone nervioso, pero Ash tiene ese efecto en la gente. Me río en voz baja.

—No es asunto tuyo, Asher. —Cuando pongo énfasis en su verdadero nombre, su mandíbula se tensa. No hay mucha gente por ahí fuera que pueda salir impune llamando a Ghost por su nombre de pila. Por lo que yo sé, sólo les da a las mujeres que ama el honor. Me aclaro la garganta—. No es nadie. —Entonces miento a través de mis dientes—. Estoy pensando en tener citas.

Siento sus ojos en mí. El silencio se impone en la mesa.

Nik es el primero en hablar.

—¿En serio?

Me encojo de hombros, sin saber qué decir. Tener citas nunca ha sido una opción antes, pero mientras Ceecee se vuelve mayor, creo que puedo empezar a conocer mujeres. Sólo hay un problema. No quiero conocer mujeres. Ya he terminado con las mujeres. Tuve una mujer, una mujer que creía que era una buena mujer, y que me trajo nada más que angustia. Amaba a Maddy. La amaba tanto que habría hecho cualquier cosa por ella. Pero ella cambió. Poco después de que Ceecee naciera ella no era la mujer de la que me enamoré.

Pero me quedé a su lado, y me habría quedado con ella hasta la muerte si me hubiera dejado. Así de dedicado soy. Y, ¿con qué fui recompensado?

Mala actitud y horribles palabras.

Si tú estás pensando que estoy amargado por una mala relación, tienes razón. Sólo de pensar en salir tiene mi estómago fuertemente enrollado.

Aclaro mi garganta y me enderezo en mi silla.

—Puede ser.

Nik sonríe a la mesa. Levantando la mirada, asiente.

—Creo que sería genial.

Trick le da un codazo a mi hombro y bromea:

—No puedes tener a Lola.

Sonrío y golpeo al oso.

—No, yo quiero a Nat.

Ash se para de repente, su silla rechinando detrás de él. Me señala, con la mandíbula rígida.

—Suerte con que te quiera, hermano.

Nik le pregunta:

—¿Tienes a alguien en mente? ¿Alguna persona en particular?

Soy honesto cuando digo:

—En realidad no, sólo estoy tomándolo, como venga.

Mi hermano golpea una mano en mi hombro y responde.

—A veces las mejores cosas no son planeadas.

Los chicos hacen su salida y regresan al trabajo, dejándome sentado en la fría habitación con mis propios pensamientos como compañía. Mis pensamientos se componen de ojos verdes y actitud.

Me pongo en pie, sacudiendo mi cabeza para despejarme, y me dirijo de nuevo a mi oficina. Una vez dentro, saco mi teléfono de mi bolsillo y marco el número que me dieron la noche anterior. Suena, suena y suena un poco más.

—Hola, usted ha llamado a Helena Kovac. Soy incapaz de tomar su llamada. Por favor deje su nombre y su número, y me pondré en contacto con usted tan pronto como pueda. —*Bip*.

De repente entro en pánico.

—Um... Helena. Hola, soy Max. El hermano de Nik. El tipo que encontraste durmiendo en tu cama. El mismo tipo que te lanzó la pizza anoche. —Oh, Dios mío. ¡Cierra la boca, idiota!—. De todas formas, sólo quería ver si estabas libre esta noche. Quiero decir, sé que es sábado y probablemente vas al club esta noche con las chicas, pero...

Bip.

Mierda. Debo de haber alcanzado el límite de tiempo de mensajes.

Llamo de nuevo. El mensaje de correo de voz suena de nuevo. Espero pacientemente al pitido.

Me recuesto en mi silla, encontrando una posición cómoda para hablar con Helena.

—Lo siento, me ha sido dicho que hablo mucho. De todas formas, como estaba diciendo si tú me permitieras, me gustaría llevarte a una cena temprana para pedir disculpas por ser, bueno, un estúpido anoche. —Me incorporo—. Sabes, creo que ya que me siento tan cómodo contigo, porque eres la hermana de Nat, y quiero a Nat. Quiero decir, sé que no te gusto, pero si tú...

Bip.

¡Hijo de puta!

Rápidamente vuelvo a marcar y cubro mi cara con una mano mientras me sacudo.

—¿A la mierda que estoy haciendo?

Bip.

Suspiro en el teléfono.

—¿Sabes qué? No te preocupes. Yo... eh... me acabo de dar cuenta que estoy ocupado hoy de todos modos. Así que, um... sí. Sólo... sólo no te preocupes por eso. Lo siento por derramar pizza sobre ti. Si necesita un nuevo par de pijamas, házmelo saber y te lo pagaré. Y lo siento por hacerte llorar. —Me detengo—. Nunca quise hacerte daño, pastelito.



El mensaje sigue grabando, doy golpecitos con mi teléfono contra mi sien y luego termino la llamada.

Bueno, eso no fue medio-raro.

Me hundo en mi silla y me revuelco en la autocompasión.

Helena

Habiendo acabado de despertar, me siento con las piernas cruzadas en la cama en mi juego de pijamas de repuesto, viendo como mi favorita todavía está cubiertas en salsa de tomate. Escucho los tres nuevos mensajes de voz.

—Um... Helena. Hola, soy Max. El hermano de Nik. El tipo que encontraste durmiendo en tu cama. El mismo tipo que te lanzó pizza anoche. De todas formas, sólo quería ver si estabas libre esta noche. Quiero decir, sé que es sábado y probablemente vas al club esta noche con las chicas, pero...

Sonrío para mis adentros y luego escucho el siguiente mensaje.

—Lo siento, me ha sido dicho que hablo mucho. —Me río y escucho—. De todas formas, estaba diciendo si tú me permitieras, me gustaría llevarte a una cena temprana para pedir disculpas por ser, bueno, estúpido anoche. Sabes, creo que ya me siento tan cómodo contigo, porque eres la hermana de Nat, y quiero a Nat. Quiero decir, sé que no te gusto, pero si tú...

Mi cara enrojece de color rojo brillante. Oh, Dios mío. ¿Nat le dijo que no me gusta? ¡Voy a cortar a la perra!

Pero de todos modos llamó para disculparse y pedirte ir a cenar.

Mis cejas se levantan cuando me planteo esto. Esto es verdad. ¿Qué hago ahora?

Sal con él. Déjale comprarte la cena. Habla con él. Llega a conocerlo un poco.

Sí. Me enderezo en mi cama. Sí. Eso es exactamente lo que voy a hacer. Mi estómago se agita con el entusiasmo. Empiezo a escuchar el tercer mensaje.

Él suspira.

—¿Sabes qué? No te preocupes por eso. —Mi cara cae. Mi corazón se hunde—. Yo... eh... me acabo de dar cuenta que estoy ocupado hoy de todos modos. Así que, um... sí. Sólo... sólo no te preocupes por eso. Lo siento por derramar pizza sobre ti. Si necesitas un nuevo par de pijamas, házmelo saber y voy a pagar por ellas. Y lo siento por hacerte llorar. —Una pequeña pausa, y luego un tranquilo—. Nunca quise hacerte daño, pastelito.

Una repentina oleada de ira fluye a través de mí. Borro los mensajes.

—Que se joda.

Él tiene razón. Voy a ir al club esta noche. Mi determinación se fortalece, salgo de la cama y me dirijo a la ducha. Voy al club, y no vuelvo a casa sola.



Capítulo 8

Max

Traducido por Aylinachan

No puedo moverlo, este sentimiento. Lo tengo sentado como una roca en la boca del estómago.

¿Por qué hice eso?

Al salir de la ducha, me seco y me paro frente al espejo empañado. Uso mi mano para limpiarlo y mirar mi reflejo. Si, ese soy yo. Quiero decir, se parece a mí, pero no me siento como yo. Hoy no. En dieciséis horas, he lanzado pizza a una chica, una chica que ni siquiera me gusta, la he invitado a salir y luego he cancelado. Normalmente soy un hombre de confianza. ¿Qué mierda está pasando conmigo? Estoy seguro de que hay gente a quien no le gusto. Sé que puedo conseguirlo. A veces, no soy muy simpático. Pero siempre cumple. Siempre.

Me pongo los bóxer, salgo del baño y miro a mi habitación. Este es mi último día en esta habitación. Trato de no pensar en ello, ni mirar las cajas esparcidas por el suelo. Mañana es el día. Ceecee está encantada... y emocionada, todavía no significa que me hable.

Me pongo mis vaqueros negros y mi camiseta de The White Rabbit. Tiene mi nombre. Bajo mi nombre, pone "estoy aquí para servirle". Sonrío. Siempre va bien para las damas. Seguidamente me pongo mi cinturón negro. Tiene una hebilla especialmente hecha donde se lee "sigue a The White Rabbit"⁵. Me gusta, porque es grande y de plata, y un montón de mujeres piensan que conejo blando es un eufemismo de mi polla.

Mis zapatos de deporte están escondidos por algún lugar. Justo cuando miro debajo de la cama, mi madre asoma su cabeza y me informa:

—Nos vamos.

Las consigo. Siempre están bajo la cama. Pesco mis zapatillas y me pongo en pie.

—Está bien, mamá. Gracias de nuevo.

Sonríe.

—No es ningún problema. —Su sonrisa se desvanece—. Todavía está enojada.

Finjo no oírla y me pongo los zapatos. Da un paso adelante y vuelve a su voz de mamá.

—No se te ocurra ignorarme, Maximillian.

Dios, puede ser pequeña, pero mi madre es una mujer que puede dar miedo cuando se lo propone. Le sonrío.

⁵ Sigue al conejo blanco, haciendo referencia al nombre del club.





—Nunca te ignoro, mamá. Nunca. —Me mira y suspiro—. Sé que está enfadada, ma. ¿Qué quieras que haga? No voy a cambiar de opinión sólo porque ella esté enfadada. Estamos avanzando. Tiene que acostumbrarse a eso.

El rostro de mamá se suaviza.

—No te molestes con ella por tener miedo a abandonar el único lugar que ha conocido.

Bueno, cuando se pone así...

—Estoy enfadado porque ella está enfadada. Ojalá pudiera hacer algo para que sea más fácil para ella.

Mamá se adelanta y me abraza.

—Sólo demuéstrale que la quieres. Que nada va a cambiar eso. Que vas a amarla, incluso si se enfada contigo. Sé firme con tu amor y su corazón se apaciguará.

Aprieto su espalda.

—Bueno, lo haré.

Dando un paso atrás sonríe.

—Bien. Ahora ve a darle las buenas noches.

Le guiño un ojo a mi madre antes de salir de mi habitación. En cuanto salgo, casi tropiezo con dos pequeñas hadas con ojos dorados y pelo oscuro. Suspiran cuando me ven. Entonces empiezan.

—¡Cio Max!

—¡Mak!

Tatiana y Ava, las hijas de Nik y Tina, se pegan a mis piernas.

—¡Oh, Dios mío, estoy siendo atacado! ¡Pensaba que las hadas eran buenas!

Tina entra en la sala, mira a sus niñas y se frota con aire ausente el estómago. Caray, su vientre se pone cada vez más y más grande. Doble diversión con los gemelos. Mentalmente me estremezco.

Buena suerte Ghost y Nat.

Tina pregunta a las niñas que parpadean hacia ella.

—La abuela esta lista para salir, chicas. ¿Por qué están corriendo?

Tatiana mira a su alrededor antes de inclinarse hacia delante y responder.

—Hay un monstruo en nuestra habitación.

Tina abre los ojos sorprendida.

—Bueno ¿por qué no lo dijeron? —Va hacia la puerta y llama al dormitorio de las chicas—. Um, ¿perdón? ¿Monstruo? Tienes que salir ahora. Vamos a llegar tarde.

Nik llama desde el otro lado de la puerta.

—No es posible, mamá. Necesito comida. He oído que las niñas están sabrosas. —Entonces hace ruido de paladeo con los labios.



Tatiana se ríe, pero Ava agarra mis piernas con más fuerza, no es lo suficientemente mayor para entender que el monstruo es en realidad su padre gastándoles una broma. Tina suspira dramáticamente.

—¿No puedes conseguir un poco de pan o cereales, o algo así?

Nik responde.

—Nop. Necesito niñas y las necesito ahora.

Tina mira a las chicas.

—Ya lo han oido. Tiene hambre. ¿Quién de ustedes quiere ser comida primero? —Tatiana asiente mientas Ava niega con la cabeza enfáticamente Tina señala con el dedo a Tatiana—. Será mejor que entres. Suena como si estuviera hambriento.

Tan pronto como Tatiana sale corriendo por el pasillo, Ava se lamenta:

—¡No!

La abrazo cerca y susurro:

—Está bien, nena. Es solo una broma. —Ella llora en mi cuello. Tatiana va hasta la puerta y tan pronto como pone la mano en el picaporte, la puerta se abre y sale el monstruo.

Nik sale y yo suspiro.

—Oh, Dios mío, es horrible!

Ava sonríe y patea con sus piernas. Si no lo supiera me habría decepcionado.

La dejo en el suelo, y Nik persigue a sus bebés por el pasillo y dentro de su dormitorio. Un minuto más tarde, gruñidos, rugidos y risas de niñas nos dejan claro que han sido capturadas.

Tina se ríe en voz baja y luego se vuelve hacia mí.

—¿Dónde está Ceecee?

Mi sonrisa desaparece. Mi estómago da la vuelta.

—Pensaba que estaba contigo.

La risa de Tina se desvanece rápidamente. Grita:

—¿Ceecee? ¿Cariño, donde estás?

No hay respuesta.

Mis pulsaciones se disparan.

—¿Ceecee, bebé?

Nada.

Mierda.

Tina se dirige apresuradamente a la habitación de Ceecee y abre la puerta. Se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos.

—No está aquí.

No me paro a preguntar a nadie. Mis pies se mueven por su propia voluntad. Reviso rápidamente la cocina, sala de estar y todos los dormitorios.



Vacíos.

Mi corazón se acelera mientras reviso el patio trasero.

—¡Ceecee!

Mi madre sale corriendo de mi habitación.

—¿Qué pasa?

Tomo las llaves del coche de encima de la mesa y le digo:

—No encontramos a Ceecee. Se ha ido.

El miedo se apodera de mí mientras corro por el pasillo y veo la puerta abierta. Me susurro a mí mismo:

—Por favor, Dios, no.

Corro tan rápido como puedo, escucho las fuertes pisadas de Nick detrás de mí. En el porche, Nik grita.

—¡Ceecee!

Mis pies no paran. Corro a mi camioneta y salto dentro. Arranco y Nik salta al asiento del pasajero. Los neumáticos chillan cuando conduzco por el camino. Justo cuando estoy a punto de llegar a la carretera, Nik dice en voz alta:

—¡Espera! ¡Detente! Allí. —Señala la ventana de su lado.

La aceleración de mi corazón se ralentiza. La veo. Está sentada allí, en la puerta principal, mirando hacia nuestra casa. Agarro el volante y bajo la cabeza sobre él, hiperventilando.

Joder. Mierda. Joder.

Nik pasa la mano por mi espalda.

—Está bien. Ella está bien.

Muchos pensamientos pasan por mi cabeza. Feos pensamientos perturbadores.

¿Y si no estaba bien?

Siento lágrimas salpicando mis ojos, pero las detengo. Salgo del coche, sin molestarlo en pararlo. Mientras camino hacia ella con los pies como de gelatina, oigo salir a Nik del coche y entrar en el lado del conductor. El coche se aleja, dejándome con mi hija. Me pongo detrás de ella y a la vez quiero abrazarla y golpearle el culo para asustarla. Me conformo con descansar mi mano sobre su hombro. Me mira, con los dorados ojos tristes, luego mira al otro lado de la calle. Estamos allí un rato, y me alegra por ello. Necesito un tiempo para recuperarme.

Otros cinco minutos más o menos y Ceecee murmura:

—No estamos muy lejos, ¿verdad?

Mi garganta está llena de emoción por la terrible experiencia que he tenido, así que me la aclaro.

—No cariño. No estamos muy lejos.

Se toma un momento para procesar eso, entonces pregunta en voz baja.

—¿Y puedo venir aquí siempre que quiera?



Yo respondo hacia su hombro.

—Por supuesto, cariño.

Otro momento, y entonces ella asiente con la cabeza una vez, con confianza.

—Entonces... entonces supongo que la mudanza no será tan mala.

Mis ojos se abren con sorpresa.

¿Qué acababa de decir?

Detengo el impulso de saltar en el aire y patear con los talones juntos. En su lugar, le beso la parte superior de la cabeza y abrazo sus hombros.

—No va a ser malo. Será divertido. Vamos a tener una aventura tú y yo.

Su pequeña mano descansa sobre la mía y lanza un tembloroso:

—Lo siento, papá. No he sido muy agradable contigo.

No me molesto en aceptar sus disculpas. Ha ocurrido, ya está hecho, se acabó.

—Te quiero.

Siento una lágrima de su mejilla caer en mi antebrazo. Ella llora.

—Yo también te quiero.

Mi corazón se ilumina. Tomo los mangos de la silla y empiezo a empujar de vuelta a la casa. Tan pronto como llegamos a la puerta principal, le digo:

—¿Quieres tener tus cosas listas?

Me sonríe y asiente. Entonces se va. Me encuentro en el brazo del sofá, mordiéndome el labio, mirando a la nada. Nik me sobresalta cuando su mano se posa en mi hombro. Salto, pero cuando veo que es sólo él, respiro profundamente.

—Joder, hombre.

—Lo sé.

Exhalo temblorosamente.

—En realidad no.

Él aprieta mi hombro.

—Lo sé.

Pellizco con mi mano el puente de mi nariz. Levanto la vista hacia él.

—No creo que... —Me encojo de hombros.

Niega con la cabeza.

—No vayas a trabajar esta noche. No después de eso. Ve y sal con tu chica. Tomate un helado. Diviértete un poco.

Me tomo un momento para responder. Aun así, está tranquilo. Demasiado tranquilo.

—Gracias, hombre.

Ceecee sale de su habitación con la mochila en un lado de la silla. Rueda por sí misma hacia mí y entrecierra sus ojos hacia mi sonrisa. Pregunta con un largo y prolongado:



—¿Qué?

Recojo las llaves de mi coche.

—Cambio de planes —Agito las llaves—. ¿Qué hay de salir a cenar y al cine?

Su rostro pasa a sorprendido. Pregunta en un susurro:

—¿En serio?

—Uh, sí.

Ella farfulla:

—Pero... pero ¿por qué?

Me encojo de hombros.

—¿Necesito una razón?

Mira a la izquierda, luego a la derecha, luego asiente.

Recostado contra la mesa del comedor, acaricio mi barbilla.

—Ya veo. Entonces me gustaría salir con mi niña por las siguientes razones —Las cuento con mis dedos—. Número uno, eres mi hija y te quiero. Número dos, eres la única persona en el mundo que puedo sacar a comer helado. Número tres —me inclino más cerca y simulo un susurro—, eres mucho mejor compañía que todas esas personas viejas.

Nik dice en voz alta:

—¡He escuchado eso!

Tina añade:

—¡Yo también!

Mamá dice:

—¡Vamos a ver quién es viejo la próxima vez que vengas a mi rogándome que te dé de comer!

Murmuro:

—¡Vaya! —Ceecee ríe. Sonrío y alargo mi mano hacia ella—. ¿Ahora puedo sacarte?

Sonriendo ampliamente, responde:

—Me encantaría, papá. —Entonces procedo a llevar a mi pequeña a comer pizza, a ver una película y a tomar un helado.

Y tenemos una juerga.

Nax

Cuando me acuesto en la cama al final de una gran noche con mi hija, me impacta lo que ha pasado esta noche. Me pega duro. Que pueda haberla encontrado. Que ella podría haber estado ausente. Para siempre. Me pican los ojos



por debajo de mis párpados cerrados. Lloro en silencio bajo las sábanas un largo rato.

Nadie dijo que ser padre era fácil.

Helena

The White Rabbit es tal y como lo recordaba. Me alegro de estar de vuelta.

Pasé la tarde preparándome con Nat, dado que tenía la tarde libre. La mayor parte de la tarde se gastó en comer, quejándonos la una de la otra, Nat tirándose la ropa con entusiasmo y yo pateando la ropa lejos, con una mirada de disgusto.

Sin ánimo de ofender a mi hermana, pero es mucho más abierta en relación a su cuerpo de lo que yo lo soy. No me gusta mostrar mucha piel, pero si muestro algo, es probable que sea la espalda y los hombros en lugar de las piernas. Pasamos más de una hora preparándonos. Maquillándonos, Nat arreglándose el pelo y yo terminando con uno de mis propios vestidos. Miro a Nat y mi interior suspira de celos. Ella siempre fue la zorra de la familia.

Miro lo que lleva puesto ahora mismo: un corto y sencillo vestido de color amarillo mostaza brillante, apretado por encima de sus bronzeados muslos con tacones. Eso es todo. Su cabello castaño lo lleva recto con un mínimo de maquillaje, se pone brillo en los labios y me sonríe.

Mi estilo es griego, con un vestido largo blanco caído de un hombro y aunque es simple, es uno de mis vestidos favoritos. Me lo he puesto un montón de veces, y cuando encuentro un nuevo lugar para ir, siempre es el primero con el que voy. Esto es debido a numerosas razones. En primero lugar, es cómodo. En segundo lugar, es favorecedor para mi cuerpo curvilíneo. En tercer lugar, es original y encantador. Todo lo que tengo que hacer es ponerme un par de sandalias planas doradas, añadir unos grandes brazaletes de oro y por si fuera poco un par de aretes en las orejas. Quería recogerme el cabello, pero Nat no pensaba igual. Hace que lo lleve suelto, añadiendo cuidadosamente rizos sueltos a mi cabello ya ondulado.

Espolvorea mis mejillas con brillo dorado, pinta mis ojos y me pone un montón de toneladas de rímel. No sé cómo lo hace, pero en cierto modo me veo etérea, como una diosa... de camino a una especie muy humana. De cualquier manera, me siento bien saliendo esta noche. Quiero verme bien. Después de todo, estoy de caza. Max puede comerse una polla.

Ash llega sin llamar. Quiero decir, ¿por qué iba llamar si entra a través de la parte posterior de la puerta corredera? Entra dando zancadas como si fuera el dueño del lugar. Podría tener algo que ver con el hecho de que compró el edificio de apartamentos el año pasado. Se toca la barbilla y me dice:

—Bonito. —Luego ve a su esposa. Sus ojos vidriosos van al culo de Nat mientras se mira en el espejo. Lo ve en el reflejo y le guiña un ojo—. Más bonito —murmura.





Estoy ofendida. Bueno, no, no lo estoy. Fingidamente sorprendida, realmente. Me burlo y le tiro uno de mis muchos peluches a la cara.

—Gracias, estúpido.

Él tímidamente se frota la parte posterior del cuello.

—Te ves ardiente también. De una manera fraternal. —Nos ponemos rígidos y retrocedemos con la declaración fuera de tono.

—No repitas eso. Ha sido enfermizo. —Cierro los ojos y mi cuerpo tiembla por la risa silenciosa. Para un hombre que se parece a él en relación a lo fresco, Ash es... no.

Nat nos honra con su presencia.

—¿Listos para irnos, chicos? —Deposita un beso en la mejilla de Ash, dejando tras de sí un ligero brillo. Él ni siquiera se lo limpia, solo la coge por la cintura y tira de ella más cerca. En un baile coreografiado hace mucho tiempo, que ella acepta de buena gana, moviéndose frente a él. Él coloca ambos brazos alrededor de su cintura, apoyando la barbilla en su cabeza. No recuerdo haber visto nada que pareciera más natural en el mundo. Esta pose... es sólo de ellos. Me encanta. Me hace feliz.

Estoy lista.

—Claro que sí. Cuidado Nueva York; estoy a punto de romper mierda. —Ash me lanza una mirada de advertencia. Corrijo rápidamente—. Sí, Nueva York, lo veras mejor, porque voy a romper tu mierda de una manera moderada y discreta, ¿escuchas?

Nat estalla en risas y dice en un tono alto de voz:

—¡Holla!

Cojo el bolso y el monedero.

—Así es como ruedo, yo.

Capítulo 9

Selena

Traducido por Jane'

Llegamos a The White Rabbit mucho antes de que alguien se hubiese alineado para entrar, a pesar de que abre a las ocho. ¿Pero, en realidad, quién comienza su viaje de discotecas a las ocho? Ningún chico genial, seguro. Estoy realmente contenta por ello sin embargo. Dado que toda la pandilla está aquí, puedo ponerme al día con ellos sin ser interrumpida o ser derribada por los tontos borrachos.

El año pasado, Nik canceló la zona VIP del club. La zona sigue ahí y todavía es usada, pero ahora es estrictamente reservada para los amigos y la familia. Y siendo el hermano genial que es, incluso reservó un lugar para su hermanita recientemente legal, Isa, que cumplió veintiún meses antes. Dijo que esto se debía a que se lo había ganado, dado que siempre fue una niña dulce y mantuvo sus calificaciones. Pero todos sabíamos que era sólo una manera para que Nik, Max y Ash mantuvieran una estrecha vigilancia sobre ella y con quién está saliendo, y sin pedir abiertamente.

Hombres estúpidos. Piensan que no lo sabe. Lo sabe, de acuerdo.

Nat y yo nos sentamos en el lugar con nuestros cócteles y hablamos. Poco después, Tina llega con Lola y Mimi detrás. A las nueve, nos estamos riendo y hablando hasta por los codos. Lola golpea mi hombro.

—¿Por lo tanto, dejaste a un chico allá en casa llorando por su roto corazón?

Ruedo los ojos.

—No, tonta —muevo mis cejas—, dejé a diez. Y todos lloraron. Uno se propuso.

Nat casi escupe su bebida. Ella se ríe/tose/pregunta a través de un silbido:

—¿Es cierta esa mierda? —Le lanza una mirada sin expresión. Sus hombros se desploman—. Eso es lo que yo pensaba. Quiero decir —me mira de arriba a abajo—, ¿quién sería tan estúpido como para querer casarse contigo?

La miro amenazadoramente y tiro de su pelo. Ella grita y luego pellizca mi brazo. Chillo. Ambos murmuramos, al mismo tiempo.

—Perra.

Mimi nos interrumpe con:

—Sabes, nunca he pensado en ti como el tipo de chica de una sola noche. —Me ve directamente a los ojos—. ¿Alguna vez has tenido uno antes?

Tomo mi copa y sacudo la cabeza al mismo tiempo.

Nat se burla.





—Son raros.

Tina asiente enfáticamente y agrega:

—Y torpes. —Todo el mundo se le queda mirando. Tina sólo durmió con dos hombres en su vida. Pronuncia rápidamente con un pequeño encogimiento de hombros—. O al menos eso he oído.

Lola chilla:

—Pero pueden ser divertidos.

Mimi dirige su dedo por la cerveza y sugestivamente suelta.

—Si no son sólo una salchicha alemana con mierda de cerebros.

Bueno, estas perras seguro están poniendo un freno a mi estado de ánimo sexy. Pregunto rápidamente:

—Sin duda, una de ustedes ha tenido una buena aventura de una noche. —Espero que una de ellas responda con un “por supuesto”, pero todas parecen ocupadas en otras cosas ahora mismo. Mimi sorbe su cerveza. Tina comprueba su teléfono. Lola tose y parpadea como si luchara con un muy mal recuerdo. Nat simplemente mira hacia arriba, perdida en sus pensamientos. Le doy un codazo a Nat—. ¿Y bien?

Me hace callar.

—Estoy pensando, ¿de acuerdo?

Determinación de acero me recorre. Me tomo mi bebida hasta que está terminada y anuncio:

—Seré quien les pruebe que todas están mal. —Me levanto de la cabina—. Voy a tener la mejor aventura de una noche. Será ardiente y no torpe. Nos daremos la mano después y no va a ser raro. En absoluto. El chico tendrá una polla de veinticinco centímetros, y bueno —sigo con un encogimiento de hombros—, probablemente tenga una mierda de cerebro, pero su polla lo compensará. —Doy una pequeña sonrisa mientras describo lo que estoy buscando—. Será alto y fuerte, con el pelo oscuro y ojos sonrientes. Y un hoyuelo.

Mierda, acabas de describir a Max ¡Retíralo!

LUCHO CON TODO LO QUE TENGO.

—Voy a ir a buscarlo. Ahora mismo. —Mi vestido chasquea alrededor de mis piernas mientras me alejo.

Probablemente no debería haberme puesto un tanga esta noche.

Oh, Dios mío, ¡lo sé! Es tan incómodo. Tengo que esforzarme para no tratar de soltar este calzón chino de nunca acabar. En su lugar, pienso en otras cosas, como perros que montan monopatines y ardillas comiendo cosas con sus dientecitos.

Camino al bar. Lo descubro inmediatamente, y suspiro.

—Debería haber una señal de advertencia por encima de esta zona.

Él sonríe.

—Oh sí. ¿Y qué diría?



—Algo sobre ojos dulces y sonrisa asesina, estoy segura.

Sherriff ríe.

—Me halagas, Lena. —Se acerca al bar y con lentitud besa sin prisa mi mejilla—. ¿Cómo estás, hermosa?

Las últimas veces que he venido a The White Rabbit, he pasado más tiempo del que debería en el bar. La verdad es que tengo un flechazo colegial con Stefan Sheriff, el barman. Y todo comenzó en la boda de Nik y Tina. ¿Qué puedo decir? Es sólo algo más, oscuro pelo rubio de una longitud que roza lo demasiado largo, atractivos y cálidos ojos marrones, un cuerpo que me gusta ver trabajar en la barra, y una sonrisa ligera. Pero lo mejor de todo, es fácil hablar con él. Escucha atentamente y lo muestra haciendo preguntas y participando en lo que estás diciendo.

Es súper dulce. Cualquier mujer estaría encantada de llamarlo suyo. Me siento en el bar hablando con Sherriff y bebiendo las bebidas que me hace. Puedo saborear el alcohol cada vez menos en mis cócteles, sonrío sabiendo que trata de cuidar de mí. Antes de darme cuenta, son las 10:30 y todavía no he visto a Max.

Mi cabeza se siente ligera por las innumerables bebidas que he tomado, pregunto:

—¿Dónde está Max?

Sherriff responde en un encogimiento de hombros.

—Ni idea. Debería estar aquí.

Mis caderas se elevan mientras añado otro punto en mi lista negra contra Max. Punto cinco: Vago.

Lo que sea. Salgo de mi taburete, y justo cuando estoy a punto de decir adiós a Sherriff, una mano en mi antebrazo me detiene. Levanto la cabeza, y todo lo que veo son ojos verdes.

—¿Helena? ¿Helena Kovac?

Frunzo el ceño. ¿Cómo diablos iba alguien saber quién soy en Nueva York? Doy un paso atrás y evalúo la situación. El hombre de pie frente a mí lleva una preciosa, amplia sonrisa. Es al menos treinta centímetros más alto que yo. *No tan alto como Max*. Cállate, cerebro. Está muy en forma y no tiene pelo-como, Baldy McGee-pero se ve bien en él.

Extiende una mano hacia mí.

—Sé que no me conoces, pero lo harás.

Bueno. Estoy oficialmente asustada ahora. Extendiendo una mano, con la palma hacia fuera, me alejo de nuevo.

—No. Quédate dónde estás.

Él me mira con confusión antes de que el entendimiento cruce su rostro. Se ríe a carcajadas.

—Lo siento; no debería reírme, pero... me acabo de dar cuenta de cómo sonó. De acuerdo, vamos a intentar esto de nuevo. —Se endereza, extendiendo su mano una vez más—. Hola, Helena, soy James Whittaker.



Mi boca se redondea en un O. ¿Este es mi nuevo jefe?

¡Genial!

Sin soltar mi mano, explica.

—Te reconocí por la foto que enviaste para tu etiqueta de identificación, en realidad la tengo en mi coche. —Me muerdo el labio para contener mi risa y miro a cualquier parte menos a él. Se encoge—. Sí, está bien, lo escuché esta vez también. Espeluznante como el infierno.

Me río y doy un paso adelante.

—Lamento enloquecer, pero sonó un poco acosador. Lo siento.

Pongo mi mano en la suya y la sacudo, sonriendo todo el tiempo. Suelta mi mano y luego suelta un suspiro.

—Probablemente debería simplemente dejarte. Lamento hacer nuestra primera reunión incómoda.

—No, está bien. Mi amigo es dueño de este club, sólo me ponía al día con la gente.

Sus cejas se levantan.

—¿Conoces a los Leokovs?

Arrugo la nariz en un intento de ser linda.

—Sí, Nik se casó con una amiga de la familia, Tina. Mi hermana Nat está casada con su hermano adoptivo, Asher. Así que todos somos una pequeña familia muy unida o algo así.

James sonríe cálidamente.

—Eso es realmente genial. ¿Así que ya conoces a Max Leokov entonces?

Antes de que pueda detenerme, sorbo.

—Sí. Lo he conocido.

La sonrisa de James declina.

—¿No te agrada, entonces?

No contesto. En cambio, pregunto:

—¿Cómo lo sabes?

Se inclina sobre la barra y explica:

—Su hija Ceecee es cliente mío.

Mierda. Por supuesto que lo es. Soy una idiota.

Sonrío genuinamente.

—Amo a Ceecee. Y Max está bien, supongo, cuando no está durmiendo en mi cama o lanzándome pizza.

¡Oh nooooo! ¡¿Por qué dijiste eso, desgracia social de homo sapiens?!

Los ojos de James se ensanchan. Todo mi cuerpo se calienta por la vergüenza. Y suelto:



—¡Oh-oh no! No así, te lo juro. Duerme en mi cama cuando no estoy en ella, es todo. —Sí, eso no era mejor. Inténtalo de nuevo—. Lo que quise decir es que Max... es... quiero decir... —De repente me detengo abruptamente—. ¡No sé cómo hacer esto mejor!

Para mi absoluta sorpresa, James inclina la cabeza hacia atrás y ríe. Se ríe hasta que está ronco.

—Oh hombre, pensaba que yo era malo. ¿Por qué no lo dejamos allí?

Me muerdo el labio, mis mejillas están en llamas, asiento una vez.

Él me sonríe.

—Creo que vamos a llevarnos muy bien.

Mierda, eso fue brutal. Mis hombros se desploman. Me aclaro la garganta y cambio de tema.

—¿Con qué frecuencia Ceecee hace gimnasia?

Hace un gesto y sorbe su cerveza.

—Depende, ¿sabes? A veces, está bien sin ella durante semanas, porque está haciendo sus ejercicios en casa, pero a veces necesita una o dos sesiones por semana. No le gusta exactamente su programa de ejercicios. Dice que es aburrido, y debido a que no le gusta hacerlo, lo paga con espasmos y dolores.

Mi cara se suaviza. Debe ser difícil para ella.

—Probablemente sólo necesita la motivación correcta.

James me mira a los ojos.

—Max... ha intentado todo menos obligarla. Escucha a veces, pero no con la suficiente frecuencia.

Un pensamiento repentino inunda mi mente.

—¿Ceecee ha tenido algo que decir de su programa de ejercicio?

Sus ojos se estrechan con confusión.

—¿Qué quieres decir?

Doy un paso hacia adelante y me siento en el taburete frente a él.

—Quiero decir, es una adolescente. Sé que hay ejercicios que necesitará hacer, pero, ¿alguien le preguntó qué le gusta hacer?

James abre la boca para responder, pero se detiene. Su boca se cierra de golpe.

—No. Yo... um, no creo haberle preguntado.

Levanto una ceja. Sonríe en respuesta.

—Me gusta.

Devuelvo su sonrisa.

—Es una mujer joven a la que toda su vida le han dicho lo que tiene que hacer. Debe ser agotador.

De repente, su ceño se frunce. Murmuró:



—Sí, tiene que serlo.

Una idea loca llega a mi cerebro, y antes de que pueda detenerme, pregunto:

—¿Te gustaría venir arriba y conocer a mi hermana?

Una mirada de sorpresa aparece en su rostro antes de sonreír.

—Sí. Me encantaría.

Oh, esto es tan torpe. No tengo idea de lo que estoy haciendo.

—Genial. Vamos arriba.

Tan pronto como llegamos a la parte superior de las escaleras, Nik dice en voz alta:

—¡Whit! ¿Qué pasa, hombre?

James toma su mano en una ruda y competitiva sacudida que se parece más a un asalto.

—No mucho, Nik. Me encontré a Helena aquí.

Nik me mira. Pierde su sonrisa. Lanzándole a James una mirada ácida, afirma.

—Ella está fuera de los límites.

James me mira, tratando de ocultar su sonrisa. Ruedo los ojos y empujo Nik en el estómago.

—Es mi nuevo jefe, Niki. Cálmate.

Nik me mira, mostrando una sonrisa fraternal llena de orgullo.

—¿En serio? ¿Estás trabajando en el centro? Eso es impresionante, chica.

Me sonrojo.

—Lo sé. Me esforcé por ello.

Nik envuelve su brazo alrededor de mí y me abraza. Le dice a James:

—Es familia, ya sabes, así que es mejor que la trates bien.

Oh Dios, no.

Me encojo lejos del abrazo de Nik y tiro de James por la muñeca hacia las escaleras.

—Este es el por qué no era una buena idea. Lo siento. Debemos volver a bajar.

Pero James simplemente sonríe.

—¿Estás bromeando? ¡Este es el punto culminante de mi noche!

Oh, está presionando. Me inclino y siseo:

—¡A mi costa!

Se inclina más cerca de mí.

—Sólo tienes que ir con la corriente, Helena. Nunca es tan malo como piensas que es.

Fue entonces cuando Nat dijo en voz alta:



—Recuerdo cuando Helena tenía tres años y se quitó el pañal. Hizo pis en los muebles porque quería ser como nuestro perro.

¡Santa madre de Dios!

Me tapo la cara con las manos y finjo sollozar.

—Siempre es tan malo como creo que lo es.

James se aleja de mí, pero veo su espalda sacudirse con una risa silenciosa. Entrecierro mis ojos y le susurro:

—No es verdad, sabes. Lo que dijo, quiero decir. —Es un pobre intento de salvar mi honor, pero vale la pena intentarlo.

Él me enfrenta, sus sonrientes.

—Sí. Sí, lo es. —Mi cara arde, pero él sólo choca mi hombro—. Está bien, Helena. Tenías tres años. Si lo hubieras hecho la semana pasada, entonces sí, estaría un poco preocupado.

Mi orgullo se va por la ventana, suspiro dramáticamente.

—Supongo que no debería decirte sobre el incidente de la semana pasada entonces.

De repente, está en mi cara. Una sonrisa peligrosa en esa cara preciosa, susurra:

—Soy todo oídos, nena.

Creo que es el momento exacto en que ambos damos nos cuenta de que esta conversación es extremadamente inadecuada. Mis ojos se abren. Lo mismo ocurre con los tuyos. Decimos al mismo tiempo.

—Oh, Dios mío, James!

—Mierda. Lo siento mucho, de Helena.

—Eso fue...

—... nada bueno. Yo... uh... no sé lo que estaba pensando. Rayos.

La risa cubre mi voz.

—Está bien. Eres divertido. Creo que eres genial. —Bajo mi barbilla y río en voz baja. No estoy ofendida; me divierte. Realmente me divierte. ¡Me gusta! Pero no se rie como se esperaba. Levanto la mirada para encontrarlo enfurecido. Rápidamente pongo la mano en su antebrazo—. Hey.

Se aleja de mi tacto.

—Uh, probablemente sea mejor si eso no sucediera de nuevo. Nunca he actuado de esa manera en mi vida. Estoy —tose—, arrepentido. Normalmente soy bastante profesional. No es como si coqueteara con una empleada. —Sus ojos tienen una disculpa clara—. Debería irme.

No puedo creer que este sea el mismo hombre con el que me reía hace unos minutos. ¿A dónde fue y quién es este tieso? Extiendo la mano por segunda vez y envuelvo una mano alrededor de su muñeca con fuerza.

—Oye, no te vayas. También soy culpable. Lo siento. —Su cuerpo pierde parte de su tensión. Añado lentamente—: Pensé que eras gracioso. Quiero decir, no me

ofendo fácilmente. Y sólo para tu información, no soy tu empleada. —Él levanta una ceja en mi dirección. Levanto mi hombro—. Todavía no. No hasta dentro de dos días.

Su otra ceja se eleva para unirse a la primera. Una risita se le escapa, y sonrío sabiendo que he aliviado la tensión. Sacudiendo la cabeza, deja escapar un largo suspiro.

—Puedo decir que esta ha sido una noche muy interesante. —Se detienen y sus ojos se mueven de lado a lado—. Probablemente debería mencionar que no salgo con empleadas. —Una repentina oleada de vergüenza disfrazada con ira aprieta mis entrañas. Estoy a punto de mentir a través de mis dientes y decirle que no me acostaría con él, cuando añade—: Estoy arruinando esto otra vez. Lo siento.

Mi centro se afloja con una exhalación lenta. Respondo:

—No tengo citas, James. Sólo estoy buscando a un amigo.

Con una sonrisa suave, pronuncia:

—Eso, lo puedo hacer.



Capítulo 10

Selena

Traducido por Jenn Cassie Grey

Sentada a salvo a dos cabinas de la de mi hermana y el resto de los chicos, James y yo nos sentamos, bebemos, y nos llegamos a conocer el uno al otro en nuestro cómodo entorno.

—Entonces has tenido dos hermanas. Una es la castaña gritona de ahí, y la otra es una peluquera que está en casa. Tus dos padres siguen vivos y peleando, y siguen juntos después de veinticinco años. —Me echa un vistazo—. ¿Capté todo bien?

Asiento sonriendo con mis ojos.

Me dice:

—Bueno mi familia en realidad sólo consiste de dos personas. Sólo somos mi hermano, Trent y yo. Nuestros dos padres han muerto. Papá, cuando Trent era un bebé, y mamá hace solo un año. —Justo cuando estoy a punto de dar mis condolencias, murmura—: De verdad no estabas bromeando cuando dijiste que eran como familia.

Doblando mi popote, sonrío cálidamente.

—Nunca había sido parte de la familia hasta hace poco. Muy poco. Tina lo era, y mi hermana lo era, así que creo que cuando le dijeron a los chicos que iba a estar viviendo aquí —me encojo de hombros—, como que me incluyeron.

James me responde, pero mira por encima a la cabina llena de mujeres riendo y sus hombres.

—Debe ser agradable. —Miro a la cabina también y sonrío a la escena que ellos ni siquiera saben que están haciendo. Añade—: Que te incluyan justo como eres.

Me giro hacia él.

—¿Puedo ser franca? —Asiente, inclinando su cerveza a su boca. Murmuro—. Es jodidamente genial.

Suelta una carcajada en su cerveza y yo río. Se golpea en el pecho con el puño cerrado y jadea:

—Boca sucia. —Entonces alza su pulgar hacia mí—. Lindo.

Aun riendo, me encojo. ¿Con quién diablos se me ocurrió que estaba tomando una bebida?

—Lo siento. No estoy dando exactamente la mejor impresión. Especialmente desde que se supone que debo de estar dando una buena impresión. Yo sólo... creo que simplemente me haces sentir como si pudiera hablar libremente contigo,



—¿sabes? —Miro hacia la mesa. Mis mejillas arden mientras murmuro—: Ya me siento bastante cómoda contigo.

Una mano cálida cubre la mía. Le echo un vistazo. Él confiesa:

—El sentimiento es mutuo. En lo que a mí respecta, mientras estemos fuera del horario, puedes maldecir como un maldito marinero y verter ron por tu garganta. Está bien.

Con los ojos llenos de asombro, confieso:

—Creo que acabo de enamorarme de ti un poco.

Suavemente se inclina hacia atrás en la cabina y me dispara con el dedo como una pistola.

—Suele suceder.

No podría quitar la maldita sonrisa de mi rostro si lo quisiera. No es que lo quiera.

Creo que trabajar con James Whittaker será una delicia.

Nik

El sonido de una vibración me despierta. Me giro para ver el reloj. *1:14 a.m.* ¿Qué carajos? Abro el mensaje enviado por Nik.

Página 72



Nik: No es que te importe ni nada.

Adjuntada está una foto. Los cabellos en la parte posterior de mi cuello se alzan. Bueno, ella no desperdicia nada de tiempo, ¿verdad? Helena, viéndose como un ángel, se inclina sobre una cabina, riendo. Su mano descansa sobre el brazo de un hombre. Él está sonriéndole, mirándola como si fuera la chica más hermosa en el mundo.

Espera, ¿ese es...?

Mis tripas son golpeadas en lo que me niego a creer que son celos. Ese es Whit, el entrenador de Ceecee, y lo está mirando como si fuera un dios. Mi pecho duele. Rápidamente escribo una respuesta.

Yo: Me agrada que se esté divirtiendo.

Apago mi teléfono y trato de volverme a dormir. Pero el sueño no viene. En su lugar, me pregunto lo que necesitaría para hacer que la impulsiva chica de ojos verdes me sonriera de esa manera.

Helena



Son casi las 2 a.m., y ahora que James se ha ido, regreso a la cabina con todos los demás. Tan pronto como estoy a una distancia audible, mi hermana grita:

- ¿Qué tan grande es su polla?
- La fulmino con la mirada.
- Cierra tu sucia boca. Él es un caballero.
- Ella sonríe.
- Entonces ¿trataste y él te suplicó por inocencia?
- Nik la interrumpe con curiosidad.
- ¿Estás tratando de hornear galletas con Whit?

Ondeó una mano en su dirección para callarlo, y regreso con mi hermana boca sucia.

—No, idiota. Es mi jefe. —Sus ojos se entrecierra hacia mí en un gesto de tonterías. La señalo con un dedo—. ¡Pensar sobre eso no es lo mismo que hacerlo!

Ella suelta una risita.

—Estás jodida. Te gusta tu jefe. Y por la forma en la que te estaba mirando esta noche... —Se abanica—. Santa mierda. Esto no va a terminar bien, creo. Ya puedo sentirlo.

Arrugo mi nariz.

—¿Mirándome cómo? Fue súper amigable.

Ash se ahoga en una risa.

—Uh, no. No. Eso no era amigable. —Pasa un brazo alrededor de Nat—. Así es como miro a tu hermana. Y créeme —su labio se alza de un lado—, no quiero ser su amigo.

Esto no puede ser. Siempre he sido buena leyendo a la gente. ¿Cómo pude perderme esto? Solo recibí señales de amistad. Definitivamente no había vibras de quiero-jugar-a-esconder-la-salchicha. Mi cara debe mostrar mi confusión, porque de pronto soy acosada en la forma de veinte preguntas.

Trick comienza.

—¿Flirteo contigo? —Comienzo a sacudir mi cabeza, entonces el recuerdo del inicio de nuestra conversación sale a flote. Asiento. Él alza su barbilla en respuesta.

Nik pregunta:

—¿Tuvo alguna excusa para tocarte? —Con los ojos bien abiertos, mi cabeza se mueve arriba y abajo. Nik suspira—. Síp. No hay nada amistoso.

Mimi suspira también, diciendo:

—Creo que tu jefe tiene algo contigo, dulzura.

Sacudo mi cabeza.

—No, él dijo que no sale con empleados.

Todos se detienen. Lola inclina su cabeza a un lado.



—¿Él tuvo que aclarar eso? ¿Cómo si estuviera pensando sobre ello?

—No, no. Podríamos haber jugado a coquetear cuando nos conocimos. Y tal vez se volvió un poco serio.

Mi hermana envuelve una mano alrededor de mí y sisea bajo.

—Oh, perra, por favor. Sabes que va a ir a casa y escuchar Slickin' Willie con el recuerdo de tu tanga a través de esa débil cortina blanca que llamas vestido.

Me pongo rígida, entonces chillo:

—¿Puedes ver mi tanga?

Todos en la mesa asienten. Oh, ¡podrías haberme jodido la vida ya y terminar con eso! Mi boca se abre por la sorpresa. No puedo creer esta mierda. ¿Por qué todos siempre esperan hasta después para decirte esa clase de cosas? No importa, creo. Decido aclarar por qué James y yo nunca seremos una posibilidad. Con una gentil sacudida de mi cabeza, explico:

—Bueno nada va a pasar, así que todos se pueden tomar un calmante. No salgo con nadie.

Al mismo tiempo, Nik pregunta:

—¿Por qué?

Mientras Asher asegura:

—Bien.

Ambos pares de ojos chocan el uno con el otro. Tienen una conversación silenciosa. Los ojos de Asher se entrecierran peligrosamente. Sacude su cabeza discretamente. La ceja de Nik se alza. Asiente aún más discreto, sus ojos firmes en Ash. No lo suficientemente discreto. Ash mira hacia abajo a su mejor amigo. Los labios de Nik se tuercen.

Después de un momento Ash se hunde en la cabina, una mirada de molestia se coloca en su cara. Murmura:

—Debes de estar bromeando con esta mierda. —Nik sólo sonríe, y casi se ve victorioso, su hoyuelo haciendo una aparición. Todos en la cabina parecen estar sonriendo. Todos menos Ash.

¡No puedo entenderlo! Es como si fuera la única que no está en la broma. ¡Me gustan las bromas! ¡Quiero estar dentro!

—¿Qué? —pregunto, una pequeña sonrisa jugando en mis labios.

Nik sonríe más ampliamente.

—Nada, cariño. Sólo estamos felices de que estés aquí.

Una sonrisa cálida se desliza por mi cara. Me estiro para golpear su mano.

—Me agrada estar aquí. Ustedes chicos, hacen que sea fácil encajar. Es como si fuera parte de su pequeña familia.

Nik murmura:

—Tengo el sentimiento de que si no estuvieras ahora, de alguna forma, siempre lo habrías sido.

No siquiera intento ocultar mi confusión, pero Tina solo ríe.



—Ni siquiera trates de descifrar las observaciones del Maestro Miyagi.
Desperdiciaras horas de tu vida.

Nat empuja mi hombro.

—Vamos, nena. Vamos a llevarte a casa.

Un bostezo se me escapa justo cuando aseguro:

—Pero ni siquiera estoy cansada.

Se desliza fuera de la cabina y me jala junto con ella, envolviendo un brazo alrededor de mi cintura mientras me pongo de pie. Frunciendo sus labios, me arrulla.

—Oh, vamos. Pequeño bebé arrastrado. Sé que eres un pequeño bebé arrastrado. No puedes esperar para arrastrarte, ¿verdad?

La odio por hacerme sentir en realidad como un pequeño bebé arrastrado. Y me gusta arrastrarme. Bostezo una segunda vez, recostando mi cabeza en su hombro.

—Está bien. Vamos.

Trick nos llama:

—Vas a regresar al club, ¿verdad?

Alzo mi cabeza y giro mi barbilla en su dirección.

—Puedes apostar tú trasero a que lo haré.

Después de decir nuestras despedidas, Nat me lleva a su coche. Entro y recuesto mi frente en la ventana. La última cosa en la que pienso antes de dormirme es en un hoyuelo de una sonrisa.

Pero no es el de Nik.

Nax

—Vamos, bebé. Una serie más.

Jadeando, ella sisea a través de sus dientes apretados.

—No puedo.

No me des esa mierda.

—Sí puedes. Una serie más.

Sus manos comienzan a temblar en el mango de la polea mientras baja su espalda hacia la colchoneta.

—No más.

Presiono más duro.

—Uno más. Es solo uno. Puedes hacerlo. Muéstrame lo fuerte que eres.

Pero ella ha terminado. Frustrada y molesta, tira las agarraderas de la polea y grita.

—He terminado. Dios, ¡deja de gritarme!



No le estaba gritando. Aun así, bajo mi voz un poco.

—No te estaba gritando, bebé. Estaba motivándote.

Se empuja hasta el borde del tapete, hasta la silla. Sudorosa y jadeante, se baja a la silla, y sin ninguna otra palabra, sale. Rápido. Miro alrededor de la habitación que he convertido en un improvisado gimnasio para mí y mi chica, y suspiro.

—Joder.

Otro día más. Se está volviendo más y más difícil motivar a Ceecee. Se está volviendo una mujer; su actitud está cambiando. No es tan complaciente como solía ser. Se está convirtiendo en ella misma. Lo que es genial. Lo que también apesta. Para mí.

Estoy pensando en que la única cosa correcta ahora es pedirle a Whit que la tome a tiempo completo de nuevo. Si no lo hace, no sé qué haré.



Capítulo 77

Selena

Traducido por Adaly, Ateh y Raheleen P.

Me despierto alrededor del mediodía. Y cuando digo me despierto, me refiero a que estoy despierta por el imbécil golpeando fuerte a través de la pared.

Al principio, pensé que era trabajo de mantenimiento en el edificio, pero con un encogimiento para poner fin a todos os temblores, rápidamente me puse a averiguar qué era ese ruido.

—¡Oh, Dios, cariño! Sí, Ash. Hazlo igual, ¡Sí! Sigue así. Casi estoy ahí. Falta poco. Casi... —Un largo y prolongado gemido femenino me hizo salir de la cama.

—¡Oh maldito Dios! ¡Amigo! —Cubriendo mis oídos, grite—. Ew. Ew. Ew. Ew. Ew. —Mientras corro al baño.

Me pongo un chándal y una camiseta suelta, jalo mi cabello en una coleta alta, me pongo los audifonos, rápidamente pongo a todo volumen una canción al azar en mi reproductor MP3 que realmente no escucho. Me alegra de que esté bloqueando las aventuras sexuales de mi hermana. Sin saber o ni importar si el evento principal ha terminado, regreso a mi habitación, tomo mi teléfono, y escribo un mensaje enojado.

Yo: ¡Amigo! Las paredes son finas como papel. ¡EN SERIO! Mantengan los gemidos al mínimo. ¡De una puta vez, por favor!

Después de un segundo, rápidamente escribo de nuevo.

Yo: ¿Sabes qué? Gime todo lo que quieras. Estoy fuera. Paz, hermano.

Salgo del apartamento, y justo cuando estoy a punto de cerrar la puerta tras de mí, veo algo por el rabillo del ojo. Más rápido de lo que creí posible, giro sobre los talones y me apresuro a volver dentro, cerrando la puerta detrás de mí tan silenciosamente posible. Mi pecho se infla, levanto mis ojos a la mirilla y me asomo. No veo nada, pero escucho algo. Mequito los audífonos y escucho con atención.

—¿Por qué? Hola, querido. —Esa es la Sra. Crandle.

No escucho a nadie responder.

La Sra. Crandle murmura:

—Estoy bien, gracias. —Se escucha feliz—. ¿Cuál es tu nombre, cariño? —Silencio, entonces habla de nuevo—. Encantada de conocerte. ¿No vas a entrar? —Un momentáneo silencio antes de que la escuche hablar en voz baja—. Eso estaría muy bien, gracias. —Su silencio se convierte en un silencio lúgubre—. No tengo mucha compañía.





Y aunque no estoy segura de a quién le está hablando, o si le está hablando a alguien en lo absoluto, por supuesto siento vergüenza a través de mí. La Sra. Crandle es mi vecina. Debería de ser más amable. No tenía idea de que estaba sola.

—Está bien, querido. Ven por un té alguna vez. Te presentaré a mis gatos.

Una risa masculina suena antes de ver su cara justo en el área de mi visión. Mi corazón pega un sobresalto. Coloco una mano sobre mi boca para evitar que el chillido escape de mi boca.

Knock Knock Knock

Contengo la respiración. Si él piensa que no estoy en casa, está obligado a irse. Diez segundos pasan. Estoy a punto de desmayarme si no respiro de nuevo pronto.

Knock Knock Knock

Mi cara, sin duda, se está poniendo morada. Mis pulmones queman. Veo la luz. Necesito. Aire. Para. Vivir.

Knock Knock Knock

Él suspira.

—Helena, sé que estás ahí. Puedo ver las sombras de tus pies debajo de la puerta.

Inhalo una respiración muy necesaria. Jadeando, lo fulmino con la mirada a través de la puerta. Ahora sólo hay una cosa que hacer. Subo el volumen de mi reproductor de MP3 a un volumen ensordecedor. Abro la puerta como si no hubiera sabido que él estaba ahí todo este tiempo. Finjo una mirada de sorpresa.

—Max. No te había escuchado. —Señalo a los audífonos y espero que no pueda ver la sangre goteando por los lados de mi cara a causa del fuerte chirrido que se proyecta actualmente en mis oídos. Bajo el volumen y quito los audífonos.

Todo lo que escucho es un zumbido. Es muy posible que me haya causado daño permanente.

Sonríe hacia mí. Si hoyuelo es tan impresionante que creo que debería de haber un santuario en algún lugar del mundo dedicado a él. Sacude la cabeza hacia mí.

—Mentirosa.

Siento un rubor trepar por mi cuello. Lucho por el impulso de ser una perra. Realmente lo hago.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Sin esperar una invitación, me pasa y entra en mi apartamento. Atorada en la puerta, intento con todas mis fuerzas no pensar en cómo se sintió su cuerpo deslizándose junto al mío.

¡Dulce bebé Jesús en una bandeja! Estás en forma.

Se mueve por la habitación, hacia la cocina. —Abre el refrigerador y suspira.

—Tengo hambre. —Mira hacia mí—. ¿Tienes hambre? Deberíamos de conseguir algo de comer.



Hundo mi barbilla. ¿Por qué tiene que ser tan... Max?

—Max, hemos estado aquí antes. Amigo, enfócate. ¿Por qué estás aquí?

Comprueba mi nevera de nuevo, como si la comida por arte de magia aparecerá si ve lo suficientemente duro.

—¿Con qué estás viviendo? No hay nada aquí. Tienes que comer. —Mira a escondidas hacia mí, sus ojos dorados me observaban de cerca—. ¿Has comido?

En lugar de responder, esquivo la cuestión como un profesional.

—Me acabo de despertar.

Frunce el rostro.

—Es pasado el mediodía.

—No tengo que darte explicaciones.

En mi mente le muestro la lengua.

—Tuve una mala noche.

Hasta ahora, no me había dado cuenta de lo que está sosteniendo en su mano. Se frota distraídamente el vientre.

—Estoy en muy mal estado por aquí. Necesito comida y tienes... —hace una mueca—, leche. —Su nariz se frunce adorablemente—. La leche no es comida, Helena. Soy un chico en crecimiento. No puedo sobrevivir con leche. Necesito sólidos.

Aún mirando el objeto en su mano, pregunto en voz baja:

—¿Por qué tienes un mini tablero en la mano?

Baja la vista hacia él, luego la vuelve hacia mí.

—Para hablar con la señora Crandle.

No lo entiendo.

—¿Por qué necesitas hablar con Crandle?

Se encoge de hombros.

—No lo necesitaba.

Todo grita a un alto. Sostengo el teléfono. Mis cejas se juntan, sumida en mis pensamientos, pongo los dedos de una mano sobre mi boca. Después de haber ordenado mis pensamientos, pregunto en voz baja:

—Saliste... fuera de tu ruta... para comprar un mini tablero para comunicarte con una anciana sorda, ¿sin ningún motivo en particular?

Sus ojos se estrechan mientras levanta la mirada por el pensamiento como si estuviera procesando lo que acabo de preguntar. Asiente rápidamente.

—Sí.

El completo altruismo de este solo acto tiene a mi mente en guerra con mi corazón. Mi mente, todavía amarga y dolida por algo que Max probablemente ni siquiera recuerda, pone los ojos en blanco. Mi corazón tiene lágrimas en sus ojos, sollozando y murmurando "Lo amo. ¿Podemos mantenerlo?". Calidez se propaga a través de mí desde mi vientre.



—¿Sabes qué? Tengo hambre después de todo.

Los ojos de Max se ensanchan con sorpresa antes de sonreír de alegría.

—¡Genial! Vamos.

De repente tímida, evito su mirada y coloco un cabello suelto detrás de la oreja. Me detengo bruscamente.

—Probablemente debería cambiarme.

El calor en mi espalda baja me estaba tragando con fuerza. Max me engatusa suavemente con la mano.

—No te cambies, pastelito. Te ves lo suficientemente buena para comerte.

Mi boca inteligente se abre y dispara:

—Bueno, no estoy en el menú.

¡Bang, bang, bang!

Doy gracias a Dios que esté detrás de mí, porque no puede ver la mirada de horror absoluto en mi cara.

¿Quién es el verdadero coqueto aquí?

Me lleva fuera de mi apartamento, su voz no más fuerte que un silencio mientras responde:

—Eso es una lástima.

Helena

No estoy en absoluto sorprendida cuando terminamos en un restaurante a sólo una cuadra de distancia del apartamento. Un restaurante donde el personal conoce a Max. Se llaman por el primer nombre, por supuesto. Lo que me sorprende es que nos trajo aquí. Cuando estaciona el coche, dejé escapar una risa aturdida.

—¿Por qué no sólo caminamos?

Levanta la mirada y pronuncia:

—Está gris afuera. No sé si el clima va a cambiar. —Me sonríe, cálido y dulce—. No quería que te mojaras.

Demasiado tarde.

Niego mentalmente con la cabeza. Oh, cerebro. Usted sucio, sucio maldito.

En serio. ¿Tiene que ser todo genial y suave y reflexivo y así? Desearía completamente que nos lleváramos mal. Sería mucho más fácil que no me gustara. No sé cuánto tiempo más podré seguir con esto. Está haciendo que sea muy difícil para mí, bobo desconsiderado.

En la calle, corre alrededor del coche y abre la puerta para mí, a pesar de que yo ya he presionado el pestillo. Me tiende una mano y la tomo, sólo porque él había estacionado fuera de la cuneta y necesitaba una mano para no pisar un



montón de basura de la calle. Dos señoras nos pasaron, ambas con cochecitos, vestidas con ropa deportiva. Le sonrieron y batieron sus pestañas.

Max no pierde el tiempo. Les lanza una sonrisa baja-bragas y deseó que estuviera dirigida a mí. Inclina su cabeza ligeramente.

—Damas. ¿Cómo están hoy?

Ambas contestan con un suspiro.

—Bien.

Mi mandíbula se aprieta.

Dentro, él me ayuda a entrar al cubículo y yo le chasqueo.

—Puedo sentarme yo sola —le disparo una mirada impasible—. Ya soy una niña grande, Max.

Pasando completamente por alto mi mal humor, sonríe.

—Lo sé, pastelito. Supongo que está en mi naturaleza, ya sabes, eso de ayudar.

Me pega la dura realidad. De pronto recuerdo que él es un padre, un cuidador a tiempo completo de una niña con una lesión en la médula espinal. ¿Qué demonios me pasa? Nunca, jamás, he tenido a un hombre que me enfadara tanto en mi vida. No me gusta. Estoy actuando fuera de mis casillas. ¡Soy una persona decente, maldición! Puede que no sea amable todo el tiempo pero siempre me esfuerzo. Soy una persona sociable. Siempre les doy una oportunidad a las personas, a veces más de lo que merecen. Sé que Max es un buen sujeto. Me siento avergonzada de tratarlo de la forma en que lo he hecho. No creo que me lastimara a propósito. Él es algo... inconsciente. La versión masculina de un atolondrado⁶.

Nuestra mesera llega mientras vemos el menú. Es una mujer de mediana edad con cabello rubio y ojos azules. También tiene suciedad en su torso. Amiga. Me agrada de inmediato. Siento como si estuviésemos vinculadas por el trasero.

Ve a Max y pone los ojos en blanco. Max le sonríe maliciosamente.

—Shelly, nena, ha pasado un tiempo.

Ella garabatea algo en su libreta.

—Max, cielo. No me mientas. Sé que estás engañándome.

Él levanta una mano a su corazón.

—Todos tienen huevo y tocino pero lo juro, Shell. Sólo amo los tuyos.

Él guiña y yo lucho por no sonreír. Es un idiota. Un idiota muy sexy.

Ella hace un sonido de exasperación.

—Sí, sí. Todos se pierden pero encuentran el camino de regreso a Shelly. —Me mira y me sonríe cálidamente—. Hola. Soy Shelly.

También le sonríe.

⁶ En inglés “ditz”, que es un adjetivo utilizado para las mujeres. Por eso dice que es la versión masculina.



—Helena. Un gusto. Tengo el presentimiento que me verás por un tiempo. Me acabo de mudar aquí, calle abajo.

Su sonrisa se intensifica.

—Qué genial, cariño. En verdad espero verte aquí. Seguido.

Es como si no pudiera detenerse. Max debe sentirse fuera de la conversación porque anuncia:

—Regresaremos el próximo finde. A la misma hora. Traeré a Ceecee.

—¿Nosotros qué?

La sonrisa de Shelly se suaviza ante la mención de Ceecee.

—Tenemos una cita. Entonces, ¿qué les traigo?

Yo pido granola y zumo de naranja. Max pide un smoothie de plátano y “El gran desayuno”. No tengo la menor idea lo que es pero suena, bueno, grande. Shelly se lleva nuestros menús y nos deja en lados opuestos del cubículo que, de algún modo, se siente demasiado pequeño en este momento. Max me mira con atención.

—¿Qué?

Abre su boca para hablar pero nada sale. Cierra su boca. Me invade el alivio. Estuvo cerca. Soy feliz de sentarme aquí en completo silencio. En serio.

Shelly regresa con nuestras bebidas. Las pone en la mesa.

—Su comida está a la vuelta, chicos. —Se va y yo tomo un sorbo de mi zumo de naranja.

—¿Por qué no te agrado?

Un sorbo se vuelve dos. Tres. Más zumo. El zumo es tan delicioso en este momento. De repente estoy tan sedienta que tomo y tomo y tomo hasta que tomo solo aire.

Maldición. Me lo tomé todo.

Él me presiona gentilmente:

—Tengo todo el día, niña. Tenemos que quitar esto del camino. —Ahora necesito orinar. Sus ojos me están presionando. No me dejará ir sin una respuesta.

Suspiro y me inclinó en el banco.

—No es que no me agrades. No te conozco, Max. Sólo haces cosas que no me gusta que hagan los chicos generalmente. —Juego con el popote en mi vaso vacío—. No eres tú. Soy yo.

—No me lo creo.

Mi cabeza se levanta.

—¿Qué?

Sus ojos dorados se fijan en mí, cuando responde con toda seriedad.

—Una chica como tú... no es el problema. Eres buena onda. Lo que quiero decir es que creo que eres genial, lo que me hace pensar que yo hice algo para hacerte enfadar.



—Soy buena onda? Mi corazón se agita y se recarga en la pared más cerca mientras deja salir un suspiro soñador. Mi mejilla se crispa al pensar en lo acertada que es una puñalada en la oscuridad.

—No hiciste nada. —La mentira suena tan débil como la persona que la dice.

Él golpea su dedo contra la mesa varias veces, evitando mis ojos. Cuando vuelve a hablar, lo hace de manera queda y significativa.

—No sé qué hice. Lo más probable es que no haya sido mi intención. Así que tal vez... quiero decir, espero que sólo diga que lo siento y podamos ser amigos porque —su expresión es seria al hablar—... me vendría bien un amigo. —Me mira y no hay nada más que sinceridad en sus ojos—. Siempre me viene bien otro amigo.

Casi parece una súplica. Una que me niego a ignorar.

—Podemos ser amigos, Max. Siento haber sido una arpía con prejuicios. Como dije, no te conozco.

Sonríe.

—Dame una oportunidad y me aseguraré de que nunca te arrepientas.

No una súplica. Un juramento.

No puedo contralarlo. Ruedo los ojos y me burlo:

—¿Te mataría dejar de coquetear?

De verdad se ve confundido.

—¿Qué coqueteo?

Sonrío, esperando que se ría pero su ceño se arruga más. Oh Señor... no lo sabe. ¿Cómo abordo este delicado tema?

—Bueno, en la media hora en la que hemos estado juntos hoy, has estado coqueteando... mucho.

Me mira como si de verdad estuviera imaginando cosas.

—¿Qué? No es verdad.

Mi sonrisa desaparece.

—Sí, es verdad.

—No-oh.

—Sí-í.

Se sienta más recto en la banca y saca sus brazos en forma de pregunta.

—¿Cuándo, eh?

Respondo tan rápido como un relámpago.

—Primero, conmigo en la cocina, segundo, con las mujeres en la calle, y ahora Shelly. —Él resopla y siente la necesidad de agregar—: ¡Mierd, ni siquiera sé qué le dijiste pero casi puedo garantizar que también estuviste coqueteando con la viejita Crandle!

Tiene una mirada que dice: bendice tu corazón, pequeña, y se ríe.

—Eso no es coquetear. Es ser amigable.



—¿Habla en serio?

—¡No es verdad, Max! Eso es absurdo —me burlo.

Sacude una mano en mi dirección, no dándole crédito a lo que dije.

—Eso solo es ser amigable. Soy un chico amigable, Lena.

Me gusta que me dijera Lena. Demasiado para mi gusto. Lo que, por supuesto, le agrega combustible a mi fuego.

—No eres amigable; ¡eres un perro caliente!

Shelly regresa con nuestra comida y él hace un gesto hacia ella.

—Tal vez tengamos que preguntarle a alguien más, ¿bien?

Asiento.

—Por supuesto.

Le pregunta a Shelly.

—Helena piensa que soy un ligón en serie. Intento explicarle que sólo soy amigable pero no lo entiende. ¿Qué piensas tú, Shelly?

Expone una sonrisa de un millón de dólares y ella lo mira un momento antes de estrechar sus ojos. Se vuelve hacia mí con una mirada que pone en duda la cordura de él y me susurra:

—No tiene ni idea, ¿verdad?

Sacudo la cabeza, ocultando mi sonrisa.

La sonrisa de Max se desvanece.

—¿Qué? ¿No sé qué?

Shelly pone una mano sobre su hombro para consolarlo y lo golpea con:

—Cariño, tiene razón. Eres un ligón. —Conmocionado, abre la boca para protestar pero ella lo corta—. No es malo, Max. Eres bueno para hacer que la gente se sienta cómoda contigo, pero pienso que si miras hacia atrás, encontrarás que la mayoría de la gente con quien haces amistad son, bueno, mujeres. —Shelly nos deja solos para que comamos nuestro desayuno. Aprieta el hombro de Max al irse.

No tengo mucha hambre. La victoria me dejó un sabor amargo en la boca.

—¿Estás bien?

Él asiente, picoteando su comida.

—Estoy bien. —Pero es una mentira.

No sé de dónde viene la urgencia de hacerlo sentir bien, pero de pronto anuncio:

—Soy terrible en coquetear, ¿sabes? —Max me mira, su rostro inquisitivo. Asiento—. Sí. No soy muy buena en eso. No cuando lo intento, al menos. Cuando no lo intento, soy muy buena. —Pico mi granola—. A lo mejor eso te pasa. Tu subconsciente es muy bueno coqueteando. Con habilidades tan buenas, siente la necesidad de usarlas todo el tiempo.

No se ve apaciguado pero la comisura de sus labios se levantan un poco.

—Buenas habilidades, ¿eh?

—Buenas habilidades —confirmo.

Entonces sonríe, obviamente impresionado con mis esfuerzos de levantarle el ánimo.

—Quizás.

Le regreso la sonrisa y me como mi granola.

—Helena.

Lo miro, masticando.

Empuja mi pie debajo de la mesa.

—Gracias.

No sé por qué me está agradeciendo pero lo acepto.

—De nada.



Capítulo 72

Nax

Traducido por Isa 229 y MaEx

Cuando estaba en la escuela secundaria, conocí a Madeline Connolly. Tenía dieciséis años, era estúpido y muy caliente. La mayoría de las chicas, en ese entonces, trataban de acercarse a mí para llegar a Nik. Podía olerlas a un kilómetro de distancia. Voces dulces y dedos pegajosos. Pero normalmente tenían tetas grandes y brillantes labios rojos. Mi yo de dieciséis años no les daba ni una mierda si querían a Nik, tan pronto como salieran.

—Ves? Estúpido.

Una chica, ni siquiera puedo recordar su nombre, me dijo que estaba embarazada de mí. Era de mi edad. Me acuerdo reírme con tanta fuerza que hasta lloré. Con un rostro consternado, me preguntó por qué me reía, diciéndome que esto era serio. Todo el mundo sabía que tenía dinero. Cada una de ellas sabía que teníamos dinero. Me dijo que hablaría con mi hermano y si yo no quería casarme con ella y encargarme de nuestro hijo, el bueno de Nik, lo sería, su bebé necesitaría un padre.

Una peligrosa sonrisa cruzó mi cara. Anduve hacia *la como se llame* y le advertí:

—No me preocupa lo que me puedas hacer, pero —mis puños hicieron una bola por la cólera mientras le gruñía—, nunca, jamás, molestes a mi hermano. — Una mirada de miedo cruzó su cara. Negué con la cabeza ante la repugnancia y comencé a alejarme. Una buena distancia lejos, le dije—: Además, cariño, no te puedes quedar embarazada por una chupada.

Esto fue una lección para mí. Una áspera, pero buena. Este fue el punto en que me di cuenta de lo lejos que las mujeres podrían ir a fin de atar a un hombre.

Así pues, un día, estoy en la biblioteca después de la escuela, trabajando en no sé qué mierda. Estaba más o menos desierto, pero descubrí a esta chica sentada en un escritorio con una montaña de libros delante de ella. Parecía estar en completo pánico, dominada por su cantidad de trabajo. Vestida con una camiseta blanca y jeans, se paró enfadada y comenzó a apilar sus libros, cerrándolos de golpe uno encima del otro. Era hermosa de una manera natural. Con el pelo largo, castaño rojizo abajo hacia su cintura y sin nada de maquillaje a la vista, sus mejillas flameaban en rojo, sus ojos ardían azules. Mientras recogía su pila de libros y daba la vuelta, los dos primeros libros se deslizaron.

Sonréí. Esa era mi señal. Corré hacia adelante, recogí los libros y los sostuve. Ella se quedó de pie, esperándome a dárselos, pero los sostuve fuerte en mi agarre.

Resopló:





—Puedes ponerlo en la cima.

Sacudí mi cabeza.

—Nah, creo que mejor camino contigo hacia tu casillero. De hecho, creo que debería llevar todos estos libros. Eres un peligro para la seguridad, un accidente a la espera de suceder. —Terminé en una sonrisa.

La mayoría de las chicas se habrían reído y me habrían dejado llevar sus libros, me habría agradecido. Me habrían dicho lo gracioso que era y me preguntarían si tenía una novia. Habrían coqueteado conmigo y me habrían dado una palmadita. No esta chica. Sus mejillas se hicieron aún más rojas. Ella apretó sus dientes.

—Pon los libros sobre la cima. Por favor.

Pero no escuché. Me incliné y traté de tomar sus libros. Los agarré de un lado y ella agarró firma del otro. Tiré; tiró. No los dejaba ir, pero yo tampoco. Tiré con demasiado fuerza y su montón de libros terminó estrellándose en el suelo.

Me reí. Ella no. Sentí la necesidad de hablar.

—Mierda, lo siento. Soy Max. Max Leokov.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, se arrodilló en el suelo y me dejó tenerlos.

—Sé quién eres. ¿Por qué siquiera estás aquí? Estoy segura que podrías pagar a los profesores para que te pasen.

Traté de decir lo siento.

—Déjame llevar tus libros como una disculpa. Vamos.

Retrocedió, fuera de mi alcance.

—Las capturas deben ser escasas si vienes a mí. —Levantó su nariz—. He oído todo sobre ti, Max —dijo mi nombre como tuviera un sabor horrible—. Te diré esto una vez. No soy otra mujer en tu cama. No soy una idiota que se ríe tontamente. No soy una de los cientos de chicas de esta escuela que te quieren.

Me miró de arriba abajo y sacudió su cabeza desilusionada. Luego se dio vuelta sobre sus talones y se marchó, abandonándome parado en la biblioteca luciendo como un imbécil. La verdad es que, no sabía quién era ella y tenía razón. Había esperado que ella fuera una idiota riéndose tontamente. Había esperado coquetear, conversar y tal vez una chupada también, si tenía suerte.

Sonrió. Siempre tenía suerte.

Cuando llegué a casa esa noche, exploré el anuario. Busqué durante más de una hora hasta que encontré su sonriente rostro mirándome. Le sonréí de regreso. Era aún más hermosa cuando sonreía. Así que la hice mi misión. Haría lo que fuese para hacerle sonreír, porque tenía que verlo en persona.

Se necesitaron semanas para que esto pasara. Dejé de ligar y la hice mi prioridad. Había algo sobre ella, algo que me decía que valdría la pena. La primera cosa que hice fue averiguar dónde estaba su casillero. Tuve que seguirla toda la mañana. Sacó sus libros mientras la campana sonaba y se marchó a clase. Podría haberme permitido saltármelas. Nadie realmente lo sabía, pero estaba al día con todo mi trabajo y mantenía un grado medio de A-.



Cuando el pasillo estuvo desierto, me puse a trabajar. Sonriendo como un idiota, esperé la campana luego me escondí detrás de un pilar, mirando silenciosamente. Cuando se acercó a su casillero, hizo una pausa a medio paso. Colocando una mano en su pecho, se acercó con precaución. Los estudiantes comenzaron a susurrar y señalar, y me alegré de ello. Ella obtendría la atención que se merecía.

Mientras leía el mensaje, sus ojos se estrechaban. Buscó entre la muchedumbre una indirecta de quien había hecho esto. Salí de mi punto de ocultamiento, apoyándome contra el pilar con mis manos en mis bolsillos. Nuestros ojos se encontraron. Sonréí y levanté una ceja. Una mirada de sorpresa cruzó su cara y sus labios se separaron ligeramente. Todo lo que quería era besar con suavidad aquellos labios rosados. Me moría por ella.

Miró atrás a su taquilla, la incertidumbre rondaba en sus ojos. Leyó el mensaje otra vez.

La inteligencia es sexy.

Pintado en amarillo y rayado con negro, esperé que el mensaje se quedara allá arriba para siempre como un recordatorio hacia ella de que tenía exactamente la razón. Yo fui el imbécil y ella se merecía algo mejor. Así que trataría de ser mejor para ella. Sería la persona que se merecía.

Mi yo de dieciséis años estaba enamorado. Lo sentí como un golpe en el estómago. Fue amor a primera vista. Estaba seguro de esto. Tenía que tenerla.

Al día siguiente, tenía un arreglo floral para ser entregado en la oficina de la escuela. Nik lo escogió por mí. Era así de despistado. Dijo que los tulipanes siempre estaban bien, pero que si no quería espantarla, escogería cualquier color excepto rosa y rojo. Cuando oí su nombre ser llamado sobre el altavoz, mis manos comenzaron a sudar. Estaba nervioso.

Mis nervios se aliviaron cuando la vi caminar por el pasillo, sonriendo a su ramo de tulipanes. Nik estaba en lo correcto sobre la cosa de los colores. Eligió tulipanes amarillos, blancos, naranja, y morados, y del modo que se reía de ellos, lamenté que no hubiera hecho un poco de investigación y los hubiera escogido por mí mismo. No cometería el mismo error dos veces.

Quise hablar con ella, pero fue de repente asediada por una docena de susurrantes chicas.

—¿De quién son?

—Son tan hermosas!

—Ah, hombre, tienes tanta suerte!

—Maddy, son magníficos!

Levantó su cabeza y me miró. Una magnífica sonrisa cruzó su rostro y articuló, “gracias”.

Mi estómago se apretó por la belleza de esa sonrisa. Sabía que estaba en la profunda mierda.

Más tarde esa noche, llamó. Decir que estaba sorprendido era un eufemismo, porque nuestro número no estaba puesto en una lista y no tuve ni idea cómo logró conseguirlo. Estaba sorprendido, pero contento. Comenzamos a hablar cada

noche, pero nos evitamos el uno al otro en la escuela. Todavía estaba insegura de mí. Le daría tanto tiempo como necesitara. Vivía para hacerle sonreír y lo hice. Mucho.

Llegamos a conocernos el uno al otro y hablamos entrada la madrugada o hasta que uno de nosotros se durmiera. Una noche, aproximadamente cuatro semanas de nuestra secreta amistad estaba en un limbo en mi cama, susurré en el teléfono:

—Daría lo que fuese por ser tu chico. Quiero que seas mi chica, Maddy.

Vaciló.

—¿Y si no funciona?

Respondí:

—¿Y qué si sí funciona? —Permaneció silenciosa. Todo lo que hice fue rogarle—. Dame una oportunidad. Una oportunidad. —Sin responderme, ahogué un dolor de cabeza y la dejé irse.

A la mañana siguiente, caminaba por el pasillo hacia mi casillero. No estaba de humor. No podía entender qué más podría hacer para demostrarle a Maddy que estaba en serio sobre ella. Pero no me rendiría. Coloque mis libros dentro y cerré la puerta. Mientras me daba la vuelta, me quedé inmóvil. Allí estaba, directamente delante de mí. Parecía asustada.

—Hola.

Una pequeña sonrisa tiró de mis labios.

—Hola. ¿Estás bien?

Respirando profundamente, exhaló despacio, caminó hacia adelante y colocó su mano en la mía. Nuestros dedos se entrelazaron. Miré abajo hacia nuestras manos entrelazadas y me iluminé. Ella contestó con una sonrisa tímida.

—Perfecta. Todo está perfecto.

Tres semanas más tarde, compartimos nuestro primer beso.

Un año más tarde, hicimos el amor.

Tres años después de eso, Maddy me dijo que iba a ser papá. Era el amor en su forma más pura.

Nueve meses más tarde, encontré el segundo amor de mi vida. Vino envuelta en una manta rosada. Tenía mis ojos, pero era toda Maddy. La llamé como mi madre.

En cinco años, mi vida fue puesta boca abajo. Habría hecho todo por Maddy, pero ella no sentía lo mismo. Y por eso no quiero volver a enamorarme otra vez.

El amor te hace daño.



Max

Me paseo por la calle, caminando hacia Safira. No importa la edad que tenga, seguiré siendo el hermano pequeño de Nik... y su lacayo. Tina odia cuando Nik hace esto, pero yo vengo trayendo regalos, así que ella lo superará. Es lunes. Tina no debería estar trabajando en absoluto. Ella está de baja por maternidad. Uso ese término vagamente, porque Tina ha estado de baja por maternidad durante un mes, pero todavía va a trabajar todos los días.

Nik le dice que se lo tome con calma. Ella sonríe dulcemente hacia él y le dice que lo hará. Él se va a trabajar, y ella se lanza en un atuendo atrevido y se dirige hacia su tienda. Tiene suerte de que es sexy.

Abro la puerta y la mantengo abierta para dejar salir a un par de mujeres jóvenes. Sonrío fuerte.

—Señoras, ¿cómo están hoy? Se ven bien.

Ahí vas de nuevo.

No estaba coqueteando. Estaba siendo un caballero.

... *¿De verdad?*

Cállate, cerebro.

Cruzo la puerta, equilibrando el botín, y grito:

—Buenos días.

Al unísono, todos ellas dicen de regreso:

—¡Buenos días!

Pongo las cosas en el mostrador y me giro para encontrar a Tina contoneándose fuera de su oficina. Sus ojos se estrechan y tiene su teléfono en su oído. Sonrío. ¡Ha, ha! Nik lo va a conseguir.

Debe haber contestado, porque ella comienza de inmediato.

—Nik, bebé, ¿quieres decirme por qué tengo una entrega aquí esta mañana, con Max siendo el repartidor? —Y a pesar de que está enojada con él, toma un segundo para sonreírme y vocalizarme un “hola”. Solo así, se da la vuelta. Tina es la mierda.

No oigo lo que dice, pero ella responde en un molesto:

—No necesito comida. Son las diez de la mañana, ¡por amor de Dios! ¿Qué estás tratando de hacer, cariño? ¿Convertirme en una ballena? —Sé el momento exacto en el que él se pone dulce en ella. Sus hombros se desploman y suspira—. Sé que quieras cuidar de mí. Yo también te quiero. —Hace una pausa, y luego levanta una mano para ahuecar mi mejilla—. Sí. Amo a Max también.

Me inclino y beso la parte superior de su cabeza. Ella envuelve un brazo alrededor de mí y aprieta, entonces se contonea de nuevo en la oficina.





Mimi aparece detrás de mí. Ella sacude su barbilla hacia la caja sobre el mostrador.

—¿Más comida?

Sonrío.

—Sí.

Ella se encoge de hombros y luego levanta la tapa de la caja, recogiendo un sándwich.

—No importa si lo hago.

Lola camina desde la parte trasera de la tienda, los ojos muy abiertos con alegría.

—¿Son esos sándwiches gratis? —Mimi mastica mientras asiente. Lola hace un movimiento en el aire—. ¡Me encantan los sándwiches gratis!

Nat viene a través de la puerta de la oficina, su teléfono en la oreja.

—Lena, te quiero. En realidad, lo hago, pero esto no es objeto de debate. Vas a tener que aprender a lidiar con ello. —Mis cejas se fruncen. Eso suena serio. Ella camina hacia mí, ve los bocadillos, y hace un pequeño baile. Ella pronuncia en el teléfono—: Te estoy poniendo en altavoz ahora. Debido a... sándwiches.

Susurro:

—¿Qué pasa con Helena?

Nat, sin importarle que Helena escuche, toma un bocado de un sándwich y explica una confusa:

—Mi hermana tiene un problema escuchándose tener sexo.

Helena jadea.

—¡Oh Dios, no tienes vergüenza, zorra! Y, por cierto, gimes tan fuerte que suena como si estuviera en la habitación con ustedes. ¡Qué asco!

Nat traga y rueda los ojos.

—¿Mucho dramatismo? ¡Es sexo! ¡Es normal! ¡Estoy casada, por Dios! No pasará mucho tiempo antes de que tenga dos bebés que cuidar. ¡Tengo que tener sexo ahora!

Helena responde:

—¡La-la-la-la-la!

Nat se vuelve hacia mí.

—¿No deberías estar en el trabajo?

Helena responde con lo que suena como un puchero.

—Estoy en el trabajo. No ha llegado nadie todavía. Bueno, la gente está aquí, pero James no está aquí.

James, ¿cierto? Él siempre se presenta como Whit. ¿Por qué le permite a Helena llamarlo James?

Nat ríe.

—Estaba hablando con Max, idiota.



Silencio, entonces Helena pregunta:

—¿Qué está haciendo ahí? ¿Es que no trabaja?

Me pongo de mal humor con su tono.

—Trabajo, muchas gracias. Estoy haciendo una entrega en este momento.

Por lo menos ella tiene la gracia de sonar arrepentida.

—Oh, cierto. Lo siento.

Aunque no la tengo a ella en el teléfono, tengo que pedirle que compruebe el horario de Whit por mí, para que pueda ir a tener una charla con él.

—Oye, pastelito, estás en el centro, ¿no?

Su respuesta es sospechosa y prolongada.

—Sí. ¿Por qué?

—Necesito que compruebes el horario de Whit para mí.

Confusión llena su voz.

—No lo tengo.

Después de haber estado en el centro alrededor de mil veces, estoy familiarizado con el entorno. Muy familiar.

—Eso es genial. Tienes que... espera. ¿Dónde estás ahora mismo?

—Estoy en el recibidor.

Asiento con la cabeza. Sé dónde está.

—Está bien, tienes que salir de allí, y luego girar a la derecha. Una vez que llegues a una pared de fotografías, mantente yendo hasta llegar a la sala de juegos de los niños. Verás una pizarra gigante con los horarios de todos en él. Necesito que me digas si Whit tiene algún tiempo o bloque libre.

Ella pronuncia un divertido:

—Hay fotos de Ceecee aquí.

Yo sonrío.

—Lo sé. Busca una donde ella es un piloto.

Helena se ríe en voz baja.

—Girándose en la silla en un avión... —Ella pronuncia un “genio”. Una pausa, y luego—: Dios, ha crecido.

—Lo sé. Como un hongo.

Escucho los sonidos de pasos haciendo eco a través del teléfono.

—Está bien, estoy casi allí. ¡Ah, sí! Lo veo.

—¿Está libre hoy?

—Tiene las 13:00 y las 14:00 libre.

Genial.

—Toma un marcador y ponme a las dos de la tarde, ¿quieres?

Susurros, luego:



—Listo. Estás anotado.
—Gracias, pastelito.
Ella responde en voz baja.
—De nada, Max.
Y esa es mi señal para salir.
—Bueno. Me voy de aquí. Tómenlo con calma, señoritas.
Mientras me alejo, gritan al unísono:
—¡Adiós!



Capítulo 13

Selena

Traducido por âmenoire y Pimienta

Página 94



Me odio por mirar el reloj. Las dos de la tarde se están acercando y acercando, y estoy teniendo problemas reales con mi reacción de ver a Max. Más específicamente, con mi querer ver a Max. Es la una con cincuenta y tres y mis agitaciones de estómago han empezado. Reboto mi rodilla y golpeo mi pluma sobre el escritorio. De hecho, no tengo mi propia ofician en este momento, así que realmente, reboto la pluma sobre el escritorio de James. Levanta la vista de su papeleo, hacia la pluma, levanta una ceja, y me mira.

Dejo caer la pluma con un ruidoso estrépito y susurro:

—Lo siento.

Estaré siendo la sombra de mi jefe por los próximos pocos días. Ya he conocido a los otros tres entrenadores personales en rotación regular. El único otro hombre en el equipo es un chico llamado Kerr. No es muy alto, pero sí super musculoso. Casi parece como si fuera un grano de maíz explotado con todos sus músculos abultados. Tiene cabello oscuro y ojos que combinan, y es tan gay.

¿Cómo se esto? Lo sé porque cuando Felicity, la pieza rubia bombón de nuestro equipo, con labios Restylane⁷ y cuerpo de bailarina de salsa, se inclinó para estirar, él no miro su trasero perfectamente torneado.

Sé lo que vas a decir: eso no significa nada. ¿Ciento?

¡Falso!

Prueba B: Cuando James tomó la misma pose, Kerr no sólo miró el trasero de James, ¡lo devoró! Mentalmente, por supuesto.

Fue incomodo de observar. En serio, lo fue. Lo que fue aterrizante fue que la idea de James y Kerr juntos rodando alrededor en la bolsa me excitaba. Un montón. Embarazosamente. Así que cuando James me atrapó mirando como si estuviera a punto de tragarse mi lengua por mis pensamientos impuros y estrechó sus cejas hacia mí, preguntando cuidadosamente:

—¿Estás bien?

Lo estaba pero grité un lleno de pánico:

—¡Nada!

Así que ahí lo tienes. A Kerr le gusta la salchicha, y a mí me gustan las fantasías hombres sobre hombre.

¿Quién lo sabía?

⁷ Restylane es una marca sueca cuyos productos ayudan a definir y dar mejor forma a los labios.



Felicity es alta, rubia, y tiene fantásticos pechos alegres que combinan con su trasero. Y, por supuesto, yo siendo yo, asumí que sería una completa tonta. Felicity... no lo es. Es inteligente, y divertida, y súper dulce. Me gusta. La primera cosa que me dijo fue: "Luces como una ninfa de jardín". Eso fue. Tan al azar. Estuve vendida.

El tercer miembro de nuestro equipo es la tímida y callada Willa. Es alta y esbelta, graciosa, y extremadamente bonita. Pero tímida. Dolorosamente tímida. Tiene hermosos ojos avellana, cabello rubio claro, y una pizca de pecas a través de su nariz. Es, por falta de un mejor término, una chica geek. Oh, y ama a James.

Así que ahí lo tienes. Dos miembros del equipo quieren a James "Whit" Whittaker. Con razón me dijo que no sale con empleados. Todos quieren arrancar una pieza de él. No los culpo. Es un especial tipo de fino, pero no estaba mintiendo cuando le dije a James que no salgo.

He trabajado demasiado tiempo, demasiado fuerte, para salir luego y enamorarme de un chico que probablemente me resentirá por trabajar en mi empleo soñado. Llámame egoísta, pero me estoy dedicando a mí en este momento. Cuando esté en un buen punto de mi carrera, consideraré salir de nuevo.

La última cita a la que fui, fue en mi primer año de universidad. La cancelé... cinco minutos después de que la cita hubiese comenzado. Brad, o Bob, o Brett, o cómo demonios fuera su nombre, me dijo que no podía cancelar después de que la cita ya hubiera empezado. Simplemente le dije:

—Mírame. —Luego le devolví su barato ramo de claveles y me dirigí de regreso a mi dormitorio.

No estarías equivocado si adivinaras que salir en citas me asusta. Estoy tan preocupada sobre conocer a un chico que se convierta en mi todo, solo para tener que sacrificar mi carrera por él. Quiero decir, ¿por qué debo sacrificar todo? ¿Por qué no puedo tener toda la enchilada? Ay, esto no funciona de esa manera la mayor parte del tiempo. Mi trabajo es demandante, pero los frutos de la labor son gratificantes. Tan gratificantes, que no creo que un ultimátum me haría amar mi decisión.

No había notado que James ha terminado su papeleo hasta que tose. Mi cara regresa a la de él. Una pequeña sonrisa se extiende a través de su cara.

—¿A dónde te has ido?

Sacudiendo mi cabeza, suspiro.

—Ni siquiera lo sé. Me fui. Lo siento.

Se encoge.

—Está bien. De todas formas hoy es un día lento. Desearía poder enseñarte más, pero necesito clientes para hacer eso. Siento que haya sido un día aburrido. Desearía que fuera más entretenido. —Sonríe—. Tal vez pueda hacer twerk⁸ sobre una mesa para ti o algo.

Resoplé.

—Pagaría por ver eso, señor.

⁸ El twerk es un paso de baile que ganó fama recientemente y se trata de sacudir las nalgas energéticamente.



Hace una mueca.

—Ay hombre. ¿En serio acabas de decirme señor? Me siento tan viejo.

Me río. Es adorable.

—No estás viejo. Si tú estás viejo, entonces yo estoy vieja, y si me llamas vieja, puedes sólo atrapar un zapato en tu cabeza, porque no estoy vieja.

Su pequeña sonrisa se intensifica.

—Me gusta una mujer que está dispuesta a lanzar un zapato de vez en cuando.

Asiento regiamente.

—Eso es tan común en estos días. Es una pena.

Me sonríe. Y sonríe. Y sonríe un poco más. Repentinamente estoy nerviosa. Mis ojos se amplían.

—¿Por qué me estás mirando así?

Después de un momento, su sonrisa pierde un poco de su fuerza y dice:

—Me gustas.

Una mirada de sorpresa atraviesa mi cara. Es rápidamente remplazada por un sonrojo. Balbuceo tranquilamente:

—También me gustas.

Un golpe en la puerta capta mi atención. Max asoma su cabeza y me mira sentada detrás del escritorio de James. Lanza un pulgar detrás de él y dice:

—Puedo regresar.

Rápidamente me pongo de pie.

—No. Sólo estábamos hablando. Siéntate.

Me muevo para irme, pero James me detiene levantando una mano.

—De hecho, Max, entiendo completamente si dices que no, dado que sus familias están entrelazadas, pero necesito preguntar. ¿Te importaría si Helena se sienta hoy? Estará siendo mi sombra por un rato, sólo hasta que se familiarice con la forma en que hacemos las cosas por aquí.

Max no vacila.

—No me importa.

Ahhh, Max. El comprensivo y considerado Max. El molestamente perfecto Max.

Disparándome una pequeña sonrisa, se mueve para sentarse junto a mí y guíña.

—¿Cómo estás, pastelito?

Mis cejas están cerca de tocar mi línea del cabello. Me inclino hacia adelante y susurro:

—No puedes llamarme así aquí. Quiero decir, te dije que dejaras de llamarme así. No puedes llamarme así.



Susurra de regreso:

—Claro que puedo.

Mi nariz se frunce. Susurró de regreso acaloradamente:

—No soy un pastelito.

Acerándose más, nuestras narices casi se tocan. Sus cálidos ojos miran directamente en los míos.

—Pero hueles como uno.

Los ojos de James se dirigen de ida y vuelta entre nosotros.

—Tal vez esto no es tan buena idea.

Pero Max ondea una mano hacia él.

—Está bien. Estoy totalmente bien con eso. Necesita aprender, y conoce a Ceecee, así que hagámoslo.

James luce inseguro.

—Bueno, si estás seguro... —Mira hacia mí.

Concedo con un asentimiento.

—Sí, todo está bien.

James sonríe.

—Está bien entonces. ¿Sobre qué necesitabas verme, Max?

Max va directo al punto.

—Necesito ayuda con Ceecee. No se está ejercitando, no está estirando. Sigue teniendo calambres y espasmos, y trata de esconderlos. Quiero decir, no soy estúpido, ¿sabes? Sé cómo luce el dolor. Ya no sé qué más hacer, Whit. —Se muerde el interior de su labio en un gesto infantil. Su tono hace que mi pecho punce—. Está rompiéndome el corazón, hombre.

La cara de James inmediatamente muestra preocupación.

—¿No está haciendo sus estiramientos?

Max sacude su cabeza lentamente.

—La última vez que la vi iniciar algún tipo de ejercicio fue hace cerca de cuatro semanas, así que he estado tratando de involucrarme, ¿sabes? Como, trato de hacerlo tiempo papi/hija, algo que podemos hacer juntos, pero el noventa por ciento del tiempo, termina enojándose conmigo. Se va indignada. Ya apenas me habla.

James toma un momento para procesar esto, luego asiente.

—Está bien. Necesitamos tenerla moviéndose de nuevo o sólo va a seguir acalambrándose, y ese tipo de incomodidad está relacionado con poner a cualquiera de mal humor. ¿Qué tal si la traemos de vuelta aquí dos veces a la semana hasta que vea algo de mejora?

Max levanta sus brazos para apoyarlos en la parte superior de su cabeza. Sus ojos cerrados con alivio.





—Sí. Sí, por favor. Me está volviendo loco. Sabe lo que necesita hacer, yo sólo... —Sorprendentemente, mira hacia mí—. Sólo ya no sé qué hacer. Me está dejando fuera.

Siento el dolor en su voz. Parte de mí desea que pudiera envolver mis brazos alrededor de él y abrazarlo hasta que el dolor se derrita con mi cálido abrazo. Pero eso sería descabellado, así que sólo me sentaré aquí, mirándolo de vuelta con una expresión en blanco en mi cara.

Lindo.

James saca su horario.

—Tuve una cancelación esta mañana. Lo más temprano que puedo tenerla es mañana en la tarde, justo después de la escuela.

Max rápidamente se pone de pie y se estira sobre el escritorio para tomar la mano de James en un entusiasta apretón.

—Te lo debo, hombre. Gracias. Estaremos aquí mañana alrededor de las tres.

Ni siquiera creo que se dé cuenta de que lo hace, pero Max se gira, se agacha, me besa en la parte superior de la cabeza, y luego se va. El lugar donde me besó se siente caliente, y luego siento la calidez en mis labios.

Tan pronto como se va, James me pregunta.

—¿Estás segura que no va a ser incómodo para ti?

Miento a través de mis dientes:

—Para nada.

Helena

Max estuvo en mi mente toda la tarde. Guardé su número de teléfono de los mensajes de voz que me dejó. Estuve tan tentada a hablar o mandarle un mensaje, o algo. Escuché su voz cuando habló de Ceecee. Me miró directamente. Dentro de mí. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no habría creído que algo como el coqueto y descuidado Max que había construido en mi mente fuera capaz de tan profunda emoción. Y movió seriamente algo dentro de mí.

Soy una perra juiciosa. A eso se resume. Quiero cambiar. Hoy me hice un voto a mí misma. Dejaría de juzgar y empezaría a aceptar. Lo que pasó con Max en la boda de Nat pasó. Estoy dispuesta a aceptar que estaba resentida. Mi resentimiento fue causado por el rechazo, ya fuera que lo supiera o no. Pero estaba en lo correcto. Nuestros amigos y familias estaban vinculados, y mantener un resentimiento sobre algo tan estúpido era, bueno, estúpido.

Podemos ser amigos. Puedo hacer esto. No será difícil. Para nada. ¿Y qué si luce como un dios y huele como las lágrimas de Jesús? ¡Pfffft! Sin problema. Tenemos esto. Solo tengo que asegurarme de que nunca sepa que lo consideré mi aventura de fantasía por mucho, mucho tiempo. Y eso será pan comido. Nunca les dije a mis hermanas. ¡Demonios, nunca le dije a nadie!



Hablando de hombres de ensueño...

Saliendo de la ducha, envuelvo una toalla alrededor de mi cabello, y luego a mí misma. Abro la puerta y me dirijo hacia mi equipaje de mano. El cierre se abre con un agudo tirón y lo veo. Respiro.

—Johnny.

Mis manos son cuidadosas mientras deshago la banda de goma que asegura a mi hombre principal. Tan pronto como veo su cara, rompo en una sonrisa. Pero su cara no está impresionada. Los músculos de mi estómago se tensan.

—No me mires así. He estado ocupada. —Juro que sus cejas se levantan marginalmente. Lo juro. Resopló molesta—. Sí, bueno algunos de nosotros tenemos trabajos, Johnny. —No me gusta su actitud—. ¿Quieres permanecer en el maldito equipaje? —Si pudiera rodaría sus ojos, lo haría.

Lo desenvuelvo y lo dejo sobre mi cama. Me quitó la toalla. Mi mirada gira hacia la cama para encontrar la mitad superior del poster levantada, así está mirando mi cuerpo desnudo. Mi nariz se frunce.

—Pervertido.

Me visto con pantalones de mezclilla y una blusa negra que dice “Con clase, descarada y lista” lo que es un regalo de broma de Nina para mi cumpleaños. Dado que de hecho la estoy usando podría hacerla reírse hasta llorar. Se suponía que me ofendiera. ¡Me encanta!

Deslizándome en mis tenis blancos y poniéndome mi teléfono en el bolsillo trasero. Estoy a punto de dirigirme hacia la puerta cuando veo el mini pizarrón blanco que Max dejó en el mostrador de mi cocina. Y mi corazón se hunde. Me toma no más de un segundo antes de tomar el pizarrón blanco y dirigirme fuera de mi departamento. Toco el timbre del departamento 309.

La señora Crandle abre la puerta, vestida con una túnica y con sus gruesas gafas de culo de botella apoyadas en el puente de la nariz. La confusión cruza su rostro.

—¿Sí cariño?

Tomando el marcador de la pizarra, escribo de forma rápida:

—¿Estoy invitada a tomar el té?

Sostengo la pizarra y su rostro se transforma por incredulidad. Una sonrisa sorprendida aparece en sus labios.

—¡Claro! Entra. Voy a poner el agua a hervir.

Ella desaparece por el pasillo. Para ser una mujer pequeña, es rápida. Entro y cierro la puerta detrás de mí. Cuando giro, taro un momento en que mi cabeza comprenda lo que estoy viendo a mí alrededor. Mis pies están clavados al suelo. Estoy tan sorprendida que mi boca cae abierta.

Tres grandes fotografías en blanco y negro cuelgan en la pared de la sala de estar. La primera es un retrato de una mujer joven, de unos veinte años, con rizos pin-up, un cuerpo esbelto vestido con un leotardo revelador pero de buen gusto, y una sonrisa tan bonita que tengo que sonreír también.





La segunda imagen es de un grupo de unas treinta personas. Me siento atraída rápidamente por ella. El hombre de la fotografía no sonríe. Parece tener unos treinta años, frunce el ceño a la cámara con una mirada feroz y enojada. Lleva un corte de pelo militar, y los abultados músculos se flexionan ridículamente. Él es un tanque.

—No dejes que te engañe su expresión. Él era como un oso de peluche —dice la señora Crandle detrás de mí. Casi me salgo de mi piel. Mi corazón se acelera, levanto una mano a mi pecho agitado. Ella se ríe en voz baja—. No era mi intención asustarte.

Una expresión tímida cruza su rostro. Escribo:

—Está bien. Me asusto fácilmente. —Después de darle otro vistazo a las fotografías, escribo—: ¿Tu marido?

Ella mira la foto y asiente con la cabeza.

—Sí. Ese es mi Chester —murmura—. Pero él no era sólo mi marido. —Me mira, nostálgica—. Era todo mi mundo. Lo seguiría a cualquier lugar. —Niega con la cabeza y se ríe—. De hecho, lo hice.

Limiando lo escrito anteriormente, escribo con una sonrisa incrédula.

—¿Eran feriantes?

Sin responder, ella toma suavemente mi brazo.

—Ven, siéntate, querida. El té estará listo en un momento. —A medida que nos acercamos al sofá, ella niega con la cabeza, confundida—. Lo siento, debo haber olvidado tu nombre.

Niego con la cabeza.

—No creo que me escucharas cuando lo dije. Mi nombre es Helena.

Ella lee rápidamente y sonríe.

—Vaya, qué nombre tan bonito. —Se aleja con sus pequeños pies, mientras grita—: El té debería estar ya listo.

Tazas y cubiertos tintinean, después, la señora Crandle regresa con una tetera y tazas de té en una bandeja con galletas.

Tengo que admitir, el té huele encantadoramente, y las galletas tienen una pinta divina. Mi estómago retumba.

Abajo, chica.

Me inclino para servir el té, pero la señora Crandle interviene.

—Puedo ser un dinosaurio, pero todavía puedo servir el té, Helena.

Ella termina en un guiño, y doy gracias a Dios por no hacer esta visita espontánea un momento torpe.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco y compruebo la pantalla.

Nat: La cena está casi lista.

Mierda.

La señora Crandle deja de servir cuando ve mi teléfono. Su cara se entristece.

—¿Marchándote tan pronto?



Respondo rápidamente al mensaje.

Yo: Llego tarde. Guarde un plato. x

Luego apago mi teléfono y lo pongo de nuevo en mi bolsillo.

—Lo siento. No me marcho. Me encantaría un poco de té, por favor.

La felicidad reemplaza su anterior expresión. Me pasa una taza de té y azúcar, junto con las galletas.

—Estoy muy contenta de tener compañía. No tengo mucho entretenimiento estos días.

Me tomo mi té mientras miro alrededor de su sala de estar. Es entonces cuando lo oigo.

Meow

Mi ceño frunce cuando miro mis pies. Suspiro.

—¡Oh Dios mío!

Me agacho para recoger el pequeño gatito gris y lo mantengo en alto.

—¡Hola, cosa dulce!

La señora Crandle ríe.

—¡Dios mío, ¿cómo pudo salir? Es un poco escapista. Y no debería estar lejos de su mamá, pero siempre encuentra el camino.

Sosteniendo al pequeño individuo en mi regazo, escribo:

—¡Es adorable! ¡Me encanta!

La señora Crandle sonríe.

—Entonces es tuyo.

Mi cara se queda en blanco.

—¿Qué?

Ella debe entender lo que digo, porque se encoge de hombros.

—No puedo mantenerlos a todos. Él y sus hermanos y hermanas, probablemente irán a una tienda de mascotas dentro de unos días. Si loquieres, es tuyo.

Aturdida, miro hacia abajo al pequeño dulce gatito de ojos verdes.

Meow

Escribiendo tan rápido que estoy segura de que apenas es comprensible, escribo:

—¡Sí, lo quiero! ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Ella asiente con la cabeza y una tímida sonrisa aparece en su rostro.

—De nada. ¿Qué nombre vas a ponerle?

Acurruco a mi gatito cerca.

—Me gusta Ted. Pero también me gusta Woody.

La señora Crandle levanta su rostro pensativa.



—¿Qué tal Tedwood?

Lo digo en voz alta.

—Tedwood. Algo así como Edward, pero no —Asintiendo, escribo:

—Me gusta. ¡Eso es!

Ella bebe su té y después mordisquea una galleta.

—Tengo todo lo necesario para él aquí. Te lo puedes llevar a casa esta noche siquieres.

Sonrío hacia mi gatito. Suavemente se restriega contra mi barbilla. Oh, Dios mío, lo quiero ya. Él es tan malditamente lindo. Sonriendo a la señora Crandle, vocalizo: “Gracias”.

Ella me devuelve la sonrisa.

—Espero que te dé tantas alegrías como me dio su madre a mí.

Sé que lo hará. Sólo lo sé.

Capítulo 74

*Selena**Traducido por Selene1987 y Raeleen P.*

- ¡Dónde estás, pequeño psicópata? —siseo, agachada encima de la barra de la cocina, mis pies a salvo, lejos del suelo.

—Por qué nadie me dijo lo patán que puede ser un gato? Nunca tuvimos un gato de pequeñas. ¡Ni siquiera un pez dorado, caray!

—¿Teddy? —llamo, esperanzada. El gusanito está por aquí pero se esconde bien. Lo engatuso con tranquilidad fingida—. Sal, tesoro. Te cuidaré muy bien si sales.

Sentada en la encimera, bajo un pie lentamente y en completo silencio. Gracias, Dios, por los calcetines. Bajo el otro pie al piso. En silencio y de puntitas, voy de la encimera hasta la puerta de mi cuarto. Me asomo rápidamente. No hay nada allí. ¿Dónde está?

Tengo demasiados rasguños en mis pies y tobillos. Por el último día y medio, mis dedos se han convertido en juguetes para morder de mi nuevo compañero de piso. No lo estoy disfrutando. Creí que tener un gatito sería el noventa por ciento abrazos y el diez por ciento de juegos gatunos, o sea, grabar videos y subirlos al internet. Este no es el caso.

Y lo que es peor, a Tedwood le gusta esconderse y luego aparecer cuando menos te lo esperas. Mi corazón comienza a acelerarse. Trago fuerte.

—¿Teddy? ¿Bebé? A mamá de verdad le gustaría que salieras en este momento. —Empiezo a hiperventilar, agarro el marco de la puerta y susurro con voz cantarina—: Mamá está enloqueciendo, amigo.

Ay por Dios, es de mañana y estoy muy cansada para lidiar con estas tonterías. Necesito una ducha, inmediatamente. Encuentro valor en algún lugar muy recóndito dentro de mí. Enderezó mi espalda y mis hombros.

—Sabes qué, Ted. Necesito una ducha y me la voy a dar, con un demonio. Escóndate todo el día siquieres. No me importa.

Abro los cajones con una raqueta, junto mi ropa para trabajar y cierro los cajones con un “bang”. Hago una parada en el baño y murmuro:

—No me asusta un gatito. Eso es lo que es un gato. Un gatito. No estoy asustada.

Arrastró mi ropa dentro del baño y enciendo la luz.

—¡Hijo de puta! —Salto, sorprendida, cuando soy atacada por detrás. Aunque estoy usando calcetas gruesas, aún puedo sentir el filo de sus colmillos en mi



tobillo y sus garras sujetas firmemente alrededor de mi pie—. ¡Arrrrgggh! ¡Suéltame, felino del demonio! —chillo.

Con mi gato aún pegado a mi pie, lo levanto e inicio el proyecto sacudétele. Primero me sacudo ligeramente pero aún está bien sujeto, sus ojos redondos son pura pupila ahora mismo. No puede ser bueno.

Me sacudo fuerte y más fuerte hasta que me tambaleo en mi lugar. Pierdo el equilibrio. Me caigo hacia atrás. Mi espalda se golpea contra el lavabo del baño y siento que se me va el aire en un zumbido. Un dolor pulsante florece de mi cintura cuando aterrizo con un rebote en el piso de baldosas.

Mierda. ¡Eso dolió! Acostada en el piso de mi baño, con un gatito pegado a mi pie con dientes y garras, rompo en llanto.

—Jesucristo, sí que me equivoqué contigo.

Como si sintiera mi dolor, Tedwood aparece junto a mi cara. Si un gato pudiera verse preocupado, él lo estaba. Aun llorando, sorbo.

—Eres un gatito malo. —Lame mi nariz, como si se burlara de mí. Pongo mis puños en las baldosas, me levanto y gimo—. Ay Dios, te odio.

Escala en mí y se sienta en mi pecho.

Mewu

Mi cuerpo se sacude por los sollozos.

—¿Por qué me haces esto? Solo quería darte un buen hogar. Y te veías tierno, como un gato normal que hace cosas que los gatos normales hacen. No sabía que estabas loco. —Lo miro y suplico—: ¡Por favor deja de intentar matarme!

En las últimas doce horas, “accidentalmente” Tedwood ha tirado una vela y prendido fuego a una parte de mi cama, ha masticado cables y los ha dejado abiertos y casi los toco con mis manos, y se ha escondido en cada lugar posible, atacándome cuando menos me lo espero. Tengo una teoría. No me crean tanto pero...

Creo que mi gato es el diablo.

No soy experta en la materia y lo consultaré con el veterinario pero no creo que sea normal que un gato intente asesinar a su dueña. *Repetidamente*. Cierro mis ojos y lloro mientras espero que mi espalda deje de dolerme, pero es inútil. Me dolerá todo el día. Está magullada. Lo sé. Una lengua un poco áspera me lame la nariz. Lo empujo con gentileza.

—Amigo, deja de lamerme los mocos.

Ronronea y frota su cabeza contra mi barbilla. Me quedo quieta y pregunto, esperanzada:

—¿Significa que ya somos amigos? No habrá más cosas raras, ¿verdad? —Se acuesta en el espacio entre mi cuello y mi barbilla, ronroneando todo el tiempo, y yo suspiro, aliviada—. Gracias, Señor —Bien. Si él es así de tierno la mayoría del tiempo, no tendré que buscarle un nuevo hogar.

Levanto una mano y palmeo su lomito. Su ronroneo se hace más fuerte. Me acuesto, disfrutando del lado tierno de Tedwood, el cual sé que no durará.

—Esto es la calma antes de la tormenta, ¿cierto? —le preguntó.





Su espalda se arquea y sisea en respuesta.

Síp. Eso es lo que pensé.

Helena

Mientras camino por la calle hacia el trabajo, llamo a Nat. Contesta en el primer timbre.

—¿Qué pasa, cosa?

Sonando más drogadicta de lo que pretendía, gimoteo:

—Necesito un favor. Necesito una dosis y la necesito pronto.

Silencio, y luego:

—¿Y qué harías por mí?

Pienso y pienso. Me encojo de hombros aunque ella no pueda verlo.

—No lo sé. Te cocinaré.

Se burla.

—Ay, por favor. Cocino mejor que tú.

Demonios. No miente. Me desespero. Estoy gritándole al celular.

—¡Haré lo que sea! ¿Qué quieras?

Refunfuña en el celular y sé que está pensando. Después de un momento de pensar, contesta.

—Limpia mi casa.

Parpadeo. ¿Está hablando en serio? ¡No soy la criada de nadie! Respondo más fuerte de lo que esperaba.

—¡Jódete, perra! —El hombre caminando a mi lado, me mira. Cubro el micrófono del teléfono y murmuro—: Oh, no se preocupe. Solo es mi hermana. —No sabía que era posible pero en realidad se ve más disgustado mientras se aleja. Ofendida ante su repugnancia fuera de lugar, le grito—: Bueno, ¡jódete tú también!

Nat suelta una risita.

—Ah, Nueva York. —Luego empieza a cantar—. ¡Es un infierno de ciuddaaaaad!

No puedo evitar reír con ella.

—Probablemente no debí haber hecho eso.

—Meh. Lo superará. —Permite que haya una pausa antes de intentarlo otra vez—. Entonces, ¿limpiarás mi casa o qué?

Hago una mueca.

—Ya quisieras. Los he escuchado a ti y a Asher en acción. De ninguna manera limpiaré después de eso. ¡Necesitaría un equipo para material peligroso!

Ella resopla.



—Actúas como si nunca hubieses hecho contacto con la leche. ¿Desde cuándo eres tan puritana?

Desde la universidad.

Me río con humor.

—No soy puritana. Nunca lo he sido.

Me contesta con:

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo?

El 4 de julio de 2010. Era domingo. El tiempo era magnífico; el sol brilló todo el día.

—¡No sé la fecha exacta!

—Si hablas de una fecha, entonces ya pasó más de un año.

Mi nariz se arruga.

—Te estás pasando.

Deja salir un sonido de exasperación.

—Está bien, equis. No tienes que limpiar toda la casa, sólo el baño.

—Sí, voy a colgar ya.

Mi dedo está a punto de apretar el botón para terminar la llamada, cuando ella suspira.

—Bien. Tienes entrada libre. Esta vez. Te enviaré los detalles.

La felicidad me llena, calentándose. Sonrío brillantemente.

—Eres increíble. Una diosa. Te quiero como una herma...

Beep. Reviso la pantalla. Y frunzo el ceño. La maldita me colgó. Mi teléfono suena. Un mensaje de Nat. Casi grito de placer. Es la dirección para el Glaseado en la Cake Bakey, y no está lejos de mi trabajo. Utilizo el mapa de internet de mi teléfono y puedo ver que está a cuatro cuadras de distancia. Cinco cuadras en la dirección opuesta a Safira y The White Rabbit. No es a la vuelta de la esquina precisamente pero tampoco está lejos.

Necesito un coche. Tan pronto como gane dinero, eso es lo primero en mi lista por-comprar. Al acercarme a la calle en la que está mi trabajo, envío un mensaje rápido.

Yo: Te odio.

Pasan unos segundos antes de recibir respuesta.

Nina: Te odio más, pedazo de mierda. x.

Camino hacia al trabajo, sabiendo que hoy será un buen día.



Selena

James me lleva hasta un cuarto grande, lleno con aparatos para hacer ejercicio. Sacude una mano.

—Probablemente ya viste la mayoría de las cosas antes, pero si ves que algo es desconocido, dímelo y te diré qué es y cómo se usa.

Después de una rápida revisión de los aparatos, sacudo la cabeza.

—Los he usado todos antes, pero si veo algo que me parezca nuevo, te lo diré.

Junta las manos y sonríe.

—¡Genial! Esto es grandioso. Eres la persona más fácil que me ha tocado entrenar. Siento como que debería ser más difícil, pero me estás haciendo las cosas muy sencillas.

Finjo una disculpa.

—Lo siento.

Se ríe y sacude la cabeza.

—Nunca había conocido a una chica pequeña con tanta actitud.

Camino hasta él y lo empujo, juguetonamente.

—No es actitud. Es ánimo.

El asiente con la cabeza, de acuerdo.

—Sí. Tu vitalidad.

Río ante su elección de palabra.

—Hasta podrías decir que tengo agallas.

Se estremece.

—No creo que ni mi abuela haya usado la palabra “agallas”. Y murió a los noventa.

Mi rostro se contrae.

—¿Me estás diciendo vieja, jefe?

—Nah. Solo un alma vieja, me parece. —Por alguna extraña razón, sus palabras hacen que mi pecho duela. Mi sonrisa se desliza de mi cara. De pronto me siento incómoda. James está a mi lado en un instante—. Oye. Disculpa.

Muestro una pequeña sonrisa.

—No, no lo sientas. Tienes razón. —Me mira expectante—. De verdad, no es lo que dijiste, es más bien yo que no estoy feliz con cómo he estado haciendo las cosas últimamente.

Sin decir una palabra, camina por la habitación y coge dos sillas. Me las acerca y las coloca una enfrente de la otra. Me siento en una mientras él se sienta enfrente.





—Habla conmigo, Helena.

James es un chico amistoso, puedo hablar con él. Al menos, siento que puedo hablar con él. Estaría bien trazar una amistad aquí en Nueva York. Abrirme a él podría ser la manera de hacerlo. Ya hemos hablado mucho. Abro mi boca para hablar, pero no sale nada. Lo intento de nuevo. Nada. Finalmente, trago y empiezo.

—¿Por qué la razón por la que empezó a gustarme una persona es la misma razón para que empezara a no gustarme esa misma persona?

Es cierto. La razón por la que empezó a gustarme Max fue por sus formas ligonas y alegres. Así que no tiene sentido que no me guste por ser ligón ahora, ¿no?

Los labios de James se fruncen pensando mientras piensa la respuesta.

—Quizás viste algo en esa persona que deseabas tener tú. Y quizás, porque eres muy diferente a esa persona, empezaste a tener celos por no poder adaptar esa característica en tu vida.

Una sonrisa triste aparece en mis labios.

—Me rechazó. —Veo a James hacer una mueca y añado rápidamente—: Pero no creo que ni siquiera lo sepa.

Él se encoge de hombros.

—Lena, por lo que sé de los hombres, siendo yo uno, es... que a veces podemos ser muy estúpidos.

Yo río, pero me cubro la cara con las manos por vergüenza al tener esta conversación con mi jefe.

—Es sólo que le he visto hace poco, y ha sido dulce. Es decir, muy dulce. También gracioso de manera irritante. Me está molestando mucho.

—Oh, sí. Los chicos dulces y gracioso sin duda son una mierda —dice inexpresivo.

Yo río.

—¿Ves a lo que me refiero? ¡Soy una imbécil!

Cuando se acerca para coger mi mano, le miro con sorpresa. Él responde gentilmente:

—No eres ninguna imbécil. No creo que hayas sido imbécil ni un día de tu vida.

—Le dije a mi hermana que se jodiera esta mañana, y cuando el tipo de al lado me miró de manera graciosa, le dije que se jodiera también. Luego le envié a mi otra hermana un mensaje diciéndole que la odiaba.

Él parpadea.

Y parpadea.

Y parpadea de nuevo.

Se encoge de hombros.

—Sí, para mí no es nada.



Nos reímos juntos.

—Lo siento. Ni siquiera sé por qué he sacado esto.

—Lo has sacado porque te está molestando y necesitabas hablar con alguien.

—Sonríe—. De hecho me sorprende felizmente que hablasas contigo de ello. Gracias por confiar en mí.

Pongo los ojos en blanco.

—Oh, por favor. Sabes que eres increíble.

Hecha la cabeza a un lado ligeramente y dice:

—Sí. Lo sé. —Hace una mueca cuando le golpeo en el brazo—. ¡Ouch! ¡Está bien, bien, estoy bromeando! Pero gracias.

Nos ponemos de pie y pregunto:

—¿Has estado en Icing on the Cake? Es una pastelería de por aquí.

Exagera una respiración.

—Uh, sí. Solamente tiene las mejores tartas, cupcakes y pasteles de Nueva York.

Me vencen los celos. Me rasco el brazo como una drogadicta necesitando su próxima dosis.

—Necesito un cupcake, James. Lo necesito ya. Soy una chica de una vez al día. Me mantiene sana. Ya llevo un día sin ninguno, no puedo pasar por otro.

Él sonríe.

—¿Dientes dulces?

Suspiro.

—No tienes ni idea.

—Puedo llevarte después del trabajo, mostrarte dónde está.

El alivio me fluye al saber que tomaré cosas deliciosas pronto.

—Gracias. Solamente necesito que me lo enseñes una vez y ya estaré preparada.

Él sonríe.

—Sin problemas. Tenemos a Ceecee a las tres. No tenemos más citas por la tarde. Podemos ir después.

—Puede este hombre ser más increíble? ¿De verdad?

—Eres mi héroe.

Me guiña el ojo, y entonces sale de la sala. Me quedo preguntándome por qué no me afecta ese guiño. Mi cerebro responde por mí.

No es el guiño equivocado.

Es el chico equivocado.



Helena

James y yo estiramos antes de que Ceecee entre. Honestamente, no puedo esperar a verla. No la he visto desde la boda de Nat, e incluso entonces, no tuve oportunidad de hablar con ella antes de que la madre de Nik y Max, Cecilia, se llevara a todos los niños para una fiesta de pijamas para que los adultos pudieran seguir de fiesta. Me pregunto qué hará James sobre su burla al ejercicio. Después de todo, si una adolescente no quiere hacer algo, no importa el razonamiento: no van a hacerlo.

Suena un golpe en la puerta, y James y yo levantamos la cabeza.

Max muestra su cabeza dentro de la sala.

—Hola, pensé que estarían aquí. —Camina hacia nosotros, y Ceecee aparece justo detrás de él.

Mi sonrisa desaparece cuando veo que parece que está a punto de echar fuego. Su pelo castaño rojizo está en una trenza, y lleva una sudadera y suda. Ha crecido desde la última vez que la vi. Está atrapada en algún lugar entre ser una niña y una mujer, en esa etapa extraña cuando tu cuerpo está cambiando. Empiezan a salirte las tetas, y de repente, hay pelo donde no había antes. Ser un adolescente es un asco. Lo siento por ella.

James le sonríe.

—Hola, C. ¿Cómo estás? —Ella se encoge de hombros con la cara de piedra, sin querer mirarle.

Lo intento yo.

—Oye, Ceecee, ¿te acuerdas de mí? —Ella asiente una vez sin mirar hacia arriba. Mi fanfarronada falla, pero lo intento—. Has crecido muchísimo. Te estás convirtiendo en una jovencita. —Miro a Max—. Puedo ver por qué tu padre está tan orgulloso.

Él me sonríe. Una sonrisa cálida que aún no había visto. Casi me hace caerme de culo. Ella me mira con precaución antes de bajar su mirada de nuevo. Su mandíbula está tensa.

Max mira hacia su hija, con los ojos entrecerrados.

—No seas maleducada.

Ceecee farfulla con los dientes apretados.

—Hola.

Maldición. Ya nos han cortado el trabajo hoy.

James mira a Max, entonces hace un gesto con su mandíbula hacia la puerta.

—¿Le importa si hablamos fuera?

Mis ojos se abren mientras el pánico me sucumbe.

¡No! ¡No me dejes a solas con la adolescente cabizbaja!

Max asiente, pero mira hacia mí.





—¿Vas a estar bien?

La preocupación en su cara es palpable. De ninguna manera voy a decirle que su hija es un poco terrorífica. Le hago un movimiento.

—Vaya. Estaremos bien. ¿Verdad, Ceecee?

Ella suspira, descansa su mandíbula sobre su muñeca. Él duda.

Yo le vocalizo: “Ve”.

Lo hace, pero lo hace a regañadientes. James le sigue afuera y me dejan aquí, a solas con Ceecee. Es una chica completamente diferente de la chica feliz que recuerdo.

—¿Cómo va la escuela? —pregunto con interés.

—Bien.

Forma una conexión.

—¿Cuál es tu asignatura favorita? A mí me encantaba el arte.

—Yo odio el arte.

Claro que sí.

—¿Te gusta leer?

Mira alrededor de la sala, con los ojos concentrados en el equipo de una esquina lejana.

—En realidad no.

Bien. Esto no está funcionando. Sé franca.

—¿Ceecee? —Ella me mira—. Cariño, pareces un poco tensa. ¿Pasa algo?

Sus ojos arden por mi pregunta.

—No quiero estar aquí. La única razón por la que he venido era porque mi padre me ha traído. Si hubiera tenido elección, no hubiera venido.

Bien. Es lo justo.

—¿El ejercicio es tan malo?

La dulce y pequeña Ceecee ha desaparecido, pone los ojos en blanco y gira su silla.

—No lo entiendes. No entiend... —Un grito profundo hace que me arrodille a su lado en un instante. Su cara se retuerce de dolor, su cuerpo está tan tenso que los tendones de su cuello sobresalen. Es un espasmo. Uno malo.

—Respira, cariño. Respira.

Su boca se abre, da respiraciones cortas. Veo el dolor en sus ojos llorosos, y por fin entiendo una pequeña porción de lo que le ocurre a Max cada vez que esto ocurre.

—Mírame, Ceecee. —Sus ojos me miran. Está en pánico—. Respira conmigo —agarro sus manos fuertemente—. Respira profundamente, y libéralo lentamente.

Le muestro exactamente lo que quiero que haga, y me alivia cuando toma una respiración profunda.

—Bien. De nuevo. —La segunda vez, logra exhalar más profundamente.—
Excelente, Ceecee.

Su cuerpo tenso empieza a suavizarse. Hay gotas de sudor en su frente. Respiramos juntas durante otros treinta segundos, y cuando me muevo para liberar sus manos, me las agarra, no muy preparada para quedarse sola. Con el tiempo, su cuerpo se relaja completamente y suspira. Parece exhausta.

Me acerco al contenedor de agua y lleno un vaso de agua fría. Se lo entrego a Ceecee y le froto la espalda mientras bebe.

—Buen trabajo. Lo has llevado muy bien. Estoy impresionada.

Me mira, con los ojos llenos de lágrimas. Su labio inferior tiembla mientras farfulla:

—Duele.

Asiento estando de acuerdo y respondo en el tono más gentil que puedo sacar:

—Sí. Es lo que suele pasar cuando dejas de hacer los ejercicios, cariño. Tu cuerpo está muy tenso. Tienes que ayudar a suavizarlo.

Mira hacia su vaso ya vacío.

—Gracias. Por ayudarme.

Sonrío ante la incertidumbre de su voz.

—De nada.



*Capítulo 75**Nax**Traducido por rihano*

Miro desde la puerta cuando Helena habla a Ceecee a través del espasmo. Parte de mí me dijo que debería entrar, la otra parte era curiosidad por ver lo que ella haría. Ella lo manejó como una profesional. A pesar de que el dolor ha disminuido, continúan respirando juntas, largo y lento. Y puede sonar cruel, pero estoy contento de que Helena fuera testigo de esto. Tal vez pueda pedirle consejo. Whit es genial y todo, pero él no es una mujer. Tengo que hablar con una mujer acerca de esto, una mujer que tenga experiencia con gente que tiene una lesión de la médula espinal.

Helena camina hacia la parte posterior de la habitación para conseguirle a Ceecee un vaso de agua. Ella está tan concentrada en mi niña que todavía no me ve. Ceecee bebe el agua de un trago. Helena le frota la espalda, sin dejar de verse ligeramente preocupada. Probablemente va a sonar estúpido, pero nunca se ha visto más sexy para mí que lo que lo hace ahora. Si no fuera completamente inapropiado, colocaría un beso, lento y agradable, en esos labios carnosos y provocativos.

Ceecee mira sus manos.

— Gracias por ayudarme.

Helena le sonríe a mi bebé.

— De nada.

En ese momento, una decisión se hace. ¿Qué es lo que se dice?

Oh, sí.

Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

Helena

—Dulce Niño Jesús —digo en voz baja.

James responde.

—Lo sé.

Estoy asombrada.

—Es sólo que es tan... —Ni siquiera puedo terminar la frase.

Él asiente junto a mí.





—Lo sé.

—¿Es esto el cielo?

Él resopla.

—Puede serlo también. —Él se mueve hacia adelante en la línea, pero estoy tan ocupada mirando la lista de arriba del mostrador que no lo veo. Una mano unida a mi muñeca me tira hacia adelante. Él se ríe cuando yo ni siquiera dejo de mirarlo—. No estabas bromeando, ¿verdad?

—Sshhhh. Estás arruinando el momento —le susurro. Cada vez que la línea se mueve hacia adelante, James me tiene que llevar con él. Soy como un niño en una tienda de dulces. O, más exactamente, un adulto en una tienda de tortas.

Antes de saberlo, estamos en el principio de la línea. La mujer de unos cincuenta años con ojos amables sonríe y dice:

—Hola. Bienvenido a la Guinda del Pastel. ¿Qué puedo hacer por usted hoy?

Me quedo quieta. Mi respiración pesada. Estoy en pánico.

—¡No lo sé! ¡Lo quiero todo!

Ella sonríe con más fuerza.

—Podemos hacer eso. Tenemos la opción de la caja de muestras para las tortas y magdalenas. Viene con uno de cada.

Mis ojos se abren y mi boca jadea. Estoy bastante segura de que mi corazón se detiene.

—Se está burlando de mí.

Ella se ríe.

—Le aseguro que no lo estoy.

Levanto la vista hacia James con una sonrisa tonta en la cara. Sacude su cabeza hacia mí, su labio saltando.

—Vamos a tomar dos cajas de muestras, una de torta, una de magdalenas. Una para ti y otra para mí.

Debo conseguir una caja para lo que yo llamo hermana. Después de todo, ella me condujo aquí.

—Haz que las dos cajas sean de magdalena. —James me mira divertido. Le digo—: Son para mi hermana.

Él murmura:

—Claro que lo es.

Pateo su pierna y la esquiva con una risita.

Otra mujer aparece a mi lado. Frente a ella, sostiene una bandeja de magdalenas blancas. Se ven increíbles. Sonríe de mí a James y pregunta:

—¿Les gustaría probar nuestra combinación más nueva de sabor?

Mi cerebro no puede formar palabras para responder a esta pregunta. Miro hacia atrás hacia James, con una sonrisa que es tan tonta que bordea en especial. Sus hombros se sacuden en risa silenciosa.



—Sí por favor.

Los dos tomamos una magdalena, y sin pensarlo, quito el envoltorio y empujo la cosa entera en mi boca. Tan pronto como la dulzura golpea mi lengua, tengo un orgasmo de boca. Mis ojos ruedan en la parte posterior de mi cabeza mientras digo en forma poco clara.

—Mierda, eso es increíble. —James asiente en acuerdo, mordiendo su magdalena como una persona normal.

La mujer mayor nos dice:

—Esto es una base de vainilla clara con ganache de chocolate blanco con macadamia.

Pero físicamente no puedo en este momento. Me recuesto en mi jefe y descanso mi cabeza en su hombro.

—Jesús C. No puedo siquiera. Eso fue sólo... Ni siquiera estoy... tan, tan bueno. Así de bueno. —Sus hombros se mueven y sé que él está riéndose de mí otra vez, pero ni siquiera me importa.

La mujer me sonríe.

—¿Le gusta?

Entreabriendo mis ahora soñolientos ojos, respondo a través de un suspiro:

—Me encanta.

Su nariz se arruga con diversión. Ella se da la vuelta a su compañera de trabajo.

—Verna, añade una de estas a las cajas de muestra de esta joven dama.

Mis ojos se abren de golpe.

—De ninguna manera.

Detrás del mostrador, una divertida Verna responde con un suave encogimiento de hombros.

—En camino.

Me voltee hacia James, mi labio inferior temblando con emoción.

—El mejor día.

No estoy sorprendida cuando envuelve un brazo alrededor de mi hombro y aprieta. Pero me sorprende cuando él baja sus labios a mi oído y susurra:

—Eres adorable. —Me sorprende, porque James cumple todos los requisitos para mí. Él es atractivo, alto y dulce como el azúcar, pero la chispa... falta.

Estúpida hija de puta chispa. ¡Muéstrate! Yo sé que él dijo que no sale con empleados, pero no mencionó nada acerca de tener relaciones sexuales con ellos. ¡Quiero decir, yo soy apropiada, por amor de Dios! Ha pasado largo tiempo desde que he tenido sexo, y ahora mismo, James está pareciendo como un poderoso y buen contendiente. También ha estado dando todas las señales de *adelante*. O, al menos, creo que lo ha hecho. Tal vez solo estoy esperando que él esté enviando esas señales, y porque estoy cachonda, la *calentura* está empañando mi radar de intenciones.



Lo peor es que mi tiempo de una-vez-una-noche-feliz ha llegado a su fin. Imaginen mi sorpresa cuando mi primera noche en Nueva York, me acomodo en la cama y busco al señor Aprieta-Mucho, sólo para recordar que quité las baterías antes de empacarlo. Si yo hubiera ido con Nat a las once de la noche y pedido unas baterías, la perra me habría dado esa mirada. La que dice “*Yo sé para lo que necesitas éstas, tú, sucia Gertie*”. Por no hablar, que probablemente le habría dicho a Ash. Que se joda.

Nota mental: Comprar un paquete de baterías.

Pensándolo bien...

Nota mental revisada: Comprar un paquete grande de baterías.

Tal vez James pueda ser mi propio y personal amigo para la hora feliz. Tengo que meterme en esto, pero no demasiado. No quiero llegar a ser esa chica. O mejor aún, esa empleada.

Estremecimiento mental.

Probando las aguas, envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y aprieto, sonriéndole.

—Lo mismo digo. —Permito que mi brazo se quede alrededor de su cuerpo sólido, gustándome mucho la sensación de él. Espero una reacción de algún tipo, un cambio en el comportamiento, incluso, tal vez que él se tense por la incertidumbre o que me dé ojos sexy, pero estoy fregada. No consigo nada.

El amistoso James es sólo eso. Amistoso. Tan amable que a medida que meto la mano en mi bolsillo para buscar dinero para pagar mis magdalenas, James llega y paga por las tres cajas sin soltar su agarre de mí. Estoy sin palabras, y, francamente, me siento un poco incómoda al respecto. Eso es hasta que me cerca más a él y pronuncia:

—No estés molesta. Es simplemente un regalo de bienvenida. —Con la nariz arrugada con molestia, lo miro. Él sólo sonríe—. Bienvenida a Nueva York.

Tomo nuestras bolsas llenas de pastel y le permito a James conducirme fuera de la panadería. Son cerca de las seis de la tarde ahora, y busco en mi bolsillo para comprobar el horario del metro. Caminamos en silencio hasta que me doy cuenta de que acabo de perder mi viaje a casa.

—Mierda. Tengo que llamar a mi hermana para que venga a buscarme.

—Yo te puedo llevar a casa. —Miro hacia él con una mirada vacilante en mi cara. Él dice—: Es decir, si no es extraño para ti.

Amiga, él ya sabe dónde vives por tu papeleo. ¿Qué apuestas?

Supongo que sí. Pero algo se siente extraño. Mi silencio está haciendo esto incómoda.

—Um, seguro. Sólo si no está fuera de tu camino.

Él pregunta:

—¿Dónde vives? —Le parloteo la dirección y me asegura—: Eso está en realidad en mi camino, así que no es problema. —Caminamos por la calle hasta el estacionamiento del centro. Se acerca a un sedán rojo familiar y lo desbloquea.



Sonrio para mis adentros. Este no es el coche que imaginé que tenía. Cuando ambos estamos sentados, capta mi sonrisa—. ¿Qué?

Niego con la cabeza.

—Pensé que tendrías una camioneta, o algo varonil.

Se encoge de hombros.

—Este era el coche de mi madre. —Luego sonríe tímidamente—. Mi camioneta está en casa.

—¡Lo sabía! —Aplauso y grito.

Nos dirigimos fuera de la zona de estacionamiento.

—Sí, sí. Ganaste. Felicidades.

Me río a carcajadas.

—Oh, Dios mío, eres, como, tan divertido. —A medida que él conduce, hablamos de trabajo. James explica que mañana será un día ajetreado, como suelen ser los miércoles. Hablamos, reímos y bromeamos, y se siente como que solo pasaron minutos antes de que estemos en mi edificio de apartamentos.

Él se detiene en uno de los espacios libres y me libero del cinturón de seguridad. Sonrío hacia él.

—Muchas gracias. Me divertí mucho esta tarde. —Pienso un momento, y admito a regañadientes—. Me divierto mucho contigo, James.

—De nada. En cualquier momento que necesites ayuda con algo o no sepas dónde está algo, házmelo saber. Soy voluntario para mostrarte los alrededores. —Hace una pausa un momento antes de añadir—: Me divierto mucho contigo, también. No sabía cuando te contraté que estaría haciendo una amiga.

Mi corazón se hincha. Antes de que tenga la oportunidad de pensar en ello, me inclino hacia adelante y lanzo mis brazos alrededor de él. Lo abrazo con fuerza.

—Yo también. Y no sabes lo mucho que necesitaba a un amigo, así que gracias.

Lo siento vacilar, pero sus brazos lentamente se envuelven a mi alrededor. Yo descanso mi barbilla en su hombro mientras él murmura:

—De nada.

Y ese es el momento en que un golpe duro suena en mi puerta. Mi corazón salta a tiempo con mi cuerpo. Chillo y doy la vuelta para ver a Ash mirando a la ventana del coche. Saludo con la mano y sonrío. Él no devuelve la sonrisa.

Oh demonios. Está enojado.

Se abre la puerta del coche, y mis magdalenas y yo estamos afuera. Él gruñe:

—Entra. Ahora.

¿Qué demonios? ¿De dónde viene esto?

Los ojos de James se fijan en Ash. Él lo mira con furia y murmura en falsa calma:

—Yo no haría eso de nuevo si fuera tú. —Estoy tan confundida en este momento.



Asher se encuentra justo fuera de la puerta abierta del coche.

—Métete en tu puto negocio, idiota. ¿Haces un maldito hábito de llevar a casa a tus empleadas y ponerte tocón con ellas en los estacionamientos oscuros?

Oh, no. ¡No, no, no, no, no, no! Mis ojos se abren. Yo tiro del brazo de Asher.

—No era así, Ash. ¡Dios! ¡Ni siquiera lo conoces!

Pero ni siquiera me escucha. Él sonríe cruelmente hacia James.

—Creo que acabas de perder tu trabajo, jefe. —Él señala hacia arriba, hacia la cámara de seguridad apuntando directamente hacia el coche.

¡Mierda! ¡Él no se atrevería!

... ¿O sí?

El pánico me convierte en una loca. Empujo a Asher por su brazo lo suficiente para alejarlo del coche, y luego empujo su pecho con todas mis fuerzas. Finalmente me mira con el ceño fruncido. Lo empujo de nuevo y gruño:

—Yo no soy mi hermana. ¡No tienes el derecho a tirar mierda como esta! ¡Fuera de aquí, Ash! ¡Solo vete!

Ash solo parpadea hacia mí.

—¿En serio? ¡Él está jugando contigo, maldición Lena!

Mi cuerpo tiembla de ira. Siseo entre dientes:

—No todo el mundo es como solías ser, Ghost.

El tiro golpea su objetivo. Sus ojos se abren un momento. Él parece estar listo para atacarme, pero entonces una mirada aburrida reemplaza la preocupación de Asher.

—¿Sabes qué? —Empieza a alejarse—. Olvídalos.

Rápidamente miro hacia James.

—Lo siento mucho. Por lo general él no es así. Fue muy lejos. Te prometo que no vas a perder tu trabajo.

James no me mira. Con la mandíbula apretada, mira hacia abajo al volante y murmura:

—Él tiene razón.

—¿Qué? —Estoy impactada.

Él mira hacia mí.

—Dije que él tiene razón. No debería estar tratándote de la manera en que lo estoy haciendo. No debería haber puesto mi brazo alrededor tuyo hoy, y definitivamente no debería haber puesto mis brazos alrededor de ti en este momento. Si alguien nos hubiera visto, habría estado profundo en la mierda. Lo siento, Helena, por ser tan inapropiado contigo.

Su cambio de actitud está haciendo que mi corazón duela. ¿Acabo de perder a mi amigo?

—Pero me gustó —le aseguro de todo corazón.



Sonríe con tristeza hacia mí.

—Ese es el problema. —Enciende el coche—. A mí también.

Él estira la mano y cierra la puerta del coche antes de conducir alejándose, dejándome de pie en medio del estacionamiento, preguntándome si acabo de perder mi trabajo, así también como a mi amigo.

No sé cuánto tiempo pasa antes de escuchar el pitido de un coche detrás de mí. Me vuelvo para ver a Nat sonriendo y saludándome a través del parabrisas de su coche. Tan pronto como ve mi expresión, su cara se pone seria. Rápidamente ocupa el lugar de estacionamiento que James había usado y salta fuera del coche.

—Está bien. ¿El culo de quién necesito patear?

Todavía estoy commocionada. No puedo creer lo que acaba de suceder. Sacudiendo la cabeza, le digo:

—El de nadie. Sólo un día de mierda.

Ella envuelve un brazo alrededor de mí y arrulla.

—Na, ánimate, amiga triste. ¡Vamos con Tina para la cena! —Ella me sacude de un lado a otro en una danza tonta, y celebra—. ¡Viva! ¡Cena gratis! ¡A la gente pobre le encanta la cena gratis! ¡Debes estar extasiada!

Hermana estúpida, haciéndome reír cuando realmente quiero llorar.

—Eres una idiota.

Ella golpea su nariz.

—Sí, bueno, tú hueles mal. Y eso no es ni siquiera una broma. Sube y lava tu culo apestoso. —Caminamos hacia arriba juntas mientras yo medio-escucho a Nat decirme acerca de su día. Cuando llegamos a nuestros apartamentos, me empuja hacia mi puerta—. Tienes media hora para estar lista. Y por media hora, me refiero en verdad a veinte minutos.

Tan pronto como abro la puerta de mi apartamento, pesco mi billetera y la identificación del trabajo de mi bolsillo, y los lanzo en el mostrador. Sosteniendo mi celular en mi mano, escribo rápidamente un texto.

Yo: Lo siento mucho, James. Entiendo que probablemente querrás mantenerme lejos de mí, pero necesito saber. ¿Aún somos amigos?

Un minuto pasa antes de que mi celular suene.

James “El Jefe” Whittaker: Por supuesto.

Mi interior se aprieta. Genial. De abrazos y bromas, a una respuesta de dos palabras. Hablando acerca de ser degradado. Camino de la cocina hacia el cuarto de baño. Prendo la luz y paso al interior.

—¡Hijo de puta! —grito cuando me atacan por la espalda. Afilados dientes como agujas muerden mi tobillo y garras diminutas se envuelven firmemente alrededor de mi pie. Mientras levanto mi pie alto en el aire y lo sacudo, con el gatito firmemente agarrado, me pregunto si posiblemente hoy puede volverse peor.

Seguramente no.

Al menos, espero que no.



Capítulo 16

Selena

Traducido por Jane' y Pimienta

-Quiero decir, no le veo la necesidad, eso es todo. Se ven tan esponjosos y estúpidos. ¿Quién demonios los usa en estos días de todos modos? —pregunta Nat. Sólo la he estado medio escuchando mientras conducimos desde los apartamentos a casa de Nik y de Tina—. ¿Hola? ¡Tierra a Helen!

Eso me llama la atención.

—No me llames Helen, perra.

Se da la vuelta en su asiento para mirarme en el asiento trasero mientras Ash conduce.

—Estamos hablando de algo serio aquí. Necesito que me digas que tengo razón.

Mirando por la ventana del coche, descanso mi barbilla en mi forma de bola y suspiro.

—Lo siento. ¿De qué estamos discutiendo?

—La prohibición de la corbata en todo el mundo.

Arrugo mi nariz.

—Somos croatas. Los croatas inventaron la corbata. De hecho, la corbata es un término francés que significa “en el estilo de los croatas”. No quiero prohibir la corbata. Existen lazos debido a la corbata. Me gusta la corbata. Me gustan los corbatines también.

Este ha enarbulado su interés. Sus cejas se levantan.

—¿No bromeas?

Asiento.

—No bromeo.

Se da la vuelta en su asiento. Luego anuncia:

—Digo que hagamos que la corbata se ponga de moda. Voy a hablar con Tina. —Sonriendo, me miro en el espejo retrovisor para encontrar a Asher mirándome. Mi sonrisa cae y rápidamente aparto la mirada. Hombre estúpido. Hombre estúpido entrometido. Arruinando mi vida y tal.

Finalmente, llegamos a la casa de Tina. Tan pronto como estacionamos, Nat salta y se dirige hacia la puerta principal. Me muevo para seguirla, pero una mano a mi lado me detiene.

—Espera.





Mis hombros se endurecen ante el tono urgente de Asher.

—¿Qué?

—Tenemos que hablar.

Tirando mi codo de su agarre, me alejo de él.

—No. Sin duda alguna no lo hacemos.

Cuando entro, encuentro a Tina frotando su vientre hinchado. Ella me sonríe.

—¡Hola cariño!

La abrazo con fuerza.

—Oye, mamá sexy.

Ella me aprieta.

—Me siento muy mal por no recibirte antes, pero con los niños, y el trabajo, y todo lo demás. —Frunce el ceño—. Realmente no tengo una buena excusa aparte de que he estado ocupada.

Nos alejamos y busco su mano.

—Estás ocupada incubando a mis sobrinas o sobrinos. Estás perdonada. Mil veces más.

Es casi como si ella no pudiera evitarlo. Agarra mis mejillas y las besa.

—Te quiero.

—Te quiero más, Teeny.

Mimi me mira y guiña.

—Agita ese culo, nena.

Le sonrío y añado un poco de balanceo a mi paso. Cuando llego a ella, me giro. Coloca ambas manos en mis nalgas y aprieta. Un silencio abarca la habitación. Miro a mi alrededor para encontrar a todos los hombres en la habitación mirando las manos de Mimi. Trick, Nik, y Max tienen una mirada soñadora idéntica en sus caras, mientras que los labios de Asher se contraen. Trick de repente anuncia.

—Tengo que usar el baño.

Al mismo tiempo Max dice:

—Me necesitan en la cocina.

Ambos se dispersan, y Mimi ríe.

—Aficionados de mierda —se burla, entonces me besa en la mejilla—. ¿Cómo estás, nena?

Pensamientos de esta tarde pululan en mi cabeza. Fuerzo una sonrisa.

—Bien. Sólo bien.

Una mirada de confusión cruza su rostro. Huele el aire y pronuncia:

—Huelo mierda.

Ruedo los ojos.

—No es nada.





Antes de que pueda insistir, me muevo hacia Lola y envuelvo mis brazos alrededor de ella desde atrás.

—Lola, ¿por qué los hombres son idiotas?

Acaricia mi brazo, se inclina de nuevo hacia mí, y se ríe a través de su nariz.

—Me doy cuenta de que debo tener la respuesta a esta pregunta, dado que Trick es Trick, pero no lo hago. —Ella pone mala cara—. Lo siento.

Hablando del demonio. Trick aparece delante de nosotros. Levanta la vista y me ve. Finge estar ofendido.

—¿Te colaste aquí sin decirme hola? ¿Qué clase de monstruo eres?

Finge estar insultado.

—¡Nunca!

Saca un dedo y da golpecitos en su mejilla.

—Fruncido, hermana.

Me acerco para besar su mejilla, pero en el último segundo, se mueve y beso sus labios. Chillo y lo abofeteo mientras Lola se ríe a carcajadas.

—¡Fuera de aquí, pedazo de mierda! —Ambos ríen, Lola me mira y me dice:

—Me disculpo por él, pero —se encoge de hombros—, te gustó por completo.

A Trick se le escapa una risita, entonces canturrea.

—Haces difícil ser fiel, con labios de un ángel.

Nik sale de la cocina con una bandeja de costillas. Las coloca en la mesa del comedor antes de envolverme en un abrazo de oso. Se aferra a mí, meciéndose hacia adelante y hacia atrás.

—Hola, pequeña. ¿Cómo va el trabajo?

—Es genial. Me encanta. Estoy tan contenta de haber aprovechado la oportunidad.

Su hoyuelo hace acto de presencia, y aunque es un bonito hoyuelo, no hace que me retuerza como Max lo hace.

—Me alegro de que aprovecharas la oportunidad también. Ahora tengo la oportunidad de verte a ti y a todas mis niñas felices. Y ver a mis niñas felices... bueno... me hace feliz.

Chasqueo la lengua.

—Tiene que dejas de ser dulce. No puedo enamorarme de un hombre casado, Niki. —Me inclino hacia delante, quito su mano agarrando la bandeja en la mía, y susurro con pesar—. Nunca iba a funcionar.

Se ríe y se inclina para besar mi frente.

—Tontita.

Una pelea desde la puerta principal hace que todas nuestras cabezas giren.

—No te alejes de mí. —Pero lo hace. Ceecee viene por el pasillo hacia la sala, y sin saludar a nadie, pasa por todos nosotros hacia el pasillo que conduce a los



dormitorios de los niños—. Ceecee, vuelve aquí. ¡No he terminado de hablar contigo!

Whoa. Nunca he oído a Max hablarle a su hija de esa manera. Supongo que lo ocurrido no era algo pequeño.

Nik murmura:

—Disculpen. —Entonces se une a su hermano por el pasillo.

Me muevo hacia donde Nat se encuentra de pie y trata de ignorar el acalorado intercambio entre los hermanos, pero no es fácil. Además, tengo curiosidad. Le susurro a Nat:

—¿Qué piensas que ha pasado?

Responde en voz baja:

—¿Quién diablos sabe? Probablemente desapareció de nuevo.

¿QUE? Susurro grito:

—¿Qué? ¿Cuándo desapareció?

Caray, Louise, a mi hermana le encanta el chisme. Discretamente mira a su alrededor antes de alejarme unos pocos pasos de todos y explicar:

—¿Recuerdas el fin de semana que llegaste y fuimos todos a The White Rabbit? —Asiento, por lo que sigue—: Bueno, los chicos empacaban las maletas y se alistaban para mudarse, pero nadie podía encontrar a Ceecee. La buscaron por todas partes en la casa, y Max estaba a punto de salir a la calle a buscarla, cuando Nik la vio en la parte delantera del patio. —La cara de Nat se vuelve de molestia—. Tuvo que oírnos a todos llamarla, pero no respondió para hacer que supieran que estaba bien. Max estaba tan aturdido por ello que se saltó el trabajo. Y nunca se salta el trabajo.

Con la boca abierta, trago y murmuro:

—Pensé que era un holgazán.

Nat resopla.

—¿Max? Estás bromeando, ¿verdad? El tipo es ambicioso. Y es un buen chico y un gran padre también.

Estoy empezando a ver eso. Además, soy una perra que juzga. La vergüenza me hace medio tensarme. Sacudiendo la cabeza, suspiro.

—Dios, ¿puedo estar más equivocada acerca de una persona?

Nat choca su hombro con el mío.

—Realmente me gustaría que le dieras una oportunidad.

—Lo hago. —La miro y le prometo—. Lo haré.

Un ruido del pasillo reclama mi atención. Max se acerca a mí, mostrando una sonrisa totalmente falsa. De inmediato desconfío. Comienza:

—Oye, pastelito, ¿tienes un segundo?

Mis ojos buscan su rostro. Se ve demacrado y cansado. Respondo:

—Claro, ¿qué pasa?



Rápidamente mira a su alrededor antes de inclinarse para preguntar en voz baja:

—¿Podemos hablar en privado?

Asiento una vez, lo sigo por el pasillo. Habla mientras caminamos.

—Vamos a ir a mi casa. —Nat me dijo que Max se mudó recientemente al frente. Abre la puerta para mí, y caminamos por la calzada. Sonando tenso, se disculpa—. Lamento hacerte caminar así. —Se detiene de repente, se vuelve hacia mí, y con toda seriedad, pregunta—: ¿Quieres ir a caballito? —No estoy seguro de si es serio o no. Y añade—: Puedo llevarte. ¿Pesas qué? ¿Cincuenta y seis kilos?

Casi sesenta y ocho, en realidad.

Bendice su corazón.

Todavía estoy parpadeando ante él cuando me da la espalda. Acaricia su espalda baja.

—Salta.

Me aparto de él.

—Max, no voy a saltar sobre tu espalda.

—¿Por qué no? —En realidad suena perplejo.

Resoplo un poco.

—Porque soy una mujer con el culo crecido y puedo caminar.

Se vuelve hacia mí, y responde:

—Lo sé. Pero, ¿por qué, cuando puedes montarme?

Oh querido Señor. Las imágenes. Haz que se detengan. ¡Dulce Jesús, haz que se detengan!

Miro hacia arriba, a sus brillantes ojos ámbar y trago saliva. Le susurro:

—No voy a montarte, Max.

Él asiente con la cabeza.

—Bueno. Haz lo que quieras.

No pasa ni un segundo antes de que me sugiera rápidamente llevarme al estilo nupcial. Accedo y envuelvo mis brazos alrededor de su cuello. Él me sonríe con sus relucientes y rectos dientes.

—Ya está. ¿Ves? Pesas tanto como una almohada.

Lo miro.

—Bájame. Sabes tan bien como yo que no peso lo mismo que una almohada.

Reconoce eso con una inclinación de cabeza.

—Está bien, cuatro almohadas, entonces. ¿Feliz?

Con sus fuertes brazos alrededor de mi espalda y debajo de mis rodillas, la humedad se filtra desde donde la humedad no debería estar filtrándose en estos momentos. Su pecho, duro como una piedra, y sus abdominales se sienten calientes en mi contra. Huele increíble. Todo lo tendría que hacer para besarlo es inclinarme un poco.



—Por favor, bájame.

Él frunce los labios.

—Nah. —Me mira y sonríe—. Me gustas en mis brazos.

Esas palabras me molestan tanto como me excitan.

—¿Por qué nunca me escuchas?

Se detiene un momento para estrecharme una poco entre sus brazos, luego se encoge de hombros.

—Porque me gusta hacerlo a mi manera.

La honestidad de esa respuesta me calla unos segundos antes de comenzar a reír. Pronuncia:

—Buena respuesta, ¿verdad?

Dándome cuenta de que no voy a conseguir caminar, me acomodo en sus brazos y le permito llevarme.

—Sí, lo es.

Al final del camino, me deja sobre mis pies, pero llega hasta mi mano para entrelazar nuestros dedos.

—Es justo al otro lado de la calle.

La casa es increíble. Es tan grande como la de Nik y Tina. No tenía ni idea de Max tenía tanto dinero. Odio decirlo, pero me desencanta un poco. Él abre la puerta y me hace una señal para que entre. Todo es perfecto. Veo cuadros colgando por casi todas las paredes, y me asalta el olor a pintura fresca. El color albaricoque profundo de las paredes es íntimo y acogedor. Hay marcos de fotos dispersos por todas partes, pero sobre todo hay cajas.

—Max, este lugar es increíble.

Su reacción le hace ganar puntos, aunque él ni siquiera sepa que los está anotando. Con un encogimiento de hombros, se adentra en la casa.

—Es sólo una casa. —Mi corazón sonríe al darme cuenta de que esto no se trata de dinero. Es un alivio. Enciende una luz y lo sigo a la cocina. Él saca un taburete para que me siente y entonces camina hasta el lado opuesto de la barra. Se pasea, inseguro de sí mismo—. Bueno. Así que, ya sabes que he estado teniendo problemas para funcionar con Ceecee. Pues bien, hoy ella ha intensificado su rebelión. —Me mira a los ojos y revela—: Se saltó las clases de hoy. Todas. No fue a ni una.

Maldita sea. Es una pena. Lentamente digo:

—¿Bien? No estoy segura de qué tengo que ver yo con todo esto.

Él levanta una mano.

—Estoy llegando a eso. —Se pasea un poco más—. Sé que no me viste, pero te vi hoy con Ceecee. Vi que la ayudaste.

Oh. Ya veo. Aquí viene.

—Tenía la esperanza de que fueras capaz de hacer una o dos sesiones a la semana con Ceecee. Sé que no eres su psicoterapeuta. Quiero decir, todavía quiero



que tenga a Whit, pero necesita algo más que a él. Quiero hacer esto en privado, lejos del centro.

Empiezo a hablar:

—Max, no lo sé. No creo que pueda.

Su cara se cae.

—¿Por qué no? Te pagaría, por supuesto. Y como sería después de tu horario laboral, te pagaría las tasas de bonificación. —Sus ojos me suplican—. Ella necesita ayuda, Lena.

Pero ya estoy sacudiendo la cabeza.

—Estoy demasiado cerca de la situación. Sería un conflicto de intereses. Te conozco. Nuestras familias se conocen. Veo a Ceecee como algo más que a un cliente.

Levanta los brazos como diciendo: ¿Cuál es el problema?

—¡Eso es genial! ¡Serías impresionante!

Me muerdo el labio. Odio esto.

—Lo siento, Max. Tengo que declinar. —La sinceridad en mi voz le debe alertar de que hablo en serio. Sus hombros se desploman y mira hacia abajo al mostrador. Le digo—: Hay otros instructores en el centro. Encontraremos otro...

Él me mira a los ojos y me interrumpe con:

—Eres la primera persona con la que la he visto reaccionar de forma positiva en más de un año.

Ninguno de los dos mira hacia otro lado. Esto se está volviendo incómodo, rápidamente. Él se endereza con un movimiento de cabeza.

—Tienes razón. Encontraremos a alguien. Lo siento por arrastrarte a esto. Nunca quise forzarte a nada. Sólo estoy preocupado por mi niña.

Me levanto.

—Lo sé.

Siento que él necesita algo ahora mismo, algo que puedo ofrecerle. Moviéndome lentamente, avanco por el mostrador hacia él. Él me mira interrogante. Tragando saliva, me muevo más cerca, envolviendo mis brazos alrededor de su cintura. Él no espera una respuesta; sus brazos se envuelven alrededor de mis hombros, y me sostiene fuerte contra él. Lo inhalo y murmuro:

—Eres un buen padre, Max. Siento no poder ayudarte.

Besa la parte superior de mi cabeza.

—Gracias, pastelito. —Me libera. Mi agarre sobre él permanece unos segundos más antes de soltarlo. Me sonríe—. Volvamos. La cena, probablemente, haya desaparecido ya.

Salimos de la casa y nos dirigimos al otro lado de la calle.





Después de comer nuestro peso en costillas a la barbacoa, Tina lleva a los más pequeños a tomar un baño, mientras que Ash y yo nos lanzamos miradas asesinas sobre las cabezas de los demás. Antes de centrarme en él otra vez, me levanto para limpiar los platos y cargar el lavavajillas. Mimi me ayuda. Conseguimos hacer el trabajo en menos de cinco minutos y volvemos a la sala de estar para encontrar que todo el mundo se ha movido a los tres sofás de tres plazas que rodean la televisión en forma de U. Los dos únicos asientos libres son los que están junto a Nik y Max. Tengo la sensación de que Nik querrá sentarse con su esposa, así que voy a sentarme junto a Max.

Nik pone un DVD, y pronto Tina se une a nosotros, con un monitor de bebé en la mano. Ella nos dice:

—Está bien, los niños están durmiendo y Ceecee está jugando con su Gameboy.

Max se ríe.

—Sus 3DS, nena.

Tina suspira.

—Lo que sea.

Ash me mira y dice:

—Pásame las palomitas de maíz, Lena.

Pero me recuesto en el sofá.

—Cógelas tú mismo.

Nat nos mira antes de reírse con incertidumbre.

—¿Qué está pasando con ustedes dos?

Nos miramos, nos lanzamos miradas asesinas y furiosas, y miramos un poco más antes de que pierda mi mierda. Todo explota.

—¡Atacó a mi jefe!

Ash se sienta erguido y contesta:

—Sí, bueno, el chico estaba sobre ella en el estacionamiento.

Todos los chicos gruñen, las mujeres jadean sorprendidas, y Nat grita alegramente, aplaudiendo.

—¡Oh sí, nena!

—¡Fue sólo un abrazo! —explico rápidamente.

Tina pregunta vertiginosamente con una sonrisa:

—¿Él te abrazó?

Mientras que Max pregunta con incredulidad:

—¿Él te abrazó?



Toda una explosión de conversación se desata, y mientras esto sucede, rápidamente me doy cuenta de que he terminado. Salgo por la puerta trasera al patio. El silencio es puro placer.

La puerta corredera se abre y cierro los ojos con un suspiro. Siento a alguien de pie a mi lado. Nik descansa sus brazos en el balcón y murmura:

—Tengo que admitirlo, Lena. No me gusta eso. No suena bien.

Estoy oficialmente molesta.

—Fue sólo un abrazo, Niki. Me gusta. Él es mi amigo —agrego tranquilamente a través del espesor de mi garganta—. A veces sólo necesitas un abrazo, ¿sabes?

Sin decir una palabra, Nik se marcha. Me quedo el patio, disfrutando de la tranquilidad. Las puertas se abren de nuevo. Brazos se envuelven alrededor de mi cintura, atrayéndome contra su pecho. Conozco este olor.

—¿Qué estás haciendo?

Max responde una voz baja.

—No lo sé. Nik entró y dijo que necesitabas un abrazo. Me imaginé que yo podía hacer eso. —Ridículamente dulce Max.

Me doy la vuelta y envuelvo mis brazos alrededor de su cintura, hundiendo mi nariz en su garganta. Murmuro:

—Deja de hacer eso.

—¿Hacer qué?

Le susurro:

—Ganarme completamente.

Capítulo 17

Max

Traducido por Gemma.Santolaria

Ojalá pudiera dejarlo ir. Pero no puedo. Mientras estoy detrás de mi escritorio, pienso seriamente antes de tomar una decisión, metiendo la mano en mi bolsillo, y sacando mi móvil. Marco el número. Suena sólo un momento antes de que alguien conteste.

—Buenos días, panadería la Guinda del Pastel. ¿Cómo puedo ayudarle?

Sonrío.

—Verna. ¿Cómo estás? Soy Max.

Su sonrisa se puede escuchar desde el otro extremo.

—Max, cariño, estoy bien. ¿Cómo estás tú?

—Estoy genial. Escucha, necesito que me hagas un favor.

Ella no necesita tiempo para pensárselo.

—Cualquier cosa por ti. ¿Qué necesitas?

Una sonrisa aparece en mis labios.

Nunca dije que no iba a pelear sucio.

Selena

El papel de envolver se separa fácilmente, revelando el cupcake de crema de vainilla. Empiezo a salivar y digo en voz baja:

—Oh Dios. Te necesito. —Lo impulso en mi boca y mastico, sacudiendo mi cabeza en la satisfacción final—. Dulce Jesús, esto está bueno. —Estoy de pie en mi sitio de la barra de desayuno, me acerco a la basura para volcar el envoltorio vacío y la ahora vacía caja de muestra.

Me comí ocho cupcakes.

Me comí ocho cupcakes en un día.

¿Me avergüenzo de mí misma? No. Ni siquiera un poco.

Esta es una de las razones de que Nat me comprara una camiseta rosa de tirantes con The Cupcakeinator escrito por el frente. Fue mi camiseta para salir por mucho tiempo. Lo fue hasta que fue retirada a ser una de mis camisetas para dormir.





Me siento en el sofá, donde Tedwood duerme enrollado en una pequeña bola difusa. He llegado a encontrar que cuando está durmiendo, no le importa ser abrazado. Bajando mi cara a su cabeza, lo acaricio con mi nariz. Ronronea exageradamente y yo sonrío. Me deslizo a mis zapatillas cuando alguien llama a la puerta.

Ted y yo miramos a la puerta, entonces al uno al otro. Murmuro en voz baja:

—Me pregunto quién podría ser. —Cuando me muevo para acariciar el lomo de Ted, silba. Y yo finjo encogerme—. Ooooh, lo siento, su alteza. Lo olvidé; estás despierto y esta mierda no vuela. —Me levanto y camino hacia la puerta sin dejar de hablar a mi gato—. Dios no quisiera que alguien mostrara un poco de amor. —Pongo mis brazos en el aire y exclamo—. ¡Horror absoluto!

Me río y contesto la puerta. Mis labios se aprietan.

—¿Qué?

Ash se encuentra en la puerta, apoyándose en el marco, viéndose recién duchado.

—Vamos. Te voy a llevar a trabajar.

Ruedo mis ojos.

—No. Tu no. ¿No te parece que ya has causado suficientes problemas?

Su mandíbula tiene un tic y traga saliva. Habla con los dientes apretados.

—Realmente me gustaría llevarte a trabajar, Helena.

Mis brazos se levantan para cruzarse por encima de mi pecho.

—¿Por qué?

Evitando mis ojos, se rasca la barbilla y pronuncia aburrido:

—Así puedo disculparme con el imbécil de tu jefe.

Mis ojos se estrechan hacia él.

—Nat te obligó en esto, ¿no?

Él suspira con exasperación.

—¿Quieres que me disculpe con el imbécil o no?

Mi cabeza se inclina ligeramente. Considero esto. Me acerco a la barra del desayuno para tomar mi bolso, la identificación del trabajo, y el móvil. Los meto en mis bolsillos y camino pasando a Ash a través de la puerta abierta.

—Vamos.

—Joder —murmura mientras sigue detrás de mí.

Sólo cuando entramos al centro, Ash abre su boca. Pero soy más rápida que él. Levanto mi mano con la palma hacia arriba, y niego lentamente con la cabeza.

—Nuh uh. No digas absolutamente nada para mí. Todavía estoy enojada contigo. Ahorra tus palabras amigo. Guárdatelas para James.

Me sigue a la recepción, donde le hago firmar y llevar una estúpida etiqueta de visitante. Él mira su camisa y se queja.

—Mujer, si no te amara...



Yo chillo alto y me giro hacia él.

—¿Me amas? —Él hace una mueca. Una de tortura. Como si estuviera tirando de sus dientes. Mis pies todavía están firmemente unidos al suelo, pongo una mano en mi pecho mientras me lleno de calidez—. Aww, Ash.

—¿Sabes qué? A la mierda esto. Me voy.

Pobre Ash. Debería dejarlo marchar. Quiero decir, no lo haré. Pero debería.

Se gira y toma un solo paso lejos de mí antes de que enganche la parte posterior de su camisa y lo tire hacia atrás. Sonriendo, enlazo mi brazo con el suyo y lo arrastro por el pasillo hacia mi oficina.

—No seas tan dramático. No hay vergüenza en una familia cariñosa. Yo también te quiero, por cierto. Es que nunca te he escuchado decirlo. Me sorprendió.

Él levanta la cabeza hacia el cielo y murmura:

—Mantenlo junto, hombre.

Sonriendo, pronuncio:

—Dramático.

Cuando llego a mi escritorio, me siento con rapidez para acceder a mi ordenador, cuando Felicity se acerca, silenciosa como un gato. Ni siquiera miro hacia arriba cuando dice:

—Pensé que habías dicho que no tenías novio.

Sé que ella tiene una mirada firme en Asher.

—No tengo —le digo distraídamente, tecleando mis contraseñas y abriendo los programas que necesito para el día.

Su tono cambia inmediatamente. Se vuelve más profundo, suave, y sutil.

—Bueno, hola allí, amigo de Helena. Soy Felicity.

Aún sin levantar la vista, resoplo.

—Sí, está casado. Con mi hermana.

Exasperación en su voz. Ella resopla,

—Bueno, mierda. Imagínate. Todos los ardientes están tomados, son estúpidos, o gay. —Allí es cuando levanto la mirada.

Ash se ve tan incómodo que me hace reír.

—Felicity, para de mirar al hombre como un pedazo de carne. Le va a salir urticaria en cualquier segundo.

Ella para, lo mira de arriba abajo, y entonces estalla en la sonrisa del millón de dólares.

—Lo siento. Una chica hace lo que tiene que hacer. No me estoy volviendo más joven ahora.

Un sonido como pfffft sale de mi boca.

—Oh, por favooor. ¿Cuántos años tienes? Veintinueve o algo así.



De repente, estoy siendo envuelta en un cálido abrazo con gran escote. Felicity afirma en un apretón.

—Dios, te amo. —Mientras me libera, le pregunta a Ash—. ¿No la quieres? —Antes de que pueda contestar, me dice—: Tengo treinta y cinco, cariño.

Abro mi boca para decir que jamás lo hubiera imaginado, cuando James camina hacia nosotros desde el pasillo. Él parece estar en mal estado. En primer lugar, no se ha afeitado. En segundo lugar, tiene bolsas bajo los ojos. Cuando ve a Ash, se detiene en medio de la sala. Levanto la vista hacia Felicity.

—¿Te importa si te alcanzo más tarde?

Ella sonríe cálidamente.

—Por supuesto —dice, y luego nos deja a los tres para hablar.

James se acerca lentamente, con la cabeza baja. Cuando llega a nosotros, pronuncia en voz baja.

—Estoy renunciando esta mañana. No es necesario presentar una queja. He puesto todas las razones en mi carta de renuncia.

Mi boca se abre un segundo antes de que la cierre de golpe. Mi mandíbula se fija. Le doy un golpe a Ash con mi hombro. Da un paso hacia adelante.

—¿Tienes una oficina? —James aún no mira hacia arriba. Se me está rompiendo el corazón. Pero él asiente. Ash le pregunta—. ¿Tienes un segundo? Tengo que ir a trabajar.

James suspira, pasándose una mano por su cabeza rapada.

—No necesito una lectura...

Veo el momento en el que Ash ha tenido suficiente de irse de puntillas.

—Joder. Para de sentir lástima por ti mismo y llévame a tu puta oficina, hombre.

James finalmente mira hacia arriba. A mí.

—¿Estás bien?

Oh, hombre. Podría totalmente enamorarme de este hombre. Pensando que su mundo se está desmoronando a su alrededor, pensando que está a punto de perder su trabajo, él mira por los problemas de todos y pregunta si estoy bien. Podría enamorarme totalmente de este hombre. Mi sonrisa es pequeña, pero real.

—Creo que deberías hablar con Asher.

Medio girándose, dice:

—Si tú lo dices.

Él empieza a caminar hacia su oficina, Asher siguiéndole, y me pregunta si —y espero que— James y yo volvamos a ser amigos de nuevo antes de que termine el día.

Asher

El tipo se ve a punto de tirar la toalla. Ojalá me sintiera mal por lo que dije e hice ayer, pero no lo hago. Tengo mis razones. Él me deja entrar en su despacho y se sienta, señalando con la mano e invitándome a sentarme también. Lo hago. Nos miramos el uno al otro durante un minuto. Mis ojos se estrechan. Los tuyos no; él sólo parpadea hacia mí, es el aspecto de un hombre que ha aceptado lo peor. Le debería decir ahora que no estoy presentando nada. En su lugar, le digo un poco sobre mí.

—Mi nombre es Asher Collins. La mayoría me llama Ghost. Las únicas personas que me llaman Ash son mi madre, mi mujer, y sus hermanas. Natalie, la hermana de Helena, es mi esposa, y eso hace de Helena una de mis hermanas. La hace mi responsabilidad. —Tengo su atención. Me da toda ella.

Puedo ver por qué a Lena le gusta este tipo. A pesar de que cree que estoy a punto de joderlo, me está mostrando respeto. Continuo:

—Tengo una madre, tres hermanos y nueve hermanas —hago una pausa para dejar que se hunda antes de revelar—, y ninguno de estos parientes son de sangre.

Se ve confundido. No le doy nada más sobre mí. Tampoco le diría por qué hice lo que hice.

—Esta no es mi historia que contar, pero sé que a mi esposa no le importará.
—Apoyándome en mi silla, lo miro a los ojos—. ¿Tienes hermanos?

El asiente.

—Sí.

Miro al techo.

—Quieres arrancarles el puto pelo a veces, ¿verdad?

Él resopla una risa tranquila.

—Sí. A veces.

Mis ojos se encuentran con los tuyos.

—Pero harías cualquier cosa para mantenerlos a salvo, ¿no?

Está callado un momento antes de revelar:

—Joder sí.

—No tienes ni idea. —Lo miro y me encojo de hombros—. O tal vez sí lo haces. No te conozco. —Empiezo de nuevo—. No tienes ni idea de lo que se siente al ver la cara maltratada de un ser querido. Más exactamente, de la mujer que amas, sabiendo que un hombre puso las manos sobre ella. Yo lo hago. Vi moretones, un ojo negro, y huellas de manos sobre el cuerpo de mi mujer, puestas allí por el chico con el que estaba saliendo en ese momento. Es cierto, si él no lo hubiera hecho, probablemente no la tendría en este momento, pero sacrificaría todo para asegurar que ella está a salvo de todo y todos.





James asiente con la cabeza, y me doy cuenta de que lo estoy calentando.

—Tengo un montón de hermanas, pero Helena... —Miro hacia la puerta abierta, mi voz tranquila—. Helena es especial. Así que cuando pensé que algún imbécil se estaba aprovechando de ella, hice lo que tenía que hacer. Siempre voy a hacer lo que tenga que hacer para mantener a mis niñas a salvo. ¿Entiendes?

Él pronuncia:

—Sí, hombre. Lo entiendo. Pero juro que no era nada. Ella me abrazó. Yo la abracé de vuelta. Eso fue todo.

Suelto una carcajada.

—Es difícil decirle que no a ella, ¿verdad?

Una pequeña sonrisa tira de sus labios.

—Ella es algo más.

Sonrío ante esa.

—Lo es, y es por eso que necesito protegerla. Ella tiene algo bueno en su interior. Algo verdadero y puro. Si alguna vez la veo rota, jodidamente mataré a la persona que se lo robó. —Sin dejar que responda, me levanto—. Escucha, sé que no es una niña, pero es familia. El tiempo va a venir cuando conozca un chico y se enamore —le digo honestamente—. No sé si estoy preparado para que esto pase, pero sé que tengo que confiar en ella para tomar sus propias decisiones.

Camino hacia la puerta. Él me mira confuso.

—Espera. ¿Qué significa eso?

—Eso significa que tu trabajo está a salvo. Siento haberte llamado imbécil. Mientras seas bueno para Lena, estamos bien —me vuelvo hacia el gran jefe, abriendo la puerta. Me detengo un momento y le digo serio—, pero si la hieres, de cualquier modo, voy a atar bloques de cemento en tus piernas y tirarte en un río. Ah, y voy a hacer que parezca un accidente.

Su rostro pierde un poco de color. Sonrío.

—Nos vemos por allí, jefe.

Mientras me voy, tiro de mi barbilla hacia Helena con una pequeña sonrisa. Ella me devuelve la sonrisa y adioses entusiasmados, sin importarle quién la vea.

Sólo otra razón para amar a la idiota.

Helena

Al segundo que Ash se marcha, camino hacia la oficina de James y llamo suavemente.

—Entra —grita, y puedo oír el alivio a través de su voz. Eso me hace feliz.

Sonrío y meto mi cabeza.

—¿Te importa si hablamos?





Sus ojos se suavizan.

—Seguro, claro. Pasa.

Mientras estoy sentada en la silla de visitante, retuerzo mis manos.

—Espero que vayas a decir que no vas a entregar esa carta de renuncia hoy.

Se frota el cuero cabelludo desnudo, viéndose avergonzado.

—No. No hoy de todos modos.

Mis hombros se desploman con alivio.

—Gracias a Dios. James, lo siento mucho. Lo siento muchísimo.

Agita una mano hacia mí.

—No, no lo hagas. Yo causé esto, no tú. Y entiendo por qué Asher hizo lo que hizo. Si fueras mi hermana, lo habría hecho también. Tal vez peor.

Asiento y muerdo mi labio.

—¿Esto significa... quiero decir... seguimos siendo amigos?

Él me mira a los ojos.

—No podrías deshacerlo ni aunque lo intentaras.

Bajando mi barbilla para ocultar la sonrisa, respiro.

—Genial.

Cuando levanto la cabeza, parece que él quiere decir algo, pero que está dudando. Le digo honestamente:

—Me sentiría mucho mejor si me dijeras lo que pasa por tu mente.

Él asiente.

—Bien, sólo no quiero que te ofendas ni nada. —Levanto mis cejas expectante. Él empieza—. No creo que sea una buena idea que nos abracemos o nada más.

Francamente, estoy un poco ofendida. ¿O es avergonzada? Tal vez es vergüenza. Pero no dejo que se muestre.

—Estoy de acuerdo. No me gustaría causar problemas como este otra vez. —Le disparo una sonrisa y me levanto—. Estoy muy contenta de que las cosas hayan vuelto a la normalidad.

—Sí, y has estado aquí una semana. Sólo puedo ver buenas cosas para el futuro. —dice inexpresivo—. Yippie.

Me río de alivio más que nada.

—Oh Dios, eres un idiota.

Nos reímos juntos y siento la paz en mis huesos. Me paro para marcharme cuando dice:

—Sabes, todavía podemos pasar el rato y hacer cosas. Voy a estar en The White Rabbit este sábado otra vez, así que si estás allí, podemos tomar una copa. No quiero que las cosas se vuelvan torpes.

No tenía que decir eso, pero lo hizo. No por obligación, sólo porque él quería.
Sonrió.

—Me gustaría eso.

Decisión hecha, voy a estar en The White Rabbit este sábado.



Capítulo 18

Helena

Traducido por Raeleen P. y Aylinachan

Mi descanso para comer es de una hora. Si me apresuro, estaré de regreso en cuarenta y cinco. Alabado sea el Señor por los tenis. Respiro profundamente, exhalo lentamente y camino rápidamente por la banqueta bajo la luz del sol. La ciudad no huele bien pero aun así sonrío, sabiendo que pronto estaré ahí. Jadeando un poco, disminuyo el paso cuando llego a la entrada. Está lleno pero creo que regresaré a tiempo.

Pasan cinco minutos y por fin llego al frente de la fila.

Verna sonríe.

—Bienvenida a La Guinda del Pastel. ¿Qué vas a llevar?

Todo menos sonriendo, pido mi orden.

—Me das una caja de cupcakes, por favor.

Cuando se mueve para agarrar una, pregunto:

—¿Pueden ser congelados?

Verna asiente.

—Claro, cariño.

Grito, salto y aplaudo mentalmente, luego cambio mi orden.

—Que sean dos cajas, por favor.

Pone las cajas en el mostrador.

—Serían cuarenta y seis en total.

¡Sííí! Este hábito va a hacerle un hoyo a mi bolsillo.

Me encojo de hombros mentalmente. Eh. Estoy bien con ello.

Le doy el dinero con una sonrisa y trato de tomar las cajas cuando llega otra trabajadora más grande de la cocina y susurra algo en el oído de Verna. Cuando toco las cajas, Verna me las quita. Con una disculpa en la mirada, pregunta:

—¿Eres Helena Kovac?

Mis ojos se abren más. Respondo con un lento y largo:

—Sí.

La otra trabajadora susurra lo suficientemente fuerte para que yo la oiga.

—¡Te lo dije!

—¿Cómo iba a saber, Tammy? ¡Se ve diferente en la foto! —responde Verna.

Tammy discute quedamente.





—Murciélagos viejos, ponte tus malditos gafas.
 Verna discute un poco más.
 —¡Eres más vieja que yo! ¡Tú eres el dinosaurio!
 Pero yo solo quiero mis cupcakes.
 —Disculpen —las corto—. ¿Puedo tomar mis cupcakes? Tengo que regresar al trabajo.
 Verna sacude la cabeza, regresándome el dinero.
 —Lo siento, querida. No puedo atenderte.
 Mi corazón se acelera y ya va al cien por hora. Estoy confundida.
 —¿Qué? ¿Por qué?
 Tammy se inclina más en el mostrador y susurra fuertemente.
 —¡Estás vetada!
 Se abre mi boca.
 —P-pero, ¿por qué? ¿Qué hice? —balbuceo.
 Los hombros de Verna se sacuden.
 —No estoy segura. Pero Max dice que no te atendíramos hasta que él lo dijera y nosotros cuidamos a nuestros accionistas. Si no fuera por ellos, nunca habríamos abierto este lugar.
 Tammy asiente en acuerdo.
 —Les debemos mucho.
 Mis ojos se entrecierran.
 Tammy y Verna se ven entre ellas por un largo tiempo antes de volver a verme. Luego hablan al unísono.
 —Los Leokov.
Dulce niño Jesús.
 Lo voy a matar.
 Corro de regreso a la oficina y, jadeando, me siento en mi escritorio y busco mi teléfono en el primer cajón. Escribo el mensaje tan rápido que no puedo evitar sentirme orgullosa de mis dedos ágiles.
Yo: Oh por Dios. Estás muerto. ¡Muerto! No solo muerto... ¡carne muerta! No vuelvas a hablarme. ¡Jamás!
 Pongo mi teléfono en la mesa de un golpe, echando chispas, y regreso a mi ordenador. Pasan unos segundos antes de que mi teléfono suene.
Max: Pastelito, no digas cosas de las que no puedas retractarte. Quiero decir, auch. Tus palabras me matan, nena.
 Luego:
Max: Supongo que esto tiene que ver con ser puesta en la lista negra de cierta pastelería.

Entrecierro los ojos hacia la pantalla. ¿Cómo se atreve a ser lindo? ¿Cómo se atreve? Pataleo y me quejo. ¡Imbécil!

Yo: ¿Qué es lo que quieras?

Debió de haber estado esperando al lado de su teléfono, porque solo unos segundos después mi teléfono vibra en mi mano.

Max: Que entrenes con Ceecee.

Sacudo la cabeza efusivamente mientras escribo.

Yo: ¡Ya hemos hablado de esto! ¡No puedo! Sería un conflicto de intereses. Por favor entiéndelo, Max.

Max: Eres perfecta.

Pongo los ojos en blanco y gruño, tratando de ignorar el revoloteo en mi estómago ante esa declaración, luego vuelvo a escribir.

Yo: Me puedo meter en muchos problemas por entrenar con ella. Puedo perder mi trabajo.

Max: No, no lo perderás. Además, puedo guardar un secreto. No diré nada si tú no dices nada.

Empiezo a sentirme mal. Claramente el chico quiere ayudar a su hija. Mi garganta se aprieta por el remordimiento.

Yo: Max, cariño... No puedo hacerlo.

Max: Di tu precio. Te pagaré lo que sea. Haré lo que sea, Lena. Dilo y lo tienes.

El no aceptará un no por respuesta. Vuelvo a guardar mi teléfono en el cajón y me alisto para sentarme para otra sesión. Es mi última sesión del día, también mi última sesión como asistente. Mañana, estoy por mi cuenta. Estoy nerviosa pero entusiasmada.

Detrás de mí, alguien se inclina hacia mi oído para susurrar.

—Haré lo que sea. Por favor. —Mi cuerpo entero salta por el susto. Mi mano vuela hacia mi pecho agitado y me giro para ver a un Max agitado—. Por favor.

Jesucristo, me rompe el corazón. Tomo un paso más cerca de él y susurro:

—Ya te di mi respuesta, Max. Ríndete.

Cierra los ojos. Sacude la cabeza.

—Nunca. Lo digo en serio. No me rendiré. Te voy a cansar. No me detendré.

Mis hombros se hunden.

—Max...

Mi cuerpo entero se tensa cuando saca algo detrás de su espalda.

Espero que no sea lo que pienso que es.



Max

Sus ojos se entrecierran ante la cajita blanca. Pone una mano en su cadera y señala la caja con la otra. Fingiendo aburrimiento, pregunta:

—¿Qué es eso?

Sonríe.

—Un cupcake.

Sus ojos brillan. Rápidamente oculta su emoción y se encoge de hombros desdeñosamente.

—¿Y?

La sostengo con una mano y tamborileo mis dedos en la caja que contiene el delicioso regalo. Inclino mi cabeza.

—Bueno, si no loquieres... —Abro la caja y revelo el cupcake de doble chocolate más decadente en la historia del hombre.

Helena jadea.

Saco el cupcake de la caja. Sus ojos se entrecierran y aprieta la mandíbula. Lentamente, lo llevo a mi boca abierta. Ella cierra sus manos en puños tan apretados que sus nudillos se vuelven blancos. Justo cuando el dulce horneado toca mis labios, ella se abalanza hacia adelante, lo arrebata de mi mano y se mete todo en la boca.

Masticando animosamente, sus ojos se cierran por el placer. Gime bajo y largamente. Y mi pene se endurece. Sus ojos se vuelven a abrir. Se me queda mirando y me lanza algo distorsionadamente.

—Vuélvelo a hacer y te cortaré. Fuerte. —Se vuelve y se va.

Grito detrás de ella.

—¿Quiere decir que lo harás?

Su respuesta es un saludo de su dedo medio en lo alto de su cabeza, su trasero redondo se balancea seductoramente con cada paso.

Jódeme.

Estoy enamorado.

—Max. ¿Qué haces aquí, hombre? No sabía que teníamos una reunión hoy — dice James desde algún lado detrás de mí.

Observo a Helena alejándose hasta que desaparece por el pasillo. Me giro hacia James.

—No la teníamos pero me imaginé que si teníamos un momento libre podríamos hablar sobre algo que me está molestando.

James mira su reloj y sonríe.

—Tengo tiempo.

Lucho por no sonreír.



Ella va a matarme.

Helena

Todavía hay tiempo antes de la próxima cita. Decido hacer un poco de tiempo investigando un poco sobre el cliente y su lesión. Absorta en mis lecturas, no me doy cuenta cuando James dice en voz alta:

—Helena ¿tienes un segundo?

Contesto.

—Sí.

Me dirijo a su oficina, pero cuando llego a la puerta, grito deteniéndome.

¿Qué carajo?

James me sonríe.

—Deberías habérmelo dicho.

Con los ojos abiertos, miro a James antes de volver mi mirada a un sonriente Max. Grazno:

—¿Qué?

James hace un movimiento para que me siente. Lo hago, junto a Max. Él mira a Max.

—Max me estaba hablando de que quieras hacer algunas sesiones privadas con Ceecee.

Le lanzo una mirada feroz a Max y murmuro entre dientes.

—Lo hizo, ¿verdad?

Max se encoge de hombros sonriendo.

—Lo hice.

James comienza de nuevo.

—Eres dulce, Helena. Verdaderamente. Pero no deberías haberte preocupado.

Arrugo mi frente.

—¿Qué?

Max explica:

—Le hablé de como dijiste que querías hacer las sesiones, pero no quería pisar los pies de nadie. Especialmente de James, debido a que él es el fisioterapeuta de Ceecee y todo. —Max se acerca para presionar mi muslo—. Iba a dejar pasar esto. Realmente, lo iba a hacer —*una mierda!*—, pero sé lo mucho que querías hacer esto y como pensabas que ayudarías a Ceecee. —Me mira con falso pesar—. Tuve que decírselo, Lena.

Estoy aturdida. Levanto la mirada llena de pánico hacia James y le pregunto con estridencia:



—¿Y tú estás de acuerdo?

James rebosa de alegría.

—Por supuesto que sí. Haría cualquier cosa para ayudar a Ceecee y me alegro de que tú pienses igual. En lo que a mí respecta, somos un equipo, Helena. No estás pisándome los dedos de los pies. Me encanta la idea de que los dos trabajemos con Ceecee.

Me desplomo en mi asiento y pronuncio con un murmullo ronco:

—Está bien. —Rápidamente recuerdo preguntar—: No crees que sea un conflicto de intereses, ¿verdad?

La cara de James se torna seria. De reojo miro a Max para ver caer su sonrisa como la de James. James se rasca la barbilla.

—Hmmm. No estoy seguro, la verdad. Quiero decir, sé que sus familias están relacionadas. Eso podría ser un problema.

Me dirijo a Max regodeándome silenciosamente. Me odio a mí misma casi inmediatamente cuando veo la mirada abatida en su rostro.

James pregunta a Max:

—Realmente no conocías a Helena antes, ¿verdad?

Max responde con un suspiro.

—No, señor.

James me mira.

—Y tú misma has dicho que no conoces a Max del todo bien, ¿no?

—Dije eso? ¡Cuando diablos dije eso!? ¡Estúpida boca que dices cosas así! Pienso en mentir, pero en lugar de eso murmuro dolorida:

—Sí

James sonríe una vez más.

—Entonces no veo ningún problema aquí.

Max se alza, levanta los brazos en el aire por encima de su cabeza y sisea.

—¡Sí!

De repente me siento rodeada por un fuerte abrazo. Max me levanta de tal manera que apenas toco el suelo de puntillas, su mejilla presiona firmemente contra la mía. El ligero aroma de su colonia se siente suavemente, lo suficiente como para tentarme en silencio. Me mece entusiasmado de lado a lado, las puntillas de mis zapatos hacen ruido a medida que son arrastradas por el suelo, a continuación, pronuncia en mi pelo:

—¿Ves? Te dije que no le importaría. Sabía que iba a funcionar.

Mis brazos están flácidos a mis costados, susurro siseante en el oído de Max:

—Voy a cortarte las pelotas y luego te las daré de comer, un testículo y después el otro.

Max suspira felizmente, se retira y me frota los brazos, sonriendo.

—Lo sé. ¡Yo también estoy feliz!



Forzando una sonrisa, digo:

—Hurra.

James nos sonríe.

—Estoy muy contento de que haya funcionado.

Max pasa un brazo alrededor de mis hombros, tirando de mí hacia él.

—Nosotros también.

Mientras mi cabeza toca su hombro, vuelvo a respirar su aroma amaderado y me pregunto si vale la pena de cinco a diez estar en una prisión de máxima seguridad.

Max

La expresión de su rostro. Me río de mí mismo mientras paseo por mi casa. Sé que no debería reírme, pero, joder, ¡era divertida! Mi madre me enseñó que mejor no empujar a un oso, pero aquí estoy, empujándolo incesantemente.

Yo: Ven a cenar con nosotros esta noche a casa. Tenemos que hablar del horario.

Nik me pregunta si iba a volver a trabajar esta tarde. No estaba seguro de a qué hora terminaría mi reunión improvisada, así que le dije que no iría. Ahora, solo en casa, pienso en qué cocinar. ¿Qué comería Helena? Mi teléfono suena.

Helena: Cómete una mierda. ¡Imbécil!

Inclino la cabeza hacia atrás y me echo a reír. Me gusta mucho esta chica.

Yo: Mierda frita con patatas asadas y ensalada. Anotado. Por suerte tengo todas esas cosas en casa.

Sacudiendo la cabeza, meto la mano en la nevera y saco los bistecs que había marinado la noche anterior. Ella parece más una mujer que come bistec. Su culo tiene pinta de ser el de una mujer a la que le gusta el bistec.

Que culo.

No me jodas, que culo.

Mi frente golpea la nevera con un ruido. Mi mano se desliza hacia abajo a la copa de mi semi-dura polla y la aprieto con fuerza. No puedo dejar de pensar en ella. Su maldito cuerpo parece que este hecho para adaptarse al mío. Esta bromeando, burlándose de mí cada vez que la veo. Tonificada y firme, gruesa en los lugares que debe serlo, una elegante boca besable, esos labios seximamente fruncidos, tetas que encajarían muy bien en mis palmas, largo, ondulado y oscuro pelo, ojos verdes de gato y pestañas largas.

Todo lo que quiero es inclinarme y dejar que mis manos vaguen. Quiero sentir su cuerpo, sostener sus caderas apretadas, su culo presionado de espaldas a mí, oprimiéndolo, mirándome a través de sus párpados entrecerrados, las mejillas de color rosa enrojecidas, los labios entreabiertos, la respiración irregular.





Me muerdo el labio. Mis ojos se cierran en una mezcla de placer y dolor. No puedo negarlo. La quiero en mi cama. Pero ella es una dama, no del tipo que te follas. No voy a mentir. Eso solo me hace quererla aún más. Las mujeres son mujeres. Nunca las he querido para nada más que no sea calentar mi cama. Helena es una dama. Esa es una historia completamente diferente. Mi mente se distrae. ¿Será silenciosa en la cama o gemirá en voz alta? Apuesto a que es de las silenciosas. También me apuesto a que podría hacerla gritar.

Basta, idiota. Mi mano me aprieta la polla duro. Me quejo entonces, gimiendo más.

Mierda.

Tengo que echar un polvo.

Helena

¿Por qué tiene que burlarse de mí? Como si no fuera bastante el hecho de que es increíble y su cuerpo es algo que esta fuera de la revista Salud de los Hombre, es divertido cuando no quiero que sea. ¡Y eso es una mierda! Es cierto que no quería esta posición de formación privada, pero tengo que admitir que me pasé la tarde investigando cosas que puedo hacer con Ceecee, y tengo que decir que estoy emocionada por ello. Si a ella le cuestan las cosas que he encontrado, voy a buscar y buscar hasta que encuentre algo que le convenga.

No será fácil, pero tengo que intentarlo. No me gusta verla tan desgraciada, tanto como no me gusta ver a un normalmente feliz Max triste. Me molesta, pero no quiero que sea infeliz. Ser feliz está en su naturaleza. Quitarle algo a una persona que forma parte de su reacción natural es cruel. Tanto como quiero ver a Ceecee sana, quiero a Max contento.

Me quito la ropa de trabajo y me dirijo al baño, y justo cuando enciendo la luz del baño, me inclino hacia abajo y silbo sobre Tedwood una fracción de segundo antes de que llegue a mí. Se apresura en la dirección opuesta y rio en voz baja. No es un mal gato una vez que llegas a conocerlo. Un poco melancólico, sí, pero un completo cobarde.

En el momento en el que pongo el pie en el aerosol caliente de la ducha, las garras y los dientes se pegan a mi pierna.

—¡Hijo de puta! —Sacudo la pierna en el aire, con Tedwood firmemente agarrado y grito—. ¡Deja de comportarte como un idiota, imbécil!

¿Por qué no termina este día de una vez?



Capítulo 19

*Selena**Traducido por Dianna K y Pimienta*

¿Cuán geniales son las duchas? No sólo son una forma bastante decente para lavar el hedor, también son relajantes como el infierno. Me paso una buena media hora dejando el agua casi hirviendo lavar la frustración del día. Durante algún tiempo, simplemente estoy de pie bajo el agua y disfruto de la sensación de estar sumergida en mi propia pequeña burbuja de tranquilidad.

Al no ser hoy un día de lavado de pelo, cierro la ducha y salgo. Con la puerta del baño abierta, me seco antes de deslizarme en un sujetador deportivo blanco y boxers azul claro. Justo cuando estoy a punto de salir por la puerta, un gran estruendo suena en la cocina.

Salto cuando el estruendo resuena a través de mis oídos, pero rápidamente suspiro.

—Teddy. ¡Maldita sea, gato! —Mis pies se arrastran desde el baño a la sala. Suelto un chillido, entonces chillo—: ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Max no levanta la mirada. En cambio, termina de servir carne, papas y ensalada en los platos.

—No uses ese tono conmigo, pastelito. Aquí estoy trabajando como un burro en una estufa caliente durante toda la tarde para que podamos comer juntos, y no me pagas. ¿Así que te traigo la cena después de un largo día de trabajo, y usas ese tono? —Él se endereza, entonces chasquea la lengua—. Chicas trabajadoras.

Sus ojos se mueven a los míos, amplios, y luego se deslizan por mi cuerpo. No estoy cien por ciento segura, pero creo que babea un poco. Cuando su expresión de asombro es sustituida por una perezosa sonrisa, hoyuelo parpadeando, dice arrastrando las palabras:

—No esperaba cena y espectáculo.

Es entonces cuando recuerdo que estoy de pie en el pasillo en mi ropa interior. Ni siquiera mi buena ropa interior, sino mi ropa interior de Helena-duerme-sola-de-nuevo. Mi boca quiere boquear, pero me detengo. En su lugar, me decido a actuar fría. Con el corazón acelerado, compostura falsa y murmuro:

—Voy a cambiarme.

Max sonríe con más fuerza, colocando una mano en su pecho.

—Por favor, no te vistas por mí. —Camino a mi habitación, intentando actuando lo más normal posible, pero me estremezco cuando grita desde detrás de mí—. Me gusta tu ropa interior. No es el tipo habitual que veo a las mujeres usar. Dicen “Soy genial y no me importa lo que pienses”. Eso es genial. Quiero decir...



No puedo aguantar a su incesante divagación en este momento.

—¡Max, cállate! —grito.

Su risa estridente llena mi cocina, y aunque podría morir de la vergüenza, me gusta el sonido de su hilaridad desenfrenada. Mis labios se contraen cuando me doy cuenta que me provocó... y caí. Murmuro en voz baja:

—Imbécil.

Rápidamente me cambio a pantalones de yoga negros y una gran camiseta amarilla suelta y me uno a él en la cocina. Ya ha colocado los platos y cubiertos en lados opuestos de mi pequeña mesa de comedor. Huele increíble, pero vamos a estar sentados tan cerca que nuestras rodillas se tocarán. Parece demasiado íntimo.

Mi florero amarillo favorito está en el fregadero hecho pedazos, y recordé el estruendo que escuché. Le entrecierro mi mirada a Max. Sus ojos se mueven de un lado a otro, claramente aterrado. De repente espeta:

—Alguien rompió eso.

Junto a la mesa, mi cuerpo se desploma en inquietud.

—¿Por qué haces esto?

Sin perder el ritmo, camina alrededor de la barra de desayuno con dos vasos de refresco, y responde:

—Porque me gustas, y quiero gustarte también.

Esa declaración hace algo para mí. Mi estómago se aprieta. Calor florece en mi centro.

Si supieras lo mucho que me gustabas...

—Me gustas —respondo débil y poco convincentemente.

Él se queda a medio paso y sonríe.

—No. No es así —me lanza un guiño—, pero estoy trabajando en eso.

Oh hombre, no eres la persona más lista, ¿cierto, Max?

Él saca mi silla y hace gestos para que me siente. Dudo un momento antes de permitir su ayuda. Empuja suavemente mi silla como un caballero, luego se sienta frente a mí. Bajo la mirada a mi plato colmado, y luego levanto la mirada hacia él. Me lanza una sonrisa moja bragas y repentinos pensamientos atraviesan rápidamente mi mente:

Podría acostumbrarme a mirar esa sonrisa.

Él trabaja cortando un trozo de carne, y por la rapidez con que lo hace, sé que es mantequilla blanda. Levanta el tenedor a su boca, pero lo mantiene en medio del aire.

—¿Por qué no te gusto?

Suspiro exageradamente largo. ¿No podemos dejar atrás esto ya?

—Hemos pasado por esto antes, Max. Me gustas.

Él sonríe, mastica, y luego traga.

—No me tratas como tratas a Nik, Ash, o Trick. Me tratas diferente.



Eso es porque eres tan precioso que, literalmente, haces a mis ojos llorar.

Picoteo mi comida y murmuro:

—Nunca me di cuenta. Lo siento.

Desesperada por cambiar de tema, pregunto:

—¿Dónde está Ceecee esta noche?

Max mastica su comida con cuidado. Cuando traga, sus ojos se encuentran con los míos. Tanta tristeza allí.

—Está en casa de mi madre. Quería quedarse a dormir allí esta noche, y quiere dormir en casa de Nik mañana. Al día siguiente, me va a decir que quiere quedarse en casa de mamá de nuevo. Yo solo... —Se encoge de hombros, impotente.

—Te está evitando. —Una declaración. Una triste.

Su voz grave me apuñala directamente en el corazón.

—No le agrado mucho en este momento.

Mientras corto mi carne, mi bistec suave mantequilla, maldito, empieza:

—Sé que no te he dado mucha elección con el entrenamiento de Ceecee, pero quise decir lo que dije. Haría cualquier cosa por ella. No me importa ofender para hacer eso. Ella es mi todo, ¿sabes?

Me tomo un momento para digerir esas palabras.

—Haría lo mismo por mis propios hijos? *Absolutamente.*

Sus ojos se encuentran con los míos. Lo observo de cerca un momento antes de sonreír.

—Lo sé. Además, de hecho encontré algunas cosas que creo que se podrían adaptar a ella. —Levanto el tenedor a mi boca. En el momento en el bistec golpea mi lengua, gimo—. Oh, Dios mío, esto es increíble.

Gimo y gimo un poco más antes de preguntar:

—¿Qué usaste para marinar esto?

Sus cejas se levantan por la sorpresa.

—Sí? —Él mira su carne, y por un momento, creo que está avergonzado—. Es una receta familiar. —Su sonrisa característica aparece—. Si te dijera, tendría que besarte.

Hago una pausa a medio masticar.

—Querrás decir que tendrías que matarme.

Su sonrisa crece. Sus ojos se clavan en mis labios.

—No, tendría que besarte.

Ignorando el *¡Sí, por favor!* de mi corazón y revoloteo de mi estómago, ruedo los ojos y sonrío.

—Eres un idiota.

Pensando más sobre Ceecee, asiento y declaro con confianza:



—Estoy emocionada de probar algo nuevo con Ceecee. Y si las cosas no funcionan, voy a seguir buscando. Hay un montón de opciones. Hay muchas posibilidades de encontrar al menos una cosa a la que ella pueda adaptarse. Si está por ahí, lo encontraré.

El sonido de una silla chirriando hace que mis oídos sangren. De repente, soy levantada de la silla. Sus brazos se envuelven firmemente a mi alrededor y me acerca. Pecho contra estómago, lo inhalo. Serpenteo mis brazos ligeramente alrededor de su cintura tonificada y froto su espalda. Él suspira en mi oído:

—Eres increíble.

Mi ligero apretón se convierte en firme. Esto debería sentirse incómodo, pero no es así. De ningún modo. Me encanta la sensación de él, el olor de él. Sólo él. Le digo sinceramente:

—Vamos a resolver esto. Juntos.

Él me sostiene un largo rato antes de responder un vacilante y tranquilo:

—Bien, porque no sé qué coño estoy haciendo.

Mis brazos se aprietan, ofreciéndole consuelo y apoyo. Me alejo y le sonrío.

—Me muero de hambre.

Sus ojos son cálidos.

—Vamos a comer.

Helena

Crecer con dos hermanas mayores fue un infierno algunos días. Si no estábamos peleando sobre el maquillaje y la ropa, Nat y yo estábamos peleando por los chicos y los amigos. Mis padres nunca intervinieron hasta que estábamos arrancándonos el pelo la una a la otra, literalmente. Nina actuaba como juez y jurado, y Nat actuaba como verdugo. Ser la más joven significaba que siempre me culpaban por las cosas en casa. Esto era porque mis padres no podían soportar estar enojados conmigo.

Era la bebé. Y linda como el infierno. Pero a pesar de que mis hermanas me metían en problemas, éramos un equipo. Tomaría la culpa de algo que una de mis hermanas hizo, y luego más tarde esa noche, conseguiría tres veces el postre en agradecimiento. Seguro no éramos los Brady Bunch⁹, pero nos divertíamos mucho atacándonos entre nosotras. Reíamos mucho en nuestra casa. Aunque las tres somos impulsivas, nos olvidamos de las cosas rápidamente y siempre hacíamos tiempo para reír con las demás. Nos dábamos afecto libremente entre nosotras, sobre todo en privado.

Si te metes con mis hermanas, te metes conmigo. Nunca tuve miedo de ponerme física para vengar a mis hermanas de una manera u otra. Recuerdo que un día, Nina, Nat, y yo volvíamos a casa de la escuela tarde. Todos estábamos

⁹ La tribu Brady en Hispanoamérica y La tribu de los Brady en España es una comedia estadounidense. Gira en torno a la convivencia de un matrimonio recién casado formado por Mike y Carol. Donde cada uno de ellos aporta tres hijos.



sangrando por una pelea a puñetazos después de clase que implicaba a la novia de un jugador de fútbol que besó Nat el fin de semana. La chica estaba devastada. Estaba enamorada. Lo entiendo, lo hago. Nat se quedó después de la escuela para hablar con ella sobre eso, para aliviar la tensión. El imbécil le había dicho a Nat que había terminado con su novia. Sabía que a Nat le gustaba, así que la usó como un títere.

Fue sólo el lunes, cuando Nat llegó a la escuela y todo el mundo estaba susurrando y riendo tras su espalda. Ella sabía que algo estaba pasando. Amanda Adelaide Christiansen, jefa de animadoras y rubia bimbo, la estaba esperando junto a su casillero. Saludó a Nat con una sonrisa. Cuando ella dio un paso y le dio a Nat una cachetada en la cara, Nat no se encogió.

Vamos. ¿En serio? Fue sucesivamente. Como Donkey Kong.

Sin embargo, Nat todavía quería hablar con la chica, pero cuando ella se presentó y seis miembros del equipo de las animadoras estaban esperando por ella, supimos a dónde se dirigía. Nina y yo entramos. Nat nos imitó.

Pateamos sus culos.

Por supuesto, todos estuvimos suspendidas, pero valió totalmente la pena. Caminamos a casa riendo y sonriendo, uniéndonos por nuestros rostros magullados y labios partidos. Tan pronto como llegamos a casa, mamá se volvió loca. Nos castigó y aceptamos nuestro destino. No tenía sentido discutir. Más tarde esa noche, mamá mandó a papá a hablar con nosotros. Él estaba enojado. Estábamos petrificadas. Mi papá nunca se enojaba. Como, jamás. Así que cuando cerró la puerta detrás de él e inspeccionó nuestros rostros, supimos que estábamos en serios problemas.

—¿Los otras... se ven como ustedes?

Nina se atragantó con una carcajada.

—Mucho peor.

Nat y yo nos mordimos los labios para detener nuestra propia risa de unirse a ella. Pero Nina se enderezó rápidamente, recordando que estábamos en la profunda mierda.

Pero papá preguntó:

—¿Dan puñetazos como les enseñé? —Todas asentimos, confundidas, sin saber qué diablos estaba pasando. Papá sonrió y bajó su voz con fuerte acento—. Mamá me envía aquí para asustarlas, ¿saben? Está muy molesta. Las chicas no deben volver a casa ensangrentadas.

Todas asentimos.

—Sí, tata.

Sacudió la cabeza, riendo para sus adentros. Cuando llegó a la puerta, se volvió y habló en voz baja:

—Deben bloquear mejor los golpes. —Sonrió y añadió—: Les mostraré cómo. Mañana.

Seguro que nunca hubo un momento aburrido en nuestra casa. Nunca me di cuenta de que vivir de la manera en que lo hice, con dos hermanas mayores, me



dio una habilidad vital que nunca supe que iba a necesitar. Tengo una habilidad loca para tomar y servir actitud sin pestañear. ¿Quién sabía que iba a necesitar esa capacidad para lidiar con un parapléjico de trece años de edad? Realmente debo darles las gracias. Mis hermanas, eso es.

Nah. A la mierda con ellas.

Hoy era mi primer día de trabajo sin ayuda. El hecho de que era sin ayuda, no quiere decir que no fuera supervisada. Durante la próxima semana, James me va vigilar para asegurarse de que estoy haciendo todo lo que debería, pero entonces es todo de mí.

Después de que las sesiones de hoy terminaron, James me llevó aparte para decirme cuán genial trabajo estaba haciendo. Personalmente, sentí como que lo estaba haciendo bien. No genial, pero bien. Tenerlo diciéndome lo impresionado que está conmigo era definitivamente algo que necesitaba. Y aunque quise abrazarlo, en cambio, froté su cabeza calva para la suerte. Se rió y me alejó de un empujón juguetonamente. Mi corazón se emocionó. Era agradable tener a mi amigo de vuelta.

Felicity me llevó a almorzar e intentó que Willa viniese también, pero declinó amablemente. Le hablé a Felicity del The White Rabbit. Me dijo que ella siempre había querido ir, y se invitó a si misma este sábado. De alguna manera, no creo que Felicity sea el tipo de persona que necesita una invitación.

Le pregunté a Nat si podía recogerme después del trabajo. En cuanto llegamos a nuestro destino, la golpeo en el brazo.

—Gracias por recogerme.

Estremeciéndose, frota su brazo y responde:

—No hay problema, perra. Y, ¡ay!

Sonrío y murmuro:

—Oh, endurécete, princesa.

Nat para enfrente de la casa.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

Niego con la cabeza.

—No, pero creo que Ceecee ayudará a resolverlo.

Ella se inclina y besa mi mejilla.

—Buena suerte. Estaré con Tina. Ven a buscarme cuando estés lista.

La vergüenza me llena, dura y repentinamente. Miro a mi hermana y prometo:

—Voy a conseguir pronto un coche. Lo juro. Tan pronto como tenga el dinero.

Ella levanta su brazo y me da un puñetazo en el mismo lugar en el que yo la golpee a ella. Me estremezco.

—Ouch.

Sus cejas se elevan.





—¿Ves? Ya te dije que duele. Y en serio, no me importa conducir. Y tampoco a Ash. Tómate tu tiempo para resolver las cosas. Te cubrimos las espaldas.

El puente de mi nariz pica. Nat es un absoluto regalo del cielo. Un pilar de apoyo. Mi voz se quiebra cuando le digo:

—Gracias. Te amo.

Tan pronto como ve mis lágrimas, me empuja hacia la puerta.

—¡No! ¡No vamos a hacer esto ahora mismo! Tienes trabajo que hacer.
¡Vamooooos!

Sollozando, salgo del coche y sonrío.

—Sí, sí. Me voy.

Camino por el largo camino de la entrada con mi bolsa de lona junto a mí. Cuando llego a la puerta principal, toco el timbre y espero. Un minuto después se abre la puerta. Sonrío y miro hacia abajo a mi nuevo cliente.

—Hola, Ceecee. ¿Cómo te va, cariño?

Hoy no es diferente a los otros días que la he visto. Pone los ojos en blanco y murmura:

—Genial.

Un incómodo silencio le sigue a esto. Mi sonrisa desaparece. Me aclaro la garganta y me fuerzo a sonreír con tanta fuerza que mis mejillas duelen.

—¿Está tu padre en casa?

Ella asiente con la cabeza y rueda con su silla hacia atrás abriendo la puerta en una silenciosa invitación. Doy un paso dentro y pregunto:

—Entonces, ¿te gusta este lugar? Parece increíble.

Sus ojos alcanzan los míos. Su respuesta es rápida, pero dura.

—Lo odio.

—¿Y eso por qué? —pregunto con suavidad.

Su mirada se clava en el suelo antes de murmurar:

—Es vacía. Y fría.

¿Acaso mis oídos escuchan mal, o ese es el sonido amargo de la soledad?

Mi pecho duele por ella. Ojalá pudiera agacharme y abrazarla sin que me arranque la cabeza de un mordisco. Antes de que pueda pensarlo mejor, doy un paso hacia adelante, me inclino y envuelvo mis brazos alrededor de ella. No me abraza de vuelta, pero tampoco se pone rígida. La sostengo un buen rato antes de que me pregunte en voz baja:

—¿Por qué me estás abrazando?

Lo pregunta de manera suave, una manera dulce, así que sé que esto no es una advertencia para que no lo vuelva a hacer. En cuanto me separo de ella, le respondo también en voz baja.

—Porque los abrazos son gratis y parecía que necesitabas uno.

El chirrido de una puerta llama mi atención. Max sale de lo que puedo ver que es el cuarto de baño. ¿Cómo puedo saber esto? Sé esto, porque cuando él abre la puerta, el vapor le sigue fuera. Eso, y que lleva una toalla.

Sólo una toalla.

Santa María, Madre de Dios. Es magnífico.

He visto a hombres y he visto sus cuerpos. He estado en la playa una y mil veces. Así que puedo decir con absoluta confianza y usando mi guía mental de comparación, que este cuerpo es ridículo.

Ridículamente ardiente.

La reacción de mi cuerpo es igual de ridícula. Mi lengua se hincha. Empiezo a salivar. Mis pezones se tensan y el calor golpea mi vientre, con fuerza. Todo lo que puedo hacer es mirar con asombro como él camina por el pasillo. Hay gotas de agua por toda su piel aceitunada y en silencio deseo lamerlas. Con abdominales de acero y sin un gramo de grasa en él, mis ojos siguen su fuerte cuerpo mientras se mueve con gracia por el pasillo.

Con una toalla en la cintura y otra en las manos, se seca la cara mientras dice:

—Pequeña, ¿hay alguien aquí?

Observo a Ceecee sonreír.

—Sí.

Oh hombre. Esto no es bueno. Esta no es una sonrisa juguetona. Es una sonrisa rencorosa y desagradable. ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Por qué esta normalmente dulce niña odia a su padre? No lo entiendo, pero me comprometo a averiguarlo.

Cuando Max mira hacia arriba y me ve, su sonrisa lenta hace que mi estómago bote como pez fuera del agua.

—Pastelito. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que teníamos una cita mañana en algún momento.

Mi corazón sonríe ante el hecho de que no se ponga como loco porque haya aparecido sin invitación.

—Yo-uh... yo sólo quería a uh... —Mi mente tiene dificultades para concentrarse mientras que está tratando de imaginar lo que hay debajo de esa toalla—. ¿Quieres cambiarte antes de que hablamos?

Ceecee comienza a alejarse cuando Max dice en voz alta:

—No te vayas, bebé.

Ella no responde, sólo se mueve más rápido y su sonrisa se desvanece. Lo abrazaría si estuviera vestido... y si no fuera totalmente inadecuado en este momento. En cambio, él me mira y apunta a su toalla.

—Voy a cambiarme.

Asiento con la cabeza sin decir nada, mirando hacia abajo a la toalla. Incapaz de mirar a otro lado, la toalla se acerca más y más, hasta que mi cuello está a punto de romperse. Levantando la cabeza encuentro a Max frente a mi cara,

sonriendo como el tonto que es. Levanta una mano y la pasa a través de su pelo mojado, luego se inclina hacia mí y susurra:

—Supongo que estamos en paz.

Mi mente, ahora comatosa por las cantidades abundantes de cosa sexy, no reacciona.

—¿Eh?

Él mira hacia mi escote y tira del borde inferior de mi camiseta.

—Te he visto. Ahora tú me has visto. —Él sonríe—. Empate.

Mi cerebro consigue filtrar algo a mi boca y dejo escapar:

—Técnicamente, tendrías que quitarte la toalla y ponerte ropa interior. Y un sujetador.

Su risa es fuerte y tan feliz que mi arrepentimiento cambia a un revoloteo en mi tripa y una pequeña sonrisa. Se aleja, dejándome en el pasillo. Justo antes de entrar en su habitación, él me mira, sonríe y deja caer la toalla un segundo antes de entrar por la puerta, dándome un ataque al corazón, así como una bonita vista de su tenso trasero.

La puerta se cierra y sólo puedo pensar en una cosa.

Menudo culo.



Capítulo 20

Selena

Traducido por MaEx e Isa 229

Me dijo que lo hiciera yo misma en la casa, así que eso es exactamente lo que hago. Demonios, si Max fuera el que dijo que lo hiciera, lo haría. Sólo estoy devolviendo el favor. Cuando entro en la cocina, miro a través de los armarios hasta encontrar los vasos, cojo uno, y luego abro la nevera. Escucho pasos entrar en la cocina y pregunto:

—¿No tienes nada de beber en este lugar?

Miro por encima de la puerta de la nevera para encontrar a Max de pie en chándal negro, uno muy ceñido y zapatillas blancas. Me miro a mí misma y luego de regreso a él. Pregunto a través de una risa.

—¿Te coordinaste en el color para parecerme a mí?

Se encoge de hombros, una sonrisa jugando en sus labios.

—Pensé que podíamos jugar “¿quién lo lleva mejor?”.

Sin pensar en el momento, respondo de inmediato:

—Tú. Definitivamente tú. —Cerrando los ojos, llevo mi mano a mi boca y río nerviosamente—. Oh, mierda. Eso fue estúpido.

Max viene detrás de mí, inclinándose sobre mí para ver el triste estado de su nevera. Su cuerpo se moldea al mío, su frente presionando mi espalda. Mientras mi mente grita y luego se desmaya, murmura mientras se aleja:

—Esto está peor de lo que pensaba. Vamos. Iremos a la tienda de comestibles.

Niego con la cabeza.

—No, sólo vine a hablar. Nat está esperándome en casa de Tina.

Sus ojos se estrechan mientras se encoge de hombros.

—¿Y? Dile que te llevaré a casa.

Suspiro pensando en mi respuesta.

—Eso no es una opción.

Él empuja en mi costilla.

—¿Por qué?

No tengo ni idea. Mi cerebro está tan liado que podría estar hecho polvo.

—Yo... uh... ella está esperándome, por eso. Está al otro lado de la calle, esperándome. Está esperando así que... um... no puedo hacer eso ahora. —Creo que debería obtener un premio por conseguir sonar sólo medio-especial.





Con sus ojos en mí, él levanta su teléfono, lo pone en su oreja y espera.

—Oye. —Él sonríe a algo que la persona en el otro extremo ha dicho—. No, no la he matado, todavía —rueda los ojos—, ni seducido. —Me mira y guíña—. Todavía. —Hace una pausa para escuchar, entonces habla en el receptor—. Vamos a ir de compras. La llevaré a casa más tarde. ¿Necesitas algo?

Pequeña mierda. Mi cara se calienta y siseo:

—¿Vas a dejar de hacer eso?

Poniendo una mano sobre el teléfono, pregunta confundido:

—¿Hacer qué?

Mi boca cae. Casi grito.

—¡Hacerme hacer lo que no quiero!

Él no me contesta, simplemente niega con la cabeza mientras habla por el teléfono.

—Está bien, nena. No hay problema. Y le dices a ese marido tuyo que mejor vigile su espalda. Al segundo en que lo joda, te haré apestar a mierda.

Mis ojos se estrechan.

Por supuesto que coquetea con mi hermana. Por supuesto que sí. Él no coquetea conmigo, pero coquetea con ella.

Toma mi mirada asesina y luego sonríe:

—Bueno, me tengo que ir antes de que tu hermana corte mis pelotas. Te quiero.

Él pone su teléfono en el bolsillo y sonríe.

—¿Ves? No hay problema. —Antes de que pueda decir una palabra, grita—: Oye, niña. Vamos.

Ella grita de regreso:

—¿A dónde vamos?

—De compras.

Toma un momento antes de que Ceecee salga de su habitación y llegue a la cocina. Ella murmura:

—Gracias a Dios, me muero de hambre. —Ella me mira y pregunta vacilante—: ¿Vienes?

No consigo responder. No consigo responder porque Max lanza su brazo alrededor de mis hombros, acercándose.

—Por supuesto que va a venir. Tenemos que darle de comer también.

Y por primera vez desde que he estado en Nueva York, Ceecee sonríe.

—Genial. —Claro, sonríe hacia sus manos, pero aun así es algo.

Puede que no haya querido estar aquí antes, pero con esa pequeña respuesta, quiero estar aquí ahora. Sonrío hacia ella.





—Vamos a ver si podemos conseguir un poco de Chunky Monkey¹⁰ mientras estamos allí.

Ceecee me mira con asombro, los ojos muy abiertos.

—Me encanta el Chunky Monkey.

Estoy muy sorprendida por este cambio de comportamiento que recibo. Me recupero rápidamente.

—Creo que simplemente nos acabamos de convertir en mejores amigas.

Su sonrisa es tan amplia, tan hermosa, que me dan ganas de llorar. Estoy consiguiendo llegar a ella.

Y de alguna manera, Max sabía que lo haría.

Max

Naah. No me gusta esto. Ni un poco.

¿Por qué tiene que ser tan hermosa? Estoy teniendo dificultades para controlarme a su alrededor. Cuando la vi inclinada delante de la nevera, no pude detenerme. Tuve que sentir su cuerpo contra el mío. Así que hice lo que hice. La peor decisión que he tomado en mi vida. Tan pronto como mi frente se presionó contra su espalda, las imágenes de Helena gimiendo y jadeando mientras sostengo su pelo largo y castaño en mi puño y llevándome dentro de ella me asaltan. Por supuesto que empecé a endurecerme. Tuve que retroceder.

La quiero. Lo peor es que no está aquí por mí. Ella está aquí por Ceecee. Así que voy a hacer lo que he estado haciendo durante años, haciendo lo que mejor sé hacer.

Le daré la espalda.

Helena

Ceecee y yo caminamos hacia la puerta de entrada hacia la camioneta negra estacionada en el frente. El coche destella las luces y luego emite un sonido, dejándonos saber que está desbloqueado. Ceecee rueda delante. Mis cejas se estrechan mientras ella rueda al lado del vehículo y abre la puerta corredera. Presiona un botón en el interior, y una rampa desciende.

No puedo guárdalo para mí.

—Mierda, ¡esto es impresionante!

Max abre la puerta principal y se desliza en el asiento del conductor.

¹⁰ Tipo de helado de Ben&Jerry.



—Sí, nos gusta.

Este es el vehículo más genial y de aspecto más deportivo con funciones acondicionadas para discapacitados, que he visto nunca.

—¿Qué es esto?

Mientras Ceecee va hasta la rampa y se asegura a sí misma, Max explica:

—Se llama MV-1.

Niego con la cabeza.

—Nunca lo había escuchado.

Él asiente con la cabeza.

—Sólo ha pasado un mes más o menos. Afortunadamente, me inscribí pronto y nos dieron uno de los primeros sesenta hechos. El fabricante está aquí, en Nueva York, por lo que probablemente lo hizo más fácil. Eso, y el hecho de que estaba dispuesto a pagar en efectivo.

Mirando alrededor del vehículo, susurro:

—Me encanta. —Entonces digo en voz alta—: Estoy tan contenta de que no seas uno de esos estúpidos que poseen un coche rápido.

Max se pone rígido, y luego tartamudea:

—¿P... por qué?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Simplemente no me gustan. Son estúpidos, y tan innecesarios.

Ceecee ríe desde el asiento trasero.

—Papá tiene un Jaguar.

Me giro en mi asiento.

—¿Un qué?

Se ríe un poco más.

—Un Jaguar.

Miro de regreso hacia ella y gimo. Se ríe más fuerte. Miro a Max y me muerdo el labio para contener mi risa.

—No es que tú seas estúpido, Max. Sólo quise decir todas las demás personas estúpidas que tienen coches estúpidos sin una buena razón.

Él se retira de la calzada y parece estar haciendo un mohín. Nos dirigimos en silencio durante unos minutos antes de estallar en un torrente de palabras:

—Un Jag no es sólo un coche, ¿de acuerdo? Es el poder bajo tus pies. Es velocidad y pura excelencia, ¿de acuerdo? Es...

Lo interrumpí con un:

—Una malísima manera de gastar cien mil dólares.

Y Ceecee lo suelta otra vez. Se ríe con tanta fuerza que me temo que ella misma se pueda mojar. ¿Le gusta ser objeto de burlas de su padre? Me odio un



poco ahora mismo de que me guste burlarme de Max para que ella sonría. Tengo que pedirle disculpas después.

Max suspira.

—Eres una chica. No lo entiendes. Si estuviera teniendo esta conversación con un chico, él lo entendería. Necesitas testículos para esta conversación. ¿Tienes testículos, pastelito?

Lucho por mi sonrisa.

—Yo no cre...

Pero me corta colocando su mano hacia arriba.

—Te hice una pregunta. ¿Tienes testículos, Helena?

Mis labios se aprietan. Imbécil.

—No. No tengo testículos, Max.

Él asiente.

—En primer lugar, una mierda de gracias por eso.

Ceecee accidentalmente deja salir una risita ante la estupidez de su padre y ambas todavía mirándonos de lado la una a la otra conmocionadas. Rápidamente añade:

—En segundo lugar, debido a tu falta de piezas masculinas, lo que dices no cuenta, nena. —Se encoge de hombros—. Eso es así.

Discretamente me inclino y aprieto su muslo en un secreto chocala. Su mano cubre la mía y la aprieta de regreso en lo que estoy segura sería como un *viva!* Finalmente nos detenemos ante la tienda de comestibles y salimos del coche. Ceecee hace todo lo que necesita para bajarse ella misma de la rampa. Mientras me muevo para ayudarla, Max me retiene y murmura bajito:

—Oye, no. Es una gran manera de hacerla enojar. Déjala hacerlo.

Esperamos un largo minuto y miro a Ceecee de muy cerca. Su determinación de acero está evidentemente desgastada en su rostro.

Ummm. Interesante.

Una idea me golpea y de repente no puedo esperar para regresar a la casa. Tengo que hablar con mi cliente en privado.

Max se mueve para pararse junto a Ceecee, pero envuelve un brazo alrededor de mí.

—¿Entonces qué cenamos chicas? Podemos pedir o puedo cocinar.

Ceecee murmura desafiante:

—No quiero que cocines.

Y sin motivo alguno, me meto en donde no me necesitan, haciendo un espectáculo de mí misma, cuando normalmente prefiero mezclarme en el fondo. ¡Allá voy!

—Yo puedo cocinar.

Max empieza a protestar, cuando Ceecee curiosamente pregunta:



—¿Qué puedes cocinar?

Mi hombro salta.

—En realidad, apenas cualquier cosa. Estaba siempre en la cocina con mi madre, incluso cuando no quería estarlo. Ella nos metió a las chicas allí y esperaba que algo se nos quedara. Por suerte para ella, nos gusta cocinar. Sobre todo porque nos encanta comer.

Ceecee está haciendo rodar su silla sola, sus cejas arrugadas por la concentración. Se veía como si estuviera pensando con fuerza cuando pregunto:

—¿Qué quieras comer, cariño?

—No me importa. —*Maldición*. Y pensé que me había metido en algo más. Luego pregunta en voz baja—: ¿Pero puedo ayudarte a cocinar?

¡Bingo!

Estrecho mis ojos hacia ella.

—¿Puedes cortar? —Ella asiente, sus ojos están abiertos—. ¿Puedes rayar? —Asiente una vez más. Finalmente pregunto—: ¿Puedes agregar condimentos? —Ella asiente de arriba a abajo. Me muevo del agarre de Max para pararme entre ellos y coloco una mano sobre el hombro de Ceecee—. Entonces creo que estarás haciendo Nachos esta noche. Desde cero.

Me mira hacia arriba sorprendida.

—¿Yo?

Asiento como si eso no fuese gran cosa.

—Seguro. Por supuesto, voy a estar supervisándote, pero estás haciendo la cena esta noche. Por tu cuenta.

Espero un momento antes de preguntar:

—¿Estás de acuerdo?

Entramos en la tienda cuando ella dice:

—Solo no quiero arruinarlo.

Al mismo tiempo, Max y yo, respondemos con total confianza:

—No lo harás.

Luego ella asiente y siento el alivio recorrerme a través de mi cuerpo con un suspiro que no sabía que había estado contenido. Ella mira alrededor de la tienda.

—¿Qué necesito?

Miro a Max y arqueo mis cejas.

—Si a tu padre no le importa, puedes coger dos paquetes de Tacos condimentado mientras yo organizo las verduras y la carne.

Max dice:

—No me importa. —Pero ella ya se ha ido, obteniendo las cosas por su cuenta como un adulto.

Tan pronto como está fuera de la vista, mis hombros se caen de alivio.



—Santa mierda, eso fue como sacarse una muela.

Rechino cuando de súbito soy lanzada, literal y figuradamente. Max me levanta como si no pesara nada. Aprieto sus hombros mientras me gira alrededor, riendo.

—Eres increíble. Eso fue increíble. Tú... —me coloca sobre mis pies otra vez, sosteniéndome aún alrededor de la cintura—... eres increíble.

—Está bien —murmuro, algo confundida.

Me mira sonriendo de oreja a oreja, un hoyuelo incrustado en su mejilla.

—Voy a darte un beso ahora.

—¿Qué? ¡No!

Niego con la cabeza.

—No, ¡no lo hagas!

Él hace una cara de *Duh*.

—Tengo que darte un beso. Esas son las reglas.

—¡Max! ¡No!

Me tira contra él.

—¿Qué es un beso entre amigos? He besado a Nat cientos de veces. Ahora es tu turno. No seas un bebé.

Mi corazón corre de prisa, trago saliva y me quedo débil.

—No voy a besarte.

Bajando su rostro hacia el mío, ordena:

—Espera un poco, pastelito. Ya llego.

Abro la boca para discutir, pero mi argumento muere en mi garganta mientras los labios de Max cubren los míos en un casto, cálido y dulce beso.

Maldito sea el diablo. ¿Esto es lo que se siente?, ¿eh?

Mis ojos aletean cerrándose y mi pie se levanta del suelo, los dedos de mis pies se encrespan. Puedo sentir este beso. Lo siento desde la cabeza a los pies. El calor se extiende a lo largo de mi repentino débil cuerpo y este beso no es nada. Conozco la diferencia entre este beso y un beso caliente y mis entrañas mueren un poco en el simple hecho de que si esto es un beso manso, sus besos reales serán explosivos.

Dura no más de unos pocos segundos, aunque por la forma en que mi cabeza está mareada, se sienten como horas. Cuando se aleja sonriendo, tengo que sostenerme de su camiseta firmemente para evitar caerme. Envuelve un brazo alrededor de mi cintura y caminamos adelante, suspirando como si el beso no fue gran cosa.

—Es un buen día para estar vivo, pastelito. Te dije que sería perfecto.

Mi boca se seca más que el Sahara, murmuro con voz ronca:

—Necesito agua.

Camina conmigo.





—Lo que quieras, es tuyo. Diablos, justo ahora te daría casi todo lo que me pidieses. Te debo mucho.

Mi mente aún está sin conexión, levanto mis dedos a la boca, murmurando distraídamente:

—No deberías haberme besado.

Aprieta el brazo alrededor de mi cintura, tirándome al ras contra su lado. Con los labios en mi frente, declara:

—Mejor acostúmbrate al afecto, Lena. Soy un chico cariñoso, y cuando quiero dar, lo doy bien. —Sus labios cálidos besan suavemente mi frente, y sin quererlo, me inclino hacia él. Añade—: Ahora somos amigos. Voy a abrazarte y a besarte. No te preocupes —pronuncia con confianza—. Te acostumbraras a ello.

Eso es lo que me preocupa, idiota.

De repente, Max se detiene a medio paso.

—Oh mierda.

Sus brazos se ponen rígidos alrededor de mí. Levanto una mano hacia su pecho.

—¿Qué pasa?

Me envuelve en un abrazo de oso, susurrándome al oído:

—¿Ves a la chica por ahí, la de rojo? —Cuando voy a mover todo mi cuerpo, susurra apresuradamente—. ¡No mires!

Susurro:

—¡Me dijiste que mirara!

Siento el pánico salir de él.

—De acuerdo. Mira discretamente.

Y así lo hago, desde la misma esquina de mis ojos. Una pelirroja alta y delgada está parada allí en la sección de frutas y hortalizas, sosteniendo un apio. Nos está mirando.

Oh, oh. Mi cuerpo se cuelga en el suyo.

—Max, ella está furiosa.

Me aprieta más cerca, sus manos vagando sobre mi cuerpo. Su rostro cae en mi cuello.

—Lo sé. Le dije que no quería salir con ella y se enfadó.

Mi cuerpo se paraliza.

—¿Me estás usando ahora para montar un espectáculo?

Presiona su nariz en mi garganta y me respira. Esa basura.

—Hueles bien.

Sin humor para juegos, me giro y muerdo el lóbulo de su oreja. Aúlla y luego suspira:

—De acuerdo, de acuerdo. Ella puede haber dicho que le di esperanzas.



Levanto mi cabeza y doy una risa sin sentido del humor.

—Déjame adivinar. ¿Coqueteaste con ella?

Él se aleja y sus ojos dorados resplandecen ferozmente mientras él me mira.

—Soy soltero. Se me permite ligar, demándame. Me gusta coquetear.

Rodando los ojos, le digo en voz baja:

—Con todo el mundo menos conmigo.

Sus grandes manos agarran con fuerza mi cintura, sus ojos ahora suplicando.

—Ayúdame. Por favor.

En mi visión periférica, veo a la pelirroja acercarse. Le susurro:

—Ella viene.

Sus labios golpean mis mejillas. Su dulce aliento mentolado me calienta mientras susurra contra mi piel:

—Por favor, por favor, por favor, por favor.

Me lanzo hacia él.

—Bien, pero juro que si me besas otra vez te morderé la lengua.

Max me sonríe con una sonrisa que sería digna de anuncios dentales, su hoyuelo está ante la vista del mundo y me pregunta qué demonios estoy haciendo.



Capítulo 21

Helena

Traducido por Leogranda, Jane' y LunaRowe

La pelirroja se pasea hacia nosotros, balanceando con descaro sus caderas de lado a lado. Y mi mente rueda los ojos. Ya sé qué tipo de mujer es esta. Y odio a este tipo de mujeres. Es del tipo de mujer que asumí que era Felicity cuando nos conocimos. De repente recordé que estaba equivocada acerca de Felicity. Probablemente debería darle a esta mujer una oportunidad antes de juzgarla.

Max mantiene su brazo a mí alrededor mientras se vuelve, sonriendo fríamente a la mujer.

—Hola, Portia, ¿Cómo estás?

Sin siquiera mirarlo, ella me mira de arriba abajo.

—Bien, Max. No sabía que tenías novia.

Oh sí. Y no estaba equivocada esta vez. Ella es una perra en llamas.

No agachándome a su nivel, me presento.

—Hola, soy Helena.

Ella mira a Max con sus cejas levantadas y la boca en una línea firme antes de sostener una mano para mí. Yo normalmente no tendría un problema con esto. El hecho es, que ella me tendió su mano como si yo fuera a besar la parte posterior de la misma. La imbécil. La mala leche no será la que me detenga, tomo su mano torpemente con la yema de los dedos y la sacudo como un hombre. Portia casi pierde el equilibrio y yo ahogo mi risa.

—Encantada de conocerte.

Ella no se molesta haciéndose la agradable.

—No te he visto en el club antes.

La miro bien.

—Estuve allí la semana pasada. Y voy a estar allí este fin de semana también.

Queriendo interpretar el papel, me acurruco más en Max, envolviendo un brazo alrededor de su estómago. Levanto la vista hacia él.

—Pero no necesito estar allí cada fin de semana. Nos vemos todo el tiempo.

Parándome en puntillas, beso el lado de su mandíbula en una real muestra de afecto.

Portia de repente mira detrás de mí, los ojos muy abiertos.

—Hola —se eriza—, pequeña.





Ceecee se detiene a mi lado. Mi corazón se acelera.

Mierda. Estamos totalmente arruinados.

Mi brazo cae del estómago de Max y espero que me suelte, pero no lo hace. Me muevo hacia atrás, pero él me sostiene con fuerza.

—Portia, esta es mi hija, Ceecee.

Sus ojos se abren.

—¿En serio? No tenía ni idea.

No jodas, Sherlock. Mi mente se burla y se ríe sin humor. Si ella hubiera gastado un solo momento para conocer a Max, hubiera sido lo primero que él le habría dicho. No me gusta esta mujer. Portia se dobla por la cintura, a la cara de Ceecee.

—Oh mí —levanta una mano y toca su cabello como si tuviera derecho—, eres una bonita.

Mi mandíbula se endurece, mi estómago se enrolla con violencia. ¿Te he dicho que no me gusta esta mujer?

No es tu lugar. No es tu lugar. No es tu lugar.

A la mierda.

—Lo siento, Portia, pero tenemos que irnos. Fue agradable conocerte. Tal vez te veamos este fin de semana.

Sus ojos parpadean. Ella sabe lo que estoy haciendo. Estoy despidiéndola.

Y a ella no le gusta.

—Un placer conocerte también, Helen.

Mi boca se abre para corregirla cuando Max y Ceecee pronuncian fríamente:

—Es Helena.

Mi corazón sonríe mientras mi mente le saca su lengua a ella. El brazo que tengo alrededor de Max se aprieta, y bajo mi otra mano por el lado libre, palma abierta. Siento a Ceecee colocar su mano en la mía. Me gusta. Me gusta tanto que estúpidamente siento como si este es el lugar donde estoy destinada a estar. Así que quiero abofetear a la perra cuando se inclina hacia Max y besa su mejilla con sus labios rojos brillantes.

Mientras se aleja, pronuncia en voz baja, casi como si le estuviera diciendo un secreto:

—Nos vemos el sábado por la noche. —Entonces ella se ríe en voz baja, levantando una mano a su mejilla, limpiándola—. Oops. Estos labios son míos. —Sus ojos se centran en mí—. Ellos dejan una marca. —Un desafío.

¡Pues venga!, perra.

Nos detenemos un momento. Max se aclara la garganta.

—Tengo hambre. ¿Ustedes chicas están hambrientas?

Ceecee asiente, pero mantiene firmemente sus ojos en la espalda de Portia.

—Sí.



—Yo también —agrego de una manera muy-demasiado-animada—. Voy por un par de cosas. ¿Por qué no van a la caja? Sólo será un minuto.

Ignorando la presencia de Portia en la sección de frutas y verduras, me muevo por la tienda en un tiempo récord, agarrando lo último de lo que necesitamos antes de encontrar a Max y Ceecee en la caja. Max compra los alimentos en silencio.

Salimos de la tienda y conducimos a casa sólo con la radio proporcionando un descanso del pesado silencio en el coche. Finalmente, cuando llegamos a la casa, Max estaciona el coche. Mientras desabrocho el cinturón, habla.

—Ceecee, sabes que Helena no es realmente mi novia, ¿verdad?

Me mira y casi parece como si sus ojos se volvieran tristes.

—Lo sé.

Mira hacia mí y sonríe.

—Pero somos amigos. Así que Helena estará aquí mucho más, si eso está bien contigo.

Responde de inmediato sin dejar rastro de incertidumbre en su voz.

—Eso está bien conmigo.

Sofoco mi repentina necesidad de sonreír. A Ceecee le gusto.

¡Yay, por mí!

Salimos del coche y entramos. Tan pronto como estamos dentro, empiezo a gruñir órdenes:

—Ceecee, necesito que tomes dos zanahorias de la bolsa y las ralles. Max, necesito que encuentres una sartén y un colador. Voy a empezar a picar la cebolla —miro a Ceecee y sonrío—, pero luego todo es sobre ti, pequeño saltamontes.

La incertidumbre brilla en sus ojos. Doy un paso hacia ella y tomo sus pequeñas manos en las mías.

—Estaré aquí cada segundo. Si necesitas ayuda, todo lo que tienes que hacer es preguntar. Y espero que preguntes, o esto no funcionará.

Max pone una sartén sobre la estufa, un colador en el mostrador, y viene detrás de nosotros.

—¿Están bien? Necesito ponerme al día con el papeleo.

Me doy vuelta y le espanto.

—¡Fuera de aquí! Es hora de chicas. —Me giro hacia Ceecee y guiño. Cuando soy recompensada con una amplia sonrisa, por una fracción de segundo, creo que haría casi cualquier cosa para ver esa sonrisa, y ruego verla una y otra vez.

Con mis manos en su espalda, lo empujo fuera de la cocina, mientras pronuncia.

—Voy a estar en la mesa del comedor, si me necesitan.

Hago un sonido de pfffft.

—No te necesitamos. Somos geniales,



Mientras Ceecee ralla la zanahoria, abro una lata de lentejas, pico una cebolla, y saco la carne molida de plástico. Tan pronto como ha terminado, la señalo y luego doblo mi dedo. Ella ruedas hacia mí en la cocina y soy de repente consciente de que esta cocina se ha diseñado en torno a Ceecee y su silla. La estufa es más corta de lo que sería para cualquier otra persona, y tiene un hueco debajo para que Ceecee pueda rodar justo ahí, al igual que el fregadero. Las encimeras están a la altura correcta para ella.

Uso la punta de mi dedo para señalar la estufa y ella gira. Tan pronto como está en posición, enciendo la estufa y llevo los ingredientes para la cena. Le entrego una cuchara de madera y pregunto:

—¿Cocinas mucho?

Ella niega con la cabeza.

—Puedo cocinar huevos revueltos. Eso es todo.

Mi cadera se apoya en el mostrador, cruzo los brazos sobre mi pecho. Mi mente grita, *¿qué estás haciendo?*, cuando pregunto:

—¿Te gustaría aprender?

Sus ojos se encuentran con los míos. Ella suelta un bajo:

—Tía Tina solía dejarme ayudar, pero ahora con Tatiana y Ava, está... —Se queda callada. Y mi corazón duele. Algo me dice que Ceecee no está sólo enojada con su padre. Algo me dice Ceecee está enfadada con el mundo.

Respondo en voz baja:

—Sí. Eso pasa. Cuando los niños vienen, es difícil tener tiempo para algo más. Sobre todo cuando son pequeños, ¿sabes? Porque los bebés se enferman y necesitan comer casi todo el tiempo, y a veces sólo quieren que los sostengas. Pasa mucho tiempo antes de que los padres puedan tener el tiempo para hacer las cosas que solían hacer. —Le entrego el aceite de oliva y señalo con mi barbilla a la sartén—. Échale un poco. No importa si no mides, sólo asegúrate de que haya suficiente para cubrir la cebolla.

Agrega la cantidad perfecta luego coloca la cebolla, y sonríe.

—¿Segura que no sabes lo que estás haciendo? Lo estás haciendo impresionante hasta ahora.

Su rubor es pequeño, pero lo veo. Agrego:

—Como iba diciendo, ser padre hace que la gente esté ocupada. Pero si te gusta, puedo venir un par de veces a la semana y podemos cocinar juntas. —No me da una indicación de cómo se siente acerca de esto, así que empujo su hombro y añado—: No conozco a una gran cantidad de personas en Nueva York, así que si quieres darme algo que hacer durante la semana, me gustaría mucho eso.

Te estás involucrando demasiado.

Oh silencio, cerebro. ¿Qué podría salir mal?

Utilizando la cuchara de madera, revuelve la cebolla y no mira hacia mí cuando dice:

—Me gustaría eso.

Dile. Dile ahora.

—¿Todavía te gustaría aprender si viniera con una trampa? —le pregunto resistente mientras aprieto mis dedos juntos.

Sin saltarse un latido, ella dice:

—Quieres que empiece a hacer ejercicio de nuevo.

Mis ojos abiertos sorprendidos. Ceecee por ningún medio es una chica tonta.

—Sí, me gustaría. Si pudiéramos hacer tres sesiones a la semana, lo más probable es que dejes de tener calambres, cariño.

Sus manos dejan de revolver por un momento mientras piensa sobre esto.

—¿Estarías haciendo ejercicio conmigo? ¿Estarías aquí tres veces por semana?

Asiento.

—Sí y sí. Estaría haciéndolo contigo. Claro, estarías haciendo tres días más con Whit durante la semana, pero vendría aquí después del trabajo en los días que no estés en el centro. Cocinaremos juntas, después haremos una sesión ligera. Y te prometo Ceecee —pongo mi mano en su hombro, atrayendo su atención—, te prometo que si hacemos algo que no te guste, intentaremos algo diferente. Hay mucho ahí afuera, y encontraremos algo que te guste.

Ella revuelve y pregunta:

—Entonces ¿esta es mi decisión? ¿No me vas a obligar?

Mi corazón se hunde. Ella va a decir que no.

—No, dulzura. Nadie te va a forzar. Y si tú decides que no quieres hacer esto más, aún podemos cocinar juntas y pasar el tiempo. —Y lo digo en serio. Estoy empezando a pensar que estaba mal sobre rechazar esta posición en primer lugar.

Golpeo mi dedo en el tazón de la carne y miro a Ceecee agregarlo al sartén. Mientras ella trabaja en los grumos, yo agrego las lentejas y zanahorias. Ella se concentra duro en la tarea en sus manos y yo sonréí. Ella podría ser una cabeza dura, pero es determinada; eso es seguro.

Cocinamos en silencio por un largo tiempo antes de que Ceecee hable de nuevo.

—De acuerdo. Empezare a hacer ejercicio de nuevo.

Un respiro que no sabía que había estado conteniendo sale de mí con un whoosh. Estoy sorprendida.

—¿En serio?

—Si —murmura y después sigue hablando—. Pero solo si vienes al desayuno de los domingos con nosotros.

Mi mente solloza. ¿Domingo por la mañana? ¡Oh, infiernos no!

El domingo es el único día que tengo para dormir hasta tarde, y amo dormir. En casa, cuando estábamos todas en una sola casa, si alguien se atrevía a hacer un solo ruido antes de las once de la mañana el fin de semana, calmadamente saldría de la cama, golpearía la mierda fuera de ellas, y después caería de nuevo

en coma hasta que sentía que estaba lo suficientemente recargada como para afrontar el día.

Sonríe y sopórtalo, Lena.

Forzando una sonrisa, aprieto mis dientes y chillo.

—Claro. Amo el desayuno.

Ceecee sonríe a la sartén, y entrecierro mis ojos hacia ella. No puedo evitar pensar que está tramando algo, la pequeña tramposa.

Antes de que lo sepa, estoy apagando la estufa y trayendo un refractario hacia donde Ceecee estaba estacionada en la mesada. Abro una bolsa de totopos y los pongo en un plato. Ceecee cubre los totopos con la mezcla de carne. Le digo que lo cubra con queso y ella los esparce. Cuando ha terminado, meto el plato en el horno y pongo el temporizador durante quince minutos.

Rápidamente pongo a Ceecee a trabajar ayudándome a limpiar el desastre que hemos hecho en la cocina. Pronto, el temporizador suena. Ceecee de repente se ve preocupada. Abro el horno y el olor me golpea.

—Oh santo Dios Ceecee.

Ella se asusta.

—¿Qué?

Sonriendo, me giro y murmuro fuertemente:

—¡Huele asombroso!

Con cuidado saco el refractario del horno. Mientras lo pongo en la estufa le digo:

—No toques eso. Esta más caliente que el infier... —*En presencia de un menor. Oops*—. Está más caliente que Ian Somerhalder.

Ella sonríe.

—Está bien. He escuchado peores.

Claro que lo ha hecho. Ha crecido con Max, Nik, Ash, y Trick. Es un milagro que sus oídos no estén sangrando constantemente, la pobrecilla.

—Ciento. Le voy a decir a tu padre que limpie la mesa del comedor así podemos comer.

En cuanto salgo de la cocina, hacia el pasillo, brinco arriba y abajo en el mismo lugar, vitoreando silenciosamente el hecho de que estoy haciendo algo bien. Ceecee accedió a hacer ejercicio sin mí teniendo que sobornarla. Lo hice su decisión.

Espera un minuto. Mi cuerpo rebosante se detiene. Lo hice su decisión. Mis ojos se amplian. O Dios mío. ¡Lo hice su decisión! Una sonrisa se esparce por mi rostro. ¡Eso es! Miro hacia el comedor y mi vagina salta desde un trapecio, en caída libre con sus brazos abiertos a sus lados.

Max se sienta en la mesa del comedor frente a una laptop abierta, una pierna estirada frente a él, la otra doblada en su rodilla, su pie en la base de la silla. Masticando una pluma y mirando hacia la pantalla distraídamente, sus gafas ancladas en el puente de su nariz.





Él tiene gafas. No cualquier tipo de gafas. Son trendy, friki elegantes, rectangulares gafas de lectura. Jesús, María y José. Frunzo mis labios. Levanto mi cabeza y rezo mentalmente.

Esto no es justo, Dios. No tengo permitido tocarlo. ¿Por qué estás jugando con mis emociones así? ¿Es por qué le pedí a Jacob Schmidt que me enseñara su cosa en primer grado? ¡Era joven y curiosa! Dame un descanso!

Bajando mi cabeza, le lanza una mirada a Max y paso saliva por mi espesa garganta.

Déjame decirte algo sobre mí. Un hombre con gafas... ellos lo hacen por mí. Algo en un hombre bien parecido cambia cuando se pone gafas. Él se vuelve alguien más, una grandiosa versión de sí mismo. Mientras que las mujeres estaban desmayándose por Superman, yo estaba desmayándome por Clark Kent. Oh sí. Dame un hombre con gafas, cualquier día de la semana.

Me aclaro la garganta y él me mira con una sonrisa perezosa.

—Oye.

Señalo su laptop.

—¿Estás casi terminado? La cena esta lista.

—Sí, he terminado. —Se quita las gafas colocándolas sobre la mesa.

Mis pies se mueven solos hasta que estoy delante de él. Tomo sus gafas de la mesa, las levanto y gentilmente las pongo de nuevo en su cabeza. Declaro suavemente:

—No te los quites. Se ven bien en ti.

Me giro para irme, pero él atrapa mi muñeca y me jala. Aterrizo en su regazo y sus largos, musculosos brazos se envuelven alrededor de mí, sujetándome en mi sitio. No peleo esta vez. Lo he visto con otras chicas. Sé que él es así. No me parece bien que le pida que sea alguien más a mi alrededor. Él tiene la razón. Sólo tendré que acostumbrarme. Pregunta quedamente:

—¿Cómo salió?

Finjo ignorancia.

—Oh, ya sabes. Cocinamos. Hablamos. Nos divertimos. Cosas de chicas. —Mis ojos sonríen hacia él—. Ella accedió a dar clases de cocina y sesiones de ejercicio tres veces por semana. Pero sólo si vengo al desayuno de los domingos, así que por favor dime que es después de las diez de la mañana, porque de otra manera, podría simplemente llorar.

Espero algo. Una sonrisa. Una risa. Un victorioso chocar los cinco. Obtengo nada. En vez de eso, sus brazos se aprietan a mi alrededor, sus ojos se cierran y su frente cae en mi hombro. No estoy segura porque, pero se siente como si necesitara confort ahora mismo.

Le doy este momento antes de remover gentilmente sus manos y levantarme. Camino hacia la cocina para ver que Ceecee ya ha sacado platos y cubiertos. Ella se mueve fuera de la cocina y mientras me pasa, no puedo evitarlo. Me agacho y beso su cabeza.

—Lo hiciste bien cariño.

Ella sonríe hacia mí.

—Tuve una buena maestra.

Si hubiera un alago para recibir de un niño, este sería ese. Mi estúpida nariz hormiguea, y antes de que lloriquee como una lunática, rápidamente tomo el plato de nachos de la estufa y lo muevo hacia el comedor. Max está sentado mientras Ceecee coloca los platos. Él mira hacia el plato que coloque en el centro de la mesa y sonríe. Cuando ella pasa junto a él de nuevo, él rápidamente toma la manija y jala la silla hacia atrás. Envuelve un brazo alrededor de sus hombros y dice:

—Eso se ve bien, bebecita. Mi boca se hace agua. Aliméntame.

Cuando ella murmura un inseguro: “Gracias, papi”, besa su mejilla y la deja ir.

Con mi corazón batiendo, me siento en la mesa y miro a mi alrededor. Una pequeña sonrisa adorna mis labios. Me doy cuenta rápidamente que no hay otro lugar en el que me gustaría estar.



Capítulo 22

*Selena**Traducido por Leogranda*

Estoy enojada.

Cerebro estúpido.

Después de la cena de anoche, decidí que era demasiado tarde para hacer una sesión con Ceecee. No sólo eso, sino que habíamos comido nuestro peso en nachos. Ceecee había hecho tan buen trabajo con la cocina que había repetido. Y ni siquiera fue repetir por compasión. Los nachos estaban buenos.

Observar a Max comer era otra cosa. Yo lo había visto comer antes, pero nunca me di cuenta de los pequeños ruidos que hace cuando está comiendo algo que disfruta. Sus pequeños murmullos de aprobación, sus gestos discretos, y el ceño fruncido de concentración era casi como si estuviera teniendo una conversación con su cena. Y, por supuesto, era completamente adorable. El imbécil.

Cubrimos de elogios a la chef y por su tímida sonrisa y rubor rosa neón, creo que le gustó eso. Cuando le pregunté qué día le gustaría que viniera, miró a su padre, luego de vuelta a mí y respondió:

—Puedes venir cualquier día después de las 5 p.m. —De repente, parecía nerviosa, pero añadió en voz baja—: Y no tienes que venir sólo tres días. Si no tienes nada que hacer o lo que sea, puede venir aquí.

Mi cuerpo se quedó inmóvil con incredulidad. ¿Era la manera de Ceecee de decirme que éramos amigas? Yo creo que lo fue. No siendo capaz de detenerme y anhelando el afecto de esta pequeña criatura, me agaché, envolví mis brazos alrededor de ella, y le dije:

—Definitivamente voy a tener eso en mente, cariño. —Cuando me aparté, agregué—: Odiaría que te hartaras de mí, sin embargo.

Ella bajó los ojos y murmuró:

—Eso no va a suceder. —Y mi corazón se disparó.

Max le dijo Ceecee que consiguiera sus cosas, y la confusión se apoderó de mí. Entonces recordé lo que Max me había dicho la otra noche acerca de Ceecee no queriendo estar en casa, sobre ella evitándolo. Probablemente va a dormir donde Nik y Tina. Ceecee miró a su padre. No se movió. Cuando habló en voz baja, me fundí en el suelo en un gran charco atontada.

—En realidad, papá, creo que podría quedarme aquí esta noche.

Decir que Max se sorprendió era un completo eufemismo. Parecía como si solo pudiera romper en un baile interpretativo. Me dejaron en casa y les agradecí por la cena. Cuando camine dentro, no podía dejar de sonreír. Y tan pronto como



encendí la luz, echando un vistazo a mi muy vacío apartamento, no pude evitar sentir una pérdida.

No lo entendía. Siempre había sido el tipo de persona que era capaz de entretenerte a sí misma, y hacerlo felizmente. Me gustaba mi tiempo a solas. Así que, ¿por qué estar sola ahora se siente tan... solitario?

Evité ser atacada por Tedwood agarrándolo en medio del ataque y derribándolo en el pasillo. Me dirigi al baño y me duché antes de acostarme. Mientras mis manos jabonosas recorrián mi cuerpo, me imaginaba otro juego de manos sobre mí. Unas grandes, conjunto masculino de manos que me explorarían, un par de ojos dorados mirándome, y un hoyuelo sexy que quería lamer burlándose de mí. Mis palmas rozaron mis pezones y mi cuerpo convulsionó.

Estaba jadeando. Mi estómago se hundió. Yo ya estaba allí. Mi mano se deslizó por mi vientre, aún más, abajo a mis piernas abiertas. Mis dedos se deslizaron sobre mi clítoris, y mis piernas se debilitaron. Inclinando mi cabeza en la pared de azulejos de la ducha, mi toque se afirmó. Froté más duro sobre mi yema hinchada, imágenes de sexo asaltando mi mente. La boca de Max en mí, por todas partes. Sus manos agarrándome firmemente. Su pene muy dentro de mí, empujando con la suficiente fuerza para hacerme gemir.

Santa mierda.

Mi cuerpo se sacudió. Sentí que sucedía. Un entumecimiento dulce me invadió. Un hormigueo suave golpeó mi núcleo. Incliné mi cabeza hacia atrás, mi boca se abrió en una deliciosa ola de placer. Mis dedos trabajaron más duro, más duro, el hormigueo intensificándose, y entonces yo estaba allí. Un largo gemido fue arrancado de lo profundo de mi garganta mientras mi coño convulsionaba, una y otra vez. Me sostuve a mí misma. Mi cuerpo se sacudió incontrolablemente. Entonces, de repente, estaba cansada.

Permanecí en la ducha más de lo que debería, pegada al lugar. Después de que me enjuagué por segunda vez, salí, me vestí sintiéndome como una vagabunda, y me fui a la cama, mi soledad carcomiéndome.

Sólo había un lugar en el que quería estar, y no era mi casa.

Y es por eso que he pasado la mayor parte de mi noche despierta haciendo tres bandejas de panecillos para el desayuno, comiendo lo que sea que tuviera en casa, y enojada conmigo misma. Claro, no es mi culpa que fuera obligada a una amistad con Ceecee. Es de Max. Así que, en realidad, debería estar enojada con Max. Mi cara se suaviza.

¿Quién podría estar enojado con Max?

Piso fuerte el suelo, mis manos en puños, y gruño. Maldito. Nunca he estado tan confundida antes. Una parte de mí está extasiada de saber que estoy rompiendo el muro de Ceecee, la otra parte de mí está enojada de que Max esté rompiendo a través de mí. *¿Cómo se supone que mantendría mi corazón a salvo?*

Max es un buen tipo, hasta su núcleo. Él es un gran padre, y el tipo de amigo que cualquier persona contaría la suerte de tener. Seamos honestos aquí. Nunca tuve una oportunidad. Sacudiendo mi cabeza frustrada, tomo los tres contenedores llenos de panecillos y los pongo en mi congelador. Abro la puerta de



mi apartamento, escribo en mi pequeña pizarra portátil y me dirijo a través del pasillo. Mi dedo presiona el botón al lado de la puerta. Unos segundos pasan antes de que se abra.

La señora Crandle me mira a través de sus gafas de culo de botella. Sonriendo, le entrego a ella un contenedor lleno de panecillos y sostengo el tablero para que lea.

—Buenos días, señora Crandle. Hice esto para usted. Estoy de camino a mi trabajo, así que no puedo quedarme a charlar, ¡pero le prometo venir a tomar el té de nuevo!

Sus ojos siguen mis palabras. Me mira y sonríe suavemente, tomando el contenedor.

—Gracias, querida. —Su sonrisa se vuelve triste—. Eres una buena chica, Helena.

Caminando hacia atrás, rápidamente escribo, “volveré pronto”.

Ella responde en voz baja:

—Eso sería encantador, querida.

Doy la vuelta, levanto la mano, y llamo a la puerta de Nat. Nadie contesta. Levanto la mano para llamar de nuevo cuando la culpa me asalta. Ella y Ash no tendrían que despertar tan temprano si no fuera por mí. Si tuviera un coche, podrían dormir, y el señor sabe que cuando los bebés lleguen aquí ellos no van a hacer mucho de eso nunca más. La culpa se filtra por mis poros. Soy una hermana de mierda. Bajo mi mano, camino por las escaleras, y levanto mi teléfono a mi oído. Él responde de inmediato:

—¿Hey, está todo bien?

Me estremezco en silencio.

—Tú no podrías pasar a recogerme, ¿verdad?

No duda.

—Estoy como a tres minutos. Nos vemos en el estacionamiento.

Dejo escapar un suspiro de alivio.

—Gracias.

Unos minutos más tarde, él se detiene y baja la ventanilla para hacer bromas:

—Hey, no voy a conseguir ser maltratado de nuevo, ¿verdad?

Resoplo.

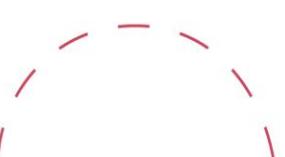
—James Whittaker, muérdete la lengua. Como si fuera a dejar que eso suceda. Además, el oso sigue durmiendo.

Mis panecillos y yo nos deslizamos dentro y nos vamos. Lo miro y sonrío para mis adentros. Alcanzándolo, rasco su cabeza calva con mis uñas y se apoya en ella.

—¿Necesitas suerte?

Riéndose, rasco más duro.

—Montones de baldes de ella.



Me alejo y pronuncio:

—Gracias por recogerme. Realmente tengo que conseguirme un coche.

Él me mira, sus ojos buscando mi cara. Frunce el ceño un poco.

—Pareces un poco apagada hoy. ¿Está todo bien?

James. No se le escapa un latido. Abro el contenedor de panecillos y rompo uno a la mitad. Mordisqueando la mitad, me encojo de hombros.

—No lo sé. Quiero decir, pensé que estaba bien... hasta anoche. Creo. —Suspiro—. Esto va a sonar estúpido, pero creo que... —Dios, soy una perdedora— ... creo que estoy sola.

Cuando nos detenemos en un semáforo, James se vuelve hacia mí. Sin preguntar, toma un panecillo del contenedor y lo muerde. Sus ojos vidriosos.

—Hombre, esto está bueno. —Él hace otro ruido de placer antes de afirmar—: Eso no es inusual. ¿Recuerdas que te dije que me mudé aquí por mi cuenta?

Asiento con la cabeza. Los semáforos cambian y mira a la carretera antes de añadir:

—Lo mismo me pasó a mí. Es una mezcla de cosas, sin embargo, ¿no es así? Es estar nostálgico y lejos de tus amigos. No siendo capaz de salir y visitar a las personas, ya que apenas conoces a nadie. Es estar sola también, ¿verdad?

Mis ojos se abren.

—Vaya. Realmente sabes de lo que estoy hablando.

Sus labios delgados.

—Sí, lo hago. Nunca te dije esto, pero no me hubiera quedado mucho tiempo si mi madre y mi hermano no se hubieran mudado aquí. Es duro estar alejado de las personas que amas. Por suerte, tienes a hermana y su familia ampliada aquí. ¿Puedo preguntarte algo?

Mirando por encima de él, le digo:

—Puedes preguntarme cualquier cosa.

Y lo digo en serio.

—¿Por qué estás soltera?

Me tomo un momento para responder, porque independientemente del número de veces que he justificado mantenerme al margen de una relación, ponerlo en palabras es siempre más difícil.

—Cuando amo a alguien, lo amo con todo lo que tengo dentro de mí. Y cuando amo a alguien, pongo sus necesidades por encima de las mías.

Miro a la carretera. Mi pecho duele mientras explico:

—No puedo permitirme hacer eso. He trabajado muy duro para llegar hasta aquí, James. Recuerdo que mientras que todos mis amigos salían, yo estaba con mi culo en casa estudiando. Mientras mis hermanas estaban celebrando el fin de año con bebidas en clubes, yo estaba con mi culo en casa estudiando. Cuando las personas estaban reunidas con las personas con las que iban a pasar el resto de su vida, yo estaba con mi culo en casa estudiando.



Tomé una respiración profunda y añadí en una exhalación:

—No voy a renunciar a lo que estoy haciendo, no por cualquiera. Es por eso que estoy soltera.

—Suena como una vida solitaria —murmura con tristeza.

Inclinando mi cabeza contra la ventana, le susurro:

—Lo es, James. Realmente es.

Conducimos en silencio, y estoy agradecida por ello.

Ash

—¿Qué está pasando contigo y Helena? —pregunta Ash mientras entra en la sala de descanso.

Inclino mi cabeza y pienso en esto por un momento antes de declarar asintiendo:

—Me gusta.

Ash saca una silla y le da la vuelta antes de sentarse en ella y rodar los ojos.

—Te gusta el yogurt. No te gusta Helena.

Miro hacia mi ahora contenedor vacío de yogurt sobre la mesa. Sonrío de acuerdo.

—Me gusta el yogurt.

—Sí. —Trick se entromete desde donde está leyendo el periódico en el sofá. Me vuelvo para encontrarlo sonriendo a Ash como un tonto—. A él le gusta el yogurt.

Mi cuerpo se sacude en una risa silenciosa. Ash mueve la cabeza en señal de frustración.

—Lo que sea —me mira a los ojos—, alejate de ella.

Levanto mis manos en el aire.

—No puedo hacer eso, Ghost.

Su mandíbula tiembla.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? Puedes, y podrás, si te gustan tus dientes.

Levantándome, recojo mi contenedor vacío y lo tiro a la basura.

—En serio, amigo, no puedo. Ella estuvo de acuerdo en hacer sesiones privadas con Ceecee. —Me encojo de hombros—. No se puede hacer.

Sus ojos se vuelven mortales.

—Mantén tus manos fuera de ella.

Inclino mi cabeza y pienso en esto un momento antes de responder:





—No.

Salgo por la puerta mientras él desafía con incredulidad:

—¿Qué has dicho?

Sonriendo, y sabiendo que está matándolo por dentro, devuelvo:

—Dije que no.

Camino a mi oficina, riendo todo el camino.

Chúpate esas manzanas, Asher.

Helena

—Así que cuando le dije que no tendríamos relaciones hasta que él dejara a su esposa, se puso todo encabronado conmigo. ¿Qué? ¿Como yo soy el idiota, porque yo quiero ser como todos los chicos? Puh-leeze —murmura Felicity.

Santas bolas de mierda, esta chica es mi héroe. Ella sabe lo que quiere, y no hace excusas sobre lo que tiene que hacer para conseguirlo. Su vida es una telenovela grado-D. Con la boca abierta, empujo su mano.

—Entonces, ¿qué pasó?

Sus ojos dan vuelta cómicamente. Ella parpadea con gracia.

—De alguna manera, su esposa encontró algo sobre su comportamiento ruin. Ella tenía fotos en su correo electrónico. Anónimas, por supuesto.

Se examina de cerca las uñas, luego murmura:

—Quiero decir, la rubia alta resultó estar borrosa, pero ella consiguió la imagen fuerte y clara. Juego de palabras. —Ella hace un guiño—. Su cara de orgasmo es tan fea que no podía ser confundida con nadie más.

Un sonido ahogado se me escapa. La risa brota por mi garganta hasta que estalla fuera de mí, fuerte y sin inhibiciones. Los clientes del café se dan la vuelta para mirarme, y, normalmente, me preocuparía, pero esto es demasiado divertido para mí para que me importe un bledo. Secándose las lágrimas que ruedan por mis mejillas, le digo a Felicity:

—Eres increíble, ¿lo sabías? Y pensar que yo creía que eras un poco to...

¡Advertencia! ¡Advertencia! ¡Metida de patas a velocidad rápida!

Felicity entrecierra sus ojos hacia mí.

—¿Algo?

Uh oh. No tengo dudas en mi mente de que Felicity podía golpear amorosamente la mierda fuera de mí si tenía que hacerlo. Pero es mi amiga, y los amigos se dicen la verdad. Haciendo una mueca, murmucho:

—Podría haber pensado que eras un poco una rubia tonta. Lo siento, nena.

Inclinando su cabeza hacia atrás, se ríe de mi malestar evidente.

—¡Oh hombre!, la expresión de tu cara. Sé lo que parezco, Lena

Ella aumenta su acento de Nueva York dramáticamente, mueve su pelo rubio decolorado, y pone su mejor impresión de cara de pato, pero me alegra que se haya dado cuenta de que no tengo mierda por cerebro.

Sonriendo, le digo honestamente:

—Eres una de las mujeres más pateadoras de culo que conozco, Flick.

Ella arruga su nariz.

—Nawww, yo también te quiero... pastelito.

Mi cuerpo se queda inmóvil mientras mis ojos se amplían. Inclinándome hacia ella, bufo:

—¿Dónde has escuchado eso?

Ella sonríe.

—Podría haber escuchado a Max decírtelo. —Mi cabeza cae en la mesa con un ruido sordo y ella se ríe—. ¿Por qué te llama así de todos modos?

Levanto la cabeza de la mesa y murmuro:

—Él dice que huelo como pastelitos.

Su rostro se suaviza. Ella levanta una mano a su pecho y suspira.

—Vaya. Eso es tan adorablemente Max.

Murmuro contrariada:

—Lo sé.

Ella sonríe.

—Tengo que admitirlo; intenté atrapar a ese hombre. —Mis ojos se abren. ¿En serio? Sacude la cabeza con tristeza—. Él no quería ser atrapado. Es una pena.

Parpadeo en su hombro y murmullo:

—Oh, sí, es una pena.

Ella levanta su vaso y bebe un sorbo de su agua helada.

—¿Cuánto tiempo has estado enganchada con él?

Levantando mi propio vaso a mis labios, me detengo a mitad de camino.

—¿Qué?

—Max —ella apunta—, ¿cuánto tiempo has estado lela por él?

Podría mentir. Podría decirle que no me gusta. Que nunca me di cuenta de su fuerte mandíbula y sus ojos dorados, o de su hoyuelo mágico. Pero me derrumbo. Bebiendo mi té helado, confieso,

—Desde siempre. La primera vez que lo conocí en la boda de Tina, pensé que había muerto he ido al cielo. —Un suave suspiro se me escapa—. Nos presentaron y me tendió la mano. —Una pequeña sonrisa puntea mis labios—. Él miró hacia abajo a mi mano extendida y la empujó a un lado. Me arrastró en un abrazo de oso y me balanceo de lado a lado. Recuerdo respirar su aroma. Ni siquiera era

colonia. Era sólo él. Cuando me soltó, besó mi mejilla y me dijo que me veía hermosa.

Respiro.

—Honestamente pensé que había caído enamorada. Pensé que había encontrado al hombre de mis sueños. —Me enderezo mientras mi sonrisa cae—. Pero entonces lo vi hacer lo mismo cuando conoció a mi hermana mayor, Nina, y ya no me sentí tan especia. Además, me lancé a él en la boda de Nat —sonrió con tristeza y encojo los hombros—, y ni siquiera levantó la vista de su teléfono. Me ignoró, y por si fuera poco, me llamó Helen.

Felicity se estremece.

—Ouch

Utilizo mi popote para mezclar mi bebida.

—Ni siquiera me vio.

—Bueno, entonces —una lenta sonrisa se extiende por la cara de Felicity—, tendremos que abrirle los ojos.

—¿Qué acaba de decir?

—Oh no. Lo que sea que estés pensando, puedes detenerte, chica. Max y yo nunca seremos nada. Estoy bien con eso. He llegado a un acuerdo con él. No tienes que involucrarte. No necesitamos interferencias. Muchas gracias. —Termino en un gesto ceremonioso.

Pero su sonrisa se convierte en una amplia sonrisa.

—¿Quién ha dicho nada de interferir? Yo estaba pensando más en mostrarle lo que ha estado en su cara todo el tiempo.

Gruño y ruedo mis ojos.

—No le importa. Ese es el punto. Él no me quiere, Flick.

Su sonrisa no vacila mientras pronuncia:

—Ya lo veremos.

Si la sensación de hundimiento en mi estómago es cualquier cosa cerca, estoy en serios problemas.



Capítulo 23

*Selena**Traducido por Jane' y Dianna K*

-Está bien —resoplo junto a Ceecee—, el tira y afloja es un entrenamiento rudo.

Limpiando el sudor de mi frente, murmuro:

—Solamente lo haremos de vez en cuando.

Ceecee se desploma en la silla, igualmente sudorosa como yo.

—¿Pensé que habías dicho que haríamos sesiones ligeras?

Pongo mis dedos en mi pulso para medir mi ritmo dejo corazón y jadeo.

—Esto era ligero.

Ella solloza.

—Siento que estoy muriendo.

—Cuán adorable es esta niña? Una risa es forzada de mi garganta mientras le lanzo una toalla y le extiendo una botella de agua.

—¿Sabes por qué se siente como si estuvieras muriendo, pequeño saltamontes?

Abriendo su agua, ella murmura un molesto:

—¿Por qué?

Necesitando hacerle entender, me arrodillo frente a ella, extiendo mis manos, y casi grito:

—¡Debido a que dejaste de hacer ejercicio! —Cuando pone mala cara, me explico—: Tu cuerpo está en shock ahora mismo, porque no lo has hecho durante meses. ¿Te acuerdas de cómo te solías sentir después de ejercitarte? Apuesto a que apenas sudabas.

Mirando mi cara, observa mi sudoración y responde:

—¿Ah, sí? ¿Cuál es tu excusa?

Secretamente amando su lado listillo, no me contengo.

—Un amor a los pastelitos y un sofá que es demasiado cómodo para mi propio bien. —Poniéndome de pie, sonrió hacia ella y extiendo mi mano. Ella golpea su mano sobre la mía débilmente y yo me regodeo—: Estoy orgullosa de ti. Te presionaste hoy. Lo vi. Lo sentí. Estás lista para volver a esto.

Mientras caminamos lado a lado, le advierto:

—Para que lo sepas, te va a doler mañana. —Ella gime, pero hablo sobre ella—. Es por eso que haremos otra sesión mañana. Más ligera que la de hoy, pero





tenemos que empujar más allá de esa barrera. —Me mira como si tuviera que estar bromeando, pero niego con la cabeza—. Lo siento, cara de ángel. Me puedes dar esos ojos bonitos todo lo que quieras, pero esto sucederá. Hicimos un trato.

Ella se gira sobre las ruedas y murmura en voz baja:

—¿Es demasiado tarde para retractarme?

Sonriendo, envuelvo un brazo alrededor de sus hombros y la acerco a mí.

—Claro, pastel de miel. Estamos en esto por un largo plazo.

Lo estoy.

Definitivamente lo estoy.

Helena

Sabía que estaba en problemas la segunda vez que Felicity se invitó a sí misma a mi casa para estar lista para nuestra noche de sábado. Así que cuando apareció con una maleta, probablemente no debería haber estado sorprendida.

Quiero decir, lo *estaba*. Pero no debí estarlo.

Con Tedwood atacando mi tobillo, sostuve la puerta para ella. Cuando entró, miró mi apartamento y silbó largo y bajo.

—Mierda. No me dijiste nada, muchacha. No sabía que tenías dinero.

Mirando mi apartamento con confusión, le pregunté:

—Estoy en banca rota. ¿Por qué diablos ibas a pensar que tengo dinero?

Entrecerró los ojos, me preguntó:

—¿Cómo conseguiste este lugar?

—Mi hermana y su esposo son dueños del edificio.

Una expresión ah-ahora-entiendo golpea su rostro. Mirando mi librero, preguntó con cautela:

—¿Cuánto pagas por el alquiler?

Me encogí de hombros.

—Unos mil al mes.

Se queda sin aliento.

—¿En serio? —Sólo pude mirarla fijamente. Sacudió la cabeza con incredulidad y pronunció—: No tienes idea de lo caro que está el alquiler en esta ciudad, ¿verdad, pastelito?

Mi garganta se espesó. Oh no. ¿Que habían hecho ahora Nat y Ash? No más fuerte que un susurro le pregunto, con los ojos abiertos:

—¿Cuánto?

Su labio se eleva en la esquina mientras ~~lo piensa~~.

—Para un lugar decente como este, ~~yo~~ diría que entre dos y medio a tres mil dólares al mes. Tal vez aún más con estricta seguridad.



No me digas.

Susurro:

—No me digas.

Golpea mi hombro con su brazo y me sonríe.

—Tienes suerte de tener una familia que te ama tanto.

Aún aturdida por la avalancha de información, murmuro a nadie en particular:

—Estoy empezando a ver eso.

Nat me había llamado en un ataque de histeria emocional el día que ella y Ash se durmieron accidentalmente, sin ser capaz de llevarme a trabajar. La parte desviada de mi mente me dijo que le sacara provecho, iniciar viaje de culpabilidad tan espeso por el que Nat siempre haría lo que pedía. Pero luego me di cuenta de que no sólo durante mi tiempo aquí fue maravillosa, solidaria y amorosa, sino que ella y Ash habían sufrido cambios importantes en sus vidas sin queja. Pronto recordé que siempre estaría en deuda por hacer mi transición a Nueva York lo menos dolorosa que podría ser.

Además, los amaba.

James felizmente había aceptado el deber de llevarme al trabajo y de nuevo a casa, *si no era demasiado extraño para mí*, sus palabras. Estaba totalmente de acuerdo con esto. No sólo significa que mi hermana y su marido serían capaces de dormir, quitando un poco de mi culpabilidad, sino que sería capaz de pasar un poco de tiempo con James, a solas. Nat no estaba muy segura de eso. Argumenté que necesitaba hacer amigos aquí. Respondió que el único amigo que necesitaba era ella. Mierda. Para mi sorpresa absoluta, fue Ash quien habló con Nat para que esto ocurriera. Le dijó a Nat que era natural sentirse protectora conmigo, pero James parecía un buen tipo.

Podría haberlo besado entonces.

Está bien, está bien. Lo besé. Un gran beso gordo del que no tuvo ninguna posibilidad en el infierno de escapar, justo en los labios. Él hizo una mueca y se encogió. Guiñé un ojo y le soplé otro beso. Me rodó, pero sentí el amor. Así que supongo que no debería haberme sorprendido que Ash me diera una cifra de alquiler falsa. Pero estaba un poco molesta al respecto. Más dolida que molesta, supongo.

Cubriendo mi cara con mis manos, gimo en voz alta.

—Oh Dios, ¿es eso lo que soy? ¿La hermana pobre? Ugh. Eso es una mierda.

Felicity ríe.

—No te preocupes. Estoy segura de que van a pedirte que cudes a los niños cuando tengan hijos, y lo harán sabiendo que no puedes decir que no.

Yo reacciono en un instante.

—Wow, ¿conoces a mi hermana? Porque creo que espiritualmente la canalizaste allí por un segundo. —Mirando hacia su maleta, le pregunto con cuidado—: Así que, ¿qué tienes ahí? ¿Una cabeza cortada?



Sonriendo como el gato de Cheshire, simplemente alza las cejas, se arrodilla y abre la cremallera de la bolsa. Desprende la tapa para dar a conocer un salón portátil.

—Te dije que haríamos que Max te viera, ¿no? Haré bien eso.

Ya sacudiendo mi cabeza, me opongo. Totalmente.

—No no no no no. No. no.

Felicity me sonríe. Su sonrisa es inmensa. Y una Felicity sonriente es algo a tener en cuenta. Es tan condenadamente linda que sentía que me cambiaría de equipo por ella.

—Escucha, no estoy pidiendo que hagas nada con lo que te sientas incómoda, sólo déjame hacer tu maquillaje y vestirte esta noche, eso es todo. ¿Qué tan malo puede ser? Ni siquiera tendrás que escoger tu ropa interior. Te lo hará más fácil.

Me di cuenta que no había discusión en esto. Tenía esa mirada en sus ojos. Dejo escapar un suspiro largo y agonizante.

—No faldas cortas. No shorts cortos. Nada en lo que muestre mis piernas.

Una mirada confusa cruza su rostro. Baja la mirada hacia mis piernas descubiertas y arruga la nariz.

—¿Por qué no? Tienes piernas asesinas. Quiero decir, no eres alta, pero son bien formadas y firmes. —Ella se agacha para pellizcar la piel de mi muslo, incapaz de conseguir un apretón—. Son apretadas, perra. ¿Qué pasa?

¿Cómo explicar sin sonar loca?

—Bueno. Esta fue la forma en que vino de casa. Nina muestra piernas. Nat muestra piernas y tetas. Y yo, sin embargo, sólo muestro un poco de escote. Nunca me gustaron mis piernas, pero me gustan mis tetas. Sin querer mostrar demasiado, siempre he elegido exponer tetas, en vez de pierna. ¿Capisce?

Ella me mira atónita durante medio minuto antes de hablar.

—Eres tonta como la mierda, nena. Tienes suerte de que seas linda. —Con esa frase, me muestra por qué me agrada. Me recordaba la relación que tenía con mis hermanas. Me encanta eso.

Dicho esto, apenas nos ponemos de acuerdo en la ropa. Casi nos metemos en puñetazos por ella. Finalmente, me decido por uno verde multicolor de gasa floreado. El vestido es largo, pero cubierto, requiere una minifalda debajo, y muestra una buena cantidad de escote. Después de habérmelo probado y examinarlo bajo cada fuente de luz posible, lo considero bien. Cuando me rindo, Felicity casi se derrumba de gratitud.

—¡Gracias por eso! ¡Adelante!

Ella pasa una buena parte de la próxima hora arreglando mi pelo y maquillaje. Rizando ligeramente mi pelo oscuro, dejándolo largos mechones por mi espalda, y haciendo mis ojos oscuros y ahumados.

Tengo que admitir... que me gusta la forma en la que lo hizo. Me veía sexy, y esa no eras una palabra que usaría para describirme a mí misma.

Discutimos de nuevo sobre los zapatos. No me gustan los tacones, nunca me han gustado. Me gustan las sandalias de tiras o cuñas de tacón bajo. Esto era



simplemente una cosa de comodidad. Me pruebo ocho pares de zapatos antes de que Felicity me deje ponerme sandalias de tiras. Gracias a Dios. Terminando conmigo, Felicity se pone a trabajar en ella. Si no lo hubiera visto yo misma, no lo habría creído. Se las arregló para convertirse en una supermodelo en cuarenta minutos. Y en secreto la odiaba por ello.

Se decide por un vestido abotonado blanco. ¿Quién sabía que podía hacer algo tan puro verse tan sexy? Deshaciendo los tres botones superiores para mostrar su sujetador negro, envuelve un cinturón negro con fuerza alrededor de su cintura y se coloca un par de sandalias de tiras negras. Mirando hacia sus zapatos, le frunzo el ceño.

Ella rueda los ojos.

—Oh por favor. Si fueras tan alta como yo, lo entenderías. Trata de conocer a un hombre viéndote como una amazona. A los chicos no les gusta que las chicas sean más altas que ellos. Triste, pero cierto. —Pasando los dedos por el pelo, se pone un montón de rímel y brillo de labios, luego dobla las mangas cortas de su vestido y se vuelve hacia mí, con una sonrisa de oreja a oreja. —Estamos bien, nena, pero te juro por Dios que si Max no te nota esta noche, de la forma en que te ves, te voy a comprar una docena de esos bizcochos que te gustan de consuelo.

Salivando, casi grito:

—¡Trato!

Esto va a ser interesante.

Helena

En el momento en que llegamos a The White Rabbit, algo se siente diferente. Por primera vez desde que he estado en Nueva York, me siento feliz de estar fuera entre la gente, sin sentirme cansada. Supongo que todo se está uniendo a su manera. Y estoy feliz por esto. Felicity y yo nos acercamos hasta la entrada, donde B-Rock, el calvo y enorme guardia de seguridad afroamericano, nos hace besar su cabeza antes de entrar. Él es un chico dulce y nos dice que su esposa, Honey, acababa de dar a luz a su quinto hijo la semana anterior. Consigue dobles besos por eso.

Felicity y yo nos tomamos de la mano mientras nos deslizamos a través de la multitud hacia las escaleras, donde una nueva Alice está manejando la zona VIP solo para la familia. Después de haber estado aquí un par de veces antes, sé el protocolo. Sonriendo, comienzo:

—Hola. Estamos en la lista. Helena Kovac y amiga.

Alice no levanta los ojos hacia nosotros. Con la cabeza abajo, comprueba la lista y nos deja entrar sin una palabra. La mayoría de la gente pensaría que es una perra, pero puedo ver de inmediato que la chica solo es tímida y, probablemente no está acostumbrada a trabajar con personas.

Subimos las escaleras, y antes de que golpeé el último escalón, las veo. Nat, Mimi, Lola, y Tina se sientan en un lado de la cabina, mientras que Nik y Trick se sientan en el lado opuesto. Todos están sonriendo y riendo, ya pasando un buen



rato. No puedo dejar de sentir mi estómago enrollarse al no ver a Max sentado allí. Quiero decir, sé que el chico tiene que trabajar, pero todavía estaba esperando verlo. Mentalmente bajo mi cabeza avergonzada.

Está bien, está bien. Seré honesta. En realidad sólo vine aquí para verlo. Ugh. Lo sé. Patético.

Pongo una sonrisa, enlazo mi brazo a través del de Felicity, y nos acercamos a la cabina.

—¡Hola, chicos! —grito cuando nos acercamos al lado. Las mujeres se voltean hacia mí sonriendo, pero se quedan boquiabiertas rápidamente.

Nat es la primera en hablar.

—Mierda.

Tina parpadea, y luego añade:

—Sí, segundo eso.

Lola silba.

—Maldita sea, Lena.

Mimi me come con los ojos con admiración.

—Ah sí, me está gustando ese vestido.

Un rubor calienta mis mejillas. Murmuro:

—Ah, gracias. Creo que no conocen a Felicity. —Luego la jalo de un tirón, arrojándola a la línea de fuego. Felicity lo maneja como una profesional, saludando a todo el mundo con sonrisas, apretones de manos y halagos por lo que están usando. Es como si hubiera sido hecha para estar rodeada de personas.

Me deslizo junto a Nik, y Felicity se sienta a mi lado, ya hablando despreocupadamente con las chicas. Escucho conversaciones a mi alrededor, pero no escucho casi nada de lo que se dice. Estoy demasiado ocupado mirando alrededor. Buscando a alguien.

—Él está abajo, en la sala de seguridad con Ash —es susurrado en mi oído.

Mis mejillas arden. Levanto la vista hacia Nik, y tartamudeo:

—No sé... Quiero decir, no estaba bus... —Él levanta una ceja cuando baja la mirada hacia mí, y sé que estoy jodida. Me desplomo—. ¿Soy tan obvia?

Baja la voz un nivel.

—No para nadie excepto para mí. Los veo a todos.

Me siento y sonrío sin ningún sentimiento, fingiendo escuchar la conversación mientras tomo mi bebida. Debería levantarme y bailar. Debería pedirle a Felicity que baile conmigo. Eso es lo que hace la gente cuando van a los clubes, ¿no? Bailan... creo. Dándole codazos a Felicity, ella toma la indirecta y sale de la cabina. Les digo a todos:

—Vamos abajo a bailar. —Pero de alguna manera terminamos en el bar, hablando con Sheriff y tomando tragos de tequila.

Después de cuatro tragos, sé que estoy empezando a embriagarme. ¿Cómo puedo saber esto? En primer lugar, estoy empezando a pensar que todo es



hilarante. En segundo lugar, estoy empezando a perder la función de mis piernas. Felicity me jala para ponerme de pie.

—¡Vamos! ¡Vamos a bailar!

Cuando me paro, me tambaleo en mis pies y ambas nos echamos a reír. Sentándome de nuevo en mi taburete, digo:

—Voy pasar. Sigue adelante. Voy a mirar.

Sin necesidad de preguntar más, se dirige hacia el mar de gente, y muy pronto, está sacudiéndose y frotándose con un chico muy atractivo. Y este tipo es más alto que Flick. Un extra.

Felicity: ¿estarías totalmente molesta si me fuera a casa con este tipo?

Me concentro con fuerza en la pantalla de mi teléfono antes de reír a carcajadas. Encontrándola en la multitud con mis ojos, ella hace un puchero, y respondo su mensaje sonriendo.

Yo: ¡De ninguna manera! Sólo estaría molesta si no consigues un orgasmo de ello. ¡Diviértete!

Levanto la mirada hacia ella, y el tipo al azar está chupando su cuello. Leyendo el mensaje que le envié, ella levanta sus pulgares en el aire. Le soplo un beso y me vuelvo hacia la barra. Alguien ocupa el taburete junto al mío, pero no echo un vistazo. Grito a sobre la música:

—¡Sheriff, necesito otro trago por aquí!

Pero la persona a mi lado se estira sobre la barra y pone dos vasos de tragos y una botella de tequila. Coloca un vaso delante de mí y yo me quedo boquiabierta.

—No creo que se te permita hacer eso —le digo.

Miro hacia arriba y sonriendo, ojos dorados se encuentran con los míos.

—Seguro que puedo.

Y mi corazón se hincha. Sonriendo como una loca, me inclino hacia adelante y envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, estrujándolo contra mí.

—¡Max! ¡Estaba pensando en ti! ¡Te extrañé!

Siento su cuerpo quieto.

—¿Me extrañaste?

—¡Duh! —Oh hombre, debo estar completamente borracha—. ¡He estado buscándote! —Anula eso.

Sus brazos se envuelven alrededor de mí. Me da un suave apretón antes de liberarme. Sus ojos dorados bajan la mirada hacia los míos cuando dice con toda seriedad:

—He estado buscándote también.

Sin ganas de dejarlo ir, coloco mi mano en su muslo y le sonrío.

—Me vestí elegante. —Agradezco a los dioses de arriba por dejar fuera “para ti”.

Sus ojos barren mi vestido transparente y parpadean un momento antes de que se cierran. Él murmura con voz ronca:



—Puedo ver eso. Estás impresionante.

Es entonces cuando divago.

—Mi amiga Felicity me ayudó. No me gustan realmente todas las cosas de chicas. Quiero decir, has visto mi ropa interior. Realmente no sé cómo hacerme atractiva para el sexo opuesto. Debo de haberme perdido esa clase.

Max hace un sonido ahogado antes de tragarse su chupito y entonces el mío. Tosiendo, jadea:

—¿Estás buscando un hombre esta noche?

Mi mente repentinamente sobria. Sonrío suavemente, pero es forzado.

—Claro. Quiero decir, soy humana, ¿no? Tengo necesidades como cualquier otra persona.

Él me mira bien antes de decir:

—¿Quieres saber cómo ser atractiva para el sexo opuesto, Lena? —Mis ojos se abren. Max está a punto de impartir su sabiduría en mí. Él me dará la llave de su corazón. ¡Tengo que escuchar, y escucharé! Levantando una mano, aleja suavemente los cabellos solitarios de mi cara, baja sus labios a la coraza de mi oreja, y susurra—: Respira, bebé.

Mi aliento me deja en un silbido. Entonces digo la cosa más estúpida que podría decir ahora mismo.

—Por favor, bésame.



Capítulo 24

Selena

Traducido por LunaRowe

-Por favor —ruego a través de un suspiro tembloroso—. Por favor bésame.

Max gruñe, pasando una mano por su cara.

—Vamos, cariño. A ti ni siquiera te gusto. Ahora estas ebria.

Estirando mi mano, tomo sus manos lejos de su cara y las sostengo fuerte.

—No estoy ebria. —Pero él me mira de una forma que yo sé que él sabe que he estado bebiendo, así que ajusto mi última declaración—. No estoy tan ebria. Estoy achispada como mucho. Soy de Croacia, amigo. Se necesita un montón de alcohol para tumbarme.

El duda, pero en este momento, estoy dispuesta a hacer lo que sea para tener esos labios sobre los míos. Cualquier cosa. Hasta jugar sucio. Juego con sus dedos y miro sus masculinas manos. Son lindas manos.

—¿Sabes que la última vez que estuve con un tipo fue hace cuatro años? En serio, Max. ¡Hace cuatro años! Y se ha estado acumulando en mí, ya sabes, ¿esa sensación? Yo solo... yo solo realmente quiero volver a sentir eso. —Lucho con un suspiro—. Sueno como una loca, ¿cierto?

Cuando levanto mi cara de nuevo, estamos nariz con nariz. Sus ojos buscan en los míos por un largo momento antes de que gentilmente presione sus labios en los míos. Mi estómago cae. Él mantiene sus ojos en mí, observando por una reacción. Los besos duran unos pocos segundos y es agradable, pero mientras él se retira, me siento poner mala cara.

—*Eso fue todo?*

Levantando su mano, corre su pulgar por mi labio inferior y dice:

—*Bien?* —parpadeando, el habla me evade. Simplemente asiento. Su mirada se mueve hacia mis labios, y sin planearlo, se separan ligeramente. Max cierra sus ojos y murmura—: Estoy tratando de ser bueno, Lena. Deja de hacer eso

Estoy confundida.

—*Hacer qué?*

Levantando su mano se pellizca el puente de la nariz.

—Deja de ser sexy.

Y mi vagina se inunda.

Cuando discretamente aprieto mis muslos juntos, Max lo ve. Sus ojos brillan.





—Joder. Ahora lo has hecho. —Sus cálidos labios conectan con los míos, más duro que la última vez. Un brazo va a mi alrededor mientras que la otra mano empuña mi cabello. Y duele. Me quejo. Oh Dios, duele tan bien. Es como si supiera exactamente lo que necesito.

Mis ojos se cierran. Gimo en su boca. Me separo solo un segundo para jadear.

—Mas.

Mis manos acarician su amplio pecho un momento antes de que meta su fresca lengua en mi boca. Él sabe cómo a fría, menta dulce. En un momento de pura dicha, jadeo en él y empuño su camisa.

Inclinando su cabeza hacia un lado, profundiza el beso, jalándome imposiblemente cerca. Sus labios dejan los míos. Deja pequeños besos sobre mis labios antes de delinearme la mandíbula, bajando hacia mi garganta, besando una línea hacia abajo al valle entre mis pechos.

Mis pezones se ponen tirantes; los siento rozar contra el fino material de mi vestido. Maldición. No puedo parar. Quiero esto tanto. Bajando mi cabeza pongo mis labios en su oído y susurro:

—Llévame a algún lugar...

Sus labios se detienen y él se aleja, cubriendo sus ojos con sus manos casi viéndose apenado.

—Me tienes jodido —sólo lo suficientemente fuerte para que yo lo escuche, murmura en un suspiro—. Me tienes seriamente jodido, pastelito.

Se mueve para ponerse de pie, pero atrapo su muñeca y pregunto sorprendida:

—¿A-a dónde vas?

Evitando mi mirada, él pone sus manos en sus bolsillos y baja la mirada al suelo. Tomando un respiro profundo, responde en una espiración:

—Tú no me quieres. No te preocupes; no estoy juzgando. Lo entiendo. Lo extrañas. —Suelta un largo respiro—. Yo también lo hago. —Viéndose dolorido cierra sus ojos—. Y viéndote como te ves, oliendo como lo haces, con mi pene dolorido solo por pararme a un metro de ti, es difícil decirte que no.

Él se aleja de mí, añadiendo:

—Pero te mereces algo mejor. —Se gira y se aleja de mí.

Oh, infiernos no.

Podría haber soportado esto una vez, pero no voy a soportarlo de nuevo. Me levanto tan fuerte que mi banco se tambalea mientras pisoteo tras él. Alcanzándolo, estiro mi mano y tomo su brazo. Él mira hacia mí confuso, pero lo corto, enojada como el infierno.

—No te atrevas a hacer eso. No me digas que crees saber qué es mejor para mí. —Saliéndome por una rama, hago una pausa y después pregunto cuidadosamente—. ¿Tú me quieres?

El sacude su cabeza.

—Ese no es el punto.



Mi corazón duele.

—Ese es exactamente el punto. Dímelo. ¿Me quieres o no? —Porque si no me quiere, me iré y pretenderé que nada de esto paso. Haré lo que pueda para mantener mi relación con Ceecee y ayudarla cuando sea que lo necesite. Max y yo volveremos a ser amigos.

Él camina más cerca de mí, su mano en mi cintura.

—Te quiero. Te quiero más de lo que he querido a nadie nunca en mi vida.

No puedo creer esto. ¿Realmente acaba de decir eso? Oh Dios. Lo hizo. ¿Qué se supone que haga con esto? Despacio, para no asustarlo, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y jalo su cara hacia la mía. Con la anchura de un cabello de distancia de sus labios y los míos, digo:

—Entonces llévame a casa.

Alcanzando mis manos, las toma y las baja.

—No puedo darte nada. No quiero una relación, Lena.

Y los ángeles cantan en mi oído. Sonrió de oreja a oreja y después me río.

—Yo tampoco.

Sus cejas se fruncen.

—¿Qué? No estoy bromeando, pastelito. No quiero una relación.

Mis manos aplauden frente a mi pecho y murmuro:

—Querido Dios, eres perfecto. —Sonriendo le digo—: Lo mismo aquí. No quiero una relación. He trabajado mi culo para llegar a donde estoy. No necesito un hombre para hacer mi vida completa. Solo quiero un poco de diversión.

Él se endereza, pensando acerca de lo que le acabo de decir. Me pregunta:

—¿Entonces qué sería exactamente esto?

Me encojo de hombros.

—Sin ataduras. Amistad. Sexo. Afecto. Lo que sea.

Sus ojos se abren ligeramente.

—Eso suena bastante bueno, de hecho. —Pero su cara se cae—. ¿Qué hay sobre Ceecee?

—Amo a Ceecee. Continuaré haciendo ejercicio con ella, y me aseguraré de que no sepa de nosotros.

Él se rasca la parte de atrás de la cabeza.

—Yo no escondo cosas a mi hija. Tendría que decirle.

¿Huh?

—¿Decirle qué, Max? —Me incline hacia adelante y susurro fuertemente—: ¿Qué estamos follando?

Su cara se vuelve seria.

—No, pero tendría que decirle que me ~~gustas~~ y que somos más que amigos. Le diré que eres mi novia, por el tiempo que queramos hacer esto. Entonces, cuando te canses de mí, solo le diré que nos separamos.



—¿Su novia? Mi corazón empieza a palpitar. Trago duro.

—Pero seríamos solamente amigos que están teniendo sexo, ¿cierto? No sería realmente tu novia. ¿Ciento?

—No comparto. Si quieres dormir con alguien más, todo esto termina, ¿de acuerdo?

Mi nariz se arruga.

—No estaba planeando dormir con nadie más, Max.

Una pequeña sonrisa aparece en su cara.

—Amigos que comparten afecto y duermen juntos. Creo que eso te hace mi novia, bebé.

Mi estómago y corazón dan un vuelco al unísono. Me gustó que me llamara bebé. Tal vez no sería tan malo que me llamara su novia. Aun sabiendo que ese término es una fabricación de lo que realmente estaría pasando.

—¿Qué le diremos a los demás? —pregunto quedamente.

Él envuelve sus brazos alrededor de mi cintura, jalándome hacia su pecho.

—Exactamente lo que le decimos a Ceecee. —Se inclina para darme un beso en los labios—. No te mantendré en secreto, Lena.

Miro a la distancia, mi mente trabajando a kilómetros por minuto.

—Tendré que decírselo a James entonces. Él podría decirme que no puedo trabajar más con Ceecee. Ahora es definitivamente un conflicto de intereses.

—Déjame hablar con él. Te llevaré a casa esta noche, dormiremos allí, y entonces le diremos a Ceecee mañana durante el desayuno, ¿sí?

Oh Dios mío. Esto está realmente pasando.

—Bien. —Le sonrió—. Sí, de acuerdo. ¿Entonces realmente estamos haciendo esto?

Su nariz toca la punta de la mía y entonces captura mis labios en un dulce pero firme beso, dejándome sin aliento. Él se aleja y mis párpados revolotean mientras dice en una sonrisa.

—Joder, sí. Estamos haciendo esto.

Los besos empezaron en cuanto salimos del coche. Abro mi puerta, bajo, y me apresuro a subir las escaleras de mi apartamento, pero Max tiene otros planes. Tan pronto como mis pies tocan la acera, sus brazos rodearon mi cintura por detrás, manteniendo mi cuerpo quieto. Me giro en sus brazos y en cuanto veo la sonrisa en sus ojos, me derribo. No es justo que alguien sea tan guapo. Solamente no lo es.

—Hola —murmura

Sonrió. ¿Cómo podría no hacerlo?

—Hola. —Me tira cerca, sosteniendo mis cachetes cuando sus labios golpean los míos. Me aferro a sus lados, intentando no caerme, aunque estoy segura de que él me atraparía. Besa mi boca, después pasa sus labios por mi labio inferior, pellizcando y después aliviando el dolor con gentiles y cálidos besitos. Mi corazón duele por la suavidad con que su boca cae sobre la mía.



Estos ociosos besos son intoxicantes. Pronto, me siento ligera y feliz sabiendo que estaremos en mi apartamento arrancándonos la ropa.

Mi vagina baila en aprobación.

Contra mis labios, él murmura:

—No creo que deberíamos de tener sexo esta noche.

Conmoción recorre mi cuerpo, matando mi embriaguez. Mi mandíbula cae y pregunto en un susurro:

—¿Qué?

Levantando una mano, busca mi cara y se queda en las puntas de mi cabello.

—Escucha, has estado bebiendo, y yo necesito estar seguro de que quieres esto tanto como yo, o vamos a tener problemas.

Oh, hermano.

El alcohol en mi cuerpo cuelga su cabeza en pena mientras mi mente le sacude su cabeza y mi vagina pone sus manos en sus caderas y le lanza una mirada.

Lo alcanzo y tomo las solapas de su camisa, sonriendo duro.

—Estoy bien. Lo juro. —Mi sonrisa se cae—. Por favor no me niegues el sexo.

—Me río nerviosamente—. Ha pasado demasiado tiempo y podría volverme loca.

Sus labios golpean mi frente. Su aliento me calienta mientras habla suavemente.

—¿Qué es otro día, cuando han pasado cuatro años?

Él tiene un punto. Supongo. Pero pongo mala cara y me quejo.

—Pero quiero sexo ahora.

Alcanzando detrás de mí, sus grandes manos aprietan mi trasero. ¡Hola! El me jala hacia su cuerpo y mi estómago se hunde violentamente mientras algo caliente, grueso y duro se aprieta contra la suavidad de mi abdomen. Responde roncamente.

—Yo también. Y lo quiero mucho, pero quiero esperar. Sólo hasta mañana.

Sus manos aprietan mi trasero con más fuerza. Sus ojos se cierran mientras empujan más fuerte contra mi abdomen. Con un dolorido gemido, se aleja, y yo me muerdo el labio para detener mi sonrisa. Me complace saber que no soy la única que está sufriendo. Y porque tengo tanta clase como un elefante en un tutu, miro directamente hacia su erección y jadeo.

—Oh mi... —Mientras toco mis yemas de los dedos contra mi boca. Si el contorno de su bulto es algo para guiarlo, voy a estar muy adolorida mañana en la noche. Y estoy esperando por ello.

¡Hola!

Sin quitar mis ojos de su ingle, suspiro.

—Bien. Esperaremos.

Estirando su mano hacia mí, la tomo y disfruto del calor de su cuerpo. Él entrelaza nuestros dedos y caminamos a mi apartamento en un cómodo silencio.



En algún momento entre aquí y allá, me golpea. Estoy parada frente a mi apartamento, de la mano con el tipo del que estoy enamorada, y me desea tanto como yo lo deseo a él. La felicidad me calienta. Dejo salir un suspiro contento. Ya no me siento sola.

Sacando mi llave, quito el seguro y abro la puerta. El segundo en el que camino dentro, Tedwood se lanza hacia mí. En el último segundo, se da cuenta de que tengo compañía, y en vez de clavarse en mi pierna, el vuelta pasándola, ronroneando y frotándose contra la pantorrilla de Max.

¡El pequeño gusano!

El enfado burbujea a través de mí. Sin pensar, me arrodillo y bajo mi cara hacia la suya pequeña, apunto a su nariz, y susurro:

—Sé lo que estás haciendo... y no me gusta.

Parpadeando hacia mí, Teddy camina hacia mí y lame la punta de mi dedo. Cualquiera vería este gesto como tierno. Ellos harían *Ooh* y *Aah* y me dirían cuán tierno es mi pequeño gatito. Pero sé lo que esto es.

Este es Tedwood burlándose de mí. Estoy siendo burlada por un maldito gatito.

Me levanto, me quito los zapatos, y hago un gesto con mi mano mientras camino hacia la cocina.

—Ese es Tedwood. Teddy cariñosamente. Me odia, pero finge que le gusto cuando hay compañía. Le gusta burlarse de mí dejándome que lo acaricie aproximadamente cuatro veces y no una más, o convierte mi mano en carne picada. También ama rasgar mi ropa. Oh y ayer, hizo una popo gigante de gato en mis tenis favoritos.

Llenado un vaso con agua, tomo un sorbo y miro a Max levantar a Tedwood, sostenerlo frente a su cara con una severa mirada.

—Escucha aquí, pequeño hombre. Si molestas a tu mamá, me molestas a mí. Así que si yo fuera tú, detendría las payasadas, ¿está bien? —Con su dedo, rasca detrás de su oreja. Sosteniendo a Teddy debajo de su brazo, sonríe hacia mí—. Ahí lo tienes. Si tienes más problemas, me lo dices. Lo pondré en línea.

Mi corazón sonríe. Dulce, tontito Max. Max camina hacia donde estoy y toma el vaso de agua de mis manos, tomando un gran trago.

—Así que, ¿solo te vas a quedar ahí acariciando mi gatito¹¹ toda la noche?

Agua se esparce por toda la mesa, y yo sonrií mientas Max tose y escupe.

—Jesús, pastelito. —Tose un poco más—. Me estás matando.

Pongo mi mano en su pecho y lo torturo un poco con una sonrisa.

—Tu regla, no la mía. ¿Recuerdas? —Pone a Teddy en la mesa, lanza hacia mí una maliciosa sonrisa, y entonces alcanza su camisa, la toma, y se la saca por su cabeza. Doy un paso hacia atrás y trago—. Dijiste no sexo.

Yendo hacia mí, tira de la delgada cuerda alrededor de mi cintura y mi vestido se afloja.

¹¹ Con gatito en el original hace referencia a su vagina.



—Dije no sexo. No dije que no fuera a tocarte esta noche.

Mi vestido se cae de un hombro, revelando mi obra de encaje negro. Otro pasó atrás, y el otro hombro cae, el vestido cae hacia mis pies, dejándome en una mini falda negra, y mis sandalias. Gracias a Dios todo poderoso por las luces bajas. No te puedes esconder de mucho, vestida así.

Max da un paso hacia adelante y lo toco. Su magro y musculo cuerpo me tienta. Mi abdomen se sale un poco y levanto una mano para cubrirlo. Él sacude su cabeza.

—No hagas es. Quiero verte. He imaginado esto miles de veces, así que realmente, no es nada que no haya visto ya.

Mis mejillas se calientan.

—No soy perfecta.

Él estira sus brazos a los lados.

—Yo tampoco.

Antes de que mi mente pueda pensar, mi boca se abre y canta.

—Sí, sí lo eres.

Él me mira. Con sus manos cerradas a sus costados, puedo ver las venas en sus brazos hincharse. Su cuerpo tenso, sus pectorales brincando. Podría estar equivocada, pero pienso que dije algo que lo molesto.

—¿Qué está mal?

Con la mandíbula oprimida, dice entre dientes apretados.

—Sólo estoy intentando no levantar esa mini falda y joderte sobre la mesa, eso es todo.

Santo Dios misericordioso. Trago duro y después balbuceo:

—Yo-uh... a mí no me importaría.

Camina lentamente hacia mí, sus ojos nunca dejando los míos. En el camino desabrocha su cinturón, lo saca, y lo deja en el suelo. El golpe hace eco a través de mi apartamento. Se saca los zapatos y calcetines, dejando un camino de ropa detrás de él. Entonces esta vestido solo con sus jeans oscuros, su pecho y pies libres.

Y es lo más sexy que he visto en mi vida.

Mi corazón se acelera y mis palmas sudan.

Lo único más sexy que esto sería si estuviera utilizando sus gafas. La imagen mental me da escalofríos. Se detiene a un metro de mí, la luz de la luna golpeando un lado de su rostro. Sus ojos dorados brillan cuando pasan sobre mi cuerpo expuesto.

—Eres aún más hermosa de lo que había imaginado.

Mi cerebro estornuda y causa un cortocircuito en alguna parte. Yo escupo:

—Tengo el trasero gordo.

Sus labios se tuercen y se rasca la barbilla.



—Tengo que ser honesto. —Da un pequeño paso adelante, inclinándose hasta que sus labios tocan mi oreja—. Tu trasero me pone más duro que el infierno, bebé. —Me sacudo, e involuntariamente, mis ojos se cierran. Doy un suspiro mientras sus manos ahuecan mi trasero—. Este trasero —aprieta más fuerte, al límite de lo doloroso—, este trasero me mantuvo despierto durante la noche —suspira y baja su voz a un susurro—, y nunca ni siquiera extrañé el sueño.

Eso. Es. Todo.

Gimo y después gruño.

—¡Ugh! ¡No puedes decir cosas como esas, Max!

Sus labios se levantan en los bordes.

—Claro que puedo. Lo acabo de hacer.

Ruedo mis ojos.

—¡No, cuando planeas mantener tu pene en tus pantalones no puedes!

Sus manos se deslizan desde mi trasero hasta mis caderas. Él me mira a los ojos y dice despacio, significativamente.

—¿Quién dijo nada de mantenerlo en mis pantalones?

Y mi vagina desaparece en un frío y duro desmayo.



*Capítulo 25**Nax**Traducido por Jenn Cassie Grey y Gemma.Santolaria*

Miro hacia esos maravillosos y brillantes ojos verdes y una pequeña parte de la amargura dentro de mí muere. Ella no solamente me mira. Ella ve de mí más que la mayoría de la gente, y no sé por qué estoy dejando que eso pase.

Esto no va a terminar bien. No va a terminar bien para mí.

Mientras está de pie ahí en nada más que un sostén negro de encaje y una mini falda que es tan mini que básicamente es microscópica, tomo sus caderas fuertemente. Si no lo hago, la tiraré al suelo, arrancaré sus ropas, y la follará como un animal. Y Helena no se merece eso. Ella es una dama. Se merece algo bueno.

Mi corazón late al mismo ritmo que mi polla.

Quiero darle algo bueno. Quiero entregarme a ella.

Mis ojos recorren el largo de su cuerpo y no puedo creer lo afortunado que soy. Esta pequeña mujer tiene suave piel de porcelana, largo, oscuro, cabello ondulado, tetas que solo se derraman fuera de su sostén, un vientre suave, piernas firmes, y un trasero que cualquier hombre estaría orgulloso de decir que es suyo, sin mencionar sus sexys labios hinchados.

Pero hay más. Hay más, y no quiero admitirlo. Estoy empezando a sentir algo por ella. Algo más que amistad. Y sé que si dejo que esto pase, voy a pagar por ello con mi corazón.

De nuevo.

Selena

Arrastrándolo detrás de mí, lo empujo dentro de mi habitación y me muevo para encender la lámpara a un lado de la cama, bañando la habitación con una luz suave. Camino hasta el pie de la cama, donde lo dejé de pie. Cuando lo alcanzo, miro hacia él mientras le doy un tirón al botón de sus pantalones. Es más difícil de lo que parece. Le doy un tirón hasta que decide cooperar. Cuando finalmente se suelta, me hundo de alivio. Él acuna mi mejilla y me inclino hasta que lentamente bajo su cierre. Y por fin, está abierto para mí.

Girando mi cabeza, suspiro en su palma, plantando un húmedo beso justo en el centro de ella. Cuidadosamente, llego al interior de la parte abierta de sus pantalones. Mis dedos se cierran alrededor de su longitud cubierta por su bóxer,





mi centro se aprieta ante su repentina toma de aliento, y estoy ligeramente alarmada.

Él tiene una salchicha tipo alemana ahí abajo.

Está dura y larga, y ardiendo. Quiero sentirlo piel contra piel, pero sé que necesito hacer que esto dure. Mis dedos se tensan alrededor de él y comienzo a moverme de arriba hacia abajo lentamente. Arriba y abajo, jalando y apretando mientras lo hago. Con su mano aun en mi mejilla, me giro, abro mis labios, y tomo su pulgar entero en mi boca, succionándolo al ritmo con mis tirones. Un bajo gemido sale de él, y por la forma en que suena, está adolorido.

—Siéntate. —Eso sale tan ronco que ni siquiera suena como yo. Hace lo que le pido, sentándose en el borde de la cama, y temo quitar mi mano de él, por si cambiara de opinión.

¡Estúpido hombre moral!

Tan pronto como se sienta, lo suelto, me agacho y bajo sus pantalones. Salen fácilmente. No quito los bóxers. Son negros y suaves, y se ve increíble en ellos. Con su espalda hacia la lámpara, la parte frontal de su cuerpo está en sombras. Me arrodillo frente a él, deshago el botón de la parte frontal de su bóxer, y lo miro a los ojos.

—He extrañado esto —susurro. Buscando dentro de la abertura, tomo su cálida, dura longitud y él sisea. En lugar de echarme hacia atrás, lo tomo más apretado y lo jalo a través de la abertura.

Todo lo que puedo hacer es parpadear.

Es magnífico. La piel se siente suave, pero en la tenue luz, veo su polla y trago duro. Parece enfadada. La longitud está dura como una roca, con venas, y la punta es roja. Una sola gota de líquido pre seminal se derrama de su hendidura. Me repito a mí misma, más bajo esta vez:

—He extrañado esto.

Entonces, bajo mi cabeza y gentilmente lamo la gota perdida. La dulce salinidad me golpea como una inyección de adrenalina. Abro mi boca tanto como puedo y lo tomo en mi boca.

Gimo alrededor de él. Él gime junto conmigo. Somos una sinfonía de sexo, y me está poniendo tan caliente como el infierno. Lo chupo tan profundo como puedo, y después me deslizo hasta la punta. La siguiente vez que lo succiono, aprieto mis mejillas. Su gruñido me enciende.

—Joder, nena. Eso es. Chúpame duro.

Pasando mis manos por sus muslos, los Araño ligeramente cuando las bajo mientras sacudo mi cabeza, deleitándome con su sabor limpio.

De pronto, soy lanzada hacia atrás, mientras se pone de pie, rápido como un rayo. Sentada sobre mi culo, parpadeo hacia él, y luego gruño:

—¿Qué jodida mierda?

Con los ojos cerrados, los dientes apretados, apretando su polla más fuerte de lo que alguna vez he visto a un hombre apretarse antes, murmura:

—Cállate. Cállate. Cállate. Por favor, cállate.

Oh.

Me golpea.

Se va a venir.

Mi orgullo sonríe e infla su pecho mientras se pavonea como un pavo real. Jadeando, se aprieta más fuerte, gime, y entonces echa su cabeza hacia atrás, murmurando:

—Lo siento, nena. Me voy a venir. Mierda. Lo siento.

Deja caer su cabeza, sus ojos pidiendo disculpas. Rápidamente me muevo para arrodillarme frente a él una vez más. No hay necesidad de explicar mis intenciones cuando me alzo para bajar las copas de mi sostén, exponiendo mis pechos. Mordiendo mi labio, mis dedos se deslizan sobre la suave piel de un pecho mientras pellizco el pezón de otro. Miro a través de mis ojos entrecerrados mientras su duro estómago se contrae mientras trata de mantener el control. De pronto, su hermosa cara se llena de placer. Reemplaza el firme agarre de su polla con uno más flojo. Sus labios se abren, su respiración se acelera, y su cuerpo entero se tensa y entonces se sacude mientras un bajo gruñido se escapa de él.

Cálida humedad golpea mi pecho. Una vez, dos, tres, cuatro veces. La humedad se desliza hacia abajo, sobre mis pechos, entre mis pechos, sobre uno de mis pezones. Mi coño se estremece. Estoy deliciosamente mojada.

Mierda.

Ya estoy ahí.

Como llegando.

Mi espalda se estremece y pongo mis piernas juntas mientras mi boca se abre en una O.

Max comienza:

—Mierda, lo siento, Lena. Yo... —Cuando ve mi expresión, se tensa—. ¿Qué está pasando aquí?

Mis ojos ruedan a la parte posterior de mi cabeza mientras el placer pulsa gentilmente a través de mí.

—Cállate. Cállate. Cállate. Por favor, cállate.

Con los ojos cerrados, lo siento dar un paso más cerca de mí.

—¿Estás...?

Apretando mis dientes, siseo:

—Sí.

Mientras bajo una mano para acunarme. Dejo salir:

—Oh mierda. No. No se suponía que pasara esto.

Unas manos debajo de mis brazos me alzan hasta la cama. Tan pronto como mi espalda golpea la cama, un largo y duro cuerpo me cubre. Se inclina y alza mi falda hasta mi cintura. En un tiempo record, baja mis bragas por mis piernas hasta que estoy libre. Duramente, toma mis piernas y las abre, recostándose entre ellas y colocando la punta de su polla en mi capullo de la felicidad.





Se roza contra mí y chispas vuelan.

—Maldición. Estás tan mojada. Te tengo, nena. Déjalo ir.

Mi aliento se engancha. Abrazo su cintura tan duro que mis uñas se le marcan. Enredo mis piernas alrededor de sus muslos y me machaco contra él, duro y sin inhibiciones. Pecho contra pecho, aparentemente no hay lugar para inhibiciones en mi habitación en este momento. Mis suaves pechos presionados contra su duro pecho hacen algo conmigo. Gimo. Tomando mi ejemplo, me mira de cerca con los ojos entrecerrados, pero se mueve contra mí más rápido y firme. Cada vez que su caliente y dura longitud se desliza sobre mí, mi clítoris canta.

Le toma treinta segundos llevarme hasta la cima.

Treinta segundos que alteran mi vida.

La parte baja de mi espalda hormiguea mientras mi centro comienza a palpitarme. Max se inclina para tomar mi boca en un beso demandante, y yo gimo contra él. Alzándome, pongo mis manos alrededor de su cuello, profundizando el beso. Su lengua baila contra la mía. Éxtasis se derrama por mi cuerpo. Con el corazón acelerado, aprieto mis piernas alrededor de él, echo mi cabeza hacia atrás, y grito:

—Oh Dios. ¡Sí! —Mi cuerpo convulsiona incontrolablemente, y quince segundos después, se ha acabado.

Algo húmedo en la parte baja de mi estómago se desliza por mi cadera, hacia mi cama. Max da palmaditas a mi mejilla. Me toma un minuto juntar mi mierda. Abro mis ojos para encontrar a Max mirándome, sus ojos sonriendo. No puedo evitarlo. Cubro mis ojos con una mano y comienzo a reír.

—Bueno, esto como que apestó. —Quito mi mano para encontrarlo sonriéndome, su hoyuelo fuera mostrándose al mundo. Sin pensarlo, me estiro y lo empujo suavemente—. Me gusta esto.

—Me gustas tú.

Paso mi dedo por su mandíbula, abajo hasta la ligera hendidura de su barbilla.

—Sólo estás diciendo eso porque te viniste. —Miro abajo hacia la humedad de mi estómago, y de nuevo de regreso hacia él—. Dos veces.

Él sigue sonriendo.

—No estoy para nada arrepentido.

—Ni siquiera un poco?

Le da un ligero beso a mis labios y la luz en sus ojos se vuelve intensa.

—Ni siquiera un poco. —Rodando sobre su espalda, con su polla aun fuera, me empuja a su lado, aún con el trasero desnudo—. Wow. Follada en seco. Creo que no he tenido mucha de esa diversión desde que tengo dieciséis.

Acurrucándome con él, mi nariz se hunde debajo de su mentón, respirando su aroma amaderado.

—Fue ridículo. Al menos me estoy sintiendo bastante bien ahora. ¿Qué hay de ti?



—Fenomenal. —Y siento las vibraciones a través de su pecho.

—Entonces eso es todo lo que importa. —Mis ojos comienzan a sentirse pesados—. Probablemente deberíamos bañarnos.

Sonando tan dormido como yo, me jala más cerca y murmura adormecido.

—Sí. Baño. Seguro.

Y esa es la última cosa que escucho antes de que todo se vuelva negro.

El sonido de la puerta de enfrente cerrándose me despierta. Parpadeando adormilada, me siento y miro hacia el reloj. Son las siete y diez de la mañana. Mirando hacia abajo al espacio vacío a mi lado, mi corazón pesa. Parece ser que dormir al lado de Max es demasiado para él. Debería haber sabido que él no está tan por mí como yo lo estoy por él. Es la historia de mi vida, de verdad.

En primer lugar, fue mi primer novio en la escuela secundaria, Jonathon. Yo tenía dieciséis años. Salimos por tres semanas, robó mi primer beso y luego me preguntó si yo pensaba que a mi hermana, Nat, le gustaba él. Cuando le dije a ella sobre esto, ella le mostró cuánto le gustaba. Al día siguiente en la escuela, le dijo a todo el mundo que él tenía un pito pequeño y arrugado. Su nuevo apodo desde ese día fue Dedo Enano.

Entonces, estuvo Denver. Sí, su nombre era Denver. Mi mente se ríe, suspira, y luego sacude su cabeza. Sólo de su nombre, debería haber sabido que era un imbécil. Salimos el último año, un conjunto de ocho meses. Estaba a punto de cumplir los dieciocho. Hizo todas las cosas correctas, dijo todo lo correcto, él estaba en el equipo de baloncesto, y era alto.

Me gustan los chicos altos, demándame.

Después de seis meses de noviazgo, y cinco meses de ser discretamente —o no tan discretamente— presionada, se lo di a él. Era mi primera vez. Me dije que lo arruiné, porque lloré. Pero la cosa era, dolía, y él no hizo nada para prepararme para eso. Sé que éramos jóvenes, pero él lo sabía mejor; él no era más que un amante egoísta. Pensé que tal vez sólo estaba excitado y se le olvidó calentarme... pero con dos meses más de esto, fui a hablar con mis hermanas. Algo simplemente no se sentía bien.

Mis hermanas estaban horrorizadas de que yo lo tolerase por dos meses. Me dijeron sobre el orgasmo femenino y de cómo los hombres de verdad trataban a las mujeres con cuidado. Nina me compró mi primer vibrador. Ella me dijo que practicara masturbándome con y sin él. Me dijo que mis manos eran el factor más importante en el sexo. Eso fue extraño, pero confiaba en mis hermanas más que en nadie.

Mi primer orgasmo pasó con un vibrador, y fue tan intenso que se sintió como si estuviera siendo electrificada. Diablos, probablemente se veía como si estuviera siendo impactada. También tiré el vibrador en medio orgasmo contra la pared. Fuertemente.

Cuando Nina y Nat me preguntaron cómo había ido, me sonrojé, les mostré el vibrador ahora roto, y tuve que escuchar como ellas gritaban de la risa. Cubrí mi cara para ocultar mi sonrisa. Malditas. Nat se explicó a través de la risa:



—No tienes que tenerlo tan alto, Lena. Hay diferentes configuraciones. Prueba algún punto en el medio la próxima vez. Te conseguiremos otro, Bazooka Jane.

La noche siguiente, traté con sólo mi mano. Pero fue completamente frustrante. No lo hice por mucho rato antes de que me parase. Me estaba frotando a mí misma rudamente. Definitivamente no estaba encendida. No sabía qué estaba haciendo más. Así que fui a mis hermanas para que me orientaran. La respuesta fue simple, pero tan eficaz.

Nina se encogió de hombros.

—Normalmente sólo pienso en alguien sexy haciendo cosas para mí. —Se volvió hacia Nat—. ¿Qué hay de ti?

Nat sonrió.

—La revista Playgirl. Bajo mi colchón. Siempre funciona.

Nat se ofreció a prestarme su revista, pero yo me estremecí. Las mismas manos que utilizaba para darse placer también las usaba para manejar esa revista. Así que mis hermanas me pusieron a trabajar. Bajamos a nuestro quiosco local. Me hicieron, a una chica de dieciocho años, ir y pedirle a Giuseppe, un vendedor que había conocido toda mi maldita vida, el último número de la revista Playgirl.

Afortunadamente, el anciano vendedor ni siquiera se inmutó. Aunque, Nat y Nina estaban detrás riéndose de mí.

Con una mano temblorosa, le tendí el dinero. Él lo tomó con una sonrisa antes de entregármela. Cuando ya me estaba alejando, él me llamó. Todas nos volvimos para verlo venir hacia mí con una bolsa de papel marrón. Desplomándome de alivio, escondí mi vergonzosa y ramera revista en las profundidades de la bolsa y le di las gracias de nuevo.

Esa noche, lo intenté de nuevo, usando mis refuerzos. Sucedió. Me tomó más tiempo y no fue tan intenso, pero sucedió. Y, amiga, ¡estaba orgullosa! Les dije a mis hermanas y chocamos los cinco después, por supuesto. Nat me preguntó diez veces si me había lavado las manos. Imbécil.

Fue entonces cuando mis hermanas me dijeron que empezara a implicar lo que había aprendido en el no tan buen sexo que estaba teniendo con Denver. No estaba segura de eso. Conocía a Denver lo suficientemente bien como para saber que no le gustaría el cambio, pero pensé que si yo fuera la que hiciera el cambio mientras él continuaba haciendo lo suyo, no sería un problema.

Me equivoqué.

Era el siguiente viernes por la noche cuando Denver y yo pudimos tener un tiempo a solas. Sus padres iban a estar en la casa de un vecino para una barbacoa, y estas eran normalmente eventos para sólo adultos que terminaban a altas horas de la noche. Tendríamos toda la noche para nosotros mismos.

Denver era un chico dulce. Podía estar ajeno, pero me trataba bien y me bañaba con afecto. El único problema en nuestra relación era el sexo. Llegamos a su cama, desnudos, y empezamos a tontear. Cuando por fin estuve dentro de mí, dudé, pero decidí ir por ello. Mi mano se deslizó por mi pecho hacia mi vientre, más abajo hacia donde yo lo necesitaba, y Denver dejó de empujar.



—¿Qué estás haciendo?

Susurre:

—Sigue adelante. Está bien; solo continúa.

Pero él no continuó.

—¿Dónde aprendiste eso?

Traté de tranquilizarlo una vez más.

—Por favor, cariño. Continúa.

Fue entonces cuando lo sentí desinflarse dentro de mí. Mis mejillas sonrojadas. ¡Esto era lo contrario de lo que debería haber sucedido! Denver se quedó en silencio por un largo tiempo. No sabía qué hacer. Él estaba encima de mí. Estaba siendo presionada. Finalmente se sentó, liberándome. Me tapé los pechos desnudos, sintiéndome repentinamente incómoda. Cuando él volvió a hablar, furia delineaba su voz.

—Te he hecho una pregunta, Helena. ¿Dónde aprendiste eso?

No sé por qué, pero mentí. El pánico hace que digas y hagas cosas estúpidas. La mentira sonó débil, incluso para mí.

—Yo-um... lo leí en algún lugar de una revista.

Él no se lo creyó. No es que lo estuviera vendiendo muy bien. Él susurró:

—Me estás engañando.

—¿Qué? —Entonces realmente estaba en pánico—. ¡No! ¡No, no lo estoy!

Se puso de pie y caminó delante de la cama, desnudo.

—Estás mintiendo. Me estás engañando. ¿Cómo si no sabrías hacer eso? Nunca habías estado con nadie antes de mí. Me estás engañando. —Se detuvo a medio paso y se volvió hacia mí—. Y pensaste que no me enteraría. —Para ese punto, yo estaba llorando mi pobre corazón. A él no le importaba. Me señaló, furioso—. Sal de mi cama. Toma tu ropa, y vete. Hemos terminado.

Como un lío adolescente lloriqueante, me arrodillé en la cama y le rogué.

—No digas eso. No te engaño, ¡lo juro! ¡Sólo estaba tratando de hacer que fuera bueno para mí!

Y ahí es donde la cagué. Tomé el orgullo ya magullado de un adolescente y froté sal en la herida al decirle que no era un buen amante. Él se quedó inmóvil, una expresión de sorpresa cruzó su rostro. Pasó un momento. La mirada de sorpresa se transformó en una de pura burla.

—Jodida puta. —Salió de la habitación. Oí abrirse la puerta principal y a continuación, cerrarse. El sonido de su coche yéndose hizo que mi corazón dejara de latir.

Él me había dejado allí, desnuda y sola, llorando a moco tendido, y sin modo de volver a casa.

Me vestí lo más rápido que pude, bajé las escaleras, y llamé a Nina para que viniera a buscarme. Por supuesto, ella llamó a Nat y le dijo que yo era un desastre. Nat dejó la fiesta en la que estaba y vino con Nina a recogerme. Me llevaron a una sala de cine, Vimos una comedia romántica cursi. Trataron de reparar mi corazón

roto con comida chatarra y afecto. Me hicieron reír cuando me entraban ganas de llorar, y cuando sí lloraba, me abrazaron fuertemente, susurrando palabras de consuelo. Me dijeron que Denver era sólo un niño, y que cuando conociera un hombre de verdad, él me apreciaría por lo que yo era, no por lo que él quisiera que fuera. Que él nunca se avergonzaría de mí.

Hay muchas razones por las que amo a mis hermanas, pero ese recuerdo es uno que siempre atesoraré.

Había esperado que Max fuera ese hombre.

Supongo que estaba equivocada.



Capítulo 26

Selena

Traducido por Selene1987 y martinafab

-Despierta, pastelito —me susurran en el oído. Gruñendo, me giro hacia la voz e intento dormir nuevamente. Mi cama se menea mientras él rie tranquilamente—. Venga, cariño. Despierta. Verte en la cama hace que quiera jugar contigo, pero no tenemos tiempo. Despierta.

Me giro y le veo. Farfulló bruscamente:

—Te marchaste. —Max me sonríe. Pregunto tranquilamente—: ¿Por qué te marchaste?

Con dedos gentiles, aparta el pelo de mi frente y explica calmadamente:

—Bueno, nos pusimos un poco locos anoche. Mis pantalones estaban llenos... —me mira enfatizando—, llenos de mi corrida.

Oh. Así que no intentaba escabullirse. No puedo evitar reírme.

—Ah. Ya veo.

Mientras agarro mi almohada fuertemente, recorre una mano por mi hombro y bajo mi brazo.

—Sí, necesitaba ropa y estaba despierto, así que fui a casa a ducharme y cambiarme.

Él ladea la cabeza hacia la puerta. Yo me giro para ver una bolsa negra al lado de mi armario. Añade:

—He traído de repuesto.

Ha traído de repuesto.

¿Ha traído de repuesto? Lo próximo, ¡traerá su propio cepillo de dientes!

Demonios, esto va demasiado rápido.

Se pone de pie y camina hacia el baño.

—Y he comprado un cepillo de dientes de camino.

Mis ojos se abren. El pánico se apodera de mí. Está bien. Oficialmente estoy alucinando. Sentándome en la cama, pregunto:

—¿De verdad piensas que lo necesitarás? Es decir, ¿crees que te quedarás mucho por aquí?

Sin notar mi alarma, él responde desde el baño.

—Uh, sí, eso creo. Es decir, vendrás al club cada sábado. Nos iremos juntos a casa, dormiremos aquí, y luego iremos a ver a Ceecee y desayunaremos los





domingos. —Entra de nuevo en la habitación y se sienta a mi lado en la cama—. Oh, y mi madre quiere que vengas a cenar mañana por la noche.

—*Su qué?*

Es demasiado. Abandono.

—Oye, oye, oye. ¡Nadie dijo nada de comidas familiares, Max! —*¿Qué demonios? ¿Qué sabe tu madre de mí? ¿Qué le has contado?*

Una sonrisa lenta aparece en su cara.

—Estás alucinando.

Yo balbuceo indignante.

—*¿Qué? No. No es así. Simplemente tengo curiosidad de por qué tu madre me pide que vaya a cenar cuando apenas nos acabamos de ver desnudos, y lo siento, pero no sé por qué necesitas un cepillo de dientes aquí, porque dijimos que simplemente tendríamos sexo, ¿sabes? Sexo y amistad parecía divertido, pero no cuando viene con un cepillo de dientes azul en mi cuarto de baño! Y... y... y... creo que necesito una bolsa de papel.* —Jadeo, sin respiración—. ¡Dame una bolsa de papel!

El hombre estúpido simplemente se ríe.

—Eres una locura. —Mientras sigo hiperventilando, farfulla—. Mamá llamó esta mañana para ver si quería desayunar allí, pero le dije que no podía, porque Ceecee y yo íbamos a desayunar contigo. Me preguntó por ti. Le dije que nos estábamos viendo. Le dije que ha sido de repente, pero que estaba pasando. Se emocionó porque es mi madre. —Se acerca, tomándome la barbilla entre sus dedos—. No he tenido citas en mucho tiempo. Te dije que no te ocultaría de nada, pastelito. No me arrepiento de lo que ocurrió anoche. Claro, no fue exactamente como planeamos, pero aun así fue increíble, porque fue contigo. Y quiero más de ti.

Vaya. Hablando de sacarlo todo. Ha sido increíble. Me parece bien.

El calor me inunda. De repente quiero arrancarle su sudadera.

Su cara se cae.

—A menos... es decir, a menos que te estés arrepintiendo. —Alza las manos y dice—: Lo que está bien si tú lo estás. No quiero presionarte ni nada. —Asiente como si se estuviera reafirmando—. Si no quieres hacer esto, dilo y me iré.

Sonrío, porque los dos sabemos que es mentira. Max no sabe cómoirse. Meneando la cabeza, admito:

—Esto está pasando muy rápido. Entré en pánico, pero ahora estoy bien. —Alzando la cabeza, le miro a los ojos—. Quiero hacerlo.

Se tumba en la cama boca abajo. Oigo un:

—Gracias por eso. —Y yo me río, pasando una mano por la parte de atrás de su pelo, consolándole.

Poniéndose de pie, mira su teléfono.

—Bueno. Estás bien, estoy bien, y estamos bien. Vayamos por Ceecee.

Le miro confusa.



—Dijiste a las diez.

Parece como si quisiera reírse. Pero no lo hace.

—Son las diez y media, cariño.

Mis ojos se abren. Saltando, me apresuro al baño. En cuanto me miro al espejo, me sorprende que no explotara de la ofensa que causa mi apariencia. Mi pelo está enredado, mi cara es un desastre por el maquillaje de anoche y la camiseta que me puse en algún momento durante la noche dice: "Bestia sexy".

Gruñó sabiendo que Max oficialmente me ha visto en lo peor.

—Oh, Dios mío, Max, tienes que darle a una mujer el tiempo suficiente para prepararse para las cosas. Al desayuno le hace falta media hora para estar preparado. A la cena le hace falta una buena hora y media. Ahora estás aquí y esperando, ¡hay presión! ¡No puedes hacerle eso a una mujer!

Su cuerpo alto y musculoso bloquea la puerta del baño.

—Claro que sí puedo. —Ante mi mirada asesina, pone las manos en el aire y se echa hacia atrás—. Está bien, está bien. Tómate tu tiempo. No tenemos prisa. Estaré viendo la televisión.

Me hacen falta treinta y cinco minutos para quitarme el maquillaje, cepillarme los dientes, lavar y secar mi pelo, cambiar las sábanas, aplicar un poco de maquillaje y gloss, y ponerme mis pantalones favoritos, una sudadera blanca, mis zapatillas, y unas gafas Ray-Ban.

Mientras entro en la cocina,quito el teléfono del cargador y llamo a Max.

—Vámonos, idiota.

Apaga la televisión y camina tras de mí hacia la puerta principal. Mientras me mueve para abrir la puerta, me gira y echa hacia atrás con un tirón. Un brazo se mueve alrededor de mi cintura, manteniéndome prisionera, mientras la otra palmea mi culo. Farfulla bruscamente:

—Te ves bien, Lena. Me gustas con vaqueros.

Mi boca de repente está seca, me preparo para responder, pero lo único que sale es un:

—Oooooohhh.

Me empuja, atrapándome entre la puerta principal y él. Sus ojos dorados brillan y mis pezones se endurecen involuntariamente. Agachándose, baja su cabeza hacia la mía. Dios, huele como las lágrimas de un unicornio. Con sus labios apenas tocando los míos, farfulla:

—Estás preciosa. —Y entonces da un suave beso en mis labios. De pie, agarra mi mano, arropándola—. Venga, tengo hambre.

Apenas tengo tiempo para cerrar la puerta tras nosotros cuando me arrastra a su camioneta.

Max

Sonrío para mí mientras conduzco agarrando la mano de Helena.

Oh, hombre.

Va a matarme.

Helena

Tarareo con la radio, sonriendo para mí. Discretamente miro hacia nuestras manos entrelazadas descansando en la consola central. Ha pasado mucho tiempo desde que he entrelazado las manos con un hombre. Y se siente bien. Demasiado bien. Mejor de lo que recuerdo. O quizás simplemente sea porque es con Max.

Estacionamos en una gran casa en las afueras. Max apaga el coche y se gira hacia mí.

—Entra conmigo.

Umm... no.

Sonrío y sugiero:

—¿No debería esperar aquí mientras recoges a Ceecee? Llegaremos tarde a desayunar.

Él se encoge de hombros.

—Entonces almorzaremos. Venga, pastelito. Mi madre se pondrá triste si no entras.

Mi sonrisa se cae.

—Sí, supongo que lo estaría. —Pero no me muevo para salir del coche.

Él se queda mirándome.

—¿Naciste en un granero?

Intento no reírme ante eso. En lugar de eso, cruzo los brazos sobre mi pecho y respondo:

—Jesús nació en un portal.

Max hace un ruido de *pfffft*.

—Y mira lo que le pasó. —Ante eso, me río. Él sigue—. Sólo un minuto, eso es todo. ¿Por favor?

¿Quién podría negarse ante un Max suplicante? Suspiro exageradamente.

—Está bien. Un minuto. Eso es todo.

Me abre la puerta, coge mi mano, y me lleva hasta la puerta principal. La abre sin llamar y oigo los sonidos de varias mujeres hablando en la cocina. De repente quiero desaparecer.





Intento clavar mis tacones en la tarima, pero Max me arrastra, ajeno completamente. Tan pronto como salimos a la vista, una mujer baja, hermosa y madura se acerca a nosotros. Habla en un lenguaje que debe ser italiano. Alcanzándonos, agarra las mejillas de Max, y le lleva hacia ella. Le besa en las mejillas y en la frente mientras sigue hablando rápidamente, y entonces golpea su mejilla de manera adorable.

Y Max simplemente se queda ahí de pie, sin luchar. Es lo más dulce que he visto jamás. Entonces me mira. Carraspea, colocando una mano en su corazón. Mira de nuevo a Max y le dice:

—Es preciosa.

Mis mejillas se encienden.

Él añade:

—Lo sé. Ya te lo dije. Hermosa.

Mis mejillas arden.

Dando un paso hacia mí, la mujer se acerca y coge mi mano con la suya.

—Hola, Helena. Soy Cecilia. Te había visto antes, pero nunca tan de cerca. Eres una mujer preciosa, y mi hijo es un hombre afortunado. —Habla con un acento ligero y me alegra inmediatamente.

Sonriendo, aprieto su mano y respondo:

—Gracias, pero él no es tan afortunado como lo soy yo.

Sé que Max debe pensar que lo digo para aparentar, pero no es así, y veo el orgullo brillando en los ojos de ella. Con esa frase corta, me ha ganado su corazón. Se endereza y asiente.

—Ven. Comamos.

¿Comer? ¿Qué?

Miro hacia Max y él dice: "Lo siento", sin parecer que lo siente.

Mi sangre hierve. Me han engañado.

Se acerca a mí y coloca un brazo alrededor de mis hombros. Me susurra en el oído:

—Lo siento. Sabía que entrarías en pánico, así que no te lo dije. Sólo somos nosotros y mis hermanas. Relájate.

Justo cuando abro la boca para hablar, Ceecee aparece en el pasillo. Con cara de piedra, se acerca.

—¿Entonces es cierto? ¿Están saliendo?

No parece feliz. Yo me encojo de hombros.

—Sí, cariño, estamos saliendo.

Max no dice nada, simplemente aprieta su brazo sobre mis hombros apoyándose en silencio. Cuando Ceecee baja su mirada pensando, Max le pregunta:

—¿En qué estás pensando, cariño?

Ella nos mira.



—Creo que me parece bien.

Estoy tan sorprendida de que no me doy cuenta cuando digo:

—¿De verdad?

Ella me sonríe.

—Eres genial, Helena. Me gustas. —De repente, su cara tiene una actitud prudente—. Pero aún seguirás haciendo las sesiones conmigo, ¿verdad? ¿Y me enseñarás a cocinar?

No estoy segura de lo que James tendrá que decir acerca de esto, pero en lugar de decirle eso a ella, declaro con confianza:

—Nada podría detenerme. —Y lo digo en serio.

Sonriendo tímidamente, ella responde en voz baja:

—Genial.

Max me lleva a la cocina, donde Leti, Maria, e Isa están cocinando algo que huele delicioso. Caminando directamente a la refriega, Max arruga la cara cuando ellas se turnan para besarla en la mejilla. Sintiéndome como una intrusa, levanto la mano y pronuncio un nervioso:

—Hola, chicas.

Isa es la primera en saltar sobre mí. Literalmente. Ella envuelve sus brazos alrededor de mí y me aprieta con fuerza.

—¡Gracias a Dios que eres tú! Cuando mamá me dijo que Max estaba saliendo con alguien, ¡pensé que sería alguna rubia boba imbécil!

Cuando me libera, Maria interviene para tomar su lugar. Abrazándome, suelta en mi pelo:

—Lo sé, ¿bien? Pensé que sería alguna fulana de club, pero cuando mamá dijo que era alguien que conocíamos, pensé que tal vez Mimi había cambiado de equipo. —Me besa en la mejilla mientras se aleja, sonriendo—. Estoy feliz por ustedes dos. —Una burbuja repentina de emoción me golpea con fuerza, apretándome la garganta.

Leti, la hermana mayor, da un paso adelante con los brazos extendidos. Entro en ellos y me envuelve en un cálido abrazo fraternal. Me susurra al oído:

—Ha estado solo demasiado tiempo. Gracias, Lena. Bienvenida a la familia.

Cierro los ojos con fuerza, suplicándole a las lágrimas que se retiren, pero una se pierde, arrastrándose por mi mejilla. Cuando me alejo y me pego en la mejilla, fuerzo una risa.

—Bueno, mierda. Vayan y háganme llorar, ¿por qué no? —Las hermanas me sonríen de una manera que dice "de nada".

Unos brazos serpentean alrededor de mi cintura. Max pone sus labios en mi mejilla y reprende a sus hermanas.

—Oigan, esta es nuestra primera cita oficial. No hagan llorar a mi mujer.

Su mujer. Ugh. Demasiadas emociones.

Se abre la puerta principal y una profunda voz familiar dice en voz alta:



—Estamos aquí.

Oh, no.

Max se pone rígido. Le pellizco el brazo y él se estremece:

—¡Ay! Oye, ¿a qué ha venido eso?

Salgo de sus brazos y susurro en una voz de Max muy profunda y exagerada:

—¡No te preocupes; sólo vamos a ser nosotros y mis hermanas!

Sacude la cabeza.

—No sabía nada de esto. —Cuando lo miro, sus ojos se abren y levanta las manos—. ¡Te lo juro! —Él parece realmente sorprendido de escuchar la voz de Nik. Cuando su madre regresa a la cocina, pregunta en voz baja—: Mamá, ¿qué está pasando? Pensé que había dicho sólo las chicas.

Ella camina junto a él y se encoge de hombros.

—Hay demasiada comida para sólo las chicas. Cuando cocino para la familia, llamo a la familia. —Ella se dirige de nuevo a la despensa y Max se queda ahí viéndose atónito.

Se vuelve hacia mí, indignado, después señala a la despensa.

—¡Ella me tendió una trampa!

Nik y Tina entran a la cocina, Tatiana y Ava en sus brazos. Tina sonríe de oreja a oreja cuando me ve.

—¡Oh, yuju! ¡Estoy tan contenta de que estés aquí!

Ella pone Ava en el suelo y luego me abraza con fuerza, frotándose la espalda, empujándome con su vientre protuberante.

—Te he echado de menos. Nunca tenemos tiempo para hablar.

Nik se inclina y me besa la parte superior de la cabeza.

—Cariño.

Abro la boca para hablar, cuando la puerta principal se abre de nuevo. Estas voces, las conozco. Me estremezco. Nat entra en la sala y nos ve alrededor.

—¿Qué pasa, chicos? —Ella me mira—. ¿Quieres decirme por qué no contestas al teléfono?

Murmuro ácidamente:

—No respondí porque tú estabas llamando.

Se abalanza para abrazarme.

—¿Sabes qué? Ni siquiera me importa que seas una puta conmigo. Es un día muy bonito como para estar enojada. —Me libera y entonces me golpea en el brazo. Fuerte. Cuando me estremezco, ella sonríe—. Sí, como si te fuera a dejar escapar ilesa.

Mientras me froto el brazo para aliviar el dolor, Trick y Lola vienen de la parte posterior de la casa. Trick se encoge de hombros, pareciendo ligeramente molesto.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Pensé que íbamos a comer?



Lola pone los ojos en blanco, turnándose para abrazarnos a todos. Me extiendo para abrazarla, y ella murmura:

—Siempre se trata de comida con estos hombres.

Alguien me aprieta el trasero. Me vuelvo rápidamente para encontrar a Mimi sonriéndome.

—Hola nena.

Sonriendo, envuelvo el brazo alrededor de su súper alto y delgado cuerpo e inclino mi cabeza hacia ella.

—Hola, tú.

Trick se acerca y me besa en la mejilla, y luego grita a Lola:

—¡Me prometieron comida, mujer!

Nadie siquiera parece pensar que sea remotamente raro que yo esté aquí. Gracias a Dios. Cecelia sale de la despensa. Ella ve a los recién llegados y se turna para besarlos a todos y hacerlos salir al porche trasero. Cuando doy un paso afuera, observo el hermoso patio trasero. Bajo el porche cubierto hay un largo escenario al aire libre que tendrá capacidad para todos nosotros, los adultos y los niños, bastante cómodo. Nat estaba en lo cierto. Es un buen día. El sol brilla y hay apenas una nube a la vista. Cierro los ojos y dejo que la ligera brisa fluya sobre mí. Me siento como en casa.

Lei sale afuera con una gran bandeja de tocino en sus manos.

—Siéntense todos. La comida está lista.

Doy un paso hacia adelante y pregunto:

—¿Puedo ayudar en algo?

Ella me sonríe:

—Sí, de hecho puedes. Aparca tu culo y come antes de que estos hombres codiciosos engullen todo.

Sonrío y pongo los ojos en blanco, tomando asiento en el centro de la mesa. Max toma el asiento de mi lado izquierdo y lo quita, y luego se sienta a mi lado derecho. Ceecee rueda en el lugar ahora abierto a mi izquierda, y sonriendo, extiendo la mano y le aprieto la suya.

—¿Has estado haciendo ejercicio, pequeño saltamontes?

Con los ojos muy abiertos, ella me mira y asiente con entusiasmo.

—Sí. Y papá ni siquiera necesitar recordármelo.

—Eso es impresionante, cariño. Estoy tan orgullosa de ti. ¿Cólicos?

Ella sonríe suavemente hacia su regazo.

—Nop. Ninguno.

Mi corazón se eleva. No podrías borrarme la sonrisa de la cara.

—Eso es porque eres una campeona.

Cuando todos están sentados y charlando, María coloca lo último de los platos en la mesa y anuncia:

—¡Comamos!

Los hombres meten mano a la comida primero. No me sorprende ver a Nik entregando a Tina el plato que acababa de llenar. Él siempre había sido demasiado dulce para su propio bien. No me extraña que las mujeres lo amen. Es sexy y atento. Me quedo ahí, esperando a que los machos hambrientos obtengan su ración antes de amontonar mi plato.

Hay tanta comida. Hay tortitas, huevos cocidos de dos maneras, bacon, salchichas, arroz, pan plano de mantequilla, frijoles picantes horneados, tortillas, tomates horneados, setas salteadas con ajo, cubos de patatas salteados en mantequilla, salsa recién hecha, y quiche.

Oh, Dios mío. En secreto, estoy emocionadísima de estar aquí.

Me giro hacia Ceecee, me pongo de pie y tomo su plato.

—¿Quéquieres, cariño?

Ella mira el plato, y luego de vuelta a mí. De repente me doy cuenta de que puede que a Ceecee ya no le guste que las personas le den su comida. Así que cuando responde, me desplomo de alivio.

—Huevos revueltos, tocino, y una tortita por ahora.

Le pongo el plato delante de ella y luego le paso la mano por su lindo cabello castaño, inclinándose para besarle la frente.

—Buen provecho.

Los hombres han apilado sus platos, pero me giro para ver el plato de Max vacío. Lo miro con preocupación.

—¿Estás bien? ¿Por qué no estás comiendo?

Me sonríe, hablando en voz baja.

—¿Te he dicho que hoy te ves hermosa?

Mi pecho duele por la dulzura. Respondiendo igual de bajo, sonrío suavemente y le digo:

—Sí, lo has hecho, pero no creo que yo te haya dicho lo guapo te ves hoy. Qué lo haces, por cierto.

Su sonrisa se profundiza.

—Bueno, ahora tengo que besarte.

Mis ojos se abren en pánico. Susurro en un siseo:

—Max, no lo hagas. Por favor, no lo hagas.

Se inclina más cerca de mí.

—Esas son las reglas.

Dejo escapar un ruido exasperado.

—¿Quién hace estas reglas? Max, por favor, no.

A un pelo de mis labios, pronuncia:

—Lo van a saber de todos modos.





Entonces sus labios tocan los míos en un beso suave pero profundo, y de repente, me alegra de estar de espaldas a Ceecee. Nadie quiere ver a su padre besando a alguna chica. Odio que mi corazón corra. Me odio a mí misma por no alejarme. Pero no puedo. Soy impotente contra este hombre.

El beso dura poco tiempo, pero el tiempo suficiente para mostrarle a todos que la línea de la amistad ha sido cruzada. A medida que se aleja de mí, me da besos rápidos, una vez, dos veces, luego tres veces. Echándose hacia atrás en su silla, descansa el brazo en el respaldo de mi silla y mira alrededor de la mesa. Todo el mundo, salvo Nat, Ceecee, las hermanas de Max, y su mamá están boquiabiertos. De hecho, aquellos que no están con la boca abierta están sonriendo de oreja a oreja.

Oigo murmurar a Nat con entusiasmo:

—Lo sabía.

Max mira a su alrededor a las personas con la boca abierta y se levanta antes de alcanzar mi plato.

—Vamos, muchachos. El desayuno se está enfriando.

Él amontona mi plato con todas mis comidas favoritas del desayuno y algunas que no probado, cuando la sorpresa de Nik se transforma en una sonrisa radiante. Se vuelve a un Asher ceñudo y pronuncia:

—Te lo dije. Me debes diez dólares. —Excavando en el bolsillo, un malhumorado Ash saca un billete y de un manotazo la pone en la mano de Nik. Nik me guiña el ojo. Bajo la cara para ocultar mi sonrisa y sacuda la cabeza lentamente.

Ash mira con el ceño fruncido a Max.

—Voy a patearte el trasero.

Max coloca el plato delante de mí, levantando el suyo, llenándolo de alimentos. Cuando se sienta, le devuelve un aburrido:

—Calma tu descaro, Ghost —Envolviendo su brazo alrededor de mis hombros, me besa la sien, se vuelve de nuevo a un Asher ahora echando humo, y murmura divertido—: Molestarás a mi chica.

Colocando una mano sobre mi cara, mi cuerpo tiembla con una risa silenciosa.

Dulce divertido Max.

Capítulo 27

*Selena**Traducido por Dianna K y Ximena Vergara*

Después de lo que pasó a ser el mejor desayuno que he comido en toda mi vida, Max y yo llevamos a Ceecee a casa. Aquí fue donde pensé que los dos me dejarían en casa y tendrían algo de tiempo padre/hija.

Me equivoqué.

Tan pronto como entramos por la puerta, Ceecee declara:

—Los domingos son tan aburridos.

—Por qué siento la necesidad de abrir la boca? Porque eso era simplemente yo.
Respondo:

—No tienen que serlo.

Ella se desploma en su silla.

—No. Lo son. Es como una regla o algo así.

La miro, luego a Max.

—No sé quién está haciendo estas reglas que ustedes aseguran son la ley...

Entonces sucede algo espectacular. Ceecee mira a su padre, y al mismo tiempo, él la mira. Intercambian una mirada secreta antes de estallar en carcajadas. Ella suelta risitas.

—Papá hace las reglas.

Él se ríe de nuevo.

—Oh, diablos no, pequeña. Tú estás a cargo de las reglas.

Una sonrisa que no pude evitar ilumina mi rostro.

—¿Alguno de ustedes me va a decir acerca de la regla, o simplemente van a reír a mis espaldas y hacerme sufrir?

Max entrecierra los ojos y luego codea a Ceecee.

—¿Debemos decirle?

Ella mira de reojo a su padre.

—No lo sé. ¿Qué piensas?

Él se encoje de hombros.

—Depende de ti niña, pero creo que está bien.

Ceecee me sonríe, asintiendo.

—Sí, supongo. Ella es familia ahora.



Y al mismo tiempo, mi corazón duele de alegría pura, después arde de puro terror. Me golpea como un ladrillo en la cara. No quiero perder esto. ¿Y qué pasaría cuando Max se cansara de mí porque pensara que nuestra relación había ido demasiado lejos? Sólo tendría que esperar ese día y esperar que fuera más tarde que temprano. También tendría que rezar para poder cuidar mi corazón herido una vez que perdiera no sólo a la dulce Ceecee, sino también al dulce, idiota Max. En el peor de los casos, me iría a casa a California a lamer mis heridas en privado.

Ceecee explica:

—Papá tiene una regla sobre las reglas. —Inclino mi cabeza confundida mientras continua—. Si ves que estás en una situación sin salida, haces una regla para ayudarte a llegar allí.

Me río.

—¿No es eso...? Hmm. ¿Cuál es la palabra que estoy buscando? Ah, sí, lo tengo. —Miro fijamente a Max y acuso—. Eso sería mentir.

Pero Max sacude la cabeza.

—Estrictamente embellecimiento. Y funciona.

Le echo un vistazo a Ceecee.

—¿En serio?

Ella sonríe.

—Lo hace.

Suspiro y levanto mis manos.

—Bueno está bien. Ahora que sé acerca de esto, voy a tener que intentarlo por mí misma.

Max tira de su camiseta y se quita los zapatos.

—Voy a darme una ducha rápida. ¿Estarán bien?

Miro a Ceecee. Sonreímos y decimos al unísono:

—Sí.

Cuando Max desaparece, llamo a Ceecee a la cocina, donde pasamos un tiempo horneando galletas y haciendo un lío de nosotras mismas. Como solía hacer con mis hermanas en casa, sumerjo mi dedo en la mantequilla y pinto la cara de Ceecee, entonces le pongo rápidamente harina para hacer que se pegue. Apoyada en el mostrador, la animo a hacerme lo mismo. Cierro los ojos y la dejo ponerle empeño en mi cara. Cuando Max viene a la cocina, nos mira, levanta las manos y se retira de la puerta lentamente.

El hombre puede leer entre líneas.

Tan pronto como se hacen nuestras galletas, cojo una toalla de papel, la mojo, y limpio mi cara. Le entrego a Ceecee otra toalla húmeda y la dejo limpiar su propia cara arruinada. Nos dirigimos a la sala, donde Max tiene sus pies en alto mientras ve un partido de deportes universitarios. Ceecee se mueve al monoplaza rosa que podía ver era el de ella, mientras yo me siento junto a Max.

Ceecee mira a la estantería de DVDs.



—¿Quieres ver una película?

No tengo ninguna razón para rechazarla, no es que yo quisiera.

—Suena genial. Max, levántate y elige.

Él me mira.

—¿Hemos estado saliendo un día entero y ya estás haciendo demandas? —Se pone de pie y se acerca a la estantería—. Joder. Hablando de caprichosa.

Vemos *Cómo entrenar a tu dragón*, y en serio lo disfruto mucho. En realidad, no estoy segura de si me gustó la película, o estar acurrucada con Max con sus brazos alrededor de mí. Me estoy poniendo sorprendentemente cómoda con su abierto afecto. Cuando la película termina, me pongo de pie y me estiro.

—Lamento molestarlos chicos, pero creo que debería irme. Tengo trabajo mañana.

Max se vuelve hacia su hija.

—¿Vas a estar bien si la llevo?

Ella asiente con un ligero rodar de sus ojos.

—Sí, voy a estar bien. Tomate tu tiempo.

Mi rostro se sonroja.

¿Sabía que su padre estaba tratando de ser astuto acerca de tener actos sucios conmigo?

Ugh. Eso apestaría.

Pero Max, siendo Max, está fresco como una lechuga.

—Está bien, bebé. Estaré una hora o dos a lo sumo. Asegúrate de que tienes tu teléfono contigo en todo momento, y si hay una emergencia...

Ella lo interrumpe con un:

—Sí, papá. Lo sé. Si hay una emergencia, atravieso la calle hasta la casa de tío Nik.

Él suspira y se inclina para besarla en la frente.

—Eres una buena chica.

Ceecee sonríe suavemente y luego gira hacia mí, envolviendo un brazo alrededor de mi cintura.

—Gracias por mostrarme cómo hacer galletas.

Le sonrió.

—Cuando quieras, cielo. Eres una rápida principiante.

Nos despedimos y en el segundo en que me siento en la camioneta, Max se vuelve hacia mí, mirando mi cuerpo.

—Ya lo sabes, al segundo en que lleguemos a tu apartamento, tu culo es mío.

Bueno, maldita sea. Me gusta el sonido de eso.

Hablando en un susurro, cierro los ojos y le digo:



—No se te permite háblame por la duración de este paseo en coche. Confía en mí, es por tu propio bien. —Viajamos en silencio, pero Max tiene un agarre en mi mano, jugando con mis dedos, y cuanto más cerca estamos de mi apartamento, más fuerte tengo que apretar mis piernas juntas. Ha pasado demasiado tiempo.

Salimos del coche y subimos las escaleras sin prisa, como una pareja normal, pero tan pronto como abro la puerta de mi apartamento, soy empujada dentro y la puerta es cerrada de golpe. Jadeante, levanto la mirada sorprendida.

—Santo Jesús, si me vas a zarandear, es mejor que estés preparado para follarme como si te perteneciera.

Se me queda mirando con los ojos abiertos. Después de un momento, respira.

—Dios mío, eres jodidamente perfecta. —Entonces, mira hacia la barra de la cocina y duda—. La próxima vez. La primera vez que tomes mi polla, quiero ver tu cara.

¡Ahí lo tienes!

Me estaba empezando a gustar el mandón de Max. Se mueve hacia mí, y como si estuviera coreografiado, baja su cara a la mía en el momento que levanto la mía a la suya. Nos besamos lentamente, saboreando el sabor de cada uno. Come mis labios, gruñendo, y jadea de placer. Este era un lado de Max que todavía no había visto.

Tiro de mi camiseta, deslizándola sobre mi cabeza, dejándome en un sostén de algodón blanco. Araño con mis uñas la parte inferior de su camiseta negra y él se la quita con una sola mano. Con sus labios sobre los míos, trabajo en el resto de sus ropas, aturdida. De alguna manera, me las arreglo para bajarlas por sus sudorosas caderas. Ya debía de haberse quitado los zapatos, pero no me acuerdo que lo hiciera. Max se inclina para desabrochar mis pantalones, pero me adelanto.

Me lleva hacia mi habitación, me empujaba de nuevo en las suaves y limpias sábanas de mi cama. Mientras estoy allí, respirando con dificultad, desliza mis jeans por mis piernas. Entonces somos sólo nosotros, sin nada en medio.

Con las bragas de algodón blanco a juego con el sujetador de algodón, me apoyo en los codos para encontrar a Max mirando fijamente mi cuerpo, se acaricia a sí mismo a través de sus bóxers de seda grises. Gimo en voz alta mientras mi cono convulsiona. Duro. Sin querer mi cuerpo se sacude y me sujeto a mí misma para detener un orgasmo prematuro.

Un ruido ahogado escapa de Max. Entreabro uno de mis ojos para verlo agarrarse a sí mismo a través de la ajustada fina tela, cierra los ojos y murmura un atormentado:

—Otra vez no.

No no no. ¡Esta sesión estuvo de nuevo en marcha!

Alcanzo la parte delantera de mi sujetador, lo desabrocho y mantengo firmemente las dos copas en el sitio.

—Max. —Abre los ojos mientras dejo caer el sostén, liberando mis pechos.

Da un paso hacia adelante, me levanta, y luego me pone contra él. Envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas y pongo mis brazos alrededor de su cuello. Se gira y se sienta en mi cama, dejándome en su regazo. El momento en que aflojo



mi agarre sobre él, baja la boca y captura un tenso pezón entre sus labios, chupándolo mientras gime. Doy un grito ahogado y paso las manos por su pelo, enredando mis dedos a través de él. Ni siquiera soy consciente de que me frotaba contra él, hasta que cambia de lado, lamiendo mi otro pezón con el afecto que tanto necesitan.

Estoy empapada. Tan empapada. Mis bragas oficialmente no existen. Muerde suavemente mi pezón, luego lo lame con su lengua, aplicando la cantidad perfecta de dolor para hacerlo sentir bien. Estaba empezando a sentir que lo arruinaba. Con sus brazos a mí alrededor, me atrae más profundamente en su boca mientras chupaba un poco y luego me lame. La presión está empezando a crecer. No quiero que termine tan rápido. Echándome hacia atrás ligeramente, Ahueco sus mejillas, acercando su cara a la mía con unos profundos y tiernos besos, y los toma como un hombre hambriento que necesita esos besos para sobrevivir.

Mis mejillas rosadas están enrojecida y mi cuerpo ardiendo, necesitando más.

Deslizándome de su regazo, me pongo de pie frente a él, tomo sus manos y las coloco sobre el elástico de mis bragas. Él entiende la indirecta. Lo hace muy rápido. Sus dedos agarran el borde de las pequeñas bragas y las arrastro por mis piernas.

Estoy desnuda. Y me encanta. Me siento poderosa. Y eso era raro. La forma en que Max me mira me hace sentir sexy. El hombre no tiene cara de póquer. Le gusta lo que ve. Por el movimiento de su erección a ella también le gusta lo que ve. Es su turno para ponerse de pie, a mi altura. Su piel aceitunada parece lo suficientemente buena para lamerla, así que lo hago.

Inclinándome hacia adelante, mis labios se ciernen sobre su pezón una fracción de segundo antes de que ponga mis labios alrededor de ellos, mordiendo suavemente. Su estómago se sacude y un gruñido resuena en su garganta. Quiero mostrarle lo que me había provocado. Es evidente que lo consigo.

Descanso mis dedos en el elástico de su bóxer. Esto es todo. Aquí es donde se pone seria la cosa. Mentalmente me preparo. Estoy preparada para ello. Engancho mis dedos en el elástico, deslizo los sedosos bóxer hacia abajo, lentamente. Cuando paso sus caderas, su erección salta libre y mis labios se abren. Yo lo quiero en mi boca de nuevo, pero no hay tiempo hoy. Necesito a Max, y necesito todo de él.

Él me pone suavemente en el centro de mi cama y cubre mi cuerpo desnudo con el suyo, abrigándome. Mis manos recorren su cuerpo mientras sus labios buscaban los míos. Hace contraste conmigo. Yo soy suave. Él es duro, en todas partes. Está pálido. Yo bronceada.

Su mano recorre mi pierna, la agarra por detrás de mi rodilla, levantando mi pierna sobre su cadera. Empujando suavemente mi otra pierna, separándola lo suficiente para que quepa en el espacio entre ellas. Se acerca a mí por segunda vez, pero esta vez, se siente diferente. Su dura y caliente longitud descansa entre mis pliegues húmedos y es increíble.

Me mira a la cara, empujando superficialmente contra mi carne húmeda. Él sabe lo que está haciendo, y yo estoy agradecida por ello. ¡Hoy no voy a fingir un orgasmo!



Acerca su cara a la mía, se muerde el labio inferior suavemente y luego murmura:

—Ahora voy a follarte

Mis pezones se endurecen contra su pecho, sé que los siente, porque presiona su pecho más firmemente contra el mío con un suspiro contenido. Agachándose, con su propio puño acerca la punta caliente de su polla a mi húmeda entrada y poco a poco trabaja mi excitación. No empuja como un loco. Introduce la cabeza de su gruesa longitud en mí, de forma precisa y controlada.

Un suspiro se escapa de mi garganta. Frenéticamente me estiro para agarrar sus hombros mientras mis párpados se cierran. Jadeante, le ruego:

—Más.

Max está tratando de mantener el control. Los músculos de sus brazos y su estómago saltan y sobresalen cuando deja escapar un tenso:

—No me jodas, estás apretada.

Empuja más en mí, un centímetro más, cantidades iguales de placer y dolor. Pero siento su preocupación mientras su cuerpo se tensa sobre mí.

—¿Te estoy haciendo daño?

La verdad es que duele un poco, pero sé que pasará. Y no quiero que se detenga, así que le digo lo único que se me ocurre para incentivarlo.

—Oh Dios es un dolor tan bueno. Más. No pares.

Un delicado empuje lo deja más allá de la mitad del camino y yo gimo en voz alta con la deliciosa fricción. Él continúa estimulándose a sí mismo con empujes superficiales hasta que estoy casi completamente empalada.

—Voy a parar aquí. No quiero hacerte daño, nena.

Levantando los ojos hacia él, lo fulmino con la mirada.

—Lo quiero todo.

Él sonríe suavemente hacia mí.

—La próxima vez, nena. No te han tocado por un largo tiempo, y yo...

Agarrando sus hombros fuertemente, levanto mis caderas y luego empujo hacia abajo, toda su longitud me traspasa. Nos quejamos y gemimos al unísono. Mi corazón se acelera. Mi respiración aumenta. Se siente increíble. Él está dentro de mí. Todo él. Sin aliento, miro hacia arriba, sus ojos dorados e intensos. Respiro:

—Fóllame.

Y así lo hace. Empieza a empujar, y una deliciosa sensación palpitante comienza en mi centro. Creo que voy a caer desmayada por el placer. Max empuja con más fuerza, los sonidos de nuestra carne conectando hacen eco por toda la habitación. Levanto mi cara y él me encuentra a mitad de camino, tomando mis labios con besos profundos, húmedos, reservados para el tipo de sexo apasionado que estamos teniendo.

Agarra mis caderas, tirando de mí hacia arriba contra sus embestidas, y el mundo a mi alrededor se desvanece. Mis ojos se cierran por un segundo cuando un inesperado orgasmo me sacude. Mis ojos se abren cuando mi cuerpo se



insensibiliza con puro placer. Jadeando, mis labios se separan. Un gemido gutural es arrancado de mí. Mi corazón se contrae, duro, y comienza a latir como un loco.

Veo a Max morder el interior de su mejilla, su mandíbula se tensa con sus embestidas, como un animal. Golpea en mí, como si fuera incapaz de detenerse. Tomando el delicioso resplandor de mi orgasmo, me levanto a mí misma sobre mis codos y beso su boca, mi lengua se arrastra por su labio inferior.

Él gruñe, su cara refleja dolor, y sé que él está cerca. Lo alcanzo, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, presionando mis pechos contra él mientras empuja dentro de mí. Sus brazos se aprietan alrededor de mi espalda, tirando de mí aun más cerca. Jadeante y ronca le susurro al oído:

—Te sientes tan bien dentro de mí.

Su cuerpo se estremece violentamente. Él se queda quieto, echa la cabeza hacia atrás y ruge, saliéndose una fracción de segundo antes de que se derramara encima de mi estómago.

Sin condón. *Mierda*.

Estoy segura de que nos gustará discutir nuestro descuido más adelante, pero en este momento, los dos estamos semi-comatosos. Con los ojos cerrados, su pecho se mueve como si hubiera corrido un maratón. Sonando cansado, murmura:

—Ha sido tan bueno. Tan jodidamente bueno. —Abre sus ojos soñolientos para mirarme—. Eres increíble. Y punto aparte, creo que te amo.

Me río.

—No puedes declarar tu amor durante el sexo. —Sonriendo hacia él, añado—: Esas son las reglas.

Él se ríe fuerte y áspero. Con su polla apoyada en mi pubis, levanta la mano con la palma hacia arriba. Levanto mi mano y chocamos las palmas, nos reímos un largo rato de lo ridículo de la situación. Suspirando serenamente, se pone de pie y sale de mi habitación. Admiro su trasero por sólo un momento antes de que regrese con un paño. Entonces admiro su delantera. Él me limpia con mano suave antes de lanzar el paño en la papelera y subirse a mi cama, acomodándose contra mi espalda.

Estamos haciendo la cucharita.

Estoy haciendo la cucharita con Max Leokov. Y él está desnudo.

¿Podría conseguir algo mejor en la vida?

Un brazo se desliza alrededor de mi cintura mientras su mano libre masajea suavemente mi pecho.

—Así que, eso fue más o menos el mejor sexo de mi vida —admite, presionando suaves besos a mi hombro. Hago un sonido sin compromiso con la garganta. Me empuja, de repente sonando nervioso—. ¿Fue bueno... no? —Hago otro sonido sin compromiso, sabiendo que él está volviéndose prácticamente loco. Grito cuando muerde mi hombro y se jacta—: ¡Sé lo que estás haciendo! ¡Sé lo que intentas, mujer!

Me echo a reír.



—Está bien, está bien. Estaba tratando de asustarte. —Me vuelvo en sus brazos hacia él. Sus ojos sonrientes me mantienen cautiva—. Nunca lo he tenido mejor. —Me acurruco contra él, presionando mis labios en su garganta y hablo contra ella—. Me encantó. Cada segundo.

Las vibraciones de su garganta hacen cosquillas en mis labios.

—Bien, porque lo haremos de nuevo. Para siempre jamás, amén.

Para siempre.

Simplemente.

Esta mañana, me siento más ligera y más feliz de lo que he estado en mucho tiempo. Más de lo que puedo recordar. Así que cuando llego alegremente a trabajar, se pueden imaginar mi sorpresa cuando con una sombría mirada James me llama a su oficina y comienza la conversación con:

—Lo siento, Helena. Esto no va a funcionar.

Capítulo 28

Selena

Traducido por Leogranda, Ximena Vergara y AnnaTheBrave



—¿Q

ué? —pregunto, con la boca repentinamente seca.

James golpea su lapisero en su mesa, evitando mis ojos.

—Max me llamó anoche. Están saliendo. Es oficialmente un conflicto de intereses. El centro no puede apoyar tu trabajo con Ceecee.

Estoy sorprendida por la decepción que siento. Un frío temor se forma, dura piedra en mis entrañas. Alcanzo y froto distraídamente mi sien.

—Lo siento mucho, James. No planeé esto con Max, sólo sucedió.

James finalmente me mira.

—Él es el chico, ¿no es así?

Cuando no respondo, añade:

—Él fue el que no te vio. Fue Max, ¿no? —Sonrio tristemente, pero no digo una palabra. James suspira—. Ceecee lo está haciendo bien ahora. Está motivada, y creo que va a estar bien sin ti.

Amargura corre fría por mis venas.

Ella sólo está mejor debido a mí, y con el tiempo, la habría ayudado a estar estupenda.

Vayaaa. No tengo ni idea de dónde vino ese pensamiento. Sé que James trabaja duro con ella. Supongo que estoy celosa de la relación de trabajo que todavía tiene con ella que ya no se me permitirá tener.

Él levanta una ceja cuestionando.

—¿Qué? ¿Ni siquiera vas a pelear conmigo?

Dejo escapar un suspiro cansado.

—¿Ayudaría?

Sacudiendo la cabeza, pronuncia:

—Ni siquiera un poco.

Enojada, me levanto:

—Lo siento, James. Como he dicho, no vi venir esto.

A medida que doy un paso hacia la puerta, algo me detiene. Me vuelvo y agrego:

—Pero como la novia de Max, voy a estar viendo a Ceecee de manera regular. Estoy enseñándole a cocinar. Se lo prometí. También voy a estar supervisando sus sesiones en casa. Dime si tienes algún problema con esto, James. —Mi sangre

hierve—. Dime si tienes algún problema con esto y que tengo que romper las promesas que le hice a una niña de trece años con problemas de abandono.

En algún momento durante mi diatriba, una pequeña sonrisa se ha roto a través de la decepción de James.

—El centro no tiene nada en contra de las relaciones cliente/terapista, y basándonos en tu actual entusiasmo, no puedo ver que sea un problema que mantengas una estrecha amistad con Ceecee.

Se pone de pie y se acerca a la ventana, mirando hacia afuera.

—Y si tú, no sé, decides entrenarla en el mismo lugar y al mismo tiempo que Ceecee debería por casualidad ejercitarse, no puedo parar eso. —Se vuelve hacia mí y dice enfáticamente—: Yo sólo no tengo ese tipo de poder, por desgracia.

Estoy inmóvil. *¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?*

Parpadeando hacia el suelo, confirmo:

—Así que si yo fuera a, digamos, a hacer cardio en el parque, al mismo tiempo que Ceecee decidiera hacer cardio en el mismo parque, y resulta que nos encontramos, no estaría arriesgando mi trabajo.

James asiente lentamente.

—Como he dicho, yo no tengo ese tipo de poder.

Es en momentos como este cuando realmente desearía no haber accedido a no abrazar a James. Me muevo un paso fuera de su oficina, pero mientras lo hago, murmuro un silencioso:

—Gracias, James.

Su *“De nada”*, es tranquilo.

Me arrastro a mi escritorio y tomo asiento, mirando a la pantalla de mi ordenador. Cuando me doy cuenta de que todavía puedo entrenar con Ceecee, una sonrisa radiante se propaga a través de mi cara. Felicity salta y se sienta en mi escritorio. Miro hacia arriba para verla sonriendo hacia mí.

—Te dije que te notaría. Él sólo necesitaba verte en un ángulo diferente.

Ella se levanta y comienza a saltar alejándose.

—*¿The White Rabbit* este sábado?

Escribiendo la contraseña en mi ordenador, digo en voz alta:

—Estaré allí.

Yo no la veo, pero escucho su respuesta cantarina.

—¡Holla!

Nax

Cuando el ascensor se abre, camino por el pasillo luciendo una sonrisa que pensé que estaba enterrada en lo más profundo de mi interior. Resulta ser que Helena la había encontrado y sacado en contra de mi voluntad. Llevo el café a mis





labios mientras camino a mi oficina. Un Asher con mirada enfadada y una Nat con expresión severa están de pie junto a mi escritorio, obviamente esperándome. Mis ojos se ensanchan. No me gusta esto. Los saludo, vacilante.

—Hola, chicos, ¿cómo están?

Nat avanza unos pasos, cruzando sus brazos sobre su pecho. Está de pie y pregunta firmemente.

—¿Cuáles son tus intenciones con mi hermana?

Bueno, mierda. Y yo que pensaba que iba a ser una buena mañana.

Ash da dos pasos hacia adelante y se para junto a su esposa. La mira y dice:

—Yo me encargaré de esto. —Levanta su cara hacia la mía y frunce el ceño—. ¿Cuáles son tus intenciones con mi hermana?

Asher podía ser un chico escalofriante, si no habías crecido con él. Apoyo mi café en el borde del escritorio y respondo con una sonrisa.

—Me gusta.

La dura expresión de Nat se derrumba para mostrar su hermosa sonrisa:

—¿Lo hace?

Sonrío aún más y suspiro soñadoramente.

—Ella es increíble —lo digo en serio.

Pero Ash no se siente igual. Su mandíbula está tensa y sé que quiere darme un puñetazo en la tripa. Nat alza sus manos al aire un momento antes de saltar hacia mí. La atrapo en el último segundo. Su suave risa tintinea en mi oído.

—Oh, Dios mío, ¡esto es genial! Vendrán a California con nosotros en vacaciones y nos quedaremos en la casa de mis padres, y cuando se casen ¡seremos familia! No como la familia que somos ahora, ¡sino una familia real! —Nat se baja y arregla mi cuello sonriendo—. Ella será una gran madre. Siempre quiso niños. —Suspira dramáticamente y se gira hacia Ash—. ¿Puedes imaginar pequeños bebés MaLena corriendo por los alrededores?

Una mirada de confusión corre por la cara de Ash.

—¿MaLena?

Nat gira sus ojos como si él fuese estúpido.

—Max y Helena. Compréndelo, bebé.

¿Helena y yo casarnos? ¿Un pequeño bebé Max y Helena Junior? Mi corazón se acelera. Demonios, no. Justo cuando levantaba la mano para discutir su punto, Nik llega por la puerta de la oficina y apunta su mandíbula hacia Nat.

—¿Sobre qué está jadeando la señora loca?

Voy a responder, pero Nat me corta con felicidad.

—¡Max y Helena van a casarse y a tener bebés!

Los ojos de Nik se ensanchan cómicamente.

—¿Está embarazada? ¿Ya? —Sacude la cabeza—. Jesús, hombre. Seguro no vas jodiendo por ahí.



Eso es todo. Levanto una mano y comienzo.

—Wow, hombre. Ella no está embarazada. —Me giro hacia Nat—. Y no vamos a casarnos. —Enfrento a Ash—. Pero me gusta, y vamos despacio. Todo lo que estamos haciendo es salir. Todos necesitan relajarse.

Me odio a mí mismo por pensar en Maddy en este momento. Recuerdo como me sentí cuando nos dejó. Nunca oímos de ella de nuevo, pero escavé por información. Sinceramente deseé no haberlo hecho cuando descubrí que se había vuelto a casar y había tenido dos pequeños niños por su cuenta.

¿Cómo podía hacer eso? ¿Cómo podía vivir su vida como si no existiésemos? ¿Cómo si nunca hubiésemos existido?

Esto era por lo que normalmente no tenía citas. No podría soportar eso de nuevo. Casi me mata la primera vez. Me pregunté cuánto le tomaría a Helena darse cuenta que un hombre con un adolescente discapacitado no era lo que ella estaba buscando.

Por suerte, la cosa con Helena no era seria.

Sí, claro.

Por suerte estaba manteniendo los sentimientos lejos de esta relación.

Sigue diciéndote eso.

Por suerte no había riesgo de perder mi corazón de nuevo.

Ella ya está allí, hombre.

La expresión de Nat cae. Abre la boca para hablar, pero la cierra rápidamente. Se toma un minuto y lo intenta de nuevo. Cuando habla, lo hace calmada y precavidamente.

—El último novio real que Helena tuvo fue en la secundaria, y la lastimó, Max. La lastimó de tal manera que ella estaba asustada de salir con alguien. —Oír que algún idiota había lastimado a Helena me hizo querer abrir un agujero en la pared—. Hasta ahora. Realmente le gustas, Max. Puede negar cuánto, pero puedo verlo. Le gustas mucho. —Respira hondo y luego responde en un suspiro exhalado—. Por favor, no la lastimes.

¿Lastimarla? ¿Por qué nadie podía verlo? Ella tenía el poder de lastimarme. Y lo haría, cuando tuviera suficiente de mí. E incluso sabiendo eso, no podía dejarla ir. Estaría cerca tanto tiempo como ella me quisiera. Helena no podía amar a un chico como yo.

¿Quién quiere a una persona con medio corazón?

Envuelvo mi brazo alrededor de Nat y la abrazo.

—No voy a herirla. Lo prometo.

Sonriendo mientras se aleja, expresa:

—Es todo lo que pido. —Se endereza—. Está bien. Tengo que trabajar, pero los veo luego.

Besa a Ash en la boca y a mí en la mejilla, ~~luego a~~ de Nik, antes de irse.

Ash se gira hacia mí.



—Lo juro por Dios, hombre. Amo a esa mujer más que a mi propia vida, y ella ama a Helena más que la suya. La lastimas —me mira a los ojos para mostrarme cuan serios está siendo—, y te mataré.

Sin mirar atrás, deja mi oficina, y grito:

—Anotado.

Nik estaba junto a la puerta apoyado contra el marco.

—Tengo que admitir que me sorprendió lo de Helena, pero no tanto.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

Inclina la cabeza y levanta las cejas.

—Ella es hermosa, es divertida, tiene experiencia trabajando con niños como Ceecee y tiene un buen corazón. —Mi corazón se aprieta dolorosamente cuando añade—: Ella es todo lo que te mereces y más. —Se pone de pie, encogiendo los hombros ligeramente—. Así que dime por qué tienes miedo.

Mi hermano. Él lo ve todo.

Me siento en el borde de mi escritorio, para pensar en mi respuesta.

—No tengo miedo.

Nik se acerca a mi mesa y se sienta a mi lado. Él asiente con la cabeza ligeramente.

—Tienes miedo. —No sé qué decir, porque tiene razón. Tengo miedo.

El silencio dura sólo un momento antes de que Nik pronuncie:

—¿Recuerdas lo miserable que era antes de que Tina llegara?

Antes de que Tina llegara, Nik era un bastardo malhumorado, que sólo utilizaba a las mujeres para el sexo. Pero Tina no quería sexo. Quería amistad. Hasta entonces, Nik nunca había tenido un amigo que fuera una mujer. Nosotros lo jodíamos por eso, pero estoy agradecido por Tina. Ella le dio a Nik algo que nunca pensé que vería en mi vida. Ella le dio una razón para vivir.

—Sí, lo recuerdo.

Empuja mi hombro con el suyo.

—¿No quieras algo de lo que tenemos? Porque tú puedes tener eso. Tienes una mujer que podría darte eso, y ella está justo enfrente de ti.

Mi garganta se comprime por la emoción, y me odio a mí mismo por mostrar debilidad. Escondo mi barbilla y susurro tenso:

—No puedo hacerlo de nuevo, Nik.

Él asegura rotundamente:

—Sí, sí puedes. Una mujer así no te defraudará. Una mujer así te atrapará si te dejas caer. Una mujer como Helena es difícil de encontrar, pero fácil de mantener si no la tratas bien. —Hace una pausa un momento antes de afirmar—. Ella no es Maddy.

Murmuro:

—Sí, bueno pensé que Maddy era ~~todas~~ esas cosas que acabas de decir, así que supongo que no soy el mejor juez de carácter.



Un sonido profundo se le escapa.

—Amigo, sé que no te acuerdas de las cosas de la manera en que yo lo hago, así que aquí va. Voy a soltarlo, si deseas escucharlo como si no. —Él se desliza fuera de la mesa para estar delante de mí—. Maddy era una perra quejumbrosa. Ella siempre lo fue....

Mi cabeza se levanta sorprendida.

—¿Qué?

Nik suspira.

—Sé que cuando estás enamorado se ve lo mejor de una persona, pero yo no estaba enamorado de ella. Joder, apenas me gustaba en el mejor de sus días. Así que voy a decirte todo ahora después de trece años, por qué Maddy nunca fue lo suficientemente buena para ti.

Sentado allí conmocionado, lo único que puedo hacer es escuchar cuando empieza.

—La primera vez que me dijiste que estabas enamorado, aposté por ti. Quiero decir, no es que todos los días tu joven hermano llegue para decirte que ha conocido a alguien. Pasé toda la noche hablando contigo, te pedí que la trajeras para que pudiéramos conocerla. Recuerdo lo emocionado que estaba por ti. Al día siguiente, volviste a casa con el aspecto de alguien que encontró mierda en sus cereales, porque Maddy no estaba dispuesta a decirle a la gente acerca de ti. —Él me mira a los ojos—. Esa fue su primera falla. Ella actuó como si estuviera avergonzada de ti.

Mis cejas arrugan.

—No fue así. Quería asegurarse de que estaba con ella antes de decírselo a sus padres acerca de nosotros.

Nik cierra los ojos.

—¿Ah sí? ¿La detuviste de decírselo a sus amigos? Maldición, sabes que les contaste a todos acerca de ella, si ella no lo hubiera dicho tú tampoco lo harías. Quiero decir, vamos. Hablaban por teléfono durante meses y le declaraste tu amor en centenares de ocasiones.

Nunca lo vi así.

—Bueno, supongo. Fue hace mucho tiempo.

Él levanta una mano.

—En segundo lugar, cuando ustedes estaban saliendo y llegaba la madre de ella, siempre tenía una excusa para explicar que no podía ir a comer con nosotros porque ya lo había hecho, y su madre era cómplice. Era grosera. Así que ella se sentaba allí como una imbécil mirando a todo el mundo comer, y luego se quejaba para que la llevaras a casa, cuando en realidad, sólo no quería estar cerca de nosotros. A ella no le gustábamos, y tú siempre la defendías.

Niego con la cabeza.

—No es que a ella no le gustaran; es ~~sólo~~ que su familia era diferente a la nuestra, ¿sabes? No eran habladores ~~como~~ nosotros. ~~Ellos~~ eran gente de buena posición.



Nik se queda boquiabierto antes mi afirmación.

—¡Todavía estás dando la cara por ella!

Me estremezco en cuanto me doy cuenta de que lo estoy haciendo.

—Lo siento, hermano. Supongo que los viejos hábitos tardan en morir.

Su rostro se calma un poco.

—Lo último que recuerdo, y nunca la perdonaré por esto, fue cuando se quedó embarazada... —sus ojos se cierran con tristeza—... y te culpó por ello. Te dijo que estabas tratando de atraparla, para evitar que te dejara, y que querías que nunca fuera a la universidad. Ella te odiaba por eso. Estaba resentida. Pero estabas tan malditamente enamorado de ella, que no podías ver a través de la luz del sol que brilla fuera de su culo.

Me tranquilizo. Cada cosa que dice es cierta. Ella me hizo sentir culpable por haberla embarazado. Ella me culpó por no comprarle la píldora. No quería a Ceecee. Nunca lo hizo.

Nik pronuncia en voz baja.

—Lo siento, hermano, pero esa es la verdad. —Me pone una mano en el hombro como un gesto fraternal de apoyo—. De acuerdo con Maddy, tú nunca fuiste lo suficientemente bueno para ella. —Me aprieta el hombro y luego sale cerrando la puerta detrás de él.

No reacciono durante mucho tiempo. Pasa un largo minuto antes de alcanzar el otro lado de la mesa con mano temblorosa y levantar mi taza de café. Aprieto los dientes y la agarro con fuerza antes de lanzarla al otro lado de la habitación. Observo como golpea la pared, rompiéndose en pedazos y salpicando café a través de la superficie blanca.

Respirando con dificultad, mi cuerpo tiembla con una rabia incontrolable.

Jadeante, susurro un tembloroso:

—Te odio, Maddy.

Helena

Mi cuerpo pica. Me rasco distraídamente en el pecho mientras mi pierna rebota bajo el escritorio. Estoy con síndrome de abstinencia. Me estiro a través de la mesa, tomo mi teléfono y escribo rápidamente.

Yo: Discúlpeme, oh portador de muchos orgasmos, ¡necesito que pongas el glaseado a la torta! Necesito pastelitos... ¿entiendes?

Su respuesta viene inmediatamente.

Max: Pastelitos, pensaba que yo era todo el azúcar que necesitabas.

No puedo dejar de reír. Imbécil.

Yo: Aunque tú eres deliciosamente mágico, esto no es una broma. Estoy teniendo síntomas de abstinencia. Me pica, tengo enrojecimiento, y estoy de mal humor. Tú no quieres que yo esté de mal humor con mis clientes, ¿verdad?



Un minuto más tarde, mi teléfono repica.

Max: Definitivamente no te quiero de mal humor, cariño. Voy a hacer la llamada. Dame una media hora.

Mi corazón se hincha cuando me llama cariño. Entonces taconeo, aplaudo, y silenciosamente chillo.

Yo: ¡Podría besarte ahora mismo!

Un momento después, mi teléfono vibra en mi mano.

Max: Bebé, quiero más que tus labios.

Finjo un desmayo dejando caer mi cabeza en mi escritorio con un ruido sordo. Después de que el palpitar entre mis piernas se calma, levanto mi cabeza y escribo una respuesta.

Yo: ¡Estoy en el trabajo! ¡No puedes ser sexy mientras estoy trabajando!

Debí haber adivinado su respuesta antes de que llegara.

Max: Claro que puedo. X

Escribo los informes sobre mis clientes con una sonrisa en mi cara. El tiempo pasa rápidamente, y antes de darme cuenta, he terminado. Sentada en mi silla, alcanzo la parte de atrás de mi hombro rígido y lo masajeo.

Supongo que tener relaciones sexuales después de tanto tiempo es difícil para los músculos. Un par de manos varoniles aterrizan sobre mis hombros y empiezan a masajear. Un gemido se me escapa.

—Oh sí.

Unos labios tocan mi oreja y susurra:

—Creo que te he oído decir eso antes. —Mis ojos se abren de golpe, pero el susurro continúa—: Pero era más como “Oh sí, más” y “Oh sí, así”.

Me relajo de nuevo contra él y le pregunto a través de una sonrisa:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Trato de no hacer pucheros por la pérdida de sus manos en mí, me pongo de pie y me giro hacia él. Max me sonríe, está lo suficientemente bueno como para comérselo en esos jeans oscuros, esa camiseta gris de manga larga enrollada hasta los codos, y zapatillas blancas. También tiene en sus manos una caja.

Una gran caja rosa y blanca.

Mi corazón salta en un latido. Le pregunto conmocionada:

—¡¿Tú no...?! —Le arrebato la caja, la pongo en mi escritorio y la abro para encontrar una docena de bonitas magdalenas acomodadas allí, esperando a ser degustadas. Me doy la vuelta y balbuceo—: P-pero, ¿por qué?

Levanta la mano y pasa su pulgar por mi mejilla.

—Porque eres increíble. Porque eres divertida y dulce. Y porque te mereces un subidón de azúcar.

En mi corazón se acumula todo lo que ~~siento~~. Ni siquiera me importa si estoy en el trabajo. Doy tres pasos más hacia él, levanto mis manos para ahuecar sus

mejillas, y acercar su boca a la mía, plantando besos suaves y húmedos sobre sus labios carnosos.

—Gracias, cariño.

Quita mis manos de sus mejillas y me lleva con él alejándose. Levanta mis manos a su boca y con ternura besa los nudillos de cada mano.

—Tengo que volver al trabajo. —Caminando hacia atrás, pregunta—: Vendrás a cocinas con Ceecee mañana, ¿no?

Me encojo de hombros, sabiendo que nunca me podría negar.

—Claro.

Él me guiña el ojo antes de girarse y correr hacia la puerta. Me siento de nuevo en mi escritorio, sonriendo, y con los ojos en la caja abierta de cupcakes, mi hambre repentina por torta se disipa.

Mi sonrisa se desvanece. Max estaba en lo cierto.

Él es todo el azúcar que necesito.

Y eso asusta, como la mierda.



Capítulo 29

Selena

Traducido por Leogranda y Aylinachan

Con Felicity tirando de mi cabello para hacer una trenza delgada de lado, mi cara se frunce y uno de mis ojos se cierra por el dolor.

—Ow, mierdecilla —silbo una respiración a través de mis dientes—.
Eso duele.

La alta rubia, simplemente sonríe cruelmente.

—La belleza es dolor, cara de culo.

Hoy es sábado, y nos estamos preparando para ir a The White Rabbit. La semana pasó bastante rápido, trabajando durante el día y luego cuatro de las cinco noches había estado con Max, pasando el rato, cocinando con Ceecee, y comiendo como un cerdo. No fui la noche anterior, a pesar de que él me lo pidió. Sentí que Max y Ceecee necesitaban tiempo para ellos mismos, así que le puse a Max una tarea. Le dije que comprara todas las cosas para hacer helado y tener a Ceecee haciendo banana splits para ambos.

Más tarde esa noche, recibí un mensaje con una foto de Max y Ceecee sonriendo a la cámara, ambos rostros cubiertos con helado y salsa de chocolate. Era adorable, y de repente deseé haber estado allí.

Mi teléfono vibra en mi mano y lo levanto, comprobando la pantalla.

Max: Tres horas más para ver tu hermosa sonrisa.

Una sonrisa gigante estalla en mi cara, tan gigante que mis mejillas duelen. He estado recibiendo estos durante cinco horas ahora. Cada hora en punto. El primero dijo:

Siete horas hasta besar tu boca de miel.

El segundo dijo:

Seis horas hasta ver tus bonitos ojos verdes.

El tercero dijo:

Cinco horas hasta apretar tu culo sexy.

Y el cuarto, dijo:

Cuatro horas hasta envolver mis brazos a tu alrededor. Y cuando lo haga, no voy a dejarte ir.

Es seguro decir que el hombre sabe cómo hacer que una mujer se sienta especial. También es seguro decir que mi corazón no está a salvo cuando se trata de Max. Se está convirtiendo en mucho más que una distracción de lo que





imaginaba. Él no quiere verme de vez en cuando. Quiere verme todos los días. Y cuando le digo que no lo puedo ver, pone mala cara.

Es tan malditamente lindo que me duele el corazón.

No estoy segura de qué está pasando entre nosotros, pero se siente real. Al igual que una relación real. Ni siquiera es acerca del sexo. Las últimas tres noches que había estado allí, todo lo que hicimos fue besarnos, abrazarnos, y hablar en el sofá después de que Ceecee se hubiera ido a dormir.

Estoy tan confundida sobre el papel que se supone estoy interpretando. En realidad, ya no parece un papel. Max fue el que me dijo que no podía darme todo de él, pero se siente como que él está dándome hasta el último pedazo. Él está cavando un lugar en mi corazón, justo al lado del lugar reservado para Ceecee, y lo que es más alarmante es que los quiero allí.

Felicity tira de mi pelo otra vez y mi boca se redondea al tiempo con mis ojos.

—¡Ay, perra! ¡Lo hiciste a propósito!

El reflejo de sus ojos duros en el espejo.

—He vivido aquí toda mi vida y no he podido encontrar un hombre que quiera una relación seria. Has estado aquí un mes, un maldito mes, y lo has conseguido —Ella pone mala cara en el espejo—. No es justo.

Me burlo.

—Max y yo estamos tomando las cosas con calma. Incluso puede que no funcione, Flick.

Él cuenta con ello, en realidad.

Ella rueda los ojos.

—Él ha estado enviándote mensajes durante todo el día acerca de lo mucho que no puede esperar para verte. Te trae cupcakes al trabajo y quiere que su hija te conozca. Creo que esto es más serio de lo que ambos se dan cuenta. Él es súper dulce contigo, y ¡ya ni siquiera coquetea!

—*Él no lo hace?*

Pregunto, sorprendida:

—*Él no lo hace?*

Sus cejas se levantan y niega con la cabeza lentamente.

—Nop. Bueno, no conmigo de todos modos. No lo he visto coquetear con Willa tampoco. Caray, no lo he visto coquetear con nadie. —Sus cejas se estrechan—. ¿Sabes qué? Tal vez lo miraremos un rato esta noche. Ver lo que hace. Porque juro por Dios, la mujer que haga que Max Leokov deje de coquetear... —inclina su cabeza hacia un lado—... ella es la elegida.

Mi corazón se anima al mismo tiempo que mi cerebro estalla como una gran frambuesa. Suspiro.

—Estas delirando. Clínicamente loca. Necesitas ver a alguien acerca de eso.

Felicity se ríe.

—Tienes suerte de que me gustes. Una sonrisa irónica sigue a su risa—. Además, te compré un vestido para que uses esta noche, y —mi fuerte gemido de

desaprobación es ignorado cuando habla más alto, por encima de mí—, vas a llevarlo puesto esta noche.

Y aquí viene el lloriqueo.

—Ya te dije que no me gusta usar vestidos. —Enderezándome en mi silla, cruzo los brazos sobre mí—. No, no voy a ponérmelo.

Felicity sale de la habitación, diciendo de nuevo:

—Creo que podrías cambiar de opinión —cuando vuelve a entrar en mi habitación, no puedo contener mi jadeo cuando agrega—, cuando lo veas.

En sus manos esta uno de los vestidos más espectaculares que he visto en mi vida. Es completamente negro, sin mangas con un escote joya, viene a medio muslo, y tiene una pequeña falda con volantes alrededor de la cintura, por lo que es fácil de ocultar una pequeña barriguita si tienes una. Las costuras de todo el vestido son de un color mostaza amarillento.

Inmediatamente me encanta. Pero todavía no puedo usarlo.

—Es magnífico, Felicity. Y lo amo. Realmente lo hago. Pero... —miro a sus ojos, suplicando—, pero no puedo usarlo.

Su cara se cae.

—Bueno. Está bien. —Suspira, pasando su mano por el vestido—. Quiero decir, a quién le importa si me fui al centro para encontrar un vestido sexy para que lo usaras para tu nuevo hombre. Tú no vas a ponértelo. Debería haber sido más cuidadosa. Pero podrías por lo menos probártelo, ¿sabes? Para mí. —Me da ojos de cachorro y parpadea sus pestañas ridículamente largas.

Le ruedo mis ojos a sus travesuras y le arrebato el vestido de sus manos.

—Bien, pero sólo para ti. Y una vez que me lo pruebe, salgo de ello.

Felicity aplaude y sonríe.

—¡Sí! ¡Bien! Trae tu trasero de vuelta aquí.

Una vez en el baño, me cambio de mis pantalones de yoga y una camiseta, y me deslizo en el vestido. Me quedo boquiabierta con mi reflejo.

Es perfecto.

Se ve perfecto en mí.

Nunca he querido llevar un vestido tanto como quiero usar éste. Al salir del baño, camino de vuelta a mi habitación y Felicity chilla:

—¡Oh mi Dios! Es una preciosidad. Quiero decir, estás preciosa. Me encanta. Te queda totalmente.

Ella está parada detrás de mí, cerrándome la cremallera. Murmuro:

—Yo-um... No sé. ¿No crees que me veo un poco demasiado extravagante?

—Te ves la cantidad justa de extravagante. Te juro que es como si estuviera hecho para ti. Tan pronto como lo vi, lo supe. Me costó un poco, pero sabía que tenía que conseguirlo para ti. Estaba en el escaparate de una tienda llamada Lena.

—Ella se encoge de hombros ligeramente—. Fue, como, una señal o algo así.

De repente insegura, me abrazo.





—Todavía no estoy segura.

Felicity deja escapar un suspiro de exasperación.

—Estoy consiguiendo una segunda opinión. —Entonces se aleja. Escucho la puerta abrirse, y luego regresa con Nat a rastras.

Nat me mira boquiabierta, caminando a mi alrededor, balbucea:

—P-pero, ¿cómo? —Se vuelve hacia Felicity—. ¿Cómo demonios conseguiste que se ponga esto?

Felicity lleva una sonrisa de suficiencia.

—La culpa.

Los ojos de Nat se ensanchan mientras chasquea los dedos y silba.

—¡La culpa! ¡Por supuesto! —murmura—. Yo solía amenazarla con lesiones corporales graves. —Niega con la cabeza—. Nunca funcionó.

Pregunto a Nat con cautela:

—¿Cómo me veo?

De repente se ve aburrida y resopla.

—Te ves bien.

Conozco a mi hermana lo suficientemente bien como para saber si está bromeando, me veo ardientemente sexy. Sonriendo, me dirijo a Flick y declaro:

—Está bien. Voy a usarlo.

Nat sonríe y dice con una risita:

—Dios mío, Max va a tener un ataque.

Mi sonrisa se cae mientras mi estómago se anuda.

—¿No crees que le gustará?

Ella hace un ruido de disgusto.

—No, imbécil, le va a encantar. —Camina fuera de mi apartamento, pero añade con un grito—: Por desgracia para él, también le gustará a los otros chicos de allí. —Antes de que entre en su propio apartamento, se ríe a carcajadas maniáticamente.

Oh.

Felicity sonríe, asintiendo hacia mí inteligentemente.

—Oh sí. Hora de ponerlo Flirtzilla.

Ruedo mis ojos a ello, pero lo hago sonriendo. *¿Max celoso?* Mataría por ver eso.

Mi teléfono zumba en el tocador.

Max: Dos horas hasta escuchar tu dulce voz.

Mi corazón late más rápido mientras una calidez serena fluye a través de mí.

Oh hermano.

Estoy jodidamente condenada.

Helena

Tan pronto como llegamos al club, mi estómago se hunde de la emoción de ver a Max. Estoy bastante segura de que no estoy hecha para sentir esto. B-rock nos saluda y nos deja entrar. Nos tomamos de la mano, nadando a través de la multitud de personas. Esta bastante malditamente lleno ya, y son sólo las nueve cuarenta y cinco. Normalmente, el lugar estaría muerto hasta las diez. Tan pronto como llegamos a la parte inferior de las escaleras a la zona VIP, la nueva, Alice tímida está allí, con los ojos firmemente fijos en el suelo. Felicity habla primero.

—Hola. Helena Kovac y amiga.

Alice tímida tartamudea:

—Por s-s-supuesto. P-p-por favor, vayan arriba a la derecha. —Alcanza y desabrocha la cuerda de terciopelo, pero cuando ella lo hace, obtengo un buen vistazo de su rostro.

Y todavía sorprendida murmuro.

—¿Willa?

Alice tímida se encoge.

—No. Lo siento.

Felicity me mira con curiosidad en sus ojos. Da un paso más cerca de la nueva Alice y se agacha para mirar en sus ojos. Los ojos de Flick se ensanchan con sorpresa cuando casi le grita a nuestra compañera de trabajo.

—¡Santa mierda, chica! ¡Tienes algunas explicaciones que dar!

Willa se encoge, una vez más, volviendo la cara hacia arriba para mirarnos. Sus ojos se mueven de lado a lado.

—Por favor, no puedes decirle a nadie que estoy trabajando aquí. Por favor. —Ella está en serio en pánico.

Colocando un brazo en el suyo con comodidad, pronuncio:

—Oye, no vamos a decirle a nadie. ¿Ciento, Flick?

Felicity sonríe suavemente.

—No es mi asunto para contar, Willa.

Willa se desploma visiblemente.

—Oh, gracias a Dios. No quiero que Whit lo sepa. Yo no... —baja la voz—... no quiero que me vea vestida así.

Miro hacia el traje sexy de Alicia en el país de las maravillas que lleva. La falda es más corta que una mini, con medias de red de encaje blanco y ligas debajo. Sus pies están adornados por unos tacones blancos ridículamente altos Mary-Jane. Lleva una peluca rubia blanca con un lazo de color azul claro, y lápiz labial rojo brillante. Y se ve sexy.

Sonrío hacia ella.





—Willa, ¿te has visto a ti misma? ¿Te diste una buena mirada en el espejo antes de venir?

Ella se ve incómoda.

—Por supuesto que lo hice. Sé lo que parezco.

Estoy confundida hasta que ella añade:

—Me veo como una vagabunda. Es impropio para una dama vestir así. Pero estoy desesperada. Necesito el dinero.

Felicity se atraganta con una risa antes de preguntar:

—¿Crees que Helena se ve como una vagabunda esta noche?

El rostro de Willa palidece.

—¡Oh, cielos, no!

Felicity se vuelve en el acto.

—¿Qué hay de mí?

De repente se ve melancólica.

—No. Están preciosas. Ambas.

Doy un paso por la escalera. Mientras, le digo:

—Estas sexy vistiendo eso, y si James te viera, no creo que fuera capaz de mantener sus manos lejos de ti.

Sigo bajando la escalera, pero escucho a Felicity agregar:

—Yo nunca he visto que estuvieras mejor, cariño. Diviértete esta noche. Y no te preocupes, guardaremos el secreto.

Al llegar a la parte superior de las escaleras, miro hacia abajo para encontrar a Willa mordiéndose el labio con una tímida sonrisa.

Misión cumplida.

Llegamos a la caseta para encontrar una pobre, embarazada y enorme Tina sentada con sus zapatos ya quitados, apoyando los pies en un taburete que uno de los chicos debe haber traído para ella. Está hablando con Nat, Isa y Leti mientras se frota el vientre. Mimi, Lola y María hablan tomando una copa en el bar VIP. Los únicos chicos a la vista son Nik y Trick, de pie junto a la caseta.

Los sábados por la noche son normalmente mucho más relajados para ellos. Ash estará en la sala de seguridad, mientras que Max se asegura de que los clientes se mantengan felices.

—Hola, chicos —saludo cuando Felicity y yo nos sentamos frente a Tina.

Ella no parece feliz.

—Hola.

Frunzo el ceño. El que hizo que Tina se sienta mal va a recibir bofetadas. Se necesita mucho para molestar a Tina. Simplemente no lo hagas.

—¿Qué va mal?

Nik suspira.





—Tina estaba usando el baño de abajo y vio a mujeres tomando drogas allí. Está molesta porque alguien trajo esas cosas al club.

Eso es comprensible. Levanto la vista hacia Nik.

—¿No puedes hacer algo al respecto?

Se encoge de hombros.

—No puedo entrar en los cuartos de baño de las señoras. Tendría que contratar a un miembro femenino para controlar esa zona. Y no estoy seguro de si valdría la pena pagar para hacer eso.

Felicity arrugó la cara pensando.

—¿No puede hacerlo Max? Simplemente que se quede junto a la puerta.

Nik niega con la cabeza.

—Él hace un montón en la primera planta. Nos hace falta allí. Además, ¿qué podría hacer junto a la puerta? Sería desperdiciar su talento.

Levanto mi mano.

—Yo lo haré.

Tina parpadea.

—¿Harías eso?

Encojo los hombros ligeramente.

—Claro.

Nik me mira por un momento, parece estar pensándolo seriamente.

—No sé. Lo siento, nena. No pareces suficientemente agresiva.

Nat sonríe.

—Oh, ella es bien agresiva. —Se aclara la garganta—. Por ejemplo, podría hablarte de un pequeño cartel que guarda en...

Antes de que siquiera termine la frase, me tiro encima de la mesa, luchando con Nat. Aprieto los dientes mientras la envuelvo en una llave.

—¡Di una palabra más y estás muerta!

Nat ahoga una risa.

—¡Mira! —Aprieto mi agarre un poco más y se carcajea—. ¡Vete a la mierda, perra!

Desde algún lugar detrás de mí, Lola canturrea:

—Helena, ¡puedo ver tu ropa interior!

Trick murmura encandilado:

—No se ven muchas mujeres usando ese tipo de ropa interior.

Entonces le oigo:

—Hombre, lo mismo digo.

Oigo a Ash quejarse:

—¿Cuando has visto tú su ropa interior?



Max responde sin pensar:

—La he visto en varias ocasiones.

Tan pronto como me aparto de Nat, miro hacia arriba a tiempo para ver a Ash abalanzarse sobre Max, atrapándolo. Ash dice entre dientes:

—¡Voy a patearte el culo!

Pero Max dice divertido medio ahogándose:

—¡Valió la pena!

Ash lanza a Max lejos.

—Tú no vales la pena.

Mientras Nat me ayuda a levantarme. Nik pregunta:

—¿Dices en serio lo de trabajar aquí?

Max pregunta sorprendido:

—¿Qué?

Asiento con la cabeza, jadeando por el esfuerzo. Ahogar a tu hermana es un trabajo duro.

—Sí, necesito el dinero.

Max pregunta confundido.

—¿Necesitas el dinero?

Nik asiente, sonriendo.

—Estás contratada. —Toma la insignia negra de alrededor de su cuello y la coloca alrededor del mío—. No creo que necesites orientación. Tu sueldo es de treinta y seis la hora y vas a trabajar cuatro horas por la noche, sólo los sábados, por ahora. ¿Qué te parece?

Estoy asombrada.

—Entendido.

Max se pone delante de mí, mirándome molesto.

—¿Necesitas dinero y no me lo dijiste?

Entorno los ojos.

—Por supuesto que necesito dinero. Soy una humana que vive en Nueva York. —Frunzo mis cejas mirándolo—. ¿A qué viene esa actitud? Pensaba que iba a ser besada, abrazada y estrujada y todas esas cosas.

Su rostro se suaviza.

—Ven aquí. —Camino hacia sus brazos abiertos, rodeándolo con mis brazos y él me aprieta fuerte, pasando una mano hacia arriba y hacia abajo por mi espalda. Enterrando su nariz en mi cuello, murmura—: Este vestido.

Sonrío, preguntando inocentemente:

—¿Qué pasa con él?

Mordisquea mi cuello.





—Me estás matando, pastelito. Tengo que trabajar, mientras tú usas esto. Jodida tortura.

Mimi resopla:

—Primero, no te gusta, ¡y ahora no puedes apartar tus manos de él!

Max levanta la cabeza de mi cuello, captura mi boca en un beso firme antes de girarme en sus brazos para dejarme frente a la multitud. Lola nos sonríe y dice con admiración.

—¡Ustedes! Adorable, lo juro. —Jugando con su popote, dice con curiosidad— : Vamos, Helena. Dinos por qué no te gustaba Max. Me muero por saberlo.

Max gruñe:

—Tú no eres la única. —Le doy un codazo en el estómago. Él se estremece y deja escapar un indignado—: ¿Qué?

Abro la boca para negárselo, pero Felicity ya está ahí. Se ríe a carcajadas.

—Oh hombre. Es un bobo.

Nat jadea.

—¿Lo sabes? —Se vuelve hacia mí—. ¿Por qué ella lo sabe? Nunca me lo dijiste.

Abro la boca para hablar por segunda vez, pero es demasiado tarde. Felicity profiere:

—Bueno, todo ocurrió en tu boda. Me sorprende que no lo sepas.

Me inclino hacia Flick y siseo:

—¡Cállate!

Max me cubre la boca con la mano, instándola a seguir.

—¡No, no! No pares. ¡Quiero saberlo!

Así que empieza:

—Bueno, Helena tenía puesto el ojo en Max desde la primera vez que lo vió.

Mis mejillas se calientan y hundo mi barbilla para luchar contra mi vergüenza. Max me pregunta en voz baja:

—¿Es eso cierto?

Me encojo de hombros ligeramente, no estoy dispuesta a responder. Felicity continúa:

—Y es una boda. Vamos, que las chicas saben de lo que estoy hablando, ¿verdad?

Todas las chicas ponen una mirada de complicidad en sus rostros, asintiendo con la cabeza y sonriendo con picardía. Somos mujeres. Las bodas nos emocionan. Emocionan y calientan. No sé por qué, pero esas son las reglas. Mi mente se estremece.

¡Ahora estas incluso hablando como él!

Antes de que pueda detenerla, Felicity continúa:



—Así que Helena estaba lista para hacer un movimiento hacia nuestro guapo Max. Ella lo está mirando toda la noche mientras coquetea con todo el mundo y en un momento, consigue el valor suficiente para pedirle que tome una copa con ella. Y lo hace. —Se vuelve hacia Max, sacudiendo la cabeza hacia él—. Y ni siquiera levantó la vista del teléfono. De hecho, la ignora por completo.

Las chicas se quedan boquiabiertas. Los brazos de Max se aprietan a mi alrededor.

Tina se ve triste.

—Max, no lo hiciste.

Pero antes de que Max pueda decir nada, ella finaliza.

—Oh, lo hizo. Y eso no es lo peor. Después de ni mirarla, la despachó. —Hace una pausa para lograr un efecto antes de seguir—. ¡Entonces llamó a Helen!

Las chicas jadean con disgusto mientras los hombres hacen por lo bajo sonidos de desconcierto.

Oh sí.

Esta noche apesta.

Capítulo 30

Max

Traducido por Jane'

Mi estómago se hunde. ¡No hice eso!... *¿verdad?*
 Dejo escapar un largo suspiro. Lo más probable es que lo hiciera. Lastimé a Helena. Maldición.
 Pero, maldita sea, voy a compensarlo de alguna manera.

Helena

Nat se inclina con una mirada enojada y golpea la pierna de Max, murmurando:

—Imbécil.

Al mismo tiempo, Nik abofetea a Max en la parte trasera de la cabeza, murmurando airadamente “estúpido”.

Max me aprieta firmemente, defendiéndose.

—¡No recuerdo eso! ¡Lo juro! —Él mira a Nik—. *¿Crees que si Helena se hubiera arrojado sobre mí, diría que no?* —Nik hace un ruido evasivo en su garganta, mirando a su hermano con desprecio.

Arrugo mi nariz.

—*¿Me estás llamando mentirosa?*

Max me gira en sus brazos.

—No, no lo hago, nena. Sólo digo que no recuerdo que eso sucediera. —Él deja caer la cabeza, sacudiéndola ligeramente—. No me extraña que me odiaras. Me hubiera odiado también. —Levanta la mirada, sus ojos dorados son sinceros—. Lo siento, pastelito. Nunca quise hacerte daño.

Y con eso se me ha olvidado todo. Se ve realmente avergonzado. Llego hasta su mejilla.

—Lo sé. Ahora. Y se ha acabado. Estamos bien. Lo prometo.

Se inclina hacia mi tacto, los ojos cerrados. Después de un momento, él se queja:

—*¿Estás jodidamente bromeando?* —Cuando abre los ojos, se ve afligido—. *¿Podría haberte tenido hace tantos meses y lo arruiné?* —Él se queja de nuevo, medio sollozando—. Dios, soy un imbécil.

Riendo, me pongo de puntillas, dejando un beso en sus labios.





—Sí, bueno, sufre. —Me giro para enfrentar a Nik—. Voy a revisar el baño de mujeres. ¿Qué hago si hay personas allí haciendo cosas desagradables?

Nik toma su comunicador de su cinturón y me lo da.

—Sólo tienes que llamar. La seguridad estará justo en la puerta esperando. No te les acerques. No estás entrenada para eso, y como empleada, podrías hacer que nos demandaran. Si encuentras que te gusta el trabajo, haré que Ghost te lleve a un curso corto de seguridad y control de multitud.

Asiento, sonriendo.

—Genial. Y entendido. Sin tocar.

Felicity camina conmigo, quedándose en la barra mientras camino hacia el baño. Está vacío, y estoy bien con eso, porque realmente necesito hacer pis. Me detengo y lo hago, tiro de la cadena y voy a abrir la puerta, pero cuando lo hago, tres mujeres entran. Me asomo por la rendija de la puerta. No puedo ver todo, pero puedo ver lo suficiente.

—Las opciones son escasas esta noche —murmura una pequeña morena.

La morena más alta gime:

—¿Dónde están todas las bellezas? Realmente tengo que echar un polvo.

Cuando la tercera mujer habla, reacciono. Reacciono, porque conozco esa voz. La alta y delgada pelirroja profiere:

—Oh, por favor. Ninguno de los hombres aquí son lo suficientemente buenos para mirarme siquiera.

La pelirroja es Portia. Niego con la cabeza ante su comentario. Dijo mírame, no mirarnos. Sus pobres amigas.

La morena más pequeña sonríe.

—Estás herida porque ese chico que trabaja aquí te rechazó.

La morena más alta pregunta:

—¿A quién le importa si tiene novia? Todavía me lo habría follado.

Portia se burla:

—La novia demuestra su gusto. No lo quiero, si decide estar con una mujer así. Obviamente tiene bajos estándares.

¡Puto topo! Me muerdo la lengua y hago una bola con mi puño en un esfuerzo para no salir y mostrarle una cosa o dos acerca de los modales.

La pequeña morena sonríe.

—Pero es rico.

Portia se detiene.

—Bueno, está eso. Y sería agradable a la vista, por un tiempo al menos. Sin embargo, para tratar con él, tendría que lidiar con su hija también.

Mi corazón se acelera mientras mi enojo retuerce mis entrañas.

La morena alta le pregunta:

—¿Qué hay de malo en eso?



Portia hace una mueca, su labio se encrespa.

—No lo sé. Es retardada o alguna mierda.

No sé cómo sucede, pero la puerta se abre y de repente estoy encima de Portia, arañando su cara mientras tiro de su pelo. Mientras chilla, siseo:

—¡Jodida perra! ¡Maldita puta! ¡Es sólo una niña!

Portia grita hacia fuera:

—¡Traigan a seguridad!

Entonces, estamos solas. La arrojo al suelo, poniéndome de pie. Jadeante, mi cuerpo tiembla de rabia. El interior de mi boca sabe a óxido metálico y sé que estoy sangrando. Miro la cara roja marcada de una Portia conmocionada y pronuncio un silencioso:

—Eres repugnante. No eres más que una cerda.

Las puertas del baño se abren de golpe. Nik, Max, y Aser todos se apresuran a verme sobre Portia.

Max me mira con confusión.

—¿Qué demonios?

Portia los mira y grita:

—¡Ella me atacó!

No puedo decir nada. Si le digo, estará devastado.

Nik suspira.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Una pelea de perras? Jodido infierno, Helena.

Ash mira hacia mi cuerpo temblando y dice:

—Algo ha pasado.

Siempre lo sabe.

Miro a Max y entonces a Nik.

—Lo siento. —Salgo del baño y de alguna manera termino en el piso de arriba.

Cuando Nat me mira, soniente, su cara se convierte en conmoción. Se levanta y corre hacia mí, viendo mi cuerpo.

—¿Qué pasó? ¡Lena, dime lo que pasó!

Pero no puedo. Me acerca a la barra, sentándose en un taburete, y un vaso de agua aparece en frente de mí. Nik se dirige hacia nosotras, viéndose enfadado con E mayúscula.

—No puedo creerlo. ¡Le pegaste! ¡Después de que específicamente te dije que no tocaras a nadie!

Max viene detrás de él.

—Cállate, Nik. —Se arrodilla delante de mí, mirándome a los ojos—. ¿Qué pasó, pastelito? —No contesto, por lo que pregunta—. ¿Te golpeó? ¿Qué pasó?

Nik pone los ojos.



—Ella te enrolló y te enamoraste de ella. Te das cuenta de que está planeando llevarnos a los tribunales, ¿verdad? —Él aprieta los dientes y ruge—. ¡Joder!

Nat fulmina con la mirada a Nik.

—¡No te atreves, Nikolai! ¡Mi hermana no hubiera tocado a nadie a menos que fuera necesario! —Dios bendiga a Nat por defenderme. Por desgracia, en este caso, se equivoca.

Asher añade con calma:

—Creo que debemos darle un poco de espacio y callarnos.

Max suena frustrado.

—No puedo ayudarte si no me dices lo que pasó. ¿Qué hizo, Helena? Háblame.

Tina aparece a nuestro lado.

—¿Qué está pasando aquí? —Se acerca a mí, aturdida—. Lena, cariño. Tu labio está sangrando. —Sé que lo está. Puedo sentirlo palpitando como una perra.

Mimi habla desde el lateral.

—Creo que Ash tiene razón. Denele un poco de espacio.

Pero Nik está demasiado molesto para oír algo de eso.

—Te diré qué. ¿Qué hay de que Helena me diga lo que sucedió, y luego voy a dejarla en paz?

Max se levanta y se enfrenta a su hermano, con la mandíbula apretada.

—Cállate, Nik. Tú no eres mi jefe. Será mejor que recuerdes eso.

El rostro de Nik distorsiona la ira.

—Tu chica hace mierda menos de diez minutos después de que puse mi fe en ella. Su cagada es tu cagada.

Nat, Tina, Mimi, y Lola todas espantan “¡Oye!”, ante el comentario grosero de Nik. Nunca lo había visto tan enojado.

Tina se le acerca y habla en voz baja.

—Cariño, cálmate. Ella hablará cuando esté lista.

Nik se endereza y la mira a los ojos.

—Ella va a hablar ahora. ¿Qué pasó? —Nik puede ser un tipo en serio intimidante.

Nat interrumpe:

—¡Vete a la mierda, Nik!

Nik se gira hacia ella.

—Por supuesto que das la cara por ella. Necesito saber lo que pasó.

Mis bobinas intestinales.

Mimi se coloca delante de Nik.

—Todos somos amigos aquí, ¿recuerdas?

Nik resopla.



—Algunos más que otros.

Eso fue un golpe bajo. Mi sangre hervir. Cierro los ojos cuando mi pecho se siente pesado. Tina jadea de asombro.

—¡Nik! ¿Qué es lo que te pasa?

Da un paso más cerca de mí, sus ojos enojados centrados en los míos.

—¿Qué pasó?

Abro la boca, pero lo único que sale es:

—Yo-uh...

Nik aprieta los dientes y pregunta de nuevo:

—¿Qué pasó, Helena?

Max gruñe amenazadoramente:

—Da un paso más hacia ella, Nik. Jodidamente de reto...

Cierro los ojos. Mi cuerpo se estremece. Mi pecho se siente pesado.

Nik pregunta de nuevo, casi gritando:

—¿Qué demonios pasó ahí?

Me pongo de pie tan rápido que mi taburete golpea la barra. Con las manos temblando, me paro a un centímetro de distancia de Nik, mirando sus ojos llenos de rabia, y grito:

—¡Ella llamó a Ceecee retrasada! —Estoy mortificada mientras lágrimas de rabia se arrastran por mis mejillas, mi cuerpo tiembla de furia. Bajo mi cara a mis manos para ocultar mi debilidad y susurro—: Llamó a Ceecee retardada.

El silencio es tan espeso que podría romperlo con un cuchillo. Dejando caer mis manos, limpio furiosamente las lágrimas. Extiendo una mano temblorosa para tomar el vaso de agua en mis manos. Lo tomo, deseando poder desaparecer en la oscuridad, pero sé que no es una opción.

Respirando con cuidado, me levanto como puedo y hablo en voz baja a través de una exhalación.

—Lamento las molestias, Nik —Me quito el comunicador de mi costado y la insignia de mi cuello, colocándolas en el taburete—. No hace falta que me eches. Renuncio. Lamento haber echado a perder la noche de todos. Me voy a casa. Buenas noches.

Tina y Lola ruega:

—¡Helena, no!

Y:

—¡Quédate!

Mientras que Nat ordena:

—No vas a ninguna parte. ¡No hasta que se disculpe!

Me vuelvo y me alejo con toda la dignidad que me queda antes de que oiga gritar a Nat estoy segura de que es a Nik:

—¡Imbécil!



Medio espero que Max venga tras de mí, pero no lo hace.

Y una vez más, dio la sensación de cómo me sentí cuando llegué por primera vez a Nueva York.

Total y absolutamente sola.

Max

Inmovilizado por la furia ciega, Parpadeo mientras observo a Helena de pie, con la cabeza bien alta. Nunca la he visto lucir más bella, labio hinchado y todo. Pero mientras camina por las escaleras, fuera de la vista, mis entrañas se agitan. Trago saliva sabiendo que podría ser. Aquí podría ser donde Helena se dé cuenta de que es demasiado trabajo estar con un hombre como yo. Pero al verla de pie sobre Portia después de que le diera una paliza, defendiendo a mi niña... mierda.

Creo que me estoy enamorando, pero no recuerdo que esto ocurriera así la primera vez. ¿Acaso el amor hace que la persona sienta haber llegado tan alta y tan bajo al mismo tiempo? Nunca quise que esto sucediera. Pero conociendo a Helena como lo hago ahora, ¿cómo podría haberlo detenido?

Debería estar acostumbrado a los comentarios ofensivos y groseros de la gente. Pero al menos cuando se trata de los niños, no lo saben bien. Cuando oigo a los adultos que utilizan la palabra retrasada, sólo me dan ganas de golpearlos. Mi hija no es lenta o estúpida. Es una persona excepcionalmente inteligente y capaz, a pesar de su lesión.

Nik está allí, con las manos en las caderas, mirando hacia el suelo. Siento la culpa irradiar de él en oleadas. Nat le grita:

—¡Imbécil!

Tina le da a Nat una mirada suplicante.

—Nat, para. —Da un paso más cerca de él, colocando una mano sobre su pecho—. Cariño, no lo sabías. —Pero él da un paso atrás. Nunca lo he visto alejarse de Tina. Nunca.

Él no levanta la mirada. En su lugar, toma la insignia descartada y el comunicador, y se dirige a la puerta por la barra, la que lleva a la oficina. Sale, dejándonos aquí de pie. Pero no se irá fácilmente. Lo sigo.

Tina me detiene agarrando mi muñeca.

—Max, no lo hagas, por favor. Simplemente deja que se vaya.

Miro a mi cuñada y beso su frente en tranquilidad.

—No voy a gritarle, Tina, incluso aunque se lo merece si lo hiciera. Sólo necesito hablar con él.

Me acerco a la puerta del bar y exploró el camino. Sigo caminando y no paro hasta que llego a la oficina de Nik. Se sienta en el escritorio en el trono que llama silla de oficina con los ojos cerrados, frotándose la sien. Me aclaro la garganta y levanta la cabeza, se ve demacrado. Parece haber envejecido diez años, en diez minutos. Sacude la cabeza y murmura bruscamente:



—La cagué.

Parece como si quisiera decir algo más, así que no me molesto en hablar. A veces, todo lo que necesitas hacer para que alguien se sienta mejor es escuchar. Reacomodándose, se levanta y camina detrás de su escritorio.

—Te hablé el otro día acerca de cuán genial es tu chica, y la lastimé. Y lo hice delante de todos. —Deja escapar un suspiro—. ¿Qué mierda es lo que me pasa?

Digo en voz baja:

—Nadie es perfecto. Las personas meten la pata.

Nik ríe sin humor.

—Sí, lo hacen. Lo sé mejor que nadie, y ¿qué demonios fue eso? —se queja—. Oh Dios, me va a odiar. —Entonces suspira, abatido—. La única chica que me gusta para ti y la intimido hasta las lágrimas. Y lo único que hizo fue dar la cara por mi sobrina.

—Helena es así de sorprendente.

Nik me mira un momento antes de que sus cejas se frunzan.

—¿Qué? ¿No me vas a rasgar un nuevo agujero?

Me apoyo en el marco de la puerta.

—Estás haciendo un buen trabajo tú mismo. No pareces necesitar ayuda.

Él me mira, su mirada es de disculpa.

—Lo siento, hombre.

Asiento, sabiendo muy bien, que lo hace, pero digo:

—No soy con quien deberías disculparte.

Se sienta en el borde de la mesa, con la cabeza baja.

—Lo sé. —Me mira y promete—. Voy a hacer las cosas bien. Lo primero.

—Bien. —Meneo mi pulgar y apunto a la puerta—. ¿Te importa si voy salvar mi culo de ser abandonado?

Su labio se inclina hacia el lado.

—Seguro.

Y con eso, salgo de la oficina y camino a la plaza de estacionamiento.

Helena

—Estoy bien. Sólo un poco aturdida es todo. No he perdido el control de esa manera nunca —murmuro en mi teléfono mientras camino a mi apartamento. Mi teléfono no ha parado de sonar desde que dejé el club.

Nat dice.

—Sí, bueno, la puta consiguió lo que merecía. —Estoy de acuerdo, pero todavía hice un desastre, y no sé cómo arreglarlo.



Le envié un mensaje rápido a Felicity cuando me fui, alegando una enfermedad repentina. Ella respondió con:

¡Pobre pequeña perra! Mejórate pronto. ¡Te amo!

Nat pregunta:

—¿Quieres que vaya? Podemos ver películas y comer un montón la comida chatarra.

Me río.

—¿Mucha comida chatarra?

Ella responde alegremente:

—Sí. ¡Mucha!

Sonriendo, me obligo a bostezar.

—No, sólo voy a tomar una ducha y meterme en la cama. —Pregunto con cautela—: ¿Cómo está Max después de todo esto?

Pregunta sorprendida:

—¿No has hablado con él?

Vacila, y luego responde:

—Fue a hablar con Nik, pero nunca volvió a salir de la oficina. —Añade un molesto—: No hablaré con Nik, por cierto. Hasta que no se disculpe contigo.

Suspiro.

—No hagas eso, por favor. Por el amor de Dios, vamos a olvidarlo y seguir adelante. No quiero pensar más en eso.

Ella pone mala cara.

—Pero fue tan grosero contigo. Nunca lo he visto así antes. No puedo superarlo. Lo siento, a la única persona que se le permite ser grosera con mis hermanas es a mí.

Estúpida Nat, haciéndame reír cuando quiero sentir lástima por mí misma. Digo a la ligera.

—Lo que sea, perra. Voy a la ducha ahora. Paz.

—¡Paz, hermana!

Siento algo suave y cálido en mi tobillo. Estoy sorprendida de encontrar a Tedwood ronroneando hacia mí. Me inclino y le rasco detrás de la oreja.

—Oh, apuesto a que sabes que mamá ha tenido una mala noche —Los gatos sienten mierda como esa, ¿no es así?—. Eres un buen chico cuandoquieres serlo.

Desabrochando mi vestido, lo saco de mi cuerpo, doy un paso fuera de él y lo tiro a mi habitación, luego camino por el pasillo y entro en el cuarto de baño. Abro la ducha, entro, y lavo la noche de mierda que he tenido.

Después de una buena, media hora innecesaria en la ducha, innecesaria, porque no me lavé el pelo, envolví una toalla alrededor de mí y entré en mi habitación. Mientras camino a mi habitación, me detengo en el umbral.

Max se sienta en el borde de la cama, frente a mí.



—Hola.

Mi vientre cae. Está aquí para romper conmigo. Aprieto mis manos en la toalla y respondo débilmente.

—Hola.

Se pone de pie, tomando los cuatro pasos hacia mí.

—No vuelvas a hacer eso otra vez.

Bajo la cabeza, avergonzada.

—Lo siento. Sé que no debería haberlo hecho. Sólo lo dijo y no sé lo que me pasó. —Miro a sus ojos, rogando que entienda—. Sólo enloquecí.

Él hace una mueca.

—No es eso. —Da un paso más cerca, mirándome amenazadoramente—. No me dejes nunca de nuevo sin un beso.

¿Eh? Pregunto confundida:

—¿No estás molesto conmigo?

Levanta una mano a mis labios, delineándolos, siguiendo el dedo con los ojos.

—¿Por qué lo estaría?

Murmuro contra sus dedos.

—Ataqué a una clienta en el club.

Se inclina, colocando suavemente un beso en la parte hinchada de mi boca, luego asiente.

—Eres apasionada.

Cierro los ojos y murmullo:

—Déjé que sus palabras me afectaran.

Se encoge de hombros.

—Porque insultó a Ceecee. Un insulto a ella es un insulto para ti. —Me levanta la barbilla entre el pulgar y el índice, forzando mi mirada hacia él—. ¿Cómo podría estar enfadado contigo por amar a mi hija?

Me gusta. Oh chico. Realmente me gusta eso. Con el labio inferior temblando, chillo:

—¿Así que no estás rompiendo conmigo?

Suspira, tirando de mi toalla. Cae y me quedo desnuda. Max envuelve un brazo alrededor de mi espalda y el otro debajo de mi culo mientras me levanta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con incredulidad mientras coloco mis brazos alrededor de sus hombros, sosteniéndome con fuerza.

Él me lleva a la cama, colocándose en el centro. Desnudándose, dice entre dientes:

—Voy a follarte hasta que dejes de ser estúpida.

Apoyándose en los codos, trago ante la vista de su pecho desnudo.

—Podría tomar un tiempo.



A medida que se baja los calzoncillos y se sube encima de mí, sonríe y dice:
—Desafío aceptado.

Su cuerpo me cubre con duro calor y su boca devora la mía con tanta pasión que gimo en voz alta. El alivio me recorre cuando me doy cuenta de que Max sigue siendo mío.

Por el momento, de todos modos.



Capítulo 31

Selena

Traducido por rihano y AnnaTheBrave

El toque en mi puerta de la entrada me despierta, pero antes de que pueda levantarme para contestar, Max se inclina sobre mí y besa mi frente, saliendo de la cama. Oigo bajos murmullos de conversación antes de que Max de puntillas regrese al dormitorio. Medio dormida y deliciosamente adolorida del sexatón de anoche, pregunto en voz baja:

—¿Quién es?

Mientras se viste, mira hacia mí y responde con cautela.

—Es Nik. Le dije que les daría un minuto —Mis palmas sudan, y estirando la mano, poco a poco jalo las mantas hasta mi nariz. Max sonríe suavemente ante la acción—. Esto no se trata de la segunda ronda, ¿de acuerdo? Él sólo quiere disculparse.

No quiero admitirlo, pero después de ver a Nik como fue anoche, estoy un poco asustada de estar a solas con él. Sin embargo, confío en Max. Le susurro a través de mis mantas:

—Está bien.

Sonríe hacia mí, subiendo por encima de mi cuerpo para enterrar su cara en el hueco de mi cuello.

—¿Quieres café?

Con su boca sobre mí, es difícil concentrarse.

—¿Es hermético el culo de una rana?

Su aliento calienta mi garganta mientras se ríe.

—Dos azúcares con un chorrito de leche, ¿verdad?

Mis ojos se abren de golpe. ¿Él sabe cómo me tomo mi café? Mi corazón sonríe. Bueno, mierda, se puso serio y alguien se olvidó de informarme. Levanto mis brazos fuera de mi capullo de seguridad y los envuelvo alrededor de sus hombros mientras le digo en voz baja al oído:

—Sí, cariño.

Levantando su cabeza, besa la punta de mi nariz antes de levantarse. Pregunto con los ojos entrecerrados:

—Todavía tienes la llave, ¿verdad? Así es como lograste entrar la noche anterior.

Max sonríe tan fuerte que su hoyuelo se marca profundo en su mejilla.

—Eres tan bonita.





Cuando ruedo los ojos, él se ríe y le dice en voz alta a Nik:

—No se maten entre sí, ¿de acuerdo? Me gusta esta. —Sonríe para mis adentros. Pero mi sonrisa cae al suelo con un ruido sordo, cuando Max le dice a Nik—. Y planeo quedármela.

¿Él quiere decir eso? Nunca puedo averiguar si quiere decir las cosas que dice o si sólo está bromeando.

La puerta principal se abre, luego se cierra, y yo cierro mis ojos y suspiro sabiendo que tengo que enfrentarlo tarde o temprano, y mientras más tarde espere, más incómodo se volverá esto. Juntando lo poco de valor que me queda, me deslizo fuera de la cama y me visto con mis pantalones cortos de pijama y una camiseta suelta color rosa de Cupcakeinator y salgo de mi habitación, hacia el salón-barra-cocina.

Nik está parado ante la puerta abierta de la nevera, frotándose distraídamente su barriga, viéndose un poco decepcionado.

—¿De qué estás viviendo? No hay nada aquí.

Una risa sorprendida estalla fuera de mí.

—Tu hermano dice la misma cosa solamente que todo el maldito tiempo.

Nik cierra la puerta de la nevera y se vuelve hacia mí, una sonrisa forzada en su rostro.

—Somos igual, él y yo. Mis hermanas son un poco diferentes. Ellas no necesitan comida cada hora para vivir. —Sonríe, pero es tan tensa como la suya. Da un paso hacia adelante y comienza—. Escucha, Helena, lo sien...

Pero yo lo corto con una sacudida de cabeza.

—Por favor, no te disculpes. Tú tenías razón. La jodí, y yo soy la que lo siente.

Él saca un taburete de la encimera y se sienta, permaneciendo en silencio durante un rato antes de que pronuncie:

—Siempre he sido protector de Max. No creo que nadie pueda culparme por eso después de lo que pasó con Maddy.

Yo sé de Maddy, pero no por Max. No me he aventurado allí, pero me ha sido dicho por Nat que simplemente no es algo de lo que le guste hablar. Con buena razón. Por lo que yo sé, él sólo tiene malos recuerdos de la mujer. Nik añade:

—Pero cuando me dijo que estaban saliendo, estaba feliz por él —me mira a los ojos y pronuncia con sinceridad—, porque eres una buena mujer.

Tanto tiempo como él este alabándome, vamos a estar bien. Me acerco y saco otro taburete, poniendo mi trasero en este.

—Bueno, si no es la famosa lengua de plata Leokov.

Nik ríe.

—No estoy diciendo eso solo por decirlo. Lo estoy diciendo, porque es verdad, y debería haber sabido que no habrías tocado a esa imbécil sin una buena razón. Pero durante una fracción de segundo, pensé, estúpidamente podría añadir, que tal vez ibas a ser una alborotadora. Como ella lo fue. Y yo, siendo yo, me asusté, no sólo porque no quiero verlo pasar por esa mierda de nuevo, sino porque sé que



esto es algo por lo que él no puede pasar de nuevo. —Él inclina su cabeza, una tímida sonrisa cruza su rostro—. Así que empujé cuando debería haberlo controlado, y lo siento.

Yo miro hacia abajo a la encimera antes de empujar mi suerte.

—Sé que debería sentir pena por lo que hice, pero no lo hago. Ni siquiera un poco. Probablemente lo haría todo de nuevo. La perra se lo merecía.

La risa áspera de Nik pasó sobre mí.

—Sí, imaginé que dirías algo así. Y en secreto, estoy contento de que ella consiguiera lo suyo.

Lanzó un vistazo hacia él y hago una mueca.

—Así que acerca del pleito...

Pero él me interrumpe con una sacudida suave de su cabeza.

—¿No escuchaste? Tenemos testigos que dicen que ella te pegó primero.

Mi boca se abre.

—Pero ella no...

Él habla sobre mí, sus labios contrayéndose.

—¿A que no sabías que? No hay CCTV en los baños. Nosotros la denunciamos antes de que se las arreglara para denunciarnos. —Él se encoge de hombros—. Es bueno tener amigos en la policía de Nueva York.

Yo sonrío.

—Seguro que lo es.

Él sonríe hacia mí, se para, y abre ampliamente sus brazos.

—Ven aquí.

Sin pensar dos veces, camino hacia su abrazo. Me envuelve en un abrazo de oso y me mece de lado a lado.

—Lo siento mucho. Te prometo que nunca voy a hablarte así de nuevo.

Abrazándolo fuerte, me aprovecho de la culpabilidad a la que yo sé que tengo derecho.

—Fuiste tan malo.

Mientras él deja escapar un gemido adolorido, me río y él besa mi sien.

—Tienes toda la razón, chica.

Nos separamos, y siendo una listilla, pregunto:

—¿Así que no te importa que salga con Max?

Él se burla.

—¿Una cita? Mierda, espero que desposes su maldito culo.

—Oh, Dios mío ¡No digas cosas así! Vas a asustarlo —murmuro, medio en broma.

Nik alza las cejas y dice seriamente:

—Podrías perseguir ese miedo y alejarlo. —Se acerca y me aprieta la mano.—
Lo haces feliz.

La puerta frontal se abre y Max entra con dos cafés en un soporte de cartón.
Observa la mano de Nik en la mía y acusa:

—¿Estás robándome a mi chica, amigo?—Luego me mira y pregunta—:
¿Estás bien, pastelito?

—Sí.

Nik mira a los cafés.

—¿No me conseguiste uno?

Max sonríe.

—Nop, pero le traje a la señora Crandle un té. —¿Lo hizo? Este hombre
¡Dulce Jesús, me está matando!—. Ahora atrapa la indirecta y vete a casa.

Nik sacude la cabeza, pero camina hacia la puerta.

—Cállate, estúpido.

Max frunce el ceño.

—Tú cállate.

Nik se gira y suelta:

—Helena, siempre es un placer, cariño. —Luego le dice a Max—. Asegúrate de
traerla a cenar mañana por la noche.

Max abre la puerta.

—Lo haré. Te veo luego, hermano.

Nik alza la mano en un saludo y Max cierra la puerta en su cara. No puedo
evitar reír.

—Eres muy rudo con él.

Sonríe y dice:

—Sabe que lo quiero. Además, es divertido molestarlo. —Revisa su reloj—.
¿Deberíamos recoger pronto a Ceecee y tener un desayuno real? Ya sabes, ¿antes
del mediodía?

Mi sonrisa cae. No me siento con ánimos de ver a nadie hoy. De hecho,
esperaba pasar el día en casa. Sola.

—¿Te molestarías si decido saltarme el desayuno esta mañana?

Su expresión se vuelve aprensiva.

—¿Todo está bien?

Fuerzo una sonrisa alegre.

—Claro. Sólo me siento un poco... cansada hoy.

Su rostro cae. Sin embargo, aclara su garganta y asiente.

—Uhh. Sí. Está bien. Genial. Le diré a Ceecee que te veremos mañana.

¿Sin argumentos? ¿Sin preguntas? ¿Sin culpa? ¿Quién es este hombre?



Acercándome a él, envuelvo mis brazos a su alrededor, descansando mi barbilla en su pecho, y lo miro.

—Gracias por entenderlo.

Pero como me responde me desgarra por dentro.

—Sé que puedo ser demasiado a veces.

Retirándome, frunzo el ceño.

—Cualquiera que alguna vez te haya dicho que eres demasiado no te conoce para nada. —Paso mi mano por su mejilla—. Eres la perfecta suma de demasiado. Sólo que no pienso que hoy sea la mejor compañía, y no quiero que Ceecee sienta que no quiero estar allí.

Él sonríe, y es una sonrisa real de Max. Inmediatamente me relajo. Se inclina para besar la parte superior de mi cabeza.

—Ya sabes, si algo está molestandote, puedes decírmelo.

Lo estrujo por segunda vez y admito.

—Gracias. Creo que simplemente estoy nostálgica. Echo de menos la playa. ¿Por qué no vamos los tres a Coney Island la próxima semana? Quiero decir, sé que no es exactamente verano, pero será divertido, ¿no? ¿Crees que a Ceecee le gustaría?

Max suelta una risa.

—Wow. Para ahí. Primero, seguro. Segundo, sí, será divertido. Tercero, ella lo amará.

Ahora estoy emocionada. Tomo sus antebrazos y suelto precipitadamente:

—Escuché a gente en el trabajo hablar de que los accesos para sillas de ruedas en Coney Island se han triplicado en los últimos años, ¡y tienen esas cosas geniales llamadas Mobi-Mats que han puesto en la arena para que las personas con sillas de ruedas puedan hacer casi todo el camino hasta el agua! ¿Tal vez si hace el suficiente calor, podríamos llevarla a la playa, podrías bajarla de su silla y podría hundir los pies en el agua?

Aunque sonríe, sus cejas se arrugan. Luce como si quisiera decir algo, pero sacude la cabeza.

—Podemos hacer lo que sea que quieras, Lena.

Mi cerebro se bloquea.

—Estás en camino a convertirte en el mejor novio del mundo, y eso me asusta como la mierda. —Luego de decir eso, llevo mi temblorosa mano a mi ahora sudada frente, e hiperventilo.

Wow. Eso fue simplemente... *bravo*.

Pero Max ríe. Cuando me compongo, sonrió hacia él tan débilmente que me siento temblar. Camina hacia la puerta, la abre y confiesa:

—Sigue diciendo cosas como esas y voy a ir directo a enamorarme de ti. —Sonríe a mi mirada sorprendida—. No digas que no te lo advertí.

Luego se va, cerrando la puerta detrás de él.



Cerca de tres horas más tarde, estoy sentada en mi cama tan aburrida que pienso en magullar mi dedo del pie.

Ya sabes, por diversión.

Tedwood duerme acurrucado hecho una pelota a un lado de mi cama, y mientras acaricio su pelaje suave como una pluma, observo mi teléfono.

Llámalo.

No. Pensará que estoy necesitada.

Envíale un mensaje.

Entonces pensara que estoy mandando mensajes contradictorios.

Dile que necesitas hablar con Ceecee.

Sonrío. Quiero hablar con Ceecee. Quiero saber qué hizo el fin de semana. Quiero preguntarle sobre sus ejercicios y decirle que espero que le esté yendo mejor. Dios. ¿Es muy patético que tu mejor amiga tenga trece años?

Tomo mi almohada, la sostengo contra mi pecho y me tiro sobre la cama. Tan pronto como mi espalda golpea el colchón, mi teléfono suena. Lo acerco y reviso la pantalla.

Max llamando.

Felicidad fluye a través de mí y respondo:

—Hola. Estaba pensando en ti.

Me sorprendo cuando Ceecee ríe.

—Uh... soy yo.

El sonido de su risita hace cantar a mi corazón.

—Bueno, estaba pensando en ti también, pequeño grillo. ¿Cómo estuvo el desayuno?

Hace un ruido.

—Estuvo bien. Como no pudiste venir, nos quedamos con la abuela. —Pregunta—: ¿Te sientes mejor?

Abrazo mi almohada y asiento, incluso a pesar que ella no puede verme:

—Sí, corazón. Resultó que todo lo que necesitaba era una siesta. —Entonces me estaba yendo por las ramas—. ¿Qué están haciendo ahora?

—Llegando —afirma.

Me siento y pestaño.

—¿Llegando dónde?

Ríe de nuevo.

—A tu apartamento.



Una amplia sonrisa cruza mi cara.

—¿En serio?

Oigo la sonrisa en su voz.

—Bueno, papi me pidió que comprobara si estaba bien. Dijo que no nos quedaríamos mucho. Sólo quiero llevarte un poco de sopa de pollo, porque no te estabas sintiendo bien.

Estoy sorprendida de la emoción que fluye en mí, obstruyendo mi garganta.

—¿Me hiciste sopa?

De repente se vuelve tímida, murmurando:

—Sí, pero con la ayuda de la abuela. —Hace una pausa y luego pregunta—:
¿Eso está bien?

Suelto una carcajada.

—¡Sí, está bien! Sólo dile a tu padre que traiga helado y palomitas de maíz.
Veremos una película.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Decido ser honesta—. Cariño, estoy tan agradecida de que
llamas. Me aburría de muerte.

Oigo la felicidad escapando de ella cuando suelta;

—¡Está bien! ¡Nos vemos luego! ¡Adiós!

Ella cuelga rápidamente y río mientras tiro mi teléfono sobre la cama. Me giro
hacia Tedwood y él abre un solo ojo. Le pregunto:

—¿Te sientes como un pastelito? —Me pongo de pie y camino hacia la cocina,
gritándole en respuesta—. Yo me siento como un pastelito.



Veinte minutos después, llegan, pero Max no se molesta en llamar a la
puerta. Usa su llave. Y eso me gusta de una manera que la mayoría de las
personas encontrarían raro. Ceecee pasa primero, sosteniendo un recipiente
cubierto con un trapo de cocina. Ella me sonríe.

—Ten cuidado. Está caliente.

Vestida con pantalones negros de yoga, una sudadera, y medias blancas, me
inclino y la abrazo. Mientras me alejo, beso su mejilla y le digo:

—Muchas gracias, C. Estoy hambrienta. —Tomo el contenedor y lo coloco en
el mostrador mientras miro a Max luchar con dos bolsas llenas de comestibles.

También me gusta eso, súper raro. Me acerco y tomo una. Él atrapa mis
labios en un beso rápido, se echa atrás buscando una disculpa, y modula:

—Lo siento —luego susurra—. No nos quedaremos mucho.

Ubicando las bolsas en el mostrador, sacudo la cabeza y digo:



—No seas tonto. Quiero que estén aquí.

Ceecee jadea y se agacha. Cuando se da vuelta, Tedwood se sienta en su regazo y ella susurra con los ojos abiertos:

—¡Tienes un gatito!

Le sonrío. Desde que Max le dio esa charla, él ha estado actuando semi-normal. Caminando detrás de Max, abro un armario y saco un paquete blanco. Se lo llevo a Ceecee y le digo:

—Su nombre es Tedwood, Teddy para acortarlo. Y si le das una de sus olorosas galletas de pescado, te dejará amarlo.

Ella sonríe tanto que sus mejillas están en riesgo de explotar. Vuelvo a la cocina, donde Max está de pie observando a Ceecee. Me acerco y pongo mis manos en las suyas, entrelazando nuestros dedos. Él me mira, sonriendo. Sonrío en respuesta antes de volver a mirar a Ceecee. Suspiro con sinceridad.

—Quiero que estén aquí.

Dejando ir mis manos, envuelvo un brazo a mi alrededor, empujándome contra él. Me acerco, ubicando mis manos en su pecho, medianamente aterrorizada de lo correcto que se siente. Poniéndome de puntillas, deposito un gentil beso en su mandíbula antes de tomar el contenedor y moverme hacia el sofá, donde Ceecee juega con Teddy.

—¿Qué chatarra nos han conseguido?

Max trabaja ubicando cosas en el refrigerador y en el congelador, y dice:

—Conseguimos todo lo que necesitábamos para un banana split, frituras, palomitas de maíz, y...

Una radiante Ceecee interrumpe con un:

—¡Trajimos pastelitos!

Levanto mi mano hacia Ceecee y ella ríe, chocamos los cinco. Sacudiendo mi cabeza, murmuro solemnemente:

—Y tal vez Dios tenga misericordias de nuestras almas.

—Amén. —Viene de Max y Ceecee.

Parpadeo un momento antes de murmurar con admiración:

—Eso fue increíble.

Enciendo la televisión, abro el contenedor de sopa y meto una cucharada en mi boca.

—Oh, Dios. —Suelto un gemido. Junto mis labios y alabo a la chef—. Demonios, niña. No estoy segura de que sigas necesitando lecciones. Te estás convirtiendo en una Jamie Oliver.

Su expresión cae por un momento.

—Pero me gusta cocinar contigo.

Mi corazón se hincha y me acerco a acariciarle el cabello marrón rojizo.

—Puedes cocinar conmigo cuando quieras. Además, pronto estarás enseñándome cosas nuevas.



Me como mi sopa en tiempo récord, luego me levanto y lo llevo a la cocina, donde Max abre bolsas de frituras y las vuelca en un recipiente. Robo un puñado y me siento, compartiendo mi lote con Ceecee.

—¿Qué estás viendo?

Max se nos une, trayendo frituras y sodas, y luego me pasa una caja de DVD. Suspiro dramáticamente.

—¿Cómo lo supiste? —Me giro hacia Ceecee—. Amo Piratas del Caribe. De hecho amo cualquier cosa de Johnny Depp. Aún tengo un poster de él en mi arma...

El rostro de Max adquiere una expresión similar a cuando de repente hueles que alguien se ha tirado un gas.

—¿Johnny qué?

Mordiendo el interior de mi mejilla para no sonreír, mascullo:

—Nada. —Deslizo el DVD en el reproductor y me siento de nuevo en el sofá. Max lleva mis pies a su regazo y comienza a masajearlos.

Situando un recipiente con frituras en el apoyabrazos entre el sofá y la silla de Ceecee, Max toma el control remoto, me mira a los ojos y pregunta:

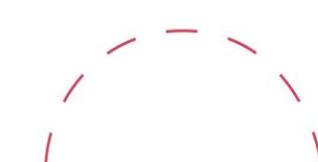
—¿Lista?

No. No creo estar lista para lo que él me ofrece.

Pero me aseguraré como la mierda de intentar aguantar y montar la montaña rusa.

Sonrío dulcemente.

—Como siempre lo estuve.



Capítulo 32

Nax

Traducido por Jenn Cassie Grey



Caminando dentro de la oficina de Nik, tomo una silla y me siento.

—Necesito el siguiente domingo libre.

Los domingos por la noche no suelen ser ocupados, así que no estoy sorprendido cuando no alza su mirada de lo que escribe en su ordenador y responde.

—Está bien. Me aseguraré de que Trick pueda trabajar. —Esta parte es la que se pone difícil. Se pone difícil porque nunca antes he pedido esto, y no estoy seguro cuál será su respuesta. Y como si acabara de notar que no he terminado aún, Nik alza su cabeza y entrecierra sus ojos hacia mí—. ¿Qué quieras ahora?

—El siguiente sábado libre también.

Se inclina hacia atrás en su silla dándome una mirada dura.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros y trato de no sonar como un tonto cuando murmuro:

—Quiero llevar a Helena a casa ese día. Extraña su casa, y la playa.

Las cejas de Nik se alzan y estalla en carcajadas. Sacude su cabeza y sonríe sabiendo.

—¿Cuándo le vas a decir que estás enamorado de ella?

Toso.

—Sólo han pasado tres semanas y media desde que estamos juntos. No estoy enam...

Me corta con un gesto.

—Sí, lo estás.

La frustración pasa a través de mí. Inclinándose de nuevo en la silla, suelto molesto:

—No se suponía que eso pasara. No era parte del plan.

Nik alza una ceja interrogativamente.

—¿Cuál era exactamente tu plan?

Me pongo de pie y pongo énfasis en cada palabra con rápidas pausas en el medio.

—No enamorarme. —Nik echa su cabeza hacia atrás y comienza a reír. Mi labio se curva—: ¿De qué te ríes, idiota?

Aun riendo dice:



—¿Crees que querían enamorarme de Tina? Diablos no. No era el momento correcto para mí. Tenía un plan también. El plan de que tenía que sentar cabeza al inicio del siguiente año. —Sonríe—. No funciona de esa manera, Maxie-boy. Ponlo de esta forma. Si Helena te llama hoy y te dice que quiere verse con otras personas, ¿qué harías?

Ruedo mis ojos.

—Diría *joder no* y eso no pasaría.

Sonríe.

—Porque el pensamiento de las manos de otro sujeto en ella hace que tu sangre hierva, ¿correcto? Porque ella es tu mujer, y ama a tu hija. Ella te hace sonreír de verdad, no la sonrisa que has aprendido a poner para el bien de otras personas. Y porque cuando ella toma tu mano, lo hace para que el mundo lo vea, y se preocupa por una mierda pequeña como esa. O tal vez es porque realmente se preocupa por ti, de corazón y alma.

Las ganas de pelear son noqueadas con éxito, suelto el aire.

—Sí.

Nik mira hacia arriba pensando.

—Tómate el viernes libre también. No creo que la hayas llevado a una cita real antes, ¿lo has hecho, tú, bastardo barato?

Mis cejas se juntaron pensando.

—No, no lo he hecho.

Nik suspira.

—¿Tengo que hacer todo por ti?

Mientras doy un paso fuera de su oficina, le levanto el dedo. Caminando por el pasillo, lo escuchó gritar:

—¿Seguro que no quieres que limpie tu trasero también?

Comienzo a reír.

Imbécil.

Helena

Dios, estoy extrañando mi casa. Mucho. Hoy más que ayer. Mientras espero por mi sesión de las tres de la tarde con Sam, un veterano de la marina, amputado, me estiro sobre mi escritorio, alzo mi teléfono, y escribo un mensaje.

Yo: Eres la razón por la que las palomas lloran.

Con un suspiro calmado, coloco mi teléfono donde estaba e imprimo hojas de ejercicios para dárselas a Sam. Mientras golpeo el botón de imprimir, mi teléfono vibra.

Nina: Oh Dios mío, tú, puta. Escupí mi café por todos lados.

Le sonrió a la pantalla, pero es una sonrisa triste.



Yo: Te extraño, trasero gordo.

Nina: Extraño tu celulitis y tu ojo extraño.

Le entrecierro los ojos a la pantalla.

Yo: ¿Cuándo le vas a decir a tu media, calva, gorda hermana sobre ya sabes qué?

Ella no responde por un largo tiempo, y sé que sabe que yo sé, así que le mando otra rápida declaración.

Yo: Te amo. Ahí. Lo dije. ¿Feliz?

Un momento más tarde, mi teléfono vibra.

Nina: Pronto...illo. Te visitaré pronto. Te amo también. X

Aún tengo veinte minutos antes de la siguiente sesión, y estoy al día con todas mis entradas del archivo, así que tomo mi teléfono y llamo.

Él contesta casi de inmediato, sonando feliz de escuchar de mí.

—Pastelito, ¿por qué estás leyendo mi mente? Estaba pensando en ti.

Le sonrió al teléfono.

—Oh sí, bueno, ¿adivina qué?

—¿Qué?

No puedo mantener mi emoción y canto:

—Me las arreglé para conseguirle un lugar a Ceecee en un partido de basquetbol en silla de ruedas. —Mientras río con mi triunfo, explico—: Los niños son como Ceecee. Todos ellos han luchado con ser diferentes y tienen un sistema de retroalimentación muy positivo. Es una red social de medios de comunicación donde los niños pueden hablar entre ellos sobre lo que los está molestando, pero no te preocupes. Los padres son animados a ir también. Nada en privado o a escondidas, así ella no estará hablando con ningún extraño. Me aseguré de eso. Pero lo que es, real, es la red de ayuda para Ceecee con niños de su propia edad. ¿Qué opinas?

Silencio. Y entonces:

—Creo que pensaste mucho en esto, en ayudar a Ceecee.

Admito:

—Lo hago. Realmente lo hago, y creo que sé por qué ella terminó rebelándose. Creo que es porque se ha comenzado a sentir sola en su propia familia. Y antes de que digas nada, suele pasar. Muchos de mis clientes sienten que no pueden hablar con su familia de sus problemas, porque las personas sanas pueden escuchar, pero nunca podrán entender sinceramente cómo se están sintiendo, ¿sabes?

Responde pensativamente:

—Sí, creo que nunca pensé así sobre eso.

—Bueno eso es parte del punto, cariño. No lo harías. Entonces el partido es este sábado a las diez de la mañana. No está lejos de la casa tampoco. Te mandaré la dirección y te encontraré ahí.



Él duda.

—¿Este sábado?

Mi cara cae.

—Sí, este sábado. ¿Eso va a ser un problema?

—Yo como que... —hace una pausa—... tenía planeado algo para ti. Una sorpresa.

Sonrío.

—¿Una sorpresa? ¿Para mí? Max no necesitas darmes sorpresas. —Bajo mi voz y murmuro—: Soy una cosa segura.

Él ríe, entonces murmura:

—Sé que no lo necesito, pero quiero hacerlo. Sin embargo si el partido de Ceecee es el sábado, entonces no podemos.

Me encojo de hombros para nadie en particular.

—Está bien. Creo que realmente es importante para Ceecee conocer personas con lesiones similares que tienen su misma edad.

Hace una pausa.

—¿Entonces pospondrías tu sorpresa por Ceecee? ¿Solo así?

Mis cejas se alzan. ¿Por qué diablos suena en pánico?

—Uh, sí. Lo haría.

Cubre el teléfono por un segundo, y aunque casi no es claro, lo escucho murmurar un doloroso:

—Maldito seas, Nik. Maldito seas.

Pregunto cuidadosamente:

—¿Todo está bien?

Después de un crujido, está de regreso.

—Síp. Todo está perfecto. Está bien, la sorpresa está en espera. Ceecee tiene basquetbol el sábado. Y tú y yo vamos a tener una cita el viernes por la noche. Cena, película, todo el paquete. Sin excusas.

Sonrío.

—¿Lo haremos?

Afirma rotundamente:

—Sin excepciones.

Mi sonrisa se suaviza. Max quiere salir conmigo. Fuera donde las personas nos verán juntos como una pareja. Calidez se enciende en mi pecho.

—Bien. Es una cita.

Susurra confidencialmente:

—Maldita sea que lo es. —Manda un beso al teléfono y cuelga, dejándome sonriendo como una loca.

Helena

La semana pasa lentamente, pero con mis horarios de sesión llenos, al menos los días de trabajo se mueven a un ritmo más rápido que los de la semana pasada. Felicity y yo hemos intercambiado sonrisas con Willa, e incluso hablado con ella de almorzar con nosotras el jueves. Tan pronto como nos sentamos para comer, pregunto cautelosamente:

—Entonces, ¿desde hace cuánto has estado enamorada de Whit?

James Whittaker es un hombre varonil. También es estúpidamente sexy. Pero es nuestro jefe, y decía que las relaciones de empleado-empleador no se permitían en el centro. Eso me confunde, porque he comprobado las reglas de la oficina. No había absolutamente nada ahí sobre las relaciones en la oficina o la prohibición de ello.

Willa se pone blanca como un fantasma y lame sus labios. Se ve como si estuviera a punto de negar tener esa clase de sentimientos por él, pero mientras alza el sándwich a sus labios, murmura:

—Desde siempre. —Antes de darle una mordida.

Felicity está sorprendida. Se gira hacia mí y me pregunta pasmada:

—¿Cómo hiciste eso?

Me encojo de hombros. Siempre he hecho que las personas se sientan cómodas hablando conmigo. En lugar de responder, cavo en ella.

—¿Y por qué no has hecho nada sobre eso?

Casi estoy sorprendida cuando sus bonitos ojos castaños me miran desde el otro lado de la mesa. Casi, pero no

—¿Y que en la Tierra diría, Lena? Hola James, ¿te importaría si entramos a tu oficina para discutir un asunto que me ha estado molestando por un tiempo? ¿Qué asunto?, te preguntarás. Oh aquel en el que casi me desmayo cuando me sonríes. —Rueda los ojos—. Por favor. Sé que no soy su tipo. —Su cara cae—. No soy el tipo de nadie.

Felicity empuja su hombro y sonríe.

—Oh, Señor, hay mucha actitud escondida detrás de esa cara dulce. Voy a tener mucha diversión contigo.

Tragando mi bocado, pregunto:

—¿Cómo puedes estar segura si nunca le has dado las señales?

Felicity asiente en acuerdo mientras la cara de Willa se pone en guardia.

—¿Qué señales?

—Las sutiles. —Encojo mis hombros mientras pienso—. ¿Ya sabes? Toques ligeros. Contacto visual. Sonrisas que son sólo para él.

Felicity jadea.





—¡Tengo una gran idea! —Willa gruñe y deja caer su cabeza sobre la mesa, sacando una risa de mí. Felicity frota su espalda, ríe y murmura—: Esta tarde, haremos un experimento. Willa, vas a coquetear con Whit. Hoy.

Alzando su cara, con la boca entreabierta, Willa escupe.

—¡No voy a hacerlo! —Felicity asiente lentamente, sonriendo cada vez más amplio con cada segundo. Willa sacude su cabeza—. Estás loca.

Felicity lo acepta con un encogimiento.

—Es mi mejor cualidad.

Pregunto sabiamente:

—¿Qué tienes que perder?

Después, esa tarde, Felicity y yo instruimos a Willa en lo que debía hacer. Primero teníamos que hacer que se acercara a James y hablara con él sobre un cliente. Ella lo hizo pero no funcionó como esperábamos. En lugar de acercarse, él vino a hablar con ella sobre algo, y cuando lo hizo, ella estaba sentada en su escritorio. No había muchas oportunidades de tocarlo discretamente ahí.

Pero a la mitad de la conversación, James vino detrás de ella para enseñarle algo en su ordenador, y lo hizo todo en su zona. Quiero decir, su mentón casi estaba recargado contra su hombro. Se veía como que Willa no iba a jugar este juego de un solo lado.

Después, planeamos un choque. Sí, exactamente como suena. Ellos chocarían el uno contra el otro. Entonces cuando James viniera caminando por el pasillo, mirando abajo hacia sus papeles y sin poner atención a lo que estaba haciendo, Felicity y yo murmuramos:

—¡Ve! —empujándola en su camino. Ella se quedó de pie en su lugar, y eso fue todo.

Al segundo, James tenía sus brazos alrededor de ella, abrazándola un momento antes de que ella golpeara el suelo por el impacto de la colisión. La mira a los ojos y murmura:

—¿Estás bien?

Estaban cerca. Más cerca de lo que deberían estar. Ella susurra:

—Sí.

Pero sus cejas se fruncen mientras la ayuda a enderezarse, colocando sus manos en sus hombros.

—¿Estás segura? Lo siento. No te vi ahí.

Willa se encoge de hombros, sonriendo tristemente.

—Muchas personas no lo hacen.

Entonces algo milagroso pasa. James coloca sus manos en sus caderas, mirando hacia el suelo. Después de un momento de duda, murmura:

—Entonces se lo están perdiendo. —Antes de caminar lejos.

Willa se volvió hacia nosotras, estupefacta. Felicity y yo bailamos y aplaudimos silenciosamente. James Whittaker estaba completamente loco por Willa, y Felicity y yo íbamos a hacer que estuvieran juntos. De alguna forma.



Entonces vino el viernes, y Willa era todavía un desastre nervioso alrededor de James. Pero durante nuestro descanso para el almuerzo, arrastramos a Willa fuera de la oficina y le juramos ciegamente que le gustaba a James. De cualquier forma, Willa, siendo una violeta tímida, no lo creyó.

—Estaba siendo amable solamente.

Nos comenzamos a exasperar. Había sólo una cosa por hacer.

Pregunto:

—¿Tienes un top debajo de esa camiseta? —Willa asiente—. Bien —murmuro un momento antes de estirarme y jalar su camisa tan fuerte que los botones salieron volando. Felicity jadea por un momento antes de comenzar a reír.

Willa mira abajo, hacia su arruinada camisa y susurra:

—No puedo creer que hayas hecho eso. —Se gira hacia Felicity quien aún ríe—. No puedo creer que haya hecho eso.

Pongo mi mejor expresión avergonzada.

—Ups.

Eso dejó a Willa vestida en shorts de deporte y un top delgado blanco ajustado, enseñando suficiente piel para hacer que cualquier hombre se detuviera y mirara.

Cuando regresamos a la oficina, hablando y riendo, nos topamos con James de camino a nuestros escritorios. Señalo a Willa, quien ahora se estaba abrazando a sí misma, y declaro:

—No seas duro con ella. Accidentalmente rompí su camisa.

James me frunce el ceño.

—¿Cómo rompiste su camiseta accidentalmente?

Me encojo de hombros.

—Hulk no conoce su propia fuerza.

Cuando Willa se mueve hacia James, él bloquea su camino y no a propósito. Estaba mirando su cuerpo, empapándose de él, y adivinaría que ni siquiera sabía que lo estaba haciendo. Cuando ella traga duro, sonrojándose, murmura:

—Permito. —James se mueve. Un poco. Mientras ella pasaba a un lado, rozándose contra él.

Mi cerebro sonrió con aire de suficiencia, y justo mientras ella pasaba, dejó caer mi pluma de mi escritorio. Willa inmediatamente se agacha para recogerla, dándole a James una vista frontal de su firme trasero. James mira hacia abajo, agarrando un lado de mi escritorio, después se da la vuelta y se aleja. Rápido.

Oh sí. Él estaba totalmente loco por ella. Si tan solo pudiera ver lo que tenía justo enfrente.

Era triste.

Realmente.



Capítulo 33

*Selena**Traducido por âmenoire*

-Pavo con pan blanco, ¿está bien? —grito a Asher mientras trabaja en mi regadera goteante.

Me responde desde el baño:

—Lo que sea, joder. —Su acento de Nueva York se engrosa cuando parlotea—. Me estoy muriendo de hambre.

Nat se ríe de algo en la televisión, sentada en mi sofá, comiendo papas fritas de la bolsa, mientras prosigo y trabajo en alimentar a su esposo aparentemente muerto de hambre. Qué tan muerto de hambre está, no podría decirlo. Max, Ash, Nik y Trick comen casi todo el día. Ni siquiera estoy segura en como Mama Leokov no fue comida con casa y todo.

Mientras agarro el pavo y la mayonesa del refrigerador, veo de reojo a Nat y muerdo el interior de mi mejilla. Sé que no debería decir nada, que no es de mi incumbencia, pero mientras más pienso en ello, mi corazón late más rápido. Late más rápido y más rápido, cuando repentinamente dejo escapar:

—Necesito decirte algo y es importante, pero probablemente vas a exagerar tu reacción, y estoy segura que sólo te lo diría si estuviera segura de que no reaccionarias exageradamente y le soltarías el chisme a mamá y papá, pero te conocemos, y tienes una tendencia a reaccionar exageradamente, maldita sea.

Nat se gira hacia mí lentamente, buscando mi cara.

—¿De qué demonios estás hablando, Cheech?

Golpeó el pan en la parte superior del sándwich y gruñó.

—Eres tan lenta. Realmente no puedo creer que todavía no sepas esto. Asumo que no debería saberlo, pero hice algo de trabajo detectivesco y lo descubrí, porque jodidamente me importa. —La miro—. ¿A ti no te importa?

Sus cejas se elevan hasta la línea de su cabello antes de gritar hacia el baño.

—Ash, cariño, pienso que necesitamos llevar a Helena al hospital o alguna mierda así.

Responde:

—¿Está sangrando?

Nat mira hacia mí.

—No, pero está diciendo locuras.

Él gruñe.

—Está loca.





Frunzo el ceño hacia la puerta del baño.

—¡Loca como un zorro!

Nat se ríe antes de preguntar.

—¿De qué estás hablando, Lena?

Hago un sonido de exasperación.

—Nina. —La cara de Nat me dice claramente que no sabe de lo que estoy hablando. Ruedo mis ojos, lanzo mis brazos hacia mis costados, y boom—: ¡Es gay!

Sus ojos se amplían con incredulidad un momento antes de que estalle en risas. Se ríe y ríe y tose y se ríe un poco más. Pero no me estoy riendo. La miro fijamente, y lentamente, su risa muere. Después de un momento, espeta:

—¿Estás bromeando? No estás bromeando, ¿verdad? —Se ríe sin humor—. ¿Por qué piensas que es gay?

La miro a los ojos y digo:

—El simple hecho de que tiene una novia.

Los ojos de Nat se amplían cómicamente un momento antes de que salte del sofá y se ponga en pie, claramente sorprendida.

—¿Una novia? ¿Qué mierda? ¿Cómo sabes eso?

Inclino mi cabeza hacia el costado.

—Como dije, hice mi investigación.

Se gira para enfrentarme con sus manos en sus caderas, luciendo más herida de lo que alguna vez la he visto.

—¿Y lo escondió de mí? ¿Como si me importara si prefiere el atún a una inyección de carne caliente? ¿Por qué me ocultaría esto?

Recargando mi cadera contra el mostrador, frunzo mis labios.

—Pienso que lo oculta por mamá y papá.

Nat me mira, determinada, pero su voz es pequeña e insegura.

—A mamá y papá no les importaría. La aman. Nos aman.

Mi madre y mi padre son de Europa Oriental, uno de los únicos lugares que quedan en el mundo que todavía es ridículamente homofóbico. Amo a mi madre y a mi padre, pero en esta cuestión, no estoy segura que estarían bien con ello. Levantó una ceja.

—¿Estás tan confiada que pondrías dinero en ello?

En ese momento, Ash sale del baño, limpiando sus manos en un trapo.

—Hecho. Ahora aliméntame, mujer.

Sonriendo, le paso su plato.

—Gracias, el mejor cuñado de todos los tiempo.

Dando una mordida a su sándwich, lo levanta en el aire en reconocimiento y tira de su mentón hacia mí, pero Nat está parada ahí luciendo más confundida a cada minuto. Se gira hacia Ash y pregunta:



—¿Sabías sobre esto?

Traga antes de rascarse la ceja.

—¿Que Nina es una muerde-almohadas? —Asiente, completamente ajeno—.
Sí. ¿Y?

Oh padrino mío, Ash. ¿Nadie te ha enseñado nada sobre mujeres? ¡Niégalo, niégalo, niégalo!

Nat se gira hacia su esposo con falsa tranquilidad.

—¿No pensaste que debería saber algo sobre esto?

Sentándose en el sofá, mete la mano en la bolsa de papas fritas y se mete algunas en la boca, luego embolla:

—Si quisiera que lo supieras, te lo habría dicho, cariño.

Con su cara poniéndose en un lindo tono de muy enojada, alcanza su bolsillo trasero, saca su teléfono, presiona algunos botones y luego pone el teléfono en su oreja. Mis ojos se agrandan.

Oh oh.

Después de unos segundos, grita en el teléfono.

—¿Te gusta el taco y nunca me lo dijiste?

Mientras Nat continúa soltándole a Nina abusos extrañamente comprensivos a través del poder de las telecomunicaciones, Ash se ríe de mí:

—Oh, ahora la has liado.

Hago un gesto de dolor. Uf. Alcanzando mi propio teléfono, escribo un mensaje rápido, esperando que no esté molesta.

Yo: Um... ¿sorpresa?

Un momento después, mi pantalla se enciende y me deprimo.

Nina: Estás jodidamente muerta, bro.

Nat se pasea, agitando sus brazos animadamente, errantes.

—¡... porque, oye, conozco lesbianas! ¡Estoy totalmente bien con las lesbianas! Con lo que no estoy bien es con mi hermana lesbiana escondiéndome su sexualidad. ¡Soy una malditamente anti-lesbite! —Se detiene en sus pasos, escuchando, antes de que sus cejas se estrechen peligrosamente y conteste—. ¡Es totalmente una palabra! ¡Búscalas en Google!

Miro hacia Ash y balbuceo.

—¿Piensas que realmente no lo sabía?

Mira hacia mí, con las cejas levantadas, antes de mirar la escena que está haciendo su esposa, luego regresa a ver la televisión, estirándose por más papas fritas.

—Realmente no lo sabía.

Nat suspira.

—No voy a decirles nada. Relájate. Pero hubiera sido agradable que me lo dijeras tú y no haberlo descubierto a través de la engendro Kovac más joven. —



Sonrie suavemente y sé que Nina se está disculpando con ella, probablemente llamándola tonta por no haberlo descubierto antes—. Así que escuché que tienes una chica, ¿eh? ¿Cómo se llama? —Nat se ríe—. Amelia. Lindo. Suena como que es una verdadera dama. —Sonríe—. ¿Entonces eso te hace el hombre de la relación? —Su sonrisa se cae—. ¿Hola? ¿Nina? —Levanta su teléfono, luciendo irritada—. ¡La perra me colgó!

Me encojo e inclino mi cabeza ligeramente.

—Llamar a una mujer el hombre hará eso.

Nat mira su teléfono como si la ofendiera, y aunque está actuando como una plasta, sé que está feliz por saber. Tal vez que Nat lo supiera no es tan malo. Metiendo su teléfono de vuelta en su bolsillo, murmura a través de un puchero:

—Sensible come conejos.

Uh, sí. Está bien. Tal vez no lo es.

Selena

Cuando Max me dijo que íbamos a salir en una cita, me preparo para la mejor cita de todos los tiempos. Ese fue mi primer error. Mi segundo error se estaba construyendo en mi cabeza. Y cuando digo construyéndose, quiero decir que lo convertí en la maldita Torre Eiffel.

Luego vino a recogerme vestido con vaqueros oscuros, una desfajada camisa negra de botones, sus zapatillas blancas y su cabello demasiado largo cuidadosamente alborotado, y mi corazón dejó salir un largo suspiro soñador.

Para ese punto, mi motor ya estaba revolucionándose. Me pavoneo sobre él, sonriendo inocentemente, como un lobo disfrazado de cordero, esperando una probada de lo que vendría más tarde esa noche. Su brillante sonrisa titubea cuando me presiono contra él, inclinándome para besar bajo su mandíbula, dejando que mi mano permanezca sobre la hebilla plateada de su cinturón en la cintura de sus pantalones.

Aclara su garganta antes de carraspear.

—¿Qué estás haciendo, pastelito?

Por supuesto que podía ver directo a través de mí. No estoy escondiendo lo que quiero de él. Ni siquiera ligeramente. Mis vaqueros claros contrastan con sus oscuros, empujo mis pechos contra su pecho (gracias a Dios por los tacones altos), mi sedosa blusa rozando deliciosamente sobre mi estómago, incitándome más, respiro:

—Teniendo el postre.

Entonces sus brazos fueron a mi alrededor, un firme abrazo alrededor de mi espalda, tirándome devastadoramente cerca, mientras la otra mano se desliza hacia debajo por mi cuerpo, sobre la curva de mi cadera para acunar mi trasero. Hace un ruido bajo de excitación en su garganta, y la mano extendida en mi trasero lo aprieta.

—Vamos a llegar tarde a cenar.



Hago un puchero, mirándolo con lo que Nat llama mis ojos de Bambi. Había practicado esta mirada mientras crecía. El tiempo dedicado a practicar claramente servía. Había muy poco que preguntara a mis padres a lo que dirían que no cuando sacaba a estos bebés. Levanto mis dedos, separándolos unos centímetros.

—¿Ni siquiera un pequeño juego?

Baja la mirada hacia mí con esos líquidos ojos dorados y sé que lo tengo. Suspira dramáticamente antes de besar mi boca, y no lo hace a medio gas. Nunca lo hace. Me besa profundo, tomándose su tiempo, probándome.

—¿Cómo puedo decirte que no? —Sonriendo, me agacho, lento y sexy, hasta que me arrodillo frente a él. Me mira interrogante, y entonces me estiro para desabrochar su cinturón. Sus ojos se amplían un momento antes de sonreír—. Rock'n'roll, nena.

Levanta su camiseta un poco para ayudarme. No pierdo tiempo en desabrochar ni bajar su cierre, y con un rápido tirón, sus vaqueros y bóxer están alrededor de sus rodillas. Sólo está semi-erecto pero aun así es demasiado grande y demasiado grueso para caber completamente en mi boca. Envuelvo mis dedos a su alrededor, ignorando el siseo de Max, luego levanto la mirada hacia sus ojos.

Conocí hombres así. Había sido amiga de un chico en la universidad, un total cachondo, quien alguna vez me dijo que a los chicos les encantaba cuando una mujer estaba de sus rodillas, levantando la mirada hacia ellos inocentemente. Incluso más cuando la mujer estaba usando lápiz de labios, aparentemente cualquier color serviría. También me dijo que a los hombres les encantaba cuando una mujer mantenía contacto visual durante una mamada. Estaba a punto de probar esa teoría.

Max bajó la mirada hacia mí, sus ojos caídos, su boca ligeramente abierta. Siempre es así con él. Nada de cara impasible. Vestía su corazón en su manga, y amaba eso.

Lo amaba a él.

Esto es algo que todavía no estoy dispuesta a sacar. Demonios, no sé si alguna vez quisiera sacarlo. Sé que es muy pronto. Sé que asustaría a Max. Decido trabajar con él lentamente. Si lo asusto, correrá. No puedo perderlo. Ya es una parte de mí. También lo es Ceecee. He terminado de pelear contra ello.

Max es mi única excepción. Probablemente uno de los pocos hombres allá afuera que no solo apoyaría mi elección de trabajo, sino que estaría orgulloso de que lo hiciera. Y si llegaban largas horas y fines de semana largos, sé que lo entendería. Después de todo, su trabajo en el club tampoco era durante las horas más convenientes. Pero estaba dispuesta a negociar.

Era feliz manteniendo mi secreto, y haría lo que fuera necesario para mantenerlo de esa manera. La única persona con la que tendría que tener cuidado es Nik. El hombre lo veía todo.

Max gentilmente se agacha, acunando mi mejilla con una mano, mientras levantaba mi largo cabello sobre mi hombro con la otra. Levanto la mirada una vez más, sosteniendo su pesada polla, besando gentilmente la cabeza. Parpadeando, susurro:

—Tan grande.



Agarra mi mejilla, sus labios torciéndose en una sonrisa pequeña y sexy mientras murmuraba:

—¿Te gusta, nena? Di que te gusta mi polla.

No es realmente una petición. Es una exigencia. Mi centro se contrae y lamo la sensible parte baja. Hablando contra su pulsante longitud, suspiro suavemente:

—La amo. —Te amo.

Mis labios se abren y con él guiándome con el agarre en mi mejilla, meto lo que puedo de él. Pero no es fácil. Para la cantidad de inteligencia y obscenidades que decíamos, mis hermanas y yo, teníamos una boca bastante pequeña. Maldita sea.

Abriendo mi boca, meto un poco más, chupándolo profundo. Max echa su cabeza hacia atrás, una mano en mi mejilla, la otra empuñando el cabello en mi nuca. Ante el ligero dolor, gimo alrededor de él, y sus dedos se aprietan alrededor de los mechones sueltos de mi cabello mientras gentilmente se empujaba dentro y fuera de mi boca.

En un punto, empuja un poco más fuerte de lo que pretendía y me atraganto. Imagina mi sorpresa cuando eso sólo aviva más el fuego de Max. *Sucio cabrón.*

Supe el momento exacto en el que perdió el control.

Sus ojos caen hacia donde mi boca envuelve su polla y gruñe, un sonido bajo y animal que estoy empezando a amar, y lo escuchaba cada vez que ponía mis manos sobre él. Estoy más mojada de lo que debería estar. Dar una mamada no debería encenderme tanto, ¿cierto? De cualquier forma, estoy empapada, y a pesar de que lo quiero dentro de mí, me conformo con mirar a Max perder el control, porque mirar a Max perder el control se está convirtiendo en mi cosa favorita de atestiguar.

La mano en mi cabeza se afloja antes de que ambas manos acunen mis mejillas. Hace ruidos de rugidos bajos en su garganta mientras acelera sus empujes, sus cejas se fruncen con concentración, mirándome detenidamente. Casi está ahí. Detiene sus empujes y empiezo a acariciarlo mientras sigo chupándolo tan profundo como puedo. Respirando pesadamente, maldice.

—Joder, nena, voy a venirme.

Cuando trata de salirse, aprieto mis dedos a su alrededor y chupo más fuerte, dispuesta a que entendiera que no lo dejaré ir esta vez. Sus ojos se abren de golpe.

—¿Estás segura?

Cielos, Max. Estoy un tanto ocupada aquí. ¿Te importaría guardarte las preguntas para después?

Sin estar dispuesta a quitar mi boca de él, chupo más profundo, más rápido. Su pecho jadea con cada respiración, gruñendo con puro placer. Casi suena como un ronroneo. Libera mis mejillas para pasar su pulgar sobre mi labio inferior mientras balanceo mi cabeza sobre él. Murmura:

—Tan bonita. Eres jodidamente bonita.

Eso fue todo. Cuando se viene, se viene fluidamente. Esto no es sexo caliente y rudo. Esto es intimidad pura, haciendo más íntima mientras trago cada chorro

de la cálida salinidad. Su placer es mi premio. Nos quedamos de esa forma por un largo rato. Su pulsante polla ahora suavizándose, lo libero gentilmente, pasando mi lengua a lo largo de su todavía impresionante longitud. Se estremece, parpadeando hacia mí soñolientamente.

Tengo que sonreír. Le había hecho esto. Lo amaba tan malditamente tanto. Así que cuando Max abre su boca, esperaba que le siguiera algo tan íntimo como mi acto.

Estaba equivocada.

Me ayuda a levantarme, jalándome hacia él, luego apretándome fuerte.

Esto es agradable, pienso. Entierro mi nariz en su cuello y respiro el sutil olor de su colonia. Tirándome hacia atrás, besa mi mejilla antes de acomodarse de vuelta y sonreírme.

—Gracias, pastelito. —Suspira, satisfecho—. Necesitaba eso.

Mi cara cae. Parpadeo. Tardo un momento registrar lo que acababa de decir. Obviamente había malentendido lo que era esto. Esta cita no es un paso adelante en nuestra relación. Esto no es nada para él. Esa era la razón por la que necesitaba esconder mis sentimientos. Esta es la razón por la que seguramente sería soltera para siempre.

Y eso apestaba *jodidamente*.

Juego de palabras intencional.

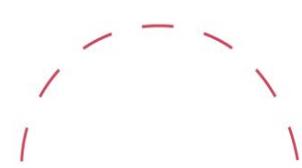


Max

En el momento en que dije lo que dije, vi la mirada en su cara. La desilusión, la tristeza y el dolor. ¿Realmente acababa de agradecerle por una de las mejores mamadas en mi vida?

Esto es por lo que siempre seré soltero.

Soy un cobarde, y uno realmente jodido.



Capítulo 34

Selena

Traducido por Jane' y LunaRowe

Me las arreglo para pegar una sonrisa en mi cara y sofocar mis emociones estúpidas lo suficiente para fingir felicidad, tomo la mano de Max, y camino a su coche con él. A medida que avanzamos, sostiene mi mano. Miro hacia nuestros dedos entrelazados y mi pecho duele. Lo que ese simple gesto significa para él y lo que significa para mí son dos cosas diferentes. Significa todo para mí. Para él, es sólo un signo seguro de que va echar un polvo más tarde. Aprieto los dientes y ruedo mis ojos mientras me vuelvo a mirar por la ventana.

Eres tan tonta. Él no se preocupa por ti. Se preocupa por Ceecee. Estás siendo utilizada.

No lo estoy.

¿Hola? ¿Dignidad? ¿Dónde diablos estás?

Hicimos un trato. Sabía en lo que me metía. No debería estar tan sorprendida, y la verdad, es que no lo estoy. Max nunca me prometió nada. Fui quien se perdió en falsas esperanzas. Sabía que no debía hacer tal cosa. Nunca tendría el dulce amor que Tina y Nik tienen, o incluso el amor apasionado que tienen Nat y Asher. Y tal vez no sería tan malo. Tal vez estaría contenta sin él.

¿Entonces por qué mi corazón duele sólo de pensar en ello?

Miro a Max, y como si lo sintiera, se vuelve hacia mí. Observa mi cara, los ojos entrecerrados antes de preguntar en voz baja:

—¿Estás bien, nena?

—Por supuesto —miento con facilidad.

Sus dedos aprietan los míos.

—Si no quieres ir a cenar, está bien. Simplemente podemos conseguir algo para llevar a tu apartamento. Mamá se queda con Ceecee hoy. —Su hoyuelo aparece con su sonrisa—. Puedo desnudarte y frotarte loción. Ya sabes, darte un masaje.

Sonrío ante eso. Por qué tiene que ser tan despistado, en cierto modo, me hace enojar, y luego dice algo dulce. Es casi imposible permanecer enojada con él, maldito sea. Escondo mi sonrisa mordiendo mi labio.

—¿Frotarme loción? ¿Darme masaje? Whoa. No soñaría con obligarte a hacer algo como eso.

Max suspira, llevándose mi mano a la boca, besando mis nudillos.

—Admito que sería una prueba, pero sé que juntos vamos a superarla.





Juntos.

Mi estado de ánimo juguetón se ha ido con el uso de esa palabra.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar juntos?

Llegamos al restaurante y Max encuentra una plaza de estacionamiento justo enfrente. Me advirtió que no sería de lujo, pero no me esperaba esto. Mi estado de ánimo se eleva mientras me abre la puerta del pasajero como un caballero. Pregunto sorprendida:

—¿Mexicano?

Se encoge de hombros, y podría estar equivocada, pero juro que se sonroja.

—Quería llevarte a algún lugar que me encantara. —Se detiene—. Te gusta la comida mexicana, ¿verdad?

Entrecierro mis ojos.

—¿No crees que deberías haberlo preguntado que antes?

Su rostro cae drásticamente antes de que levante una mano y se pellizca el puente de la nariz.

—Joder, Lena. Estoy tan arre...

—Amo lo mexicano. —Me río y luego me burlo—: Idiota.

Respira profundamente y luego deja escapar un largo suspiro. Tomo su mano, sin dejar de reír, y me mira fijamente. Camina a mi lado, imitándome con una voz ridículamente aguda.

—Amo lo mexicano, idiota. —Su voz se vuelve normal de nuevo y murmura en voz baja—: Te recuerdo que en cuanto nos vayamos, tu culo es mío. Lo recordaría si fuera tú.

Redondeo la boca con horror y me detengo, sacudiendo las piernas con entusiasmo.

—Oh no. El hombre malo va a atraparme.

Su palma conecta con mi culo con fuerza, arrancando un grito sorprendido de mi garganta. Él está frente a mi cara, mirándome.

—¿Te gustaría eso?

Trago saliva y mi centro se estremece. La honestidad es la mejor política, siempre lo he dicho (cuando me conviene, por supuesto).

Respondo una baja:

—Me gustó lo suficiente como para querer presionar mi suerte otra vez, y otra vez, y otra vez.

Él baja la mano a mi clavícula, pasando su pulgar sobre la piel sensible allí. Su boca se cierne sobre la mía.

—Para.

Muerdo mi labio inferior y murmuro:

—¿Qué pare qué?





Besa con fuerza mi boca. Retrocediendo un pelo, me muerde el labio inferior, tirando suavemente de él antes de responder:

—Deja de ser sexy.

Mi sonrisa es pequeña, pero está ahí.

—Lo siento, pero lo iniciaste tú.

Contesta:

—Tú empezaste.

Me burlo:

—¡Totalmente lo empezaste tú!

Me mira.

—Madura, Lena.

Caminamos mano a mano, sonriendo como un par de tontos. Mantiene la puerta abierta para mí, y mientras entro en el restaurante, me susurra al oído:

—Tú comenzaste. —Y me echó a reír. Me encanta este lado tonto de Max.

Vamos a nuestra mesa en este restaurante pintoresco, y aunque es pequeña, está muy bien decorada con manteles rojos y blancos a cuadros, taburetes en vez de sillas y velas en las mesas. Crea un ambiente íntimo, y yo en secreto amo que Max me trajera aquí y no a un restaurante de lujo donde sirven las comidas en platos del tamaño de neumáticos de coche con comidas del tamaño de una palma. Cuando la mesera llega a nuestra mesa, Max me mira y pregunta:

—¿Te importa si pido?

Sonríe dulcemente.

—No, si sabes lo que es bueno.

Él me sonríe.

—Sé lo que es bueno, nena.

Tomo mi vaso de agua y bebo, cuando una voz suave por el lado de la mesa pronuncia:

—¿Max?

Max y yo miramos a la camarera, pero Max es el único que palidece.

—Oh, eh, eh, Kate. ¿Cómo estás?

Kate, la joven mesera de apariencia hispana con la piel oliva, rizos negros largos y ojos suaves responde en un tono herido:

—Nunca llamaste.

Mis ojos dejan a la mesera, y con los ojos abiertos, me giro para mirar a Max.

—Tienes que estar bromeando, Max. —¿En serio me trajo a un restaurante donde folló a una de las camareras?

Pero Max parpadea hacia Kate, maldiciéndola en silencio antes de afirmar lo obvio.

—Estoy en una cita, Kate.



Kate se vuelve hacia mí viéndose herida, y lo lamento por ella. Sé lo que se siente al ser rechazada por Max. En serio es horrible. Con un suspiro, le digo:

—Cariño, confía en mí. Es completamente ajeno cuando se trata del sexo opuesto. Necesita letreros de neón y luces intermitentes para esto.

Max profiere un ofendido:

—Oye.

Mientras que Kate sonríe y admite:

—Pensé que era sólo yo.

Niego con la cabeza.

—Nop. Es él. Créeme.

Max repite su ofendido.

—¡Oye!

Tengo curiosidad ahora. Inclino mi barbilla hacia ella.

—¿Qué hizo?

Max comienza:

—No creo que tengamos que estar discutiendo est...

Pero Kate lo interrumpe.

—Él me llevó a comer y nos enrollamos. —Vuelve a mirar hacia él, poniendo una mano en su cadera—. Nunca lo volví a ver.

Max se retuerce en su silla, y luego se obliga a reír.

—Kate, nena, fue sólo un beso.

Bueno, odio admitirlo, pero me alegro de que no se la haya follado. Pero aun así. Niego con la cabeza.

—Oh, Max. Eres un idiota.

Kate inclina la barbilla hacia mí, reflejando mi gesto anterior.

—¿Eres su chica?

Max intenta entrar en la conversación con:

—Esto es un poco raro, ¿no? —Pero mientras hablamos sobre él, se detiene y sigue retorciéndose.

Suspiro dramáticamente.

—Tristemente sí.

Sus ojos se estrechan en mí antes de que declare:

—Me agradas. Recibirás nachos por cortesía de la casa.

Sonriendo, me acerco a ella.

—Soy Helena. Lamento que Max sea un bebé estúpido.

Ella sonríe, tomando mi mano.

—Kate. Encantada de conocerte, y ~~no te preocupes~~ por eso. —Ella lo mira antes de susurrar—: Es algo frívolo.

Max es uno de los hombres más confiables que conozco. Él no es frívolo en absoluto, pero sé lo que está haciendo, así que no la corrijo. En su lugar, le sigo el juego. Le guiño un ojo.

—Tuviste suerte de alejarte cuando lo hiciste.

Ella se ríe, luego se retira.

—Vuelvo en un momento.

Él me mira fijamente, claramente no divertido.

—Me alegro de haberlas presentado. Estoy seguro de que serán mejores amigas para siempre.

En silencio, regodeándose de su malestar, estiro la mano a través de la mesa y agarro un puñado de bocadillos de maíz, masticándolos con una sonrisa socarrona. Con la boca semi-llena, hablo alrededor de mis bocadillos:

—Vamos, Max. Admítelo. Es un poco divertido.

Kate vuelve con un plato lleno de nachos, con montones de carne molida de res, queso y tomates picados. Se ve increíble, y el olor de las especias me tiene salivando. Ella lo coloca delante de mí con una sonrisa.

—Disfruta. Llámenme cuando estén listos para ordenar.

Max comienza:

—Estamos listos para... —Y yo río, cuando se gira, meneando su pelo, y se aleja, obviamente, sin hacerle caso. Max mira mi plato, lamiéndose los labios—. ¿Puedo comer eso?

Levantando un bocadillo de maíz con delicias, niego con la cabeza.

—Nop. Considera este tu castigo —bromeo, metiéndolo en mi boca.

Una mirada patética cruza la cara de Max. Se frota distraídamente su vientre.

—Pero tengo hambre.

Adorable.

No. Tacha eso. Adorablemente *patético*.

Estiro la mano en la pequeña mesa para ahuecar su patética mejilla. Se inclina hacia mi toque y frunzo los labios, murmurando:

—Aawww, mi gran bebé estúpido.

Él pone mala cara, asintiendo, y aunque este es el peor día en mi vida, estoy divirtiéndome mucho. ¡Y no sé por qué! Algo borra ese pensamiento. Le digo:

—Esta ha sido la peor cita del mundo. —Pero lo hago con una sonrisa. Una sonrisa real.

Max se inclina más hacia mí, con una mirada de disculpa, y dice:

—Lo siento.

Tirando de mi mano, admito:

—Pero me estoy divirtiendo mucho —le ~~lanzo~~ una sonrisa tímida—, contigo.

Él sonríe entonces, su sonrisa multimillonaria, de revista GQ.



—Caramba, señora. —Pero su sonrisa se tambalea—. ¿Segura que no estás enojada por esa chica?

—¿Voy a casa contigo esta noche? —pregunto.

Sus cejas se fruncen.

—Malditamente correcto.

Me encojo de hombros.

—Entonces no me importa. —Sonriendo, mordisqueo un bocadillo de maíz—. Yo gano.

Algo en mi respuesta le afecta, y no estoy segura de cómo leerlo. Sus ojos se abren un poco antes de oscurecerse. Parece estar mordiendo el interior de su mejilla, como si tratara de mantener la boca cerrada. Sacudiendo la cabeza, murmura:

—Eres algo más.

Cuando Kate vuelve, le toma nuestro pedido a Max, quien le frunce el ceño todo el tiempo, pero me da una dulce sonrisa, cuando se aleja. Trae nuestras comidas y coloca los platos en frente de mí suavemente, teniendo tanto cuidado como es posible, pero cuando coloca los platos delante de Max, los libera a unos centímetros por encima de la mesa, por lo que chocan y hacen ruido antes de girar y menear su cabello mientras se aleja. Y me río para mí misma. Debe haberla enojado mucho.

Meh.

Se lo merece.

Pongo los nachos en el centro de la mesa y me inclino hacia su plato para robar una de las más perfectamente enchiladas de pollo que alguna vez vi. Max mira sorprendido mientras robo de su plato. Arrugando su nariz, él se estira hacia mi plato y roba una de mis fajitas de carne en respuesta.

Sonrió hacia él y guiño. Poco sabe él que no soy Nat. Compartir comida me hace feliz. Nat cortaría a la cualquiera por robar de su plato. Corto una pieza de enchilada y la meto en mi boca. El fresco y picante sabor es maravilloso. Gimo y cierro mis ojos. Es solo cuando mis ojos revolotean abiertos que me doy cuenta que Max está hablando.

—Lo siento. ¿Qué?

Sonríe.

—Te estaba preguntando si dejaste a un tipo en casa.

¿Me está preguntando si tenía un novio en casa? ¿Por qué este repentino interés? *No leas demasiado entre líneas, idiota.* Sacudiendo la cabeza lentamente, corto la enchilada para una segunda mordida.

—No. No tenía el tiempo para citas en casa, y no había planeado tener citas aquí. Supongo que podría haber salido en casa, pero, ¿dónde dejaría eso al tipo? Probablemente en una esquina. —Como Baby en *Dirty Dancing*—. Mi trabajo viene primero, y si voy a estar aumentando mis horas de trabajo, me parece injusto comprometerme con alguien sabiendo que tendrían de poca a nada de tiempo conmigo.

Max mira hacia su plato con confusión escrita por toda su cara. Pregunto un largo y arrastrado:

—¿Qué?

Levantando su cara, cejas aun arrugadas, él responde suavemente.

—Creo que cualquier cantidad de tiempo que pudieras darle ese tipo, él estaría agradecido. —Sostiene mi mirada—. Sería un hombre afortunado de tenerte, pastelito. Aun por un minuto.

Oh mierda. Eso fue profundo y dulce y jodidamente adorable. Mi corazón late al mismo tiempo que mi cabeza. Estoy en problemas. *¡Detente Max! ¡No estoy hecha para amarte!*

Si él se está aventurando a aguas más profundas, siento que debería encontrarlo a mitad del camino.

—Cuéntame sobre la mamá de Ceecee.

El inmediatamente se endurece.

—No.

Mis cejas se alzan con el odio en su voz.

—Uh, está bien.

Comemos en silencio por un pequeño momento mientras le doy unos pocos minutos para que se tranquilice antes de que lo note desinflarse. Sus hombros se caen y su mandíbula se aprieta, y me dice:

—Lo siento. Ella es un tema difícil.

Yo asiento.

—Es entendible. —El silencio entre nosotros es tan pesado que se está volviendo incómodo. Y yo no he tenido ningún momento incomodo con Max desde que hemos estado saliendo. No me gusta. Estirándome sobre la mesa, pongo mi mano en su antebrazo—. No necesitamos hablar de nada de lo que no quieras. Pero si necesitas a alguien con quien hablar, estoy aquí con los oídos abiertos.

Sus ojos se lanzan de mi mano en su brazo hacia mi cara, buscando. Él me mira sospechosamente.

—¿Eso es todo?, ¿sin “te pregunto, así que tienes que decirme” o “Bien, hemos terminado” mierda?

Estoy segura de que la expresión en mi cara grita *insultada*.

—Te prefiero feliz, y puedo ver que hablar sobre esto tiene el efecto opuesto. Así que, no.

Sus ojos se cierran, de nuevo dolido mientras murmura bajo:

—Ella me prefiere feliz. Ella cancela su propia sorpresa por un partido de baloncesto en silla de ruedas. A ella no le importa la camarera. —Levanta sus ojos hacia el cielo—. ¿Por qué me estás haciendo esto?

Um, está bien entonces.

—¿Sobre qué estás hablando?

Max sonríe. Es forzada. Sé esto porque no llega a sus ojos.



—Nada. —Estira una mano y la coloca sobre la mía. La levanta hacia su boca y la besa—. Sólo estoy contento de que estar aquí. Contigo. —Besa mis nudillos una segunda vez—. No hay ningún lugar en el que preferiría estar.

Yo sonrió suavemente.

—Yo igual.

La cena sólo se pone mejor a partir de ese punto. Max y yo comemos, hablamos, y nos reímos la mayor parte de la noche, y cuando es hora de irnos, él deja una más que decente propina para la pobre y dulce Kate. Me gustaría decir que me simpatiza, pero estaría mintiendo. Estoy más que feliz de ser la que se va a casa con Max. Extasiada, realmente.

Como un caballero, abre la puerta del coche para mí y me ve entrar. Conducimos de regreso a mi apartamento, y desde el momento en el que nos bajamos del coche, no podemos mantener las manos fuera del otro. Alzando la mano, la pone detrás de mi cuello, jalándome más cerca, y entonces sus labios bajan hacia los míos.

Y me derrito contra él. El beso es profundo y dulce. Mis rodillas se vuelven gelatina y mi centro se aprieta más que nunca. Sus labios son suaves, más suaves de lo que imaginaba, y el olor de su colonia hace a mi cabeza nadar.

Mi boca se hace agua. *Dios, él es delicioso.*

Un completo DILF¹².

No podemos mantener nuestros labios para nosotros mientras subimos por las escaleras. Cuando llegamos a mi apartamento, desbloqueo la puerta, labios firmemente adheridos a los de él, entramos, cerrando la puerta detrás de nosotros. Sus brazos se envuelven alrededor de mí, sosteniéndome fuertemente, guiándome hacia el cuarto, cuando algo me viene a la mente.

Separándome de él, doy un paso atrás, encantada con el pequeño gruñido que se le escapa. Camino de espaldas hacia la cocina, desabrochando mis jeans mientras lo hago, sonriendo sexy. Lentamente bajo mi cierre, engancho mis pulgares en la cintura, y empujo mis jeans abajo por mis piernas. Saliendo de ellos, me muevo hacia la mesa.

Veo el momento exacto en el que lo entiende. Fuego ilumina su mirada, y de repente, se arranca la ropa. Me rio suavemente mientras pelea con la hebilla de su cinturón. En la repentina excitación, se ha vuelto torpe. Patea sus zapatos, agachándose y brincando en el sitio para quitarse los calcetines. Se baja los jeans a mitad de camino, después da un paso, tropezándose con ellos. Se endereza, sacándose la camisa por la cabeza, olvidando los botones y dejándola atascada alrededor de su cuello. Tira, tira, y tira hasta que es finalmente libre y está casi desnudo.

Mi blusa de seda es fácilmente removida, y entonces solo estoy en mi sujetador de encaje color crema y bragas a juego de corte francés. Lo que está bien, porque Max está vestido con un bóxer a cuadros blanco y negro. Palmea su erección y camina hacia mí. Sus ojos están llenos de lujuria, cuando admite:

—No creo que pueda controlarme.

¹² DILF: Dad I'd Like to Fuck: Papa que me gustaría joder



Alcanzando detrás de mí, desabrocho mi sujetador, dejándolo caer por mis brazos.

—No quiero que lo hagas.

El aprieta su pene a través de su bóxer.

—Podría ser rudo.

Haciendo un espectáculo de ello, deslizo mis bragas por mis piernas, dejándolas en las rodillas. Caen al suelo.

—Me encanta rudo.

Mira mi cuerpo apreciativamente, después murmura inconscientemente:

—Me vuelves loco.

Amo la forma en la que me mira.

—Haces que mi cuerpo arda.

Un paso más y está frente a mí, mirando hacia abajo. Se inclina, empujando mi espalda contra el lado de la mesa, y toma mis labios en un feroz beso antes de girarme y empujar su pecho contra mi espalda. La dureza cálida de su cuerpo me da escalofríos. Alcanzándome, toma mis manos y las pone sobre la mesa.

—No te muevas.

Mi estómago se aprieta. Oh mí. Gentiles manos viajan por mi cuerpo y yo deseo. Una mano aprieta mi coño en una manera tan dominante que aprieto mis muslos juntos y muerdo mi labio para evitar chillar. La otra mano acaricia mis hombros, espalda baja, la curva de mi trasero, apretando gentilmente antes de que dé un paso atrás.

Lucho con un maullido. Sus yemas pasan suavemente por la piel de mi trasero un momento antes de que los deslice hacia abajo, entre mis piernas.

¡Eeeek! ¡Yeih!

Mis ojos se cierran en deleite mientras el sisea.

—Joder. Jesús, Lena, yo... joder.

Se presiona contra mí desde atrás, su caliente dureza empujando contra mi trasero, un dedo entrando y saliendo desde mi calor. Pone sus labios en mi oreja y susurra:

—¿Siempre vas a estar así de mojada para mí?

Ni un momento de vacilación.

—Siempre, bebé. —Ni siquiera me he dado cuenta de que se ha quitado el bóxer hasta que su cabeza busca entrar.

Arqueando mi espalda, me agarro de la mesa fuerte y digo:

—Por el tiempo que me quieras.

Él se queda quieto en mi espalda, mis ojos se abren mientras pienso arduamente en qué fue lo que dije mal. Moviendo mi cabello sobre mi hombro, besa gentilmente la base de mi cuello, ~~disminuyendo~~ mi tensión. Con sus labios contra mí dice:

—¿Cuándo vas a entenderlo, mujer?



Su pene se desliza por mi caliente humedad, jugando. Gimo débilmente. Él se coloca en mi entrada antes de afirmar ásperamente:

—Nunca te voy a dejar ir.

Con una severa arremetida, está dentro de mí, estirando, todo el camino. Y yo veo estrellas. Jadeo.

—¡Oh Dios!

Al mismo tiempo que Max deja salir un brutal:

—Jesús. Joder.

Doblando mi cintura, bajo mi cara a la mesa, descansando mi mejilla en ella mientras él empuja hacia mí enojadamente. Cada una de las embestidas saca un jadeo de mí. Mis pechos rebotan con mi cuerpo. Max enrolla una mano a través de mi estómago, empujándome más hacia él, mientras que él empuja más hacia mí. Está tan profundo que golpea lugares que no sabía que existían. Es maravilloso. Me roba el aliento.

Chocando contra mí, susurra:

—Mierda. Perfecto. Dime lo que necesitas, nena.

Lloro:

—Tira de mi cabello.

Sin detener su violento ritmo, estira la mano y envuelve sus dedos en mi cabello, tirando ligeramente. Pero no suficiente. Chillo:

—Más duro. —Su agarre y ritmo se tornan crueles.

Sisea.

—Joder, eres maravillosa.

Más doloroso de lo que esperaba, gimo fuertemente mientras mi centro se contrae inesperadamente. La presión aumenta más y más. Mi centro se aprieta más y más. Sudor cae por mi frente y cuello mientras aprieto mis dientes, expectante, esperando por el impacto de la deliciosa tortura con la que estoy siendo asaltada.

Mi cuerpo se entumece con la perfecta calidez mientras estrellas explotan detrás de mis ojos, rompiéndose en millones de pedazos como un mosaico de vidrio multicolor. Hermoso y doloroso al mismo tiempo. Me vengo alrededor de él, gimiendo, ordeñándolo con cada empuje, y él gruñe:

—Justo detrás de ti, nena.

Sus embestidas de vuelven erráticas e incontrolables, y en el estado de felicidad en el que estoy, lo aprieto internamente, queriendo su liberación. Liberando mi cabello, él toma mis caderas y se empuja dentro de mí hasta sus bolas, una vez antes de que sus dedos se entierren en mí. Un bajo y brutal sonido es forzado fuera de su garganta cuando su pene explota dentro de mí, sacudiéndose. Mientras baja de su éxtasis, lentamente sale y entra en mí. Él lo hace unas cuantas veces y nuestra combinación de excitación corre por mis muslos.

Sin condón.



En reacción a mi extraña calma, él declara:

—No utilizamos condón.

Asiento, girándome hacia él, mirando sobre mi hombro, su pene aun dentro de mí.

—Estoy en control de natalidad. Tengo un implante en mi brazo. Y estoy limpia.

Sus ojos se suavizan.

—Me examinan cada año. Estoy bien.

Sonrió levemente.

—Bueno, está bien entonces.

Saliendo, me gira, presionando mi espalda contra la mesa, su duro y desnudo cuerpo contra el mío.

—Nunca había follado de esa manera.

Mi sonrisa se vuelve tímida.

—Yo tampoco.

Max se inclina, poniendo un suave beso sobre mis labios.

—Nunca antes había querido hacerlo. —Se aleja, colocando un mechón de cabello detrás de mi oreja—. No estaba mintiendo, Lena. Me vuelves loco.

Trago duro.

—Loco puede ser bueno.

Sus ojos bailan.

—Contigo, todo es bueno.

Él me está matando. ¡Debo salvarme de la dulzura! Desliéndome debajo de su brazo, corro hacia la ducha.

—¡El último es un huevo podrido!

Él se ríe detrás de mí y yo abro la ducha, preguntándome qué haría falta para que Max me quisiera como yo lo quiero a él.

Capítulo 35

*Selena**Traducido por AnnaTheBrave*

Max y yo nos levantamos temprano, abrazándonos e intercambiando dulces besos antes de ir a buscar a Ceecee a casa de Tina, donde mamá Leokov había estado vigilando a los niños la noche anterior. El tiempo seguía arrastrándose sobre nosotros, pero no nos importaba. Ambos nos habíamos bañado la noche anterior, y gracias a la bolsa de viaje de Max, había empacado todo lo que necesitábamos, desde ropa, una afeitadora eléctrica y gel para el cabello, hasta desodorante y colonia.

Si me preguntabas si había revisado su bolso cuando él no estaba allí para oler su colonia, te diría que te mantuviéras en tus malditos asuntos... pero no lo habría negado. De hecho, la segunda almohada en mi cama olía mucho como esa colonia. Divertido, dado que la usaba como mi almohada para acurrucarme.

Cuando llega el momento de irse, me meto en unos pantalones de marinero, una camiseta blanca, una chaqueta deportiva negra, y me pongo mis zapatillas, recogiendo mi pelo en una coleta alta, y ni un poco de maquillaje.

Max camina fuera del baño y casi muero.

Dios, él es magnífico.

Sale vistiendo un pantalón deportivo negro, zapatillas, y nada más. Cuando una camiseta negra cubre ese torso, pongo mala cara. Max se acerca a mí, deteniéndose a sólo centímetros de distancia. Toma mi barbilla entre sus dedos pulgar e índice y levanta mi rostro hacia el suyo. Presiona un firme beso, lleno de significado en mis labios antes de alejarse, sus ojos dorados buscando los míos.

—Sigue mirándome así y nunca nos iremos.

Tomo aire.

—De acuerdo. —Pero mis ojos van a sus labios.

Da un paso atrás y gime.

—¡Lena! Joder. Mira lo que has hecho. —Agarra su creciente erección y yo río suavemente, cubriendo mi rubor con mis manos. Me mira—. Sí. Ríete ¡Voy a asustar a los jodidos niños con esta mierda! Así que detente.

Pero no puedo. Camino hacia él y me presiono contra su cuerpo, sonriéndole. Bromeo:

—Te pones temperamental cuando estás caliente.

Su respuesta es combustible para mi ego.

—Jamás había estado tan caliente en mi vida, ni siquiera cuando era un adolescente. —Se acerca al mostrador por su gorra de béisbol NY negra, la coloca



sobre su cabeza y luego me frunce el ceño—. Tienes vudú vaginal o alguna mierda, lo juro.

Toma mi mano y me lleva hasta la puerta, agarrando su sudadera por el camino.

—Vamos, pastelito. —Se detiene en la puerta, me mira con un brillo familiar en los ojos—. ¿Te he dicho lo hermosa que estás hoy?

Ugh. Desmayo.



Le doy a Max el nombre del parque, y por suerte, sabe dónde es. Me giro en mi asiento para hablar con una nerviosa Ceecee. Sus ojos dorados brillan con emoción, su cabello castaño está dividido en dos dulces coletas y va vestida con un conjunto deportivo de terciopelo rosa. Se ve hermosa esta mañana.

—¿Cómo va todo allí atrás, pequeño grillo?

Me mira con los ojos muy abiertos y susurra:

—No sé si puedo hacerlo.

Mis ojos se estrechan. ¡Sargent Lena, llagando!

—No digas eso. Mira todo lo que has logrado tú sola en el último mes. Tu condición física va más allá de lo que había planeado. Si puedes hacer eso, puedes hacer lo que sea.

Ella alza sus cejas.

—No lo hice sola. Tú ayudaste.

Giro los ojos.

—Semánticamente. No teforcé; estuviste de acuerdo en hacerlo y mantuviste tu promesa.

Era verdad que aún tenía sesiones suaves con Ceecee tres veces a la semana antes de nuestras lecciones de cocinas, así como las tres sesiones que ella tenía con James. Y lo hacía sin quejarse.

La niña tenía una vida social incomoda. Tenía amigos en la escuela, pero no le gustaba que ellos vinieran, o ir a sus casas, mayormente porque esas casas no tenían accesos para sillas de ruedas. Ceecee me dijo que una vez había ido a la casa de una amiga y había sido incómodo. Tan incómodo que decidió que tener amigos en la escuela estaba bien, pero eso sería lo más lejos a lo que llegaría. No habría comunicación con sus amigos fuera de la escuela.

Le dije que eso debía ser solitario. Mi corazón se rompió cuando ella se encogió de hombros, diciendo que estaba acostumbrada. Me siento muy protectora hacia esta niña. Puedo verlo y darme cuenta de que es un problema, pero, Dios me ayude, no podía dejar de intentar ayudar. ~~No era sólo otra niña.~~ Era la niña de Max. Y ella era una dulce, inteligente e ~~insegura~~ niña para la que quería lo mejor.





Amo a Max. Y amo a Ceecee de la misma manera. Quizás más, porque ella lo necesitaba más. Mientras esté cerca, Ceecee jamás se sentirá sola. Lo juro.

Cuando ella traga, pálida, comienzo a sudar.

—Oye. —Me mira y yo pronuncio en voz baja—: Si realmente piensas que no puedes, volveremos a casa. —Pestañeó hacia mí, sorprendida, y siento la necesidad de reiterar—. Esta es tu decisión, cariño. Al cien por ciento.

Y justo como sabía que haría, ella responde:

—Tal vez debería ir y ver cómo me siento.

Una amplia sonrisa cruza mi cara.

—Esa es mi chica.

Max aprieta mi rodilla en agradecimiento. Sabe que no debe interrumpir nuestra charla de chicas. Sin quitar los ojos de la carretera, le habla a Ceecee:

—¿Pequeña, te apetece ir a Coney Island mañana?

Sus ojos se ensanchan.

—¿En serio?

Max sonríe.

—Sin mierdas.

Una sonrisa tímida se extiende por su rostro.

—Está bien, pero sólo si Helena viene.

Suelto un *pffff*.

—Como si pudieras detenerme, cariño.

Él aprieta mi rodilla de nuevo.

—Entonces, está todo arreglado. —Me mira, sonriendo. Sin poder contenerme, me inclino y presiono un beso en su boca.

Ceecee suelta una risita.

—Ew, asqueroso.

Con un suspiro, le digo honestamente.

—Niña, un día, vas a mirar a cierto hombre y preguntarte qué fue lo que alguna vez encontraste asqueroso sobre los chicos.

Las cejas de Max se arrugan y agrega apresuradamente.

—Pero no por, al menos, otros treinta años. —La mira por el espejo—. Quizás cuarenta.

Ceecee rompe en una carcajada, y mirando a Max, me uno. Él me guiña un ojo, y tomando su mano en la mía, suspiro soñadoramente.

Estoy tan enamorada de ti.

Llegamos al parque, y cuando Ceecee sale del coche, Max toma mi mano y caminamos hacia la cancha de baloncesto. Puedo ver otros niños en sillas de ruedas, como también a algunos adultos, pero no los puedo reconocer. Mientras nos acercamos, veo a Felicity, a Willa y a James. Sonriendo, grito:

—¿Qué están haciendo aquí, chicos?

Willa sonríe tímidamente.

—Escuché que preguntaste por el juego, así que pensé que deberíamos venir a alentar a Ceecee.

Felicity sonríe.

—Revisa esto. —Abre su chaqueta para revelar una camiseta blanca que había decorado con marcadores de colores. Ponía “¡Ceecee es la número uno!”. Ceecee rió, y acercándose, Felicity levantó la mano y chocaron los cinco.

James terminó de hablar con un joven con una prótesis en la pierna, antes de unírseños.

—¿Cómo estás, Max?

Para mi sorpresa, él deja ir mi mano y me empuja contra su costado.

—Mejor de lo que he estado en mucho tiempo.

James lo mira de cerca, buscando en su rostro antes de sumergirse en una silenciosa conversación. ¿Qué demonios fue todo eso? James me mira, sus ojos sonriendo.

—Te ves bien, Lena.

Bato mis pestañas.

—Bueno, se lo agradezco, amable señor. Usted tampoco está mal. —Guiño y siento el dedo de Max hundirse en mi costado. Miro hacia sus repentinamente tormentosos ojos y modulo, *Ow*. En respuesta, estrecha los ojos y besa rápidamente mis labios.

James se arrodilla frente a Ceecee.

—¿Estás lista para esto, C? —Ante su vacilación, agrega—: No es un juego real ni nada. Es sólo mucha diversión. Perdemos el tiempo con la pelota, bromeamos y reímos. A veces, las personas cambian de equipo en medio del juego, y otras veces ni siquiera hay equipos. Te prometo que te gustará. —Ella no dice nada y él sonríe—. ¿Necesitas suerte?

Ella cubre su boca con su mano para suprimir una risita y asiente. Él suspira melodramáticamente.

—Las cosas que hago por ustedes. —Luego baja su cabeza calva. Ceecee la alcanza con las dos manos y las frota para la suerte, riendo.

James le desea suerte, antes de ir a ayudar al joven a sacarse la prótesis y sentarse en la silla de ruedas. Cuando éste se da vuelta, Ceecee jadea. Es silencioso, pero puedo oírlo, alto y claro, La miro para encontrar sus ojos anchos,





su boca abierta, y rubor en sus mejillas. Levantando la cabeza, miro al chico. Es un poco mayor que ella, quizás quince años. Cuando la ve, se queda quieto. Su rostro se queda inexpresivo cuando la ve observándolo. Miro sobre mi hombro para encontrar a Willa y a Felicity charlando y riendo con Max.

Agradecida por la distracción de las chicas, me inclino hacia Ceecee y digo:

—¿Por qué no vas a decir hola? ¿Hacer amigos? ¿No es por eso que estamos aquí?

Ceecee asiente, sin alejar los ojos del chico. Una pequeña sonrisa juega en sus labios, y no pudo evitar notar que era guapo para ser joven. Lo más probable es que sea magnífico cuando crezca. De pie, era alto, y sentado, aún se veía alto. Con desordenado cabello marrón, ojos claros, piel bronceada, los duros ángulos de su rostro lo hacían verse como una joven versión de Matt Bomer.

Mientras ella rueda hacia él, mi corazón sonríe con orgullo mientras él se acerca a ella. Simplemente se observan con cuidado cuando el chico sonríe y le dice algo a Ceecee, ofreciéndole su mano. Ella la toma a regañadientes, su rubor ahora es un infierno en llamas, la sacude y murmura su propia presentación.

Habla con ella y se acercan a la cancha. Señala cosas y ríe mientras hablan, completamente cómodo con su silencio. Cuando él la empuja con el codo, sonriendo, ella ríe. Es tal espectáculo que mi corazón se hincha. Creo que voy a llorar también. El chico la guía a un grupo de niños en sillas de ruedas, chicos y chicas, y la presenta. Todos sonríen y hablan con ella, y para mi sorpresa, ella sonríe y responde. Esta fue una gran idea.

Felicity interrumpe mis pensamientos.

—Sentémonos; están por empezar. —Todos nos sentamos, pero noto que Willa no está. La veo a un lado de la cancha, con los dedos enganchados en la cerca de alambre, mirando a James como un perro enfermo de amor mientras él instruye a los niños.

Grita:

—Ya saben qué hacer, chicos. —Señala al nuevo amigo de Ceecee y dice—: Sam, dejo a Ceecee a tu cargo. Muéstrale como son las cosas, pero no seas duro con ella. Tienen diez minutos de pelota libre antes de que toque el silbato. —Sonríe—, ¡Entonces comienza!

Los niños celebran y aplauden, antes de dispersarse, agarrando pelotas de básquet y jugando entre ellos. Ni siquiera me sorprende cuando Sam guía a Ceecee al otro lado de la cancha, rebotando la pelota hacia ella y explicándole, mirándola todo el tiempo. Estoy, de todas maneras, sorprendida cuando Felicity jadea:

—¡Oh, Dios mío! ¡Mira, mira, mira!

James se une a Willa en el lado opuesto del alambrado. Sus dedos entrelazados en la cerca, peligrosamente cerca de los de ella. Mis ojos se ensanchan.

—Le dije que le gustaba!

Max mira la cerca.

—¿A quién le gusta quién?





Felicity lo informa.

—Hemos estado presionando a Willa y a Whit toda la semana. Ella lo ama y a él le gusta. Él está luchando contra eso, que es lo que los hombres hacen. —Golpea su nariz y mira a Max—. ¿Por qué hacen eso?

Él traga duro, alejando la mirada.

—Ni idea. —Sacude la cabeza y me mira—. Pero pensé que le gustabas.

Levanto una ceja y pongo mi famosa mirada de *estás loco*.

—¿Qué? Somos amigos; eso es todo. Coqueteamos un poco —lo miro significativamente batiendo mis pestañas—, pero no hay daño en un pequeño coqueteo ¿verdad?

Felicity inclina la cabeza hacia atrás y ríe a carcajadas.

—Oh, ella te tiene.

Él mira nuestras manos entrelazadas y murmura:

—Ya no coqueteo.

Bufo.

—Sí. Lo sé. ¡Ni siquiera conmigo! ¿Por qué no coqueteas conmigo? Nunca lo hiciste, ni al principio.

Juega con mis dedos un momento antes de mirarme.

—Porque pienso que mereces algo mejor que eso. —Se inclina y besa mi sien—. Una mujer como tú merece palabras reales, no lindas palabras que no significan nada —lo dice con tal sinceridad que mi corazón deja de latir.

Mierda. No esperaba una respuesta así. Me inclino hacia sus labios y presiona otro suave beso mi sien.

Felicity nos mira, con su expresión desmoronándose.

—Oh, Dios mío. Finalmente ha ocurrido. —Abanica su cara, pestañeando rápidamente—. Alguien sacó el coqueteo de Max Leokov —lloriquea—, y fue mi amiga quien lo hizo. —Pestañeaa para alejar las lágrimas—. Estoy tan orgullosa

Me acerco y sacudo sus hombros

—Cállate, Flick. —Mirando a Ceecee, murmucho a nadie en particular—: ¿Puedes ver lo feliz que es? No creo haberla visto sonreír tanto desde que estoy aquí.

Max pone su brazo alrededor de mis hombros y concuerda.

—Le encanta. Y es todo gracias a ti. Eres lo mejor que le ha pasado. —Lleva sus labios a mi oreja y murmura—: También a mí.

Siento una punzada en el pecho. Me vuelvo y golpeo su pecho:

—Detente. No lo hagas.

La mirada de sorpresa en su rostro es adorable. El imbécil. Se encoge de hombros.

—¿Qué debería decir ahora?



Sacudo la cabeza, ira saliendo de mí, cayendo sobre él una vez más. Acaba de darme un discurso sobre no usar las palabras por diversión. No es justo que me diga algo así sin sentirlo. Sus dos brazos me rodean, apretándome, y disfruto de su calidez.

El señor sabía que no lo tendría para siempre.



Ver a Ceecee chillando y sonriendo tanto es lo más importante de mi año. Mis propias mejillas duelen de tanto sonreír mientras la miro durante el juego, si puede llamarse un juego. Fueron mayormente cuarenta y cinco minutos de niños en sillas de ruedas robándose la pelota y alejándose a toda velocidad de aquellos que intentaban atrapar a la persona que tenía la pelota. Una y otra vez, James corría a la cancha, arrebataba la pelota y se alejaba riendo mientras lo perseguían.

Él tenía razón. A Ceecee le encantó. E hizo amigos. La vi intercambiar números con sus nuevos amigos, pero vi una luz especial que tenía en sus ojos por Sam. Era verdad que no estaba en la silla de ruedas todo el tiempo, pero supongo que lo que le causó la lesión lo hizo estar en la silla mucho tiempo antes de poder caminar de nuevo. Y tanto como Ceecee tenía ojos para él, él tenía ojos para ella. Noté su expresión caer viéndola irse. Espero que Ceecee esté experimentando su primer enamoramiento.

De camino a casa, me vuelvo en mi asiento y le pregunto a Ceecee:

—¿Entonces?

Ella sonríe

—Estuvo bien. —Se encoge de hombros con indiferencia—. Supongo.

Un pequeño progreso. Asiento, me giro, enfrentando la carretera, y pregunto un aburrido:

—¿Qué piensas de volver el próximo sábado?

Vacila por un momento antes de responder.

—Eso sería genial.

Eso sería genial. ¡Maravilloso!

Miro a Max y aprieto su rodilla:

—¿Podemos ir por helado?

Mira a su hija por el espejo y guiña.

—Lo que sea por mis chicas.

Al mismo tiempo, Ceecee y yo gritamos emocionadas:

—¡Chunky Monkey!

Me giro y comienzo a reír. Ceecee suelta una risita, y antes de saberlo, estaba riendo tanto que lágrimas corrían por mis mejillas.

Vuelvo la mirada y veo a Max sacudiendo la cabeza hacia nosotras. Pero lo hacía sonriendo.

—Cabezas de chorlito.



Capítulo 36

*Selena**Traducido por martinafab*

Bajo las escaleras en una misión para encontrar a Max. Ese es mi principal objetivo en este momento. The White Rabbit va a saltar esta noche. A medida que el clima se torna más cálido, más personas deciden que hacer el viaje un sábado por la noche vale la pena. Echo un vistazo a la multitud y lo veo en el bar, hablando con un par de mujeres bonitas. Su sonrisa es cálida y agradable, pero no me importa. Las sonrisas que ellas reciben no se comparan con las que me da a mí.

Me muevo a través de la multitud con mi vestido maxi violeta oscuro agitándose alrededor de mis tobillos y mis sandalias con tiras. Camino ligeramente a través de la pista de baile, sólo mirándolo a él. ¿Cómo puedo ver cualquier otra cosa cuando Max está en la habitación? El calor se propaga a través de mí. Nunca he conocido a nadie como él. Es sinceramente el hombre más cariñoso y detallista que he tenido el placer de conocer.

Al final de la pista de baile, subo las escaleras hacia él. Cuando me ve, les dice unas pocas palabras a las mujeres antes de acercarse a mí, sonriendo ampliamente. Sonríe radiante, acelerando mi ritmo cardiaco. Mis pies me llevan cada vez más rápido hacia él. Finalmente, lo suficientemente cerca y salto en sus brazos. Sin ningún esfuerzo en absoluto, me atrapa fácilmente.

Te amo.

Presiono mi boca en la suya, hambrienta de sus besos, necesitando mostrarle cómo me siento.

Te amo.

Su boca se abre y acaricio su lengua con la mía, envolviendo los brazos alrededor de su cuello, acercándolo.

Te amo.

Haciendo el beso más profundo, aparto mis labios de los de Max para susurrar en contra de ellos:

—Estoy enamorada de ti.

Cuando trato de besarle de nuevo, él se aparta, con las manos firmemente agarrando mis caderas, mirándome confundido.

—¿Qué acabas de decir?

Estoy harta. No puedo seguir jugando a este juego. Ya no juego desde hace mucho tiempo. Esto acaba de ponerse serio.

—Estoy enamorada de ti. —Sonríe cálidamente hacia él y me encojo de hombros—. Te amo. —Sus ojos se oscurecen un tono antes de que estrelle su boca

con la mía, tomando mis labios en un beso animal feroz. Sus dedos se clavan en mi piel, y aunque me duele un poco, siento la pasión irradiando de él. Cerrando los ojos, enredo los dedos en el cabello de su nuca y doy tanto como me da. Apartándome, descanso la frente en la suya y respiro:

—Te quiero, Max.



Hoy, después de que Max nos llevara por un helado, con el corazón encogido le pedí que me dejara en casa. Cuando Ceecee me pidió que fuera a ver una película con ellos, me negué, a pesar de que lo quería más de lo que quería tomar mi próximo aliento. Cuando salí del coche, Ceecee preguntó:

—Helena, ¿podemos volver al parque mañana por la mañana?

Max miró a su hija, luego a mí. Se encogió de hombros.

—Vamos a saltarnos el desayuno de todos modos. Le prometí a Nik que le ayudaría a pintar las habitaciones de las chicas antes de la de Coney.

Le sonréi de vuelta. Una pequeña parte de mí sonrió sabiendo que probablemente quería ver a Sam de nuevo.

—Claro que sí. ¿A la misma hora?

Ella asintió con entusiasmo.

Max dijo:

—Entonces esta noche, dormirás en casa y llevarás la camioneta al parque mientras yo estoy con Nik. Cuando hayan terminado, nos encontraremos en casa y nos dirigiremos con Coney desde allí. —Él hacía que todo pareciera tan fácil. Estuve de acuerdo y con tensión en las entrañas, dejé a mis dos personas favoritas en el mundo.

Felicity vino, y con lo que se estaba convirtiendo rápidamente en una rutina, nos preparamos juntas y tomamos un taxi al club. B-Rock aceptó nuestros abrazos y besos antes de dejarnos entrar, y cuando nos acercamos a la sección VIP, Willa, vestida como una sexy Alicia en el País de Las Maravillas, nos saludó con una gran sonrisa. Nos abrazó y anunció:

—Lo voy a hacer. Esta noche.

Felicity y yo nos miramos la una a la otra, confundidas. Flick preguntó:

—¿Hacer qué exactamente?

Una dulce sonrisa cruzó el rostro de Willa.

—Voy a besar a Whit esta noche.

Me quedé boquiabierta. Negué con la cabeza para despejarla.

—¿Has estado bebiendo?

Ella se rió, y yo no había oído nada tan dulce en mi vida. Cubriendose el rostro con las manos, murmuró:



—No, pero me está dando todas las señales, como dijiste. Y estoy harta de esperar a que haga un movimiento. —Puso la cabeza bien alta—. Esta noche es la noche.

Felicity tomó sus manos entre las suyas y dijo:

—Tendrás que encontrarnos y decirnos cómo fue.

Me mofé y le toqué el brazo.

—Chica, si te besa bien, no te vamos a ver hasta el lunes. Y vas a estar caminando con las piernas dobladas.

Subimos las escaleras y encontramos a Nat, Lola, y Tina sentadas en el reservado de costumbre. Tina tenía levantados los pies hinchados en un taburete, mientras que Nat los frotaba. Al acercarme, sonréí y acaricié su vientre amorosamente.

—¿Estás cuidando de mis sobrinas o sobrinos?

Ella sonrió dulcemente.

—Sí, pero ellos no están cuidando de mí. La espalda me está matando.

—¿Por qué no te quedaste en casa?

De repente, Tina espetó:

—¡Necesitaba alejarme de mis salvajes hijos! —Mis cejas golpearon mi nacimiento del pelo. Nunca había oído hablar a Tina de nada que no fueran cosas buenas sobre ser madre. Ella rió—. No me malentiendas. Amo a mis bebés con locura, pero necesito tiempo alejada de ellos. ¿Sabes? Para hablar con adultos.

Nat murmuró:

—Y para que te froten tus pies gordos. —Luego le guiñó a Tina.

Bajé la vista hacia su vientre y le pregunté:

—¿Cuánto tiempo más?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Los médicos dicen que a partir de la próxima semana podría ser cualquier día. —Una mirada serena cruzó en el rostro de Nat y yo sabía muy dentro de mí que ella sería una gran madre. No podía esperar para sostener a sus bebés.

Lola me miró, entrecerrando los ojos.

—¿No se supone que estabas en California?

Arrugué la nariz. ¿Qué tipo de drogas estaba tomando Lola?

—No. ¿Por qué habría de estarlo?

Ella sacudió la cabeza, distraída.

—Podría jurar que escuché a Trick diciendo que Max iba a llevarte a casa durante el día. Algo sobre echar de menos la playa.

Fue entonces cuando me acordé.

—Como que... tenía algo planeado para mí. Una sorpresa.

—Quería llevarme a casa, a California, durante el día, porque echaba de menos la playa? Dulce bebé Jesús.

Murmuré distraídamente:

—Discúlpennme. —Mientras caminé hacia el borde de la escalera.

Tenía que encontrarlo. Y tenía que encontrarlo ahora.



Agarrándome el culo con fuerza, gime en mi boca mientras me lleva lejos de la barra. Tomando mi mano, me lleva por un tramo de escaleras que no he visto antes. Cuando llegamos a la parte superior, él desliza su tarjeta de acceso por el lado de una puerta y se abre. Nunca he estado aquí antes.

—¿Dónde estamos?

Agarrando mi mano tan fuerte que creo que podría caerse, murmura un corto:

—La oficina.

Abre una puerta de la oficina y enciende la luz, tirando de mí hacia dentro y cerrando la puerta detrás de nosotros. Me quedo de pie en medio de la habitación, con los ojos yendo de izquierda a derecha. Veo la foto de Ceecee y me doy cuenta de que no estamos simplemente en cualquier oficina. Estamos en la oficina de Max. Mi corazón tartamudea cuando noto la foto al lado de la de Ceecee.

Soy yo. Profundamente dormida. Y estoy acurrucada profundamente en la garganta de Max mientras sus ojos sonríen a la cámara, besándose la frente. *¿Cuándo demonios la sacó?* Atraída por la foto, me muevo hacia ella y le pregunto un pequeño:

—¿Cuándo la sacaste?

Él cierra la puerta y dice:

—La primera noche que dormimos juntos. —Mis entrañas se enroscan. *¿Por qué haría eso?* Lo miro inquisitivamente, y dice a regañadientes—: Supe que eras especial.

Mi garganta se hace más espesa por la emoción.

—Pero...

—Me habías dicho que con el último chico que te habías acostado fue hace cuatro años. —Él parpadea hacia mí—. *¿Sabes hace cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que follé a una mujer?* —Niego con la cabeza lentamente. Da un paso más cerca de mí, acentuando cada palabra con un paso—. Nueve. Largos. Años.

¿Cómo es eso posible?

—¿Cómo es eso posible? —pregunto, perpleja.





Cara a cara, toma mi cara suavemente, pasando sus pulgares sobre las manzanas de mis mejillas.

—Me aburrió. Tener sexo sin emoción no funcionaba para mí.

Cierro los ojos para detener la picadura detrás de ellos.

—¿Y yo?

Su aliento calienta mis labios. Presiona un susurro de un beso en ellos antes de repetir:

—Especial. —Me besa una vez más antes de seguir suavemente—. Eres mi pastelito. —Otro beso—. Eres mi subidón de azúcar¹³.

Maldita sea. ¿De verdad dijo eso? Parpadeo para apartar las lágrimas. Estoy en muy mal estado por aquí. Sorbo.

—Esa es la cosa más dulce que me han dicho jamás.

Me besa en la mejilla y sus labios persisten. Siento su sonrisa allí.

—No llores, nena. Me estás matando. Quiero que seas feliz. Siempre feliz.

A pesar de que cierro los ojos con fuerza, una lágrima se escapa mientras prometo un ahogado:

—Soy feliz. La más feliz. —Abro los ojos para mirar los tuyos—. No puedo recordar cuándo fui tan feliz antes. —Sus ojos se suavizan, sus pulgares todavía en mis mejillas, secándose las lágrimas perdidas. Me inclino hacia delante, presionando un beso en su boca—. Así que, ¿significa esto que me quieras en una base semi-permanente?

Una pequeña sonrisa juega en su boca.

—Helena, nena, ¿no me oíste anoche? —Sus ojos se clavan en los míos—. Nunca voy a dejar que te vayas. Nunca.

Mi aliento me deja en un silbido. ¡Pensé que eso sólo era una charla de sexo!

Incapaz de recuperar el aliento, le susurro un tembloroso:

—No digas eso si no lo dices en serio. Yo... —Trago saliva y digo sinceramente—: Mi corazón no podría soportarlo.

Su sonrisa se profundiza y se aprieta contra mí, obligándome a dar paso atrás. Mis pantorrillas golpean su escritorio, haciendo que me siente en él. Con los ojos muy abiertos, le pregunto en voz baja:

—¿Qué estás haciendo?

Como si se tratase de un hecho cotidiano, se levanta la camisa para desabrocharse el cinturón.

—Hacer el amor contigo en mi escritorio. —Se desabrocha los vaqueros—. Cada vez que estoy aquí, estoy pensando en ti. —Se baja la cremallera—. No quiero una fantasía inventada. —Me levanta el dobladillo del vestido por encima de mis rodillas—. Quiero la cosa real... —levanto el trasero, ayudándole a levantar mi vestido aún más arriba, hasta mi cintura. Engancha sus dedos índices a través de

¹³ En el original: Sugar Rush.



los lados de mi ropa interior y las baja más allá de mis tobillos—... porque nada se compara a ti.

Santo calor.

Sus manos se deslizan hasta mis muslos, alcanzando la parte baja para apretar mi culo. Me levanta y me pone más cerca del borde del escritorio. Se siente como si me fuera a caer, pero no me preocupo por ello. Sé que si me deslizo, Max me va a atrapar. Levantando su mano a mi boca, presiona dos dedos en mis labios. Me toma un momento entenderlo, pero cuando lo hago, abro los labios y él desliza sus dedos en mi boca. Los chupo, disfrutando de la mirada de dolor en su rostro. Su erección tiene espasmos por el hueco de sus vaqueros y eso me acalora. Extendiendo la mano, agarro su mano y chupo los dedos con más fuerza, mojándolos bien. Los libero con un pop y él sonríe, bajando la mano entre mis piernas.

Él desliza un dedo, probando cuán excitada estoy. Cuando se da cuenta rápidamente de que ya estoy allí, desliza el segundo dedo, follándome cuidadosamente con ellos. Mi rostro se sonroja mientras jadeo. Esto nunca se ha sentido muy bien para mí, pero cuando Max lo hace, es increíble. Mi centro se aprieta, exprimiendo sus dedos, y baja la mirada entre mis muslos con asombro.

—Nunca deseé a nadie como te deseo a ti.

Inclino la cabeza hacia atrás con placer, suspiro suavemente y le digo:

—Me tienes. —Él no pierde el tiempo. Saca suavemente sus dedos, coloca la cabeza de sí mismo en mi entrada, y se desliza hasta el fondo. Mis ojos se disparan abiertos, cuando la electricidad fluye a través de mí. Cada nervio de mi cuerpo se ha despertado.

Levanto un brazo, envolviéndolo alrededor de su cuello mientras me acerca más a él, nuestros labios a un pelo de distancia el uno del otro. Pero no me besa. En su lugar, empuja dentro de mí, los ojos abiertos, mirándome como si lo necesitara. Respiramos el uno en el otro mientras nuestros cuerpos se sacuden, trabajando como un equipo. Aprieto mis músculos internos, y cerrando los ojos, él sisea.

Mis pezones se tensan. Su mano se levanta para acunarme la mejilla, y cuando sus ojos se abren una vez más, están oscurecidos de deseo. Mis piernas se envuelven alrededor de sus muslos mientras me siento empezar a perder el control. Lo necesito cerca. Más cerca que cerca. Siento el hormigueo indicador en mi trasero, trabajando todo el camino hasta mi espina dorsal. Mi estómago se contrae y mis ojos se cierran mientras murmuro:

—Me voy a correr.

Acelera sus embestidas.

—Abre los ojos, pastelito. Mírame.

Jadeante, susurro un ronco:

—Tú eres todo lo que veo.

Me golpea como una onda de choque. Mi coño se aprieta alrededor de su gruesa polla. Un momento después de mi liberación, él continúa, empujando hasta llegar. Gime con los dientes apretados y siento cada chorro caliente de su



clímax dentro de mí. Se siente como el cielo. Dejando caer su frente a la mía, presiona un pequeño beso en la punta de mi nariz antes de sonreír como al gato al que le dieron la crema.

—Bueno, trabajar nunca será lo mismo.

Parpadeo hacia él un segundo antes de echarme a reír. Max baja la nariz a mi cuello, su risa silenciosa saliendo brevemente, bocanadas calientes contra mi piel, y en todo lo que puedo pensar es en lo maravilloso que se siente sostener a este hombre.

Después de limpiarnos, caminamos de vuelta a la barra cogidos de la mano, envueltos el uno en el otro. Nada podría estallar mi burbuja de felicidad. El segundo que salimos por la puerta, somos casi derribados por un par de clientes cachondos chupándose la cara y toqueteándose como si no hubiera un mañana.

Me toma un momento para darme cuenta de que los clientes cachondos son realmente Willa y Whit.

Helena

Despertar junto a Max debería ser ilegal. Ningún hombre debería verse tan bien por las mañanas. A pesar de que llegamos a la casa después de las tres, nos las arreglamos para ir de alguna manera a la cama, pasadas las cuatro. No sé cómo sucedió.

Página 298



Está bien. Miento. Podría haber tenido algo que ver con el hecho de que Max me quería en el medio de su cama, a cuatro patas, y quería montarme lentamente. ¿Quién habría sido yo para rechazar una oferta así?

Puso su alarma a las siete, una tortura, lo sé, y cuando su alarma vibró, se despertó con facilidad, se duchó y me dio un beso de despedida. Él susurró:

—Me tengo que ir, nena. Dejé las llaves del coche en la mesa de noche. Vuelve a casa cuando estén listas.

Extendiéndome a ciegas, me permitió que me acurrucara con él un minuto más antes de que me diera un beso en la frente y se fuera. Yo puse mi alarma la noche anterior a las nueve, pero se sentía como si acabara de acurrucarme con Max antes de que mi alarma vibrara violentamente sobre la mesa de noche.

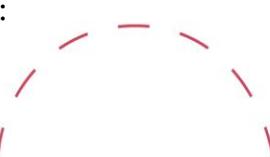
Más o menos me acordaba de que se abrió la puerta principal y a Ceecee gritando:

—¿Helena? ¿Estás levantada?

Eso acabó de hacerlo. Mis pies encontraron el piso y salí dando traspies al pasillo, medio dormida, con el pelo por todas partes. Tan pronto como vi a Ceecee, su sonrisa era tan brillante como un rayo puro de luz del sol.

—No te olvidaste de lo del partido, ¿verdad?

Con la voz ronca por el sueño, solté:





—De ninguna manera. Déjame tomarme una ducha y estaremos fuera de aquí. —Antes de que me acercara al cuarto de baño, besé la parte superior de su cabeza, amando su dulce aroma.

En muy poco tiempo, me duché y me vestí con vaqueros rasgados en todos los lugares correctos, chanclas, un suéter holgado y mis gafas de sol de aviador antes de amontonarme el pelo en la parte superior de mi cabeza y atarlo en un moño desordenado. Ceecee me estaba esperando en la sala vestida con vaqueros desgastados y una camiseta floral dulce, su pelo cepillado y suelto por los hombros. Sonreí para mis adentros. A mi pequeña, en efecto, le gustaba alguien. Nadie se pone elegante para ir al parque. Hizo una buena elección. Sam no sabrá qué lo golpeó.

Condujimos hasta el parque, charlando sobre nada en particular. Cuando llegamos, Ceecee salió y le pregunté:

—¿Cuándo se va encontrar Sam contigo?

La frente de Ceecee se frunció en confusión.

—¿Sam? No me voy a encontrar con Sam.

Sentí que mi frente se arrugaba para coincidir con la suya.

—Entonces, ¿con quién te vas a encontrar?

Ceecee abrió la boca para responder, pero algo en la distancia le llamó la atención. Entonces sonrió, más grande de lo que jamás la había visto sonreír antes, y se giró a sí misma en la dirección detrás de mí. Me volví, y con el sol en los ojos, me quité las gafas de sol, sosteniendo una mano para protegerme de los rayos distractores. Ceecee se acercó a una mujer sentada en un banco. Una esbelta mujer bonita con el pelo castaño rojizo brillante, cayendo en ondas por su espalda, y con una mirada a esta mujer, todo mi mundo se hizo pedazos.

No había duda en ello.

La mujer era la madre de Ceecee.

Capítulo 37

Ceecee

Traducido por âmenoire

Sé que es ella en el segundo que la veo. Las fotos en la caja eran viejas, pero no había cambiado demasiado. Luce como yo. Bueno, supongo que luzco como ella. La única diferencia es que tengo los ojos de mi padre. Mi corazón golpea mientras me acerco a ella. Tan pronto como me ve, una sonrisa triste cruza su cara y se pone de pie.

Es bonita. Quiero decir, realmente bonita. Su largo pelo castaño rojizo está ondulado y llega hasta su cintura. Inmediatamente decido que quiero mi cabelló de ese largo. Tal vez a ella le gustaría eso. Tendría que preguntarle. ¿Cómo la llamo? ¿Mamá? Supongo que es mi mamá, aun cuando no puedo recordarla estando alrededor.

Mira mi silla y pregunta dubitativa.

—¿Cecelia?

Asiento, sin ser capaz de hablar. Ondeó un brazo hacia la banca.

—Toma asiento. —Tan pronto como lo dice, hace un gesto—. Lo siento, quiero decir...

Decido sacarla de su miseria y corto con un tranquilo:

—Está bien. Sé lo que quisiste decir. —Rodé mi silla junto a la banca y se sentó de nuevo, alejándose de mí. Probablemente está tan nerviosa como yo.

Juega con sus dedos, alejando su mirada de mí.

—¿Por qué me llamaste, Ceecee?

Mi corazón se hunde ante su tono.

—Porque quería conocer a mi madre.

Ante la palabra madre, sus ojos se amplían.

—Por favor, llámame Madeline. —Mis mejillas se sonrojan. Suena tan tensa, tan formal, como si no fuera nada para ella. Sacudiendo su cabeza, pregunta—: ¿Tu padre sabe que estás aquí?

Sacudí mi cabeza y fuerzo una sonrisa.

—No, no lo sabe.

Sólo no lo entiendo. Cada vez que le pregunto sobre mi madre, detiene la conversación antes de siquiera empezar. Luego encontré la caja. Fue como una señal. No necesito su permiso. Después de todo, esta mujer es mi madre. Luce tan elegante vestida como está, en pantalones negros y camiseta blanca, el tipo que



ves en las revistas costosas. Tal vez me llevará a comprar ropa en algún momento. Realmente me gustaría eso.

Madeline se aclara la garganta.

—Ceecee, la única razón por la que acordé encontrarme contigo hoy fue para tener una conversación seria contigo.

Mi vientre se aprieta. ¿Qué tipo de conversación?

Antes de que pueda descansar, dice:

—Tengo un esposo y dos hijos pequeños. —Sus ojos encuentran los míos y son tan fríos como el hielo—. Lo siento. Sé que puede sonar rudo, pero no tengo espacio para ti en mi vida.

Selena

Me quedo ahí, en el lugar donde me dejó, esperando por el momento en que me necesite. Y lo veo venir antes de llegar. La mujer ni siquiera mira a Ceecee, habla hacia sus manos, la perra arrogante. Mis pies ya se están moviendo hacia ellas, la actitud protectora surge a través de mí, quemándome como fuego en mis venas. La cara de Ceecee se desmorona y llora.

Mi paso se apresura, y pronto, estoy corriendo a través del parque tan rápido como puedo para proteger a mi saltamontes de esta mujer de dura mirada. Tan pronto como me aproximo a ellas, me hinco y envuelvo mis brazos alrededor de Ceecee. La mujer se para, mirando a Ceecee con sorpresa. Envuelvo a mi chica, y grito:

—¿Qué le dijiste?

Ceecee levanta la mirada hacia su mamá y solloza.

—¿Por qué no me quieres? ¿Qué te hice? ¿Fui un mal bebé? —suplica Ceecee—. ¡Dime qué hacer y lo haré! ¡Por favor, no te vayas!

Los ojos de la mujer se llenan con lágrimas, pero no habla.

Oh Dios mío. La ira me llena. Me pongo de pie, mis ojos ardiendo. Coloco una mano en el hombro de Ceecee, escuchando el llanto más triste que he escucha en mi vida, repito un severo:

—¿Qué le dijiste?

La mujer tartamudea:

—Yo-yo-yo... no debería haber venido.

Mirando a esta lamentable excusa de madre mirar a su hija como si pensara que es ofensiva, susurro:

—Entonces por qué lo hiciste?

Da unos pasos para alejarse.

—Lo siento. No debería haber venido. —Sin otra palabra, la mujer gira su espalda hacia ella y se aleja, dejando atrás a una hija completamente devastada.





Arrodillándome una vez más, envuelvo mis brazos alrededor de Ceecee y la sostengo fuerte mientras gime, con el corazón roto, sollozando con agonía pura. ¿Cómo pudo simplemente alejarse? De nuevo. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que siento humedad bajando por mis mejillas. Sacó mi teléfono y le mando un mensaje a Max.

Yo: Ven a casa. Ahora.

Sólo espero poder llevarla a casa en una pieza.



Toma un rato llevar a Ceecee de regreso al coche. Está tranquila. Demasiado tranquila. Y no me gusta. No la culpo. La perra estúpida a la que llamó mamá hizo un número con ella. Desde su descorazonadora situación, me las arreglo para descubrir que la madre tiene una nueva familia y no quiere que Ceecee sea parte de ella. Trato de preguntar cómo la encontró, pero todo lo que dijo fue algo sobre una caja. Era difícil entenderla.

Tan pronto como llegamos a la casa, Max está esperándonos. Luciendo tan preocupado como un padre debería estarlo, se apresura hacia la camioneta.

—¿Qué sucedió? —Antes de que pueda contestar, vislumbra la cara llorosa y manchada de Ceecee, y sin esperar, agarra los costados de la silla de ruedas y la baja hacia el suelo. Arrodillándose, pasa una mano sobre su cabello—. Bebé, ¿qué sucedió? —Cuando no contesta, mira hacia mí, sus ojos salvajes—. ¿Qué mierda sucedió?

Ahí es cuando Ceecee grazna.

—No me quiere. —Lágrimas bajando por sus mejillas.

Mi corazón se rompe silenciosamente. Max luce confundido.

—¿Quién? ¿Quién no te quiere, bebé?

Sus ojos tristes taladran los tuyos.

—Mamá.

Max se pone de pie entonces, tan derecho como un poste. Apretando sus dientes, se gira hacia mí y sisea.

—¿Qué mierda hiciste? —Mi boca gesticula. —Yo?—. Ceecee ve a tu habitación por un rato, bebé. Necesito hablar con Helena.

Bajo la mirada hacia el pequeño angelito, que hace lo que su padre le dice. Tan pronto como camina a través de la puerta frontal, me golpea con palabras:

—¿Maddy estaba en el parque? ¿Es con quien se encontraron? —Asiento y abro mi boca para hablar, pero me interrumpe. Explota—: ¡No tenías derecho! Debió haber ido conmigo. Nunca hubiera dejado que esa perra se acercara a ella. ¿Cómo pudiste ir tras mis espaldas?

La sorpresa pone mi cuerpo rígido. Había esperado un *gracias* por proteger a su hija, no un cargo de tercer grado.



—Max, pensé...

Se pasea.

—¡No! ¡No pensaste! —Golpea su sien, sus ojos fríos e inusualmente estrechos—. No pensaste, Lena, joder.

Me alejo, no de miedo, sino de dolor.

—No hice nada equivocado.

Forzó una sonrisa venenosa.

—Oh, ¿no lo hiciste? —Señala hacia la casa y grita—: ¿Cómo mierda arreglo esto, Lena? ¿Qué le digo ahora? “Lo siento, bebé, pero ¡sorpresa! Tu madre, la mujer que te dejó antes de que tuvieras un año, la responsable por tus lesiones, no da una mierda voladora por ti.

Nunca había escuchado a Max hablar de esta manera. Nunca había visto a Max enojado, o hablar odiosamente, o mirar a alguien de la forma en que me está mirando justo ahora. Quiero alejarme de esto, sólo girarme y alejarme, pero no puedo. Si sólo pudiera explicarle, seguramente entendería.

—Todo esto es un gran error.

Sus fosas nasales se extienden.

—No. El único error que hice fue salir contigo.

Me tropiezo hacia atrás, golpeada por la fuerza de su declaración. Parpadeo hacia él, aturdida ante el dolo que está tratando de infligir. Tratando y *lográndolo*. Sus ojos se cierran, sus nudillos volviéndose blancos. Su respiración se hace pesada. Conozco el pánico cuando lo veo, y Max está superado en este momento. Trato de razonar con él y digo gentilmente:

—No lo entiendes, Max. No fue como piensas.

De repente, sus ojos se abren, se inclina hacia mi cara y grita:

—¡No eres su madre! No eres madre; no sabes lo que es. Haré cualquier cosa que se necesite para protegerla, porque la amo. No puedes tomar decisiones sobre mi hija. ¡No eres su madre!

Un grueso silencio nos envuelve. Nos quedamos de pie por un largo rato, atrapados antes de que encuentre mi voz.

—Gracias a Dios por eso.

La mirada de furia en su cara me dice que me malinterpretó. Inmediatamente continúo. Necesito explicarme, pero mi voz suena débil, incluso para mí.

—No hay manera de que pudiera alguna vez ser su madre. —Doy un paso atrás mientras mis ojos empiezan a arder—. Si fuera su madre —respiré en una exhalación furiosa—, nada podría alejarme de ella.

Su cara pasa de enojo a vacío. Doy otro paso atrás. Mi voz más tranquila que antes dice:

—Si fuera mía, pasaría mi vida protegiéndola. —Otro paso atrás—. Haría todo para ver su dulce sonrisa torcida. —Un paso más. Lágrimas nublando mi visión; mi voz se quebró—. Moriría antes de lastimarla. Moriría por ella.

Me giro para alejarme, pero me detengo a medio paso. Sin mirar atrás, digo:



—Si fuera mía, pasaría mi vida dejándole saber qué tan agradecida estaría por ella. Nunca lo olvidaría. —Me detengo un momento—. Pero tienes razón. No es mía. No soy su madre. —Mis pies me llevan lentamente—. Aunque a veces, me gustaría serlo.

No me detiene cuando me voy. No me alcanza o se disculpa. Mientras llegó a la calle, meto mis manos en mis bolsillos y sólo camino. Mi corazón tartamudea con la realización de que las cosas han cambiado.

Y no todo cambio es para bien.

Nax

La miró alejarse, y a pesar que quiero detenerla y preguntarle a qué se refiere con lo que acaba de decir, no puedo. No puedo porque mi hija está adentro y está herida. Profundamente.

Maddy.

Vio a Maddy.

Dios. ¡Mierda! Con mi mandíbula tensa, camino hacia dentro de la casa y busco por Ceecee. La encuentro en su habitación, mirando por la ventana. Mi pecho duele. Luce tan pequeña. Tan perdida. No sé cómo arreglar esto. Si Helena solo me hubiera dicho que Ceecee quería encontrarse con su madre, podría haber explicado que no iba a pasar. Pero no, fue detrás de mi espalda y organizó un encuentro con la mujer sin corazón que dio a luz a mi hija, y mira lo que ha hecho. Todo el progreso que Ceecee hizo en el último mes... se fue.

Golpeo en el marco de la puerta y me muevo para sentarme sobre su cama. No me reconoce. Apoyando mis codos sobre mis rodillas, digo gentilmente:

—Así que, conociste a tu madre. —No se mueve—. Apuesto que tiene sentido ahora el porqué no me gusta hablar de ella, ¿cierto?

Su labio inferior tiembla mientras toma una respiración temblorosa. No responde, sino que asiente hacia la ventana. No puedo evitar preguntar:

—¿Por qué no solo me preguntaste, si querías conocerla?

Ceecee se giró hacia mí; su cara manchada de lágrimas hace quemar mi vientre.

—¿Me hubieras dejado encontrarme con ella?

Sacudo mi cabeza.

—Demonios, no.

—Eso es el porqué —explica débilmente.

Suspiro.

—¿Te dije que tiene una familia? —Ceecee asintió—. Y supongo que no estuvo tan entusiasmada de verte como tú estabas por verla. —Ceecee sacude su cabeza suavemente. Curvo mis manos en puños para controlarme de perder mi mierda—. No la necesitas, bebé. Nunca lo hiciste. Mé tienes, y te amo lo suficiente como para cien personas.



Con su mentón temblando, lágrimas caen de sus ojos y asiente en acuerdo.

—Lo sé, papi. También te amo.

Mi corazón se acelera. Estoy cerca del punto de quiebre, pero me mantengo mi calma lo suficiente para preguntar:

—¿Cómo la encontró Helena? ¿Contrató a alguien? Me llevó cerca de un año encontrarla.

Ceecee miró hacia mí, confundida.

—Helena no la encontró. Lo hice yo.

Mi cuerpo se tensa.

—¿Qué? —pregunto aturdido.

Ceecee se rueda hacia su armario. Abre la puerta y saca...

Mi corazón late incluso más rápido. Mi cuerpo zumba. Tienes que estar bromeando. Mientras saca la caja que he mantenido oculta toda su vida, pregunto en un susurro:

—¿Dónde encontraste eso?

En lugar de contestar la pregunta, murmura:

—Su dirección estaba aquí. También hay fotos. Le envié una carta la semana pasada pidiéndole encontrarnos esta mañana. Envió una de vuelta diciendo que lo haría. —Sus ojos encuentran los míos—. Helena no lo sabía. Pensaba que estaba encontrándome con mis nuevos amigos. —Abre su boca para hablar pero la cierra. Finalmente, dice un quedo—: No se lo dije a nadie.

El temor me llena cuando la realización me golpea. Helena no lo sabía.

No hice nada malo.

Esto es un gran error.

No lo entiendes, Max. No fue como piensas.

Mi corazón deja de latir. ¿Qué he hecho? Cierro mis ojos, tratando de tragar, pero mi boca de repente está tan seca como el Desierto del Sahara.

Jodido Jesús, ¿qué he hecho?

Tienes razón. No es mía. No soy su madre. Aunque algunas veces, me gustaría serlo.

Siento la sangre drenarse de mi cara. Mis palmas sudan

—¿Estás bien, papi? —Trago fuerte, la presión en mis oídos construyéndose mientras susurra—. Lo siento, papi. Lo siento tanto.

Me giro hacia mi hija.

—Estoy bien. —No, no lo estoy—. Mientras estés aquí.

Ceecee sonríe tristemente.

—Siempre pensé que conocer a mi madre sería un momento feliz.

Sacudo mi cabeza y suspiro un pesaroso:

—Grillo.



Se encoge.

—Helena me dijo que no importaba, que mamá no importaba. —Sonríe una pequeña sonrisa—. Se puso tan enojada y dijo que todo lo que importa es que tengo una familia que me ama, y mamá no está de acuerdo en unirse a nuestra familia, porque tienen un gigante palo en el trasero.

Helena. Por supuesto que lo hizo.

Nuestra familia.

Nuestra familia.

Mi estómago se revuelve mientras mi cabeza late. Creo que podría haber vomitado. Me levanto y camino hacia mi bebé, abrazándola fuerte y poniendo un beso en su cabeza.

—Estoy contento que estés bien.

Ceecee se endereza y establece:

—No puedo imaginarte con ella. —Sin saber que está apuñalándome en el corazón, murmura—: No es como Helena, y como pensé que lo sería. Pensé que sería genial, y divertida, y cariñosa. —Sus ojos se estrechan en reflexión, como sacando un recuerdo de este mañana—. Pero sólo fue... fría.

Froto ausentemente el dolor en mi pecho. Ceecee levanta la mirada hacia mí sonriendo.

—Deberías haber visto a Helena gritarle a mamá. Ni siquiera estaba asustada.

Apostaría que no lo estaba.

Aclaro mi garganta.

—Pienso que deberíamos dejar lo de Coney Island para la próxima semana, ¿no lo crees? Ya hemos tenido un montón de emoción para un día. Tal vez podamos sentarnos, mirar películas, comer comida chatarra, ¿está bien?

Se estira y toma mi mano.

—Me gustaría eso, papi.

Acariciando su cabello, le sonrió antes de moverme. Mientras salgo de su habitación, me dice:

—¿También puedes decirle a Helena que venga?

De alguna manera creo que ella declinará educadamente. No es que la culpe. Soy un idiota. En lugar de decirle eso a Ceecee, le respondo.

—La llamaré. —Y la llamo. Lo hago

Pero no contesta.

Ninguna de las dieciocho veces que llamo.

Capítulo 38

Selena

Traducido por Ximena Vergara

Me toma más de una hora caminar para darme cuenta de que no tengo la menor idea de dónde estoy. Por suerte llevo mi teléfono, que suena en el bolsillo cada minuto más o menos. Llamo a un taxi y espero pacientemente a que llegue, sentada en la valla de piedra de una casa de lujo. Una mujer sale de la propiedad, pretendiendo recoger el correo, pero sus ojos me miran con bondad.

Una ola de irritación fluye a través de mí, pero la aplaco. Desde mi posición sentada, me dirijo a la mujer y le sonrió.

—Lo siento. No tenía intención de sentarme allí. Pero me duelen los pies.

La mujer se acerca a mí. Ella parece tener unos cincuenta años, con ojos amables.

—Eso está bien. Siéntate si lo necesita, muñeca.

Mi garganta se contrae y me asfixio.

—He estado caminando mucho tiempo.

Mi teléfono emite un sonido en mi bolsillo. Lo saco.

Max llamando.

Miro hacia abajo a la pantalla, devastada.

La mujer da unos pasos más cerca.

—¿Estás bien, cariño?

La simple pregunta hace que mis emociones exploten. Mi teléfono vibra en mi mano, las lágrimas inundando mi visión, sollozo.

—Estoy bastante segura de que mi novio acaba de romper conmigo.

La mujer hace un sonido de complicidad en su garganta antes de sentarse a mi lado en la valla.

—Ah. El amor joven. —Acaricia mi mano, sus uñas de color rosa suave están impecable—. Estoy segura de que se va a solucionar. Si no, hay un montón de otros peces en el mar.

Obligada por otro sollozo, moqueo.

—No, como Max no los hay. —Miro hacia ella—. Él es todo. Mi subidón de azúcar.

Mi teléfono emite un sonido una y otra vez, y la mujer asiente con la cabeza hacia abajo, a mis manos.





—Parece que alguien está tratando firmemente de ponerse en contacto contigo.

Casi susurrando le digo:

—No siento muchas ganas de hablar con él ahora mismo.

Se sienta a mi lado en silencio, su mera presencia me brinda apoyo que no era consciente de que necesitaba. Ni siquiera la conozco.

—Sabes, cuando éramos jóvenes, mi Stan tenía un don para decir las peores cosas cuando estaba enfadado. Cosas que no quería decir, pero que independientemente duelen.

Uso mi manga para limpiar mi cara, y le pregunto:

—¿Qué hiciste?

Ella me sonríe, sus ojos llenos de sabiduría.

—Lo perdoné. Todas las veces.

Mi nariz está muy congestionada.

—No sé si podría hacer eso.

Se encoge de hombros ligeramente.

—¿Alguna vez has dicho algo que desearías no haber dicho? Algo que hirió a alguien sin querer.

—Lo he hecho? Sí, lo he hecho. Más de una vez. Asiento con la cabeza, y ella me pregunta:

—¿Cómo te hizo sentir eso?

—¡Como la mierda! —le susurro.

Ella resopla y deja escapar una pequeña risa.

—Exactamente. Ahora, tu novio, Max, el subidón de azúcar, se siente exactamente así en este momento, ¿Te gustaría hacerlo sentir peor al respecto?

Niego con la cabeza.

—Bien, no estoy diciendo que corras hacia él con los brazos abiertos, dulzura.

—Hace un guiño, el collar de perlas alrededor de su cuello brilla con la luz del sol—. No hay nada malo con un poco de sentimiento de culpa. A veces, el silencio es el mejor castigo que una mujer puede infringir a un hombre.

Un taxi se detiene frente a la casa y las dos nos ponemos de pie. Me dirijo a ella.

—¿Usted y Stan siguen juntos?

—En mi corazón, sí. —Ella sonríe con tristeza—. Pasó hace nueve meses y lo extraño mucho. —Una mirada sincera cruza su rostro—. Daría cualquier cosa por oír su voz de nuevo, incluso si se tratara de esas palabras hirientes, porque lo perdonaría otra vez, y otra vez, y otra vez. Supongo que se podría decir que Stan era mi propio subidón de azúcar.

Una mujer sabía. Le extiendo mi mano.

—Soy Helena.



Ella sonríe dulcemente, estrechando mi mano.

—Soy Martha Mae. Pero, por favor, llámame Mae.

Aprieto su mano.

—Gracias por la charla.

Mientras camino hacia el taxi, ella me dice en voz alta:

—Helena, el amor no es orgulloso. —Cuando me doy la vuelta, añade con una inclinación suave de cabeza—: A veces, tiene que guardar tu orgullo por el bien del amor. Pero esos momentos con la persona adecuada, valen la pena. Recuérdalo dulzura.

Sonriendo suavemente, entro en la cabina entregando la dirección de mi apartamento. Cuando el taxi se pone en movimiento, Mae mueve la mano, sonriendo hacia mí. Estudio las palabras de la inteligente mujer.

“El amor no es orgulloso”.

Mae

Nik me mira fijamente, con la mandíbula tensa.

—¿Maddy? ¿Al igual que la madre de Ceecee? ¿Esa Maddy?

Asiento con la cabeza, cuidando mi cerveza. La levanto a mis labios y murmuro:



—La misma. —Tomo un sorbo. Cuando no fui capaz de ponerme en contacto con Helena, le pregunté Ceecee si quería ir a jugar con las chicas. Por supuesto, no tenía otros motivos. Necesitaba hablar con mi hermano. Necesitaba un consejo, y si alguien sabe cómo arreglar lo que has jodido, es Nik.

Cuando Tina, Ceecee, y los más pequeños descansaban en el sofá, viendo una película para niños, Nik y yo nos sentamos en el patio de atrás, lejos de las pequeñas orejas. Mi hermano me frunce el ceño.

—¿Por qué estás tan tranquilo sobre esto?

Yo no estoy tranquilo. Estoy muy mal herido, pero no tanto como me imagino que lo está Helena.

—Ceecee se encontró con su madre. Esta hecho. La perra no quiere tener nada que ver con ella. Apostaría a que su familia ni siquiera sabe sobre Ceecee. — Niego con la cabeza—. Estaba angustiada, hombre. Nunca había visto a mi bebé tan molesto antes.

Él bebe su cerveza.

—Puedo imaginarlo. Te descontrolaste.

—Lo hice —admito—. Le dije algunas cosas bastante desagradables a Helena.

—Observo a Nik mirándome de cerca. Pronuncio—: La cagué.

Nik sonríe.

—Bienvenido al club. Me preguntaba cuándo te unirías a nosotros.



Lo fulmino con la mirada.

—No es divertido, amigo.

Su sonrisa desaparece.

—Tienes razón; no lo es, pero probablemente no es tan malo. ¿Qué le dijiste?

Respiro profundamente y exhalo lentamente.

—Que salir con ella fue un error. Que no era la madre de Ceecee. Que ella no tenía derecho a hacer cosas que ni siquiera hizo. —Hago una pausa de un segundo antes de decirle—. Anoche me dijo que me amaba, hombre.

Nik permanece en silencio, y sé que es malo. Si no lo fuera, estaría haciendo bromas. Su falta de respuesta me dice lo serio que es esto. ¿Qué tanto la cagué? Después de un rato, pregunta:

—¿La llamaste?

Me burlo.

—Sólo treinta veces.

—¿Y mensajes de texto?

—No me disculparé con ella a través de un maldito mensaje de texto. —Tomo mi cerveza y murmuro—: Ella se merece algo mejor que eso.

—¿Fuiste a su casa?

Niego con la cabeza.

—Ash se aseguró de que ella llegara bien a casa. —Toco el lado de su botella—. Después de que me amenazara con cortarme las pelotas y alimentarme con ellas, me llamó más tarde y dijo que llegó a su casa alrededor de las dos. Eso fueron un par de horas después de que se fuera.

Nik ciñe sus ojos en mí.

—¿La amas?

No vacilo.

—Con todo mi corazón.

Se sienta en su silla.

—¿Entonces por qué estás aquí, desanimado como un maldito coño?

Abro la boca para responder, pero no sale nada. Trato de nuevo y odio el estado débil de mi voz.

—Porque no sé cómo solucionar este problema. ¿Y si no me perdoná?

—Las mujeres como Helena no necesitan grandes gestos. Lo sé, porque ella es como Tina y como Nat. ¿Quieres saber cómo solucionar este problema? —Levanto la vista hacia él y asiento con la cabeza una vez. Él gira los ojos—. Mueve tu culo, ve allí, y haz un puto esfuerzo.

Mi intestino se aprieta.

—No lo sé.

Nik dice:



—Sí lo sabes. —Empuja mi hombro sacudiéndome—. ¿La vas a dejar ir sin pelear?

Mierda, no.

Yo sé lo que tengo que hacer. Sin decir una palabra más, me levanto dando zancadas hacia la puerta.

Nik dice en voz alta:

—Vamos muchacho, Max. Ve por ella.

Selena

—No quiero estar... sola... —Pero aquí estamos. A lo grande. Con la boca llena de helado de crema, cantando en voz alta. ¡Algo masssss!

Mi teléfono emite un sonido. *Nat llamando*. Descuelgo y respondo con helado en la boca:

—Sí, ¿qué?

Su pequeña risa suena en mi oído mientras susurra:

—Amiga, las paredes son muy finas.

Oh. Parece que mi actuación privada se ha convertido, sin saberlo, en concierto. Con los ojos abiertos le susurro de vuelta:

—Oh. Correcto. Tomaré nota.

La diversión ahora ha llegado a su voz, pregunta con cuidado:

—¿Estás bien?

Cuando por fin llegué a casa y Asher estaba esperándome, me preguntó si quería que hiciera a Max soprano permanente. Con una sonrisa, le dije que no, pero le di un beso en la mejilla y le di las gracias por la oferta. Le pedí que no le dijera a Nat lo que pasó, que yo se lo diría cuando estuviera lista. Él pasó un brazo a mi alrededor y me acompañó hasta la puerta.

Parecía como si quisiera decir algo, pero también quería guardar silencio. Después de un momento, suelta:

—Los hombres la jodemos. Y lo hacemos mucho. Gracias a Dios que tenemos a mujeres que nos aman; de lo contrario, estaríamos en solitarios sacos de mierda. —Él gira los ojos y gruñe—: No creo que Max sea lo suficientemente bueno para ti, pero no porque Max no sea un buen tipo. Max es uno de los mejores hombres que conozco. La razón por la que no creo que sea lo suficientemente bueno para ti es la misma razón por la que no creo que yo sea lo suficientemente bueno para Nat. Te mereces lo mejor de lo mejor. Sé que es tu elección con quien sales, pero lo más probable es que no me vaya a gustar cualquiera de ellos. Y me van a gustar mucho menos de lo que me gusta Max. —Sin esperar una respuesta, me besó en la frente y se fue a casa.

Sonrío ante la preocupación en la voz de Nat.

—Estoy bien. Creo que sólo me hacía falta mi hogar.





Ella duda.

—No estarás pensando en marcharte, ¿verdad?

—No, no lo estoy —respondo, aunque al principio del día lo pensé, pero era un pensamiento tonto—. Siempre y cuando el trabajo sea bueno, este es el lugar para mí.

Ella deja escapar una risa sin sentido del humor.

—Gracias a Dios. Me encanta tenerte aquí. Si te fueras a casa, estaría destrozada.

Vaaayaa. Nat nunca se expone a sí misma. Estoy conmovida. Sonrío.

—No te dejaría. ¿Quién te mantendrá alejada de los problemas?

Ella se ríe entonces.

—Eres casi tan problemática como yo.

—No lo soy.

—Sí, lo eres.

Un golpe en mi puerta suena y pongo los ojos en blanco ante su necesidad de continuar con este argumento cara a cara.

—No lo soy, infinitas veces.

Me acerco a la puerta cuando ella dice con elegancia.

—Son demasiadas veces infinitas.

Mierda. ¿Qué es mejor que el infinito?

Quito el seguro de la puerta abriéndola y sonrió.

—¡No lo soy!

Pero no es Nat. Es Max.

Mi corazón se acelera.

Se ve casi tan mal como me siento. Nat dice en voz alta:

—Así que supongo que por tu silencio he ganado esta ronda.

Niego con la cabeza y le digo al teléfono:

—Lo siento, me tengo que ir. Max está aquí.

Ella ronronea en el teléfono.

—Ah, lo tengo.

Entonces canta:

—Déjame lamerte de arriba abajo hasta que me digas que pare.

LUCHO CON MI RISA HISTÉRICA Y MURMULLO:

—Sí, como dije, me tengo que ir.

Pero ella me ignora, cantando más fuerte:

—Déjame jugar con tu cuerpo, nena, te pondré muy caliente.

Cuelgo y trago saliva.



—Hola.

Max abre la boca para hablar, pero Nat no permite ser ignorada. Ella grita a través de la pared:

—Déjame hacer todas las cosas que quieras que haga. —Me tapo la boca con una mano, ruborizada mientras termina su solo—. Porque esta noche, nena, quiero conseguir algo contigo.

Un momento después, ella le grita un malhumorado:

—¡Cállate tú, imbécil!

Mi rostro está rojo como una remolacha, me tengo que morder el interior de las mejillas para dejar de sonreír y mirar a Max. Le pregunto en voz baja:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él mira hacia sus pies cruzando los brazos sobre el pecho en una postura más defensiva.

—¿Puedo entrar? —Me mira y luego, agrega amablemente—: ¿Por favor?

Abro la puerta y me pongo a un lado mientras él entra, viéndose incómodo y fuera de lugar. Cierro la puerta detrás de nosotros y entro a la cocina. El hecho de que me gritara y culpara por lo que sucedió esa mañana, no significa que no pueda ser cortés.

—¿Quieres algo de beber? —Sacude la cabeza. Abro la nevera. Él siempre está con hambre—. ¿Algo para comer?

Suspira, se pellizca su frente.

—No. Gracias.

Seguramente estoy retrasando lo inevitable, pero es algo así como un mecanismo de defensa.

—¿Estás seguro? —le pregunto mientras me muevo para cerrar la nevera, y él pierde toda la paciencia que tiene.

—¡Jesús, para! Por favor. ¡Sólo quiero hablar contigo!

Aquí viene. La ruptura oficial. Evito sus ojos, me acerco al sofá y me siento. Juego con mis dedos, todavía no estoy dispuesta a mirar hacia arriba en esos hermosos ojos dorados. Siento hundirse el cojín, y una pierna presiona contra la mía.

—Helena, mírame.

Lo hago. Sólo porque si no lo hago, no voy a creer que esto realmente sucedió, y yo no quiero vivir en la negación. Él se acerca y toma mi mano. Lucho por no voltear los ojos. Oh, genial, está sosteniendo mi mano. Nunca es una buena señal. Sólo hazlo. Sácame de mi miseria.

—Ceecee me dijo lo que pasó. Sé que no tuviste nada que ver con que Maddy apareciera. Tenías la razón.

Bueno, al menos eso es algo. Y añade:

—Yo te dije algunas cosas en el calor del momento. Cosas que no quería decir, y te tengo que pedir perdón por ellas.



Si lo miro a los ojos mientras se disculpa, voy a llorar. Escondo mi barbilla. Sus dedos la toman levantándola hasta que estemos mirándonos a los ojos. Él mira mi rostro un largo momento antes de que hable sinceramente.

—Lo siento, pastelito. —Su voz se vuelve áspera—. Lo siento.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero me niego a dejarlas caer. En su lugar, le susurro:

—Está bien.

Sus ojos arden.

—No está bien. Si alguien más te hablará de la manera en que yo lo hice, lo mataría.

Mis ojos se cierran por voluntad propia. Repito:

—Está bien. Te perdonó. Sé que nos pusieron en una situación estresante. Tu hija fue herida en el altercado, pero pensaste que yo te traicioné después de todo lo que me dijiste de la madre de Ceecee, eso fue doloroso. —Hago hincapié estabilizando mi voz—. Entiendo que lo hicieras. —Abro los ojos y tomo una respiración temblorosa—. Pero nunca lo haría. No te engañaría, así.

Puedo ver el dolor en su rostro.

—Sé que no lo harías, bebé.

Bueno. Eso es todo. De pie miro mi habitación. Sacando lo que había preparado para llevar a casa antes, lo saco del bolso de viaje. Él me mira confundido antes de acercarse y observar lo que hago, por encima de mi hombro, con los ojos ardiendo. Toma la bolsa de mis dedos y la tira a un lado. Golpea el suelo con un ruido sordo. Con los ojos muy abiertos, coloca sus manos suavemente en la base de mi cuello, me mira fijamente, y afirma:

—No voy a dejar que rompas conmigo. Así que puedes seguir adelante y poner eso de vuelta en tu armario.

Un registro grita en algún lugar de mi mente.

¿Qué? ¿Romper con él?

Antes de que pueda decir una palabra, sus ojos se declaran.

—Bebé, por favor, perdóname. Te juro que no quise decir lo que dije. Dije esas cosas porque me estaba haciendo daño. Nunca fuiste un error. Eres la mejor cosa que ha llegado a mi vida desde Ceecee. Y sé que no eres su madre, pero... —habla en voz tan baja, que me pregunta si me estoy imaginando esto—, eres lo más cercano que ella tiene en estos momentos. Ella te ama.

Duda antes de admitir en voz baja.

—Te amo.

"El amor no es orgulloso".

Mis entrañas se aprietan. Coloco las manos sobre las suyas, inclino mi frente en su barbilla y susurro:

—Dilo de nuevo.

Besa mi frente y murmura contra ella:



—Lo siento mucho, cariño.

Levanto la vista hacia él, con ojos brillantes.

—Eso no. La parte en la que ha dicho que me amas.

Su sonrisa es tímida.

—Te amo.

—¿En serio?

Su hoyuelo resalta en su mejilla mientras se inclina hacia abajo para colocar un húmedo beso en mi boca.

—He estado peleando con esto. No lo quería, pero tendrán que torturarme si quieren alejarte de mí. Nosotros hemos conseguido algo bueno, pero ahora podemos tener algo increíble. —Sus labios cubren los míos—. Te amo, Helena. En serio.

De repente, su cuerpo se queda quieto, parece inseguro de sí mismo.

—¿Todavía me amas, pastelito?

Giro los ojos, y le doy puñetazo en el brazo con fuerza. Él hace una mueca y me burlo.

—Sí, todavía te amo. Estúpido.

Él asiente con solemnidad, pero sonríe, frotándose el brazo.

—Bueno. Me lo merecía. —Nos quedamos ahí, sonriéndonos el uno al otro—.
¿Y ahora qué?

Me encojo de hombros.

—Ahora nada.

Él levanta una ceja.

—Tenemos nuestra primera pelea importante, nos declaramos nuestro amor el uno al otro. —Se ríe, frotando la parte posterior de su cuello—. Y luego volvemos a casa, ¿y no haremos nada al respecto? —Sacude la cabeza—. Algo no concuerda.

Parpadeo hacia él.

—Oí que el sexo de reconciliación está de moda.

Él mira por encima de mi hombro, mirando a la pared, pensando, frotándose la barbilla.

—¿Sexo de reconciliación, dices? —Después de un momento, se endereza y me observa—. Estoy dispuesto a darle una oportunidad.

Resulta que, el sexo de reconciliación es realmente todo lo que dicen que es. De hecho, cuando nos acostamos en la cama, desnudos, jadeantes y sudorosos, sé que voy a estar dispuesta a causar algunas discusiones en nuestra relación sólo para reconciliarnos.

Con mi boca.

Capítulo 39

*Selena**Traducido por martinafab*

Si me hubieran preguntado hace tres meses si quería una relación, me hubiera reído a carcajadas y palmeado su dulce cabecita. Pero ahora veo que no es a la relación a lo que hay que temer. Es estar en una relación con la persona equivocada. Mientras estoy sentada en el regazo de Max, con su brazo apoyado sobre mis muslos mientras presiona besos a mi hombro, me doy cuenta de que una relación con la persona adecuada no da miedo. Es asombrosa.

Ser uno mismo y tener a alguien que te ame por ello, es increíble. Si hubiera sabido que iba a ser de esta manera, nunca lo habría combatido. Lo habría abrazado. Pero ese es el truco, ¿no? Tienes que arriesgar para ganar. Yo di mi salto de fe y valió la pena. Tengo la mejor recompensa que pudiera pedir. Tengo a Max, y a su vez, también tengo a Ceecee.

Girándome en su regazo, bajo mi cara a la suya, presionando besos ligeros en su boca. Como siempre, mariposas revolotean en mi vientre.

—¿Será siempre así? En secreto, eso espero.

Sus ojos parpadean hacia mi cuello. Extendiendo la mano, toma el collar en sus manos, mirando el anillo que cuelga de él.

—No siempre tienes que llevarlo, nena.

El anillo de Max. Como si alguna vez me lo fuera a quitar. No es una propuesta, exactamente. Es como una promesa por lo que está por venir.

—Nunca me lo quitaré —me comprometo abiertamente.

Después de que Max me dijera que me amaba esa noche, hace cuatro semanas, hemos sido inseparables. Al día siguiente, él me dio el anillo. Sonrojado, murmuró:

—No tienes por qué llevarlo o algo. Sólo quiero que lo tengas.

Era adorable. Y reflexivo. Y lo amaba aún más por el sentimiento. Por supuesto, como Max tiene dedos gigantes, nunca fue una opción usarlo de la manera tradicional. Encontré una cadena de oro blanco, puse el anillo de platino en ella, y no me lo he quitado desde entonces. Ni una sola vez. Cuando Ceecee vio el anillo, parecía un poco demasiado feliz. Con los ojos yendo como dardos de mí a Max, ella pronunció:

—¿Vas a casarte con mi papá?

En serio. Lo hizo a propósito, la pequeña chivata. Antes de que tuviera la oportunidad de responder, Max pasó un brazo alrededor de mí.

—Cuando le pregunte, ella dirá que sí.



La confianza de su declaración rezumbó de él, y quería pegarle. Pero me di cuenta de lo que acababa de decir.

Cuando lo pregunte. No, si lo pregunto.

Mi corazón chilló y mi mente se desmayó. Ceecee bajó la mirada hacia la mesa, su mente calculando.

—Así que cuando se casen, eso te haría mi madrastra, ¿verdad?

Con el corazón derretido, le sonréi.

—Sí, cariño, así es.

Respiró:

—Genial. —Y eso me dio un puñetazo desprevenido justo en el intestino. Ella quería que fuera su madrastra. La verdad es que estaba preparada para ello, incluso entonces. Y un día, tal vez añadiríamos otro bebé a la mezcla. Cuando se trataba de Max y Ceecee, llegaba de forma natural. Confiaba en mis entrañas y sabía que cualquier dificultad que enfrentásemos, lo haríamos juntos como un equipo. Como una familia.

Con ojos sonrientes, los brazos de Max se apretaron alrededor de mi cintura.

—¿Nunca te lo vas a quitar? ¿En serio? ¿Nunca jamás?

Presiono un suave beso en la mejilla y le prometo:

—Nunca jamás.

Max

Tres meses después...

Este maldito anillo me está quemando creando un agujero en el bolsillo. Proponerse en una cena de familia probablemente no es la manera en que debería hacerlo. Helena se pasea por el mostrador de la cocina de mi madre, sosteniendo dos cuencos de ensalada. Cuando me pasa, se pone de puntillas, e instintivamente, bajo mis labios a los de ella para darle un beso rápido. Cuando nos sepáramos, ella me guiña un ojo. Y yo lo siento en mi polla. No puedo hacer esto por más tiempo. No puedo esperar. Tengo que pedirle que se case conmigo. Necesito que diga que sí. Tengo que asegurarme de que va a estar conmigo para siempre.

Simplemente la necesito.

Mamá sale de la despensa y grita:

—¡La cena está lista! ¡Todo el mundo fuera! —Ella encuentra mis ojos mientras todo el mundo se mueve hacia fuera, y me guiña el ojo. Por supuesto que tenía que decírselo a mi madre. Me daría un golpazo si no lo hiciera. Decir que está emocionada porque Helena se convierta en un verdadero miembro de nuestra familia es un eufemismo. Hubo un momento ahí cuando pensé que mamá quería proponérselo en mi nombre.

Demonios, incluso llamé a la familia de Helena para pedirles permiso. Parece que no era sólo el permiso del padre el que tenía que conseguir. Necesitaba el

permiso de todos ellos. Incluyendo a Asher. Después de una media hora de presentación por el teléfono, el padre de Helena me dio su bendición y yo estaba listo para hacerlo.

Tomo una respiración profunda y salgo para encontrar a Nat sentada al lado de Lena, y Ceecee sentada a su otro lado, mientras que Lena y Nat le dan de comer a los nuevos bebés de Asher: Willow y Daniel, conocidos como Low y Danny.

Mi ceño se frunce. Eso no era parte del plan. Tengo que estar sentado junto a ella para proponerme. Encuentro un asiento vacío al lado de Nik y mi madre. Me siento allí con un mohín.

—Ahora qué?

Observar a Helena darle de comer Willow es increíble. Mira a la niña como si fuera la cosa más preciosa del mundo. Una visión de ella sosteniendo un bulto con el pelo marrón oscuro, los labios fruncidos, y mis ojos dorados destella delante de mí. Sonrío para mis adentros.

Todo el mundo se mueve a mi alrededor, llenando sus platos, pero no puedo apartar mis ojos de ella. Cuando Ash roba a Willow de sus garras, se pone de mal humor. Mi sonrisa se profundiza. Ella se levanta, llenando el plato de Ceecee, y cuando ha terminado, coloca el plato delante de ella, alisa el pelo a mi bebé, y le besa la cabeza. Mi sonrisita se transforma en una sonrisa.

Levantando su propio plato, ella comienza a acumular comida en él, y antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo, me levanto, metiendo la mano en el bolsillo y desde el otro lado de la mesa, abro la caja del anillo y la extiendo. Helena continúa llenando su plato. Sonriendo como un tonto, pregunto en voz alta:

—Helena, ¿quieres casarte conmigo?

Unos suspiros femeninos, luego el silencio nos rodea. Deteniéndose a mitad de poner ensalada en su plato, ella mira sobre la mesa hacia mí, aturdida. Bajando la mirada al anillo, se recupera rápidamente. Con un pequeño encogimiento de hombros, pronuncia:

—Uh, claro. —Entonces ella me sonríe—. ¿Me pasas la ensalada de papas, cariño?

Sonrío con tanta fuerza que mis mejillas duelen.

—Por supuesto, pastelito. —Colocando la caja abierta del anillo sobre la mesa, recojo el plato de ensalada de patata y se lo entrego.

Ella lo toma, mordiéndose el labio para ocultar su sonrisa. Una pequeña ronda de aplausos, algunas ovaciones, y entonces todo el mundo sigue con lo que estaban haciendo. Tomamos nuestros asientos en lados opuestos de la mesa, sonriéndonos el uno al otro como un par de payasos.

Articula en silencio:

—Te amo.

Yo articulo en silencio:

—Yo te amo más.

Y lo hago.





Realmente lo hago.

Más tarde esa noche, Ceecee y yo descansamos en el sofá, mientras que Helena hace nuestros banana splits de celebración. Me vuelvo hacia mi hija y la observo un momento antes de preguntar:

—¿Eres feliz, bebé?

Ceecee se vuelve hacia mí, sonriendo.

—Sí, lo soy.

Asiento con la cabeza.

—Eso es todo lo que necesito saber.

Continuamos viendo la tele en silencio antes de que Ceecee pregunte por lo bajo:

—¿Voy a tener hermanos y hermanas?

Mis cejas se levantan. No es una pregunta que esperase.

—¿Quieres hermanos y hermanas? —Ella asiente. Ocultando mi sonrisa, digo en voz alta—: Oye, pastelito.

Unos pocos segundos y aparece la cabeza de Helena en la sala de estar.

—¿Sí?

Tomando un puñado de palomitas de maíz, pregunto:

—¿Quieres hijos?

Se queda ahí, estupefacta. Sus ojos se lanzan de mí a Ceecee, luego de vuelta otra vez. Entonces sonríe.

—Sí, los quiero. —Sin esperar una respuesta, se dirige de nuevo a la cocina. Miro de nuevo la televisión, pero levanto la mano. Cuando Ceecee me choca los cinco, sonrío.

Todo va viento en popa.

*Epílogo**Selena**Traducido por Pimienta*

Salgo de la tienda, hojeando las fotos, sonriendo y riendo para mis adentros. Seis meses después de nuestro compromiso, Max y yo nos casamos. No fue una ceremonia lujosa. Fue pintoresca. Teníamos a toda la gente que queríamos allí e hicimos todo a nuestra manera. Por ejemplo, a pesar de que Max llevaba un esmoquin de tres piezas, llevaba sus Chucks negras en lugar de zapatos de vestir. Y a pesar de que yo no debería haber vestido de blanco, lo hice, sólo porque quería.

Nik insistió en que hiciéramos la celebración en The White Rabbit, y teniendo en cuenta que fue donde nos dimos nuestro primer beso real, estuve de acuerdo. Nina decidió que iba a ser mi dama de honor, dado que ella no vivía en Nueva York, sentía que merecía la posición ya que veía a Nat todo el tiempo. Nat y yo estuvimos de acuerdo, y ella y Ceecee fueron mis damas de honor.

Max preguntó Trick si quería ser su best man¹⁴, con Nik y Ash como sus padrinos de boda. Mi padre lloró toda la ceremonia, junto con mi madre que le entregaba clínx al mismo tiempo. Mama Leokov se secó los ojos, y en general, fue una ocasión feliz.

Max me miraba como si fuera la mujer más valiosa del mundo, deteniéndose cada media hora para preguntarme:

—¿Te he dicho lo hermosa que te ves hoy, cariño?

Comimos y bailamos hasta altas horas de la madrugada, y sonréí toda la maldita noche. Incluso ahora, una semana después, cuando miro hacia mi anillo de bodas, me duele de felicidad.

Veo a la floristería algunas tiendas abajo y entro de cabeza.

Mae

En cuanto pongo las galletas en el horno, suena el timbre. Abro la puerta y un repartidor está allí sosteniendo un —escandalosamente grande— ramo de flores.

—Martha Mae... —Él mira hacia abajo al albarán de entrega antes de mirar hacia mí—. Lo siento; no aparece su apellido.

Estoy aturdida.

¹⁴ **BestMan:** Es un amigo íntimo o un pariente cercano al novio que tiene la responsabilidad de asegurarse de que todo marche bien en el día de la boda.



—Soy yo.

Me entrega las flores con una sonrisa.

—Parece que alguien está pensando en usted. Tenga un buen día, señora.

Me cuesta mirar por encima de la parte superior del montón de colores, hago una pausa para colocarlas sobre la mesa en la sala. Tomo la tarjeta y la abro.

Estimada Mae,

Una mujer sabia me dijo una vez que el amor no es orgulloso.

Gracias. Por todo.

Pensando en ti,

Helena Leokov.

Dentro del sobre hay una fotografía. Sonrío cuando me doy cuenta de que es una imagen de la joven Helena el su día de su boda. El hombre guapo a su lado, con los ojos de color miel derretida, sonríe, mirándola con puro amor. Helena sostiene la mano de una chica muy joven en una silla de ruedas.

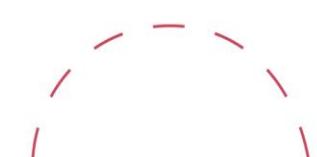
No puedo dejar de notar la pequeña protuberancia en su vientre. El puente de mi nariz hormiguea cuando miro hacia el retrato de mi difunto esposo.

—Bueno, ¿qué te parece eso, Stan?

Sonrío hacia él, con lágrimas llenando mis ojos. La felicidad me calienta.

Ella lo hizo.

Ella consiguió su subidón de azúcar.



Libros de la serie Friend-Zoned:



Friend-Zoned (Friend-Zoned, 1)



Love Thy Neighbour (Friend-Zoned, 2)



Sugar Rush (Friend-Zoned, 3)



How to Marry an Idiot (Friend-Zoned, 4)

(Lola and Trick/Abril 2016)





Sobre la autora:

Belle Aurora

Tiene 26 años y nació en Adelaide, Australia

A temprana edad se enamoró de la lectura. Durante un día aburrido de verano se puso a registrar los estantes de libros de su casa.

Se topó con Breath of Scandal de Sandra Brown y se enamoró de las novelas románticas.

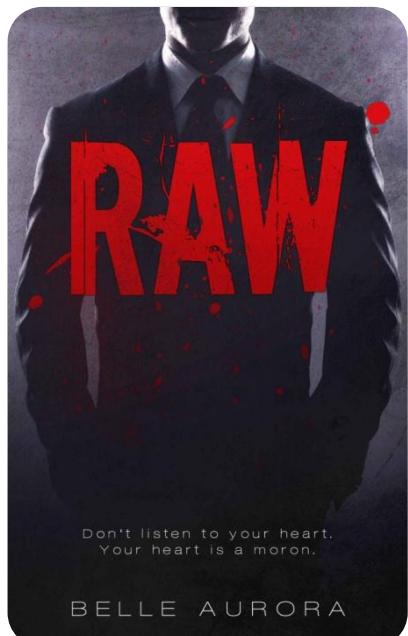
Habiendo sido criada en una familia fuerte y bulliciosa de ascendencia Croata, desarrollo un natural amor por el dramatismo y el amor.

Hace apenas unos años atrás descubrió un nuevo amor: Las comedias románticas humorísticas.

Las autoras Kristen Ashley y R.L. Mathewson (de quien es gran admiradora) han abierto un nuevo mundo con sus historias donde ella pudo sentirse segura y en casa y aunque no había pensado escribir y no se había interesado en ello, se sintió inspirada y comenzó a escribir recientemente.

Su primer libro Friend-Zoned comenzó a tomar forma en febrero de 2013, cuando Belle escribió las palabras 'Chapter One'... fue cuando se enamoró de las palabras, de la escritura y de la creativa imaginación que nunca pensó que tenía.



Otros libros de la autora...

Habiéndome criado como lo hice, cualquiera pensaría que estaría más destrozada que lo que en realidad estoy.

En cuanto cumplí dieciséis, dejé ese bache en el camino, llamé a casa y me fui a la calle a vivir a mi suerte.

La mejor decisión que he tomado.

Ahora, a la edad de veintiséis, estoy educada, con un trabajo y siendo muy buena en mi trabajo.

Mis amigos se han convertido en mi familia. Al igual que yo, ellos saben lo que es crecer sin amor.

Pero el dicho es cierto.

El mundo deja paso a los que saben dónde van. Esa soy yo.

Yo sé a dónde voy, y voy a llegar hasta el final. En mis propios términos y a mi propio ritmo.

Pero entonces está él.

Siento sus ojos en mí. Lo veo oculto a plena vista. Él me observa.

Él me hace sentir.

Es poco convencional.

Pero es real.

Estoy segura de que te estarás preguntando cómo una persona se puede enamorar de su acosador.

Yo también

Esta no es una historia.

Esta es mi vida.



Staff

Staff de Traducción

Moderadora:

Pimienta

Traductoras:

Pimienta

Isa 229

MaEx

leogranda

Selene1987

gemma.santolaria

Raeleen P.

Dianna K

rhianno

Aylinachan

Mae

Jenn Cassie Grey

Adaly

Athe

âmenoire

LunaRowe

martinafab

AnnaTheBrave

ximena.vergara

Staff de Corrección

Recopilación:

Pimienta

Corrección:

Pimienta

Diseño: Mae



BOOKZINGA FORO



Bookzinga

Página 326



Sugar Rush BELLE AURORA

